



Mujeres insurrectas

Condición femenina y militancia en los '70

Patricia Graciela Sepúlveda

Mujeres insurrectas

Condición femenina y militancia en los '70

Patricia Graciela Sepúlveda



(serie tesis)

Universidad Nacional de Quilmes

Rector

Mario Lozano

Vicerrector

Alejandro Villar

Departamento de Ciencias Sociales

Director

Jorge Flores

Vicedirectora

Nancy Calvo

Coordinador de Gestión Académica

Néstor Daniel González

Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia

Coordinadora

Adriana Imperatore

Integrantes del Comité Editorial

Patricia Berrotarán

Alejandro Blanco

Cora Gornitzky

Editoras

Brenda Rubinstein

Josefina López Mac Kenzie

Diseño gráfico

Ana Cuenya

Julia Gouffier

Mujeres insurrectas

Condición femenina y militancia en los '70

Patricia Graciela Sepúlveda

Sepúlveda, Patricia Graciela

Mujeres insurrectas : condición femenina y militancia en los 70. - 1a ed. -
Bernal : Universidad Nacional de Quilmes, 2015.
E-Book.





ISBN 978-987-558-354-2

1. Historia Política Argentina. 2. Mujeres. I. Título
CDD 320.982

Fecha de catalogación: 27/03/2015

Departamento de Ciencias Sociales
Unidad de Publicaciones para la Comunicación Social de la Ciencia
Serie Tesis

sociales.unq.edu.ar/publicaciones
sociales_publicaciones@unq.edu.ar

-  Esta edición se realiza bajo licencia de uso creativo compartido o Creative Commons. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:
-  **Atribución:** se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor, editor, año).
-  **No comercial:** no se permite la utilización de esta obra con fines comerciales.
-  **Mantener estas condiciones para obras derivadas:** solo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan en la obra resultante.

| ÍNDICE |

AGRADECIMIENTOS	11
PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	17
CAPÍTULO 1	
El ingreso de las entrevistadas a la militancia.....	25
Construyendo la trama.....	26
Vientos de cambio: lo público y lo privado.....	30
El ingreso a la militancia.....	37
De la masculinización, la coquetería y otros estereotipos.....	53
CAPÍTULO 2	
Perspectivas	63
Género, subjetividad e identidad.....	63
Historia reciente y fuentes orales. Algunas consideraciones.....	69
Breve referencia sobre las organizaciones armadas presentes en los relatos.....	83
CAPÍTULO 3	
Relatos de militancia	89
Los frentes de masas.....	102
La proletarización.....	106
Militar en Montoneros en los '70 o cómo pasar de juventud maravillosa a infiltrados, estúpidos e imberbes.....	112

Con Perón en la Argentina.....	123
Militar en el PRT-ERP e interpretar la política en los '70 en clave marxista.....	136

CAPÍTULO 4

La pareja, los hijos y la vida incorporada a la militancia.....	151
La pareja militante: “Casémonos, está bueno, casémonos”.....	168
Las infidelidades en la pareja militante.....	179
El acompañamiento familiar.....	184
La maternidad de las militantes.....	188
Los hijos de la <i>militancia</i>	199

CAPÍTULO 5

“Como gato entre la leña”. El momento de las detenciones, el exilio, las muertes y las desapariciones.....	211
¿Irse de la organización o irse de la militancia?.....	212
Cuando las balas picaban cerca.....	221
¿Por qué siguieron?.....	233
Las últimas <i>caídas</i>	245

RECAPITULACIÓN FINAL.....	255
----------------------------------	------------

APÉNDICE FOTOGRÁFICO.....	269
----------------------------------	------------

SOBRE LAS MILITANTES.....	273
----------------------------------	------------

FUENTES PRIMARIAS.....	281
-------------------------------	------------

BIBLIOGRAFÍA.....	283
--------------------------	------------

A Roque Dabat,
quien abrió la primera y todas las puertas,
donde quiera que esté...

La infancia de la memoria

Felipe (3 años) le preguntó a su mamá, qué había pasado con su abuelo.

León (7 años) tomó la posta y dijo que él le iba a explicar.

—Mirá Felipe, yo te explico, el abuelo era abogado.

Felipe lo miraba con cara de no entender.

—Bueno —dijo León— los abogados trabajan con papeles y el abuelo Rodolfo defendía gente, defendía gente, defendía gente... Y los malos se hartaron, se hartaron de que defendiera gente. Se hartaron, Felipe.

La cara de Felipe lo decía todo, era un gran signo de pregunta.

Y León respondió: —Y bueno Felipe, lo mataron. En realidad, no sabemos, está desaparecido.

Luego de la explicación de su hermano, Felipe se abrazó a una foto de su abuelo y por varios días no se despegó de ella, dormía con la foto, la tenía cerca cuando jugaba... Felipe se había encontrado con su abuelo Rodolfo Ratti. Su hermano León le había transmitido lo que la memoria familiar guardaba.

Silvia Maezo

| AGRADECIMIENTOS |

Debo agradecer profundamente a muchas personas que contribuyeron a hacer posible este libro, y voy a empezar por aquella sin cuya participación jamás hubiese podido armar un tejido de historias que habla de mujeres y también de varones, en una época cuyas repercusiones se extienden hasta hoy. Va mi agradecimiento a Dora Barrancos por su enorme generosidad, conocimiento, guía y también firmeza para invitarme reflexionar sobre lo que quería decir. Sin su ayuda no hubiese podido encontrar mi propia voz y atreverme a ponerla por escrito. Agradezco a Judith Farberman por las lecturas comprometidas de los sucesivos borradores y sus comentarios afectuosos y agudos. A María Bjerg, cuyos aportes sobre el tratamiento de los testimonios y sus sugerencias bibliográficas enriquecieron y aportaron densidad a mis reflexiones. A Alejandro Kaufman, quien a través de sus preguntas me ayudó a definir conceptos y desarrollar argumentaciones.

Estoy en deuda con: María Prince, María Victoria Rillo, Mirta Sgro, Gladys Lloys, Graciela Daleo, Mercedes De Pino, Rufina Gastón, Aixa Bona y Viviana Losada, de cuyas trayectorias de militancia se nutre este trabajo. También con Marcelo Villar, Martín Mujica y Guillermo Gentile, que dieron testimonio sobre sus hermanas: Patricia Villar, María Lía y Laura Mujica y Estela Gentile. Y muy especialmente con Silvia Maezo y Elsa Ramos, que nos dejaron antes de la publicación, pero aquí permanecen en sus relatos. A todos y todas, que generosamente me abrieron las puertas de sus casas y sus memorias, gracias¹.

¹Esta es la única parte donde aparecen los nombres completos de las entrevistadas, en el interior del libro varios de ellos han sido cambiados para resguardar su privacidad.

Este libro es producto de varias travesías convergentes a lo largo de mi vida, de caminos recorridos lentamente, siempre acompañada de personas que me ayudaron a crecer. Desde aquellos estudiantes curiosos que, a fines de los años '80 en una escuela de Banfield, comenzaron a demandarme algo más que un texto para acercarse a la historia de la década del '70. En cierto modo, sus preguntas y mis deseos de acercarles un relato del que pudiesen apropiarse, me llevaron a la historia oral y a aplicarla al estudio de un período en el cual los testimonios tenían tanta importancia. A mis alumnos que me ayudaron a aprender para enseñar, va mi agradecimiento.

Agradezco a la Universidad de Quilmes y a su modalidad virtual, la posibilidad de completar mis estudios de grado y conocer a Roque Dabat con quien aprendí algo más que Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana. Roque me enseñó, con esa generosidad de maestro de alma que lo caracterizaba, que uno crece colaborando con otros y construyendo redes. Agradezco a esta universidad no solo la publicación del libro, también la posibilidad de investigar y trabajar con buena gente, que por suerte son además mis amigos: Nancy Calvo, Roxana Ybañes, Silvia Ratto, Germán Reynolds, Alejandra Rodríguez, Eliana Bustamante, Miriam Medina y Cecilia Elizondo.

Quiero agradecer, muy especialmente, a Alejandro González, porque su amor me equilibra y me completa. A mis hijas, Sofía y Ana, por devolverme con su apoyo y confianza la calma perdida en momentos de debilidad. Y una dedicatoria final: a mis nietos Aidan y Cassandra, para cuando aprendan a leer.

| PRÓLOGO |

Me congratulo de veras en servir de *abrepuertas* a este libro, fruto de una apasionada labor de investigación que, como todos los acontecimientos, tiene su historia. Mientras Patricia Sepúlveda cursaba la Maestría en Ciencias Sociales y Humanidades de la UNQ, comenzó a tramar el objeto, proceso al que concurrían múltiples acicates pero especialmente el deseo de focalizar a las mujeres militantes de las décadas 1960 y 1970, y abordar su participación y el contexto de época con mallas conceptuales que dieran cuenta de las relaciones de género. La inspiración de Patricia resultaba posible gracias al extendido impacto de los estudios de género en nuestras disciplinas; ella misma había transformado sus posiciones y pasó a serle especialmente resonante la condición subalterna de las mujeres, y a tomar partido por la reivindicación de los derechos femeninos. Es necesaria esta enunciación situada que permite, justamente, sentar la verdadera objetivación de cualquier empresa investigativa, en particular, la presente.

Se trataba entonces de situar temporalmente, en la encrucijada de los años que remataron con el horror del Terrorismo de Estado, a las mujeres que habían tomado partido activo en las luchas políticas a favor de la “liberación económica y social”. La preocupación de Patricia era encontrar testimoniantes directas de la militancia más radicalizada, esto es, mujeres que hubieran participado en organizaciones armadas y que pudieran evocar las experiencias relacionales con los compañeros varones, la índole diferencial de las funciones, las espec-

tativas dominantes relativas a los roles dentro de los aparatos armados. Era un objetivo difícil, porque ya se sabe que la memoria es activada por el presente y que cualquier evocación se colorea con las apropiaciones significativas nuevas de la subjetividad, evidencia que también refuerza esta investigación. De modo que el juego posicional de las militantes, entre lo que se había vivido y lo que se percibía a la distancia, requería una interpretación arrojada, astuta, pero también prudente. Patricia incorporó algunos testimonios vicarios, de familiares o amistades de algunas militantes muertas o desaparecidas, haciendo aún más complejo el marco de interpretación de lo que había ocurrido con las relaciones entre varones y mujeres bajo las particulares condiciones de los encuadramientos militarizados. Me constan los esfuerzos de la autora para poner a raya sus convicciones y la tentación de análisis anacrónicos, toda vez que se ha consagrado el punto de vista historiográfico acerca de las operaciones patriarcales dominantes, incluso entre los varones más temerarios y generosos, en el objetivo de crear una sociedad nueva con un orden social más justo. Este libro muestra las peripecias adicionales, las dificultades que vivieron las mujeres –en su mayoría jóvenes–, para que se les confiriera reconocimiento y trato equivalente, aun cuando estuvieran lejos de acordar con presupuestos feministas, algo que en efecto no estaba en el horizonte de sus reivindicaciones. Había intuiciones, juicios elementales sobre la igualdad humana en tropiezos y, a veces, ellas fueron también insurrectas en sus organizaciones. Hubo pues una doble insurrección, hacia afuera y hacia adentro, que afectó el marco orgánico provisto por los cuadros dirigentes, inexorablemente de sexo masculino.

Guardo por la autora particular afecto, sincera admiración por el crecimiento intelectual que realizó a propósito de esta investigación,

la saga de construir conocimiento dialogando con muchas fórmulas de interlocución, aceptando los desafíos que no pocas veces reorientaron sus análisis. Pero celebro sobre todo su tozudez, imprescindible para que las pasiones se conviertan en saberes, y sus convicciones dirigidas a ampliar los derechos de las mujeres y de las otredades que aguardan reconocimiento. Estoy segura de que esos fueron los retos que la condujeron a encontrarse con las militantes del pasado, con sus encrucijadas personales, que en todo caso –como subraya este libro–, fueron igualmente políticas.

Dora Barrancos

| INTRODUCCIÓN |

“Entre la entrada en La Habana de los guerrilleros vencedores de la Sierra Maestra y el derrocamiento de Salvador Allende y la cascada de regímenes dictatoriales en América Latina hay catorce años prodigiosos. Un período en el que todo pareció a punto de cambiar” (Gilman, 2003).

Este libro busca analizar un período histórico² a través de testimonios de sus protagonistas, en su mayoría mujeres, incluyendo un enfoque de género. Tarea que implicó trabajar con lo que Pollak denomina *memorias en disputa*³ y enfrentar el desafío de realizar un análisis crítico y respetar la palabra de las entrevistadas teniendo en cuenta que no se accedía a las subjetividades que caracterizaron a las entonces jóvenes militantes, sino a una reconstrucción atravesada por múltiples

²Período denominado Historia Reciente. Para este enfoque recurrimos a Franco y Levín (2007), Pittaluga (2007), Rot (2011), Oberti Pittaluga (2001), Oberti (2006) y (2014), Franco (2005). Ver referencias teóricas en el capítulo 2.

³Nos referimos al carácter potencialmente problemático de la memoria, que al interesarse por los procesos y los actores que intervienen en la construcción y formalización de las memorias, pone atención en aquellos que son excluidos, marginados y que por momentos conforman memorias subterráneas que como integrantes de culturas minoritarias se oponen a la *memoria oficial*. Estas memorias subterráneas llevan su trabajo de subversión en el silencio y afloran a través de sobresaltos bruscos entrando en disputa con la memoria oficial, como memorias en conflicto o en competencia (Pollak, 1989).

temporalidades⁴. Trabajamos con testimonios individuales sin perder de vista que en ellos nunca hay un solo sujeto, se narra con alguien y para alguien. Consideramos que toda narración, aunque sea personal, contiene diferentes destinatarios, interlocuciones y fuentes, se construye entre muchos (Oberti, 2013).

Se buscó llevar a cabo un análisis que permitiese identificar contradicciones, hipérboles, tropos, y atribuirles significados sin dejar de respetar las voces y las subjetividades. Se trataba de interpretar las fuentes dialogando con ellas y, sin dejar de lado los procedimientos de una investigación académica, complementarlas e incorporarlas a un relato más amplio que inscribiese la experiencia individual en una época⁵. Justamente esa época, de la que habla Gilman en la cita que encabeza esta introducción, en la que todo parecía a punto de cambiar. Sin pensar en esa sensación, ese clima, no podemos encerrar un relato sobre construcciones femeninas que no replicaron al pie de la letra los modelos tradicionales. No lo hicieron, no solo por su inclusión en la militancia política, sino también por la inscripción en un proyecto que pensaba la familia, la pareja, la maternidad y las relaciones con los varones de otro modo. Las posibilidades que encontraron de llevar a cabo este proyecto, las limitaciones, las contradicciones y los resultados finales, no pueden entenderse desgaja-

⁴Tal como lo señala Jelin (2014), las entrevistas realizadas muchos años después de lo ocurrido permiten reinterpretar y dar nuevos sentidos a lo vivido, y estas etapas varían según las etapas de la vida en que se producen. A estas variaciones las denomina *tiempo biográfico*.

⁵Gilman (2003) plantea leer el período de 14 años que transcurre desde el triunfo de la Revolución Cubana y la instauración de dictaduras militares en América Latina como una época que posee densidad propia. Aquí tomamos esa idea.

dos del proceso que incluye ese momento inicial, su evolución y de su posterior derrumbe.

El origen de este libro fue un ejercicio académico de escritura de una tesis de posgrado, sin embargo, no se renunció a la utilización de un lenguaje llano y el deseo didáctico de hacer comprensible un fragmento de nuestra historia reciente. Avanzando en esa línea, para esta publicación se consideró oportuno reorganizar sus capítulos, por lo que luego de esta introducción, en el capítulo 1 iremos directamente al relato de las decisiones que llevaron a las mujeres entrevistadas a ingresar a la militancia. En el capítulo 2 haremos un recorrido por los nudos conceptuales que permitieron realizar una interpretación de las fuentes para organizar un relato histórico. Los siguientes capítulos proponen avanzar en la reelaboración de esas trayectorias confiéndoles una temporalidad que permitió armar un relato tratando de ponerlas en relación con el contexto histórico en el que aquellas transcurrieron. Esta elaboración respecto del pasado implicó asumir una posición respecto del análisis historiográfico del período que comprenden las trayectorias. Finalmente, en las conclusiones retomamos las ideas planteadas en cada capítulo articulándolas entre sí.

Entre los años 1960 y 1970, en América Latina se produjo un notable aumento de la participación femenina en la vida pública. Este protagonismo fue acompañado de cambios significativos a nivel cultural, familiar, de las relaciones entre los sexos y la sexualidad. Este trabajo analizó hasta dónde la participación pública significó un cuestionamiento respecto de la construcción social de la diferencia sexual y de los roles asignados a cada sexo. Y si implicó una reorganización de los ámbitos público y privado, profundizando sobre las conexiones internas entre ambos espacios.

Durante este período, en la Argentina se vivió un proceso de politización y movilización crecientes del que las mujeres fueron activas participantes. El proceso de contestación social articuló la presencia de sindicatos clasistas y movimientos renovadores dentro de la Iglesia católica, como el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y la Teología de la Liberación, con el surgimiento de la Nueva Izquierda que incorporó la idea de la violencia como opción política. Las jóvenes canalizaron sus inquietudes incorporándose a la militancia en partidos políticos, sindicatos de base, organizaciones armadas, agrupaciones estudiantiles y otras formas de militancia social. Nuestro estudio profundizó en dos organizaciones político-militares: el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)-Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y Montoneros⁶.

Se analizó la trayectoria de un conjunto de mujeres que –habiendo participado activamente como militantes de ambas organizaciones– desarrollaron sus actividades en frentes universitarios, territoriales, sindicales o militares y resultaron víctimas de la represión. Esta represión tuvo diversas manifestaciones: el encarcelamiento en condiciones irregulares, la separación de los hijos y la desaparición de sus parejas. En algunos casos forzó el exilio o el abandono del entorno habitual y en situaciones más extremas, implicó la muerte.

Desde la perspectiva de género se hizo foco en la actuación social y política de jóvenes mujeres durante la década de 1970. Las militantes pusieron en evidencia la distancia entre ellas y las figuras femeninas estereotipadas a través de su compromiso con el cambio social,

⁶En el capítulo 2 se incluye una breve descripción de las organizaciones Montoneros y PRT-ERP.

que incluyó la inmersión de todo su proyecto de vida en un proyecto mayor, de transformación de la sociedad y advenimiento del socialismo. Así, desarrollaron participaciones políticas, relaciones de pareja y modelos maternos disruptivos con respecto a los cánones tradicionales reservados a las mujeres, que entraron en conflicto con los promovidos por los sectores tradicionales y las Fuerzas Armadas.

Las mujeres entrevistadas refirieron que se encontraron con varones que asumieron posiciones diferentes a la hora de concebir la participación política, la pareja, el amor y la paternidad. Esto llevó nuestro análisis a observar las relaciones de fuerza involucradas en la construcción de los significados de *varón* y *mujer* en la sociedad de la época en general y dentro de las organizaciones donde las jóvenes militaron, en particular.

A través de los relatos de familiares y de las protagonistas se llevó a cabo una doble reconstrucción: por un lado, de la experiencia militante femenina y, por otro, de la trayectoria militante individual de las entrevistadas. Se indagó sobre las relaciones entre aspectos biográficos, antecedentes familiares, pertenencia social y participación política de las mujeres desaparecidas o sobrevivientes. La incorporación del testimonio de hermanos aportó un enfoque caracterizado por la horizontalidad en las relaciones familiares, su mirada sobre la militancia de las mujeres –en este caso, sus hermanas– y también de las mujeres en general.

No se pierde de vista que se analizaron perspectivas únicas, pero estas nos hablan sobre fuerzas y procesos que se extienden más allá de los sujetos como individuos. Se considera que el estudio de las subjetividades a las que se accedió –a través de las entrevistas– permitió ver más allá de las experiencias individuales e iluminar el contexto y la época en la que estas experiencias se desarrollaron.

El ingreso de las mujeres a la vida pública se inscribió en un proceso más amplio a escala mundial en los '70 en las sociedades desarrolladas. Se produjo un incremento drástico de la presencia de las mujeres tanto en las actividades productivas como en la enseñanza superior. El renacimiento del movimiento feminista, sobre todo –aunque no exclusivamente– en las clases medias, acompañó ese incremento.

En nuestro país, a fines de los '60 comenzaron a tratarse públicamente temas que parecían apuntar a la necesidad de revisar las costumbres tradicionales respecto de los espacios definidos como femeninos. La participación política y en la vida pública de las mujeres se incrementó con respecto a décadas anteriores. Se formaron organizaciones feministas que establecieron relaciones con movimientos feministas de lineamientos radicales de los Estados Unidos y Europa.

Sin embargo, los partidos y las organizaciones políticas, incluyendo los grupos de izquierda, consideraron las reivindicaciones de género como una desviación del verdadero motivo revolucionario. La desigualdad entre los sexos, una manifestación de las contradicciones de la sociedad burguesa, sería superada con el triunfo del socialismo.

Las entrevistadas se vieron a sí mismas como mujeres liberadas y transgresoras y fueron percibidas del mismo modo por otras mujeres con las que estuvieron en contacto, como sus propias madres, otras familiares o aquellas que vivían en los barrios donde desarrollaron su militancia. Creemos que esto contribuyó a confirmar su construcción subjetiva. Nuestras mujeres consideraron que su militancia se dio en situación de igualdad con varones que respetaban sus ideas y posturas políticas, en tanto que desafiaron convencionalismos como la virginidad, el matrimonio y la familia tradicional. Establecieron con los varones relaciones que privilegiaban el amor, la autenticidad y el compañerismo, lo que implicó una

pareja diferente de la de los propios padres, una pareja cuyos miembros compartían los ideales de cambio social y político, al tiempo que pensaban a sus hijos como integrantes y destinatarios de esta nueva sociedad a la que se arribaría con el advenimiento del socialismo.

A la hora de recordarse como militantes en relación con los varones hicieron hincapié en los aspectos políticos más horizontales y dejaron de lado aquellos espacios en los que las relaciones entre los sexos permanecieron más cerca de los roles tradicionales, por ejemplo, las jerarquías en el interior de las organizaciones y las tensiones generadas respecto de la crianza de los hijos. De la distancia entre la igualdad de los sexos percibida y la igualdad que se identifica en los testimonios daremos cuenta en el análisis.

Esta investigación se planteó la posibilidad de pensar que, dentro de los grupos de militantes comprometidos con ideas radicalizadas y de profundo cambio de estructuras, estaban movilizándose –más que en el resto de la sociedad– las jerarquías de género y los comportamientos aceptados para varones y mujeres.

Los testimonios obtenidos pusieron en evidencia mujeres con posturas políticas comprometidas y sólida formación ideológica, al tiempo que inmersas en la transformación de una sociedad percibida como injusta. Las que decidieron tener hijos como parte de sus proyectos de vida y de pareja, no solo sufrieron incertidumbre respecto del destino de estos cuando la represión se tornó brutal, también debieron soportar el cuestionamiento de sectores tradicionales de la sociedad desde los que se las consideró *malas madres* que, entregadas a ideas foráneas, abandonaron sus deberes fundamentales e incumplieron con el destino *natural*⁷ de cualquier mujer: la maternidad y el cuidado de los hijos.

⁷Nuestro enfoque de género cuestiona estas ideas, por eso aparecen destacadas. Volve-

Consideramos que la evolución de su militancia y de las relaciones entre los sexos posterior a 1975 debe ser interpretada en el marco de la creciente violencia, represión y persecución en que los militantes se vieron envueltos. Sostenemos que la represión detuvo, puso entre paréntesis y posteriormente retrotrajo la transformación que –no sin dificultades y discusiones– varones y mujeres estaban llevando a cabo en el interior de las organizaciones armadas. Además, estas mujeres debieron poner en suspenso su participación social en los momentos de mayor horror para recuperarla y canalizarla en diversos espacios cuando la represión disminuyó su ferocidad. Algunas de ellas aún militan.

Finalmente, señalamos que, el aporte de los testimonios a esta investigación tiene que ver no por su valor de reflejar los hechos, sino en tanto reformulación, que por tal razón no puede ser archivada (Agamben, 2002). En palabras de Alejandra Oberti (2013, p. 74) “Su permanente posibilidad de reformulación –su vitalidad– es lo que hace del testimonio, y con él de los testigos, una fuente irrenunciable de relatos en el proceso de comprender los sucesos del pasado”.

Se trató de testimonios que permanecieron subterráneos y silenciados durante largo tiempo por su carácter conflictivo; sin embargo, no debemos confundir silencio con olvido. Estas memorias debieron ser soterradas, no solo por lo doloroso o traumático que resultaba dar cuenta de las situaciones vividas, sino por la necesidad de supervivencia de ellas y de sus hijos. Y también porque no encontraron una trama social que las quisiera recibir, hasta que encontraron el momento propicio, entonces, se abrieron camino hacia el espacio público como memorias en disputa, proceso que fue parte del análisis.

remos sobre este tema a lo largo del libro.

| CAPÍTULO 1 |

El ingreso de las entrevistadas a la militancia

“[...] decía: el mundo marcha hacia el socialismo, o sea, no éramos nosotros, era todo el mundo, en ese momento era la perspectiva que había [...] *el mundo marcha, si nosotros hacemos algo va a llegar antes*” (María A., 2009).

Para dar comienzo a la reflexión sobre las mujeres entrevistadas nos preguntamos: ¿quiénes eran? ¿Por qué eligieron militar donde lo hicieron? ¿En qué condiciones desarrollaron su militancia? ¿En función de qué búsquedas definieron su ingreso a las organizaciones?

La trama de los relatos obtenidos constituye un tejido de grosores diversos que permite múltiples abordajes. Las trayectorias biográficas que se inscribieron en la organización Montoneros están representadas por Silvia M., María V., Mercedes, María P., Graciela, Rosa y María A., quienes dieron cuenta de su propia militancia en distintos espacios y ocuparon variados niveles dentro de la estructura de la organización. Al mismo tiempo se reconstruye la militancia de Soledad (Laura) a través de los testimonios de María P., Mercedes y su hermano Martín. También Martín refiere a la militancia de su otra hermana desaparecida, María Lía. En tanto que Guillermo dio cuenta de la militancia de su hermana, Estela.

⁸El destacado es nuestro.

Por otra parte, están los relatos de Marta y Victoria, militantes del PRT-ERP, y de Gloria, quien integró una agrupación estudiantil en Santiago del Estero relacionada con el PRT. Elsa y Marcelo se refirieron a la militancia de Patricia V., hija y hermana respectivamente, que militó la mayor parte del tiempo en el Partido Comunista Marxista Leninista (PCML), organización que obtuvo apoyo logístico del PRT-ERP. En tanto que, nuevamente, Marta y su ex pareja Eduardo, hicieron referencia a Silvia U., compañera desaparecida en 1976⁹.

Construyendo la trama

En la elaboración de este libro se analizaron las trayectorias desde los acontecimientos de rebelión y lucha de los '70 con el foco puesto en la configuración histórica nacional, pero sin dejar de tener en cuenta el contexto internacional. La época fue marcada por acontecimientos como la Revolución Cubana, el proceso de descolonización, las protestas contra el racismo en Estados Unidos y la guerra de Vietnam, así como episodios de rebeldía juvenil que señalaron una particular configuración e hicieron posible pensar que el mundo estaba a punto de cambiar y que los intelectuales y los jóvenes tenían un papel que cumplir al respecto.

La razón de que la militancia de las jóvenes (y los jóvenes) se haya dado dentro de organizaciones radicalizadas de izquierda se articula con el surgimiento de lo que se denominó *Nueva Izquierda*. Esta sostenía que el atraso y la dependencia solo se terminarían con el advenimiento del *hombre nuevo* y el socialismo; un socialismo que incluía componen-

⁹En la página 273 se incluyen breves referencias biográficas de cada una de las mujeres cuyas trayectorias se reconstruyen, y de las personas que dieron testimonio sobre ellas.

tes nacionalistas y, al tiempo que descreía de la democracia, veía como estrategia necesaria a la acción violenta para la conquista del poder.

En la Argentina, a las simpatías manifiestas por las experiencias de las luchas de liberación en Asia y África y –sobre todo– el triunfo de la Revolución Cubana, se sumó el deterioro de los partidos de izquierda tradicionales que, a su vez, enfrentaban debates sobre el estalinismo y la polémica chino-soviética. Algunos militantes se volcaron al peronismo y otros a grupos de izquierda no tradicionales (Terán, 1993; Anzorena, 1998; Altamirano, 2001; Sigal, 2002 y Gordillo, 2007).

Para la época en la que las entrevistadas y los entrevistados desarrollaron su actuación, ningún tema importante quedaba fuera de discusión: la familia, el matrimonio, el sexo, la creatividad, la política, todos fueron analizados desde la izquierda. Muchos grupos habían llegado a la convicción de que el socialismo –y no el capitalismo– encarnaba la verdadera racionalidad histórica, se sentía la inminencia de una victoria mundial que iba a cambiar el rostro del mundo y del hombre, esta victoria no se lograría sin violencia (Gilman, 2003).

Las trayectorias de militancia analizadas tienen su punto de partida en la violenta impugnación que enfrentó el experimento autoritario de Onganía por parte de los distintos actores sociales a principios de 1969¹⁰. En un espacio caracterizado por la confrontación político-social hizo su aparición –y luego se consolidó– la guerrilla, que sumó un nuevo protagonista a la disputa e instaló en la sociedad la violencia política organizada. Se considera que las organizaciones armadas cre-

¹⁰Si bien ya había ejemplos anteriores de grupos guerrilleros como el de los Uturuncos de 1959 en Tucumán y el EGP (Ejército Guerrillero del Pueblo) en Salta en 1964, ambos fueron rápidamente desbaratados.

cieron en contacto –al menos hasta el regreso de Perón a la presidencia– con el movimiento de protesta que se expandía en la sociedad. De este nexo y su posterior ruptura dan cuenta los testimonios obtenidos.

Para entender el surgimiento de las opciones políticas violentas o de lo que consideramos *identidades radicalizadas* se debe tener en cuenta la trama política en la que estas surgen. Hacia 1969 se evidenció claramente el deterioro del sistema político con base en la exclusión del peronismo. Dicho sistema había acarreado gobiernos ilegítimos, en los que los partidos políticos perdieron credibilidad y legitimidad, al tiempo que se hizo evidente la politización y división facciosa de las Fuerzas Armadas.

El proceso de contestación social abierto a fines de la década de 1960 se caracterizó por la presencia del compromiso con los pobres del ala tercermundista de la Iglesia católica, el surgimiento de la teología de la liberación y la presencia de sindicatos clasistas que impugnaban directamente el sistema capitalista. En amplias capas de la sociedad y particularmente en la juventud, creció la idea de *compromiso* con un cambio profundo de estructuras que pusiera fin al atraso, la pobreza y la desigualdad, y que ese cambio vendría de la mano de las ideas de izquierda.

En esta investigación se leen los '70 en clave de época, lo que implica reconocerles una particularidad que permite interpretarlos más allá de la arbitrariedad de la organización en décadas. Se percibe su singularidad en torno de la idea de una época signada por cambios radicales. Pensamos que haber vivido durante “los años prodigiosos” a los que refiere Claudia Gilman habrá formado parte de la construcción subjetiva de las jóvenes militantes¹¹.

¹¹Repetimos aquí el párrafo que citamos en la introducción: “Entre la entrada en La Habana de los guerrilleros vencedores de la Sierra Maestra y el derrocamiento de Salvador

Debemos retroceder un poco más en el tiempo hasta el derrocamiento de Perón en 1955. Referencia necesaria, dado que generó una inestabilidad política y violencia crecientes, que marcaron la desvalorización del concepto de *democracia*¹², representado no solo por el accionar de los jóvenes, sino también en las actitudes de políticos, sindicalistas y militares, cuya trayectoria es previa a la de la juventud.

A partir de 1955 se generó una situación política marcada por el intento de construir un sistema “democrático representativo” que excluyese al peronismo de la participación. Esto condujo a un callejón sin salida que alternó resultados electorales inaceptables para gran parte de la sociedad, con golpes militares que buscaban restablecer el orden que veían amenazado. El resultado final fue la consolidación de la violencia como forma de acción política (James, 2007).

La pérdida de valor de la democracia encarnó en la sociedad y constituyó la base de las disputas políticas en el período. La agudización de conflictos aumentó con la movilización de los sectores populares a través de los sindicatos o de los grupos radicalizados, por un lado, y la desconfianza que su presencia y actividad producían en los sectores dominantes, por otro. Todo esto imposibilitó tanto el desarrollo del modelo sustitutivo, como la emergencia de alternativas ligadas al mercado internacional, el ingreso del capital extranjero y el desarrollo industrial relacionados con los nuevos avances tecnológicos.

Allende y la cascada de regímenes autoritarios en América Latina hay catorce años prodigiosos. Un período en el que todo pareció a punto de cambiar” (Gilman, 2003, p. 35).

¹²Coincidimos con los historiadores que ponen en duda el carácter democrático de los gobiernos previos a 1983, en tanto un gobierno no es democrático solo por ser producto de elecciones sin fraude.

En algunos grupos germinó la idea de avanzar directamente en otra dirección, hacia el socialismo nacional (Gordillo, 2007). En tanto que desde el otro extremo creció la idea de que las demandas de los sectores populares excedían los límites de lo posible para la continuidad del sistema de dominación y debían “ser puestos en caja” (O’Donnell, 2009). Desde esta perspectiva, la conflictividad social no podía ser atribuida exclusivamente a uno de los actores, sino más bien a la compleja interacción entre ellos. Los sindicatos no fueron disciplinados por su propio líder, Perón, y menos por los gobiernos que sucedieron a su caída en 1955. Esto debe sumarse a que con la caída y proscripción del peronismo, los sindicatos aglutinaron la representación sectorial y partidaria a un tiempo. Esta doble representación generó cambios en las posiciones de los sindicatos y sus dirigentes dado que, por un lado, debían negociar las condiciones laborales de los afiliados con los empresarios y el Estado y, por otro, defender los intereses políticos del peronismo. Esta situación, al tiempo que les aportó una importante cuota de poder, minó la relación con las bases y abrió la puerta a opositores radicalizados dentro del peronismo y del movimiento obrero.

Vientos de cambio: lo público y lo privado

Este fue el período en el que se asistió al crecimiento de la participación social de las mujeres, tanto si ponemos la mirada en la matrícula universitaria como si lo hacemos en su participación en el mundo del trabajo. Fue evidente que las costumbres estaban cambiando y en el seno de las familias, sobre todo de clase media, se dejaba a las jóvenes mayores espacios de libertad e independencia. El matrimonio dejó de ser la opción única y la cohabitación fue una posibilidad. Se cuestio-

naron los roles de género y las esperanzas depositadas en el matrimonio, cambiaron. Si bien las mujeres estudiaban más y trabajaban más, muchas lo hacían hasta la llegada de los hijos; luego, su lugar *natural*¹³, era el hogar. Se hablaba más de sexo, pero se mantenía la doble moral (estaba permitido para los varones “tirarse una cana al aire”) y en muchos casos se pasaba por alto la insatisfacción sexual femenina (Barrancos, 2007).

Aun así, había opiniones a favor de la educación sexual, el control de la natalidad y, sobre todo, las mujeres casadas apoyaban la idea de iniciación sexual antes del matrimonio. Si bien estos cambios son evaluados como *discretos* (Cosse, 2009), desde nuestro punto de vista permitían ver un clima de participación y movilización crecientes en la sociedad. Y, en algunos sectores, como las organizaciones de izquierda revolucionaria, los significados de las categorías *varón* y *mujer* fueron más fuertemente movilizados, no tanto desde la teoría –aunque también las organizaciones le dedicaron párrafos– sino desde las prácticas concretas.

La época estuvo signada por la sensación de inminencia en las transformaciones revolucionarias. Los cambios se pensaban en todos los niveles (sexualidad, costumbres, mentalidades, regímenes políticos, etc.). Entre los jóvenes universitarios e intelectuales se observó una valorización de la política, fundamentalmente en su carácter revolucionario, de la opción violenta para la toma del poder y la izquierda como espacio de pertenencia ideológica (Gilman, 2003). El atraso y la dependencia solo se resolverían con el advenimiento del socialismo y el *hombre nuevo*. Era momento de pasar de la simpatía a la acción po-

¹³En el capítulo siguiente realizamos un análisis crítico de estas naturalizaciones.

lítica; algunos se volcaron al peronismo y otros, a grupos de izquierda no tradicional.

Como dijimos, a las experiencias de las luchas de liberación en Asia y África y al triunfo de la Revolución Cubana, se sumó el deterioro de los partidos de izquierda tradicional, lo que favoreció al surgimiento de grupos y organizaciones que dieron forma a la Nueva Izquierda quien incorporó el *nacionalismo* al conjunto de ideas.

En la izquierda se identificaban dos grandes líneas: la del Partido Comunista, que optó por la vía pacífica al comunismo y seguía fiel a la Unión Soviética, y la línea que –con la mirada puesta en la Revolución Cubana– optaba por la vía revolucionaria armada para la conquista del poder.

Cuando Castro declaró la adopción del marxismo-leninismo, la intelectualidad argentina asumió la pertinencia de *la idea del foco* del Che Guevara. Pero lo más importante de esta declaración fue que permitió establecer un puente entre izquierda, nacionalismo y peronismo, que posibilitó la emergencia de un ala izquierda peronista que –a falta de simpatías profundas entre las clases obreras– abrió las puertas al compromiso de la juventud con el peronismo (Sigal, 2002, p. 164).

El propio Perón mostró simpatía por la Revolución Cubana y se hermanó en su tercermundismo con líderes como Mao, De Gaulle y Castro. De allí que una nueva narración sobre el régimen peronista se hizo posible, pensado como socialismo nacional. Lo central para nuestra interpretación tiene que ver con las posibilidades que ofreció esta evolución a los jóvenes¹⁴:

¹⁴En este trabajo se encuentran dos tipos de citas. Por un lado, las que refieren a fuentes de segunda mano y por otro las que refieren a transcripciones de las entrevistas realizadas.

Este descubrimiento daba a la opción revolucionaria una genealogía propiamente peronista que recibiría, como todas las otras tendencias del movimiento, la bendición del general. Y, tanto o más importante, al establecer la equivalencia entre Perón y Castro, ambos líderes de las masas populares, ‘el socialismo nacional’ y, con él, Perón mismo adquirirían una flamante legitimidad a los ojos de las juventudes movilizadas (Sigal, 2002, p. 166)

Es así que, en oposición a la ortodoxia marxista, se adoptará el foquismo y la identificación con el campesino rural, primero y con el obrero más tarde, como sujeto de la lucha revolucionaria de América Latina en el PRT-ERP, y el pueblo peronista en Montoneros. Una de las entrevistadas señaló en relación con dicho concepto:

Será que yo empecé desde una concepción foquista. Esa concepción foquista tenía un fuerte anclaje en que nosotros, si bien como táctica –te estoy hablando de los sesenta– adheríamos a la doctrina del foco, para nosotros la gran masa que iba a entrar en erupción a partir de ese foco era el movimiento peronista, no era tampoco que partíamos de unas abstractas condiciones objetivas donde no había absolutamente nada, y el foco las iba a generar todas. No, para nosotros el foco iba a poner en marcha o acelerar la marcha de ese movimiento peronista (Graciela, 2009).

No todas las incorporaciones a la militancia se hicieron desde la misma concepción, ni identificadas con el peronismo, tampoco hubo unanimidad respecto de que la acción debía ser violenta. Lo que parece claro es que las incorporaciones de nuestras entrevistadas, a partir de 1968, se inscribieron en un proceso de rebelión civil con dosis significativas de violencia (que no fue controlada por las direcciones

políticas tradicionales). Estas incorporaciones se dieron en espacios universitarios, en grupos renovadores dentro de la Iglesia católica y en las organizaciones armadas. En tanto que los partidos de izquierda tradicional se desacreditaban, los jóvenes sentían la urgencia de involucrarse en la vida política, confiaban en las virtudes revolucionarias del pueblo y en la posibilidad de constituirse en su vanguardia.

La Nueva Izquierda posibilitó el compromiso de los y las jóvenes procedentes del catolicismo con el peronismo. La constitución del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo en 1968 sirvió de vehículo para que muchos conjugasen militancia religiosa y política. Silvia M. se reconoció como discípula de Lucio Gera¹⁵. Graciela, catequista, consideró un verdadero detonante en su vida un viaje como misionera cristiana a Tartagal para darle catequesis a los niños y hablar con los hacheros junto con un grupo dirigido por el padre Carlos Mugica. Un caso similar fue el de Estela, quien había realizado sus estudios en una escuela religiosa de La Plata donde las monjas, teniendo la costumbre de misionar, la llevaron a Monterrico –una zona tabacalera en Jujuy– donde volvió impresionada por la miseria y la explotación. En tanto que Rosa, perteneciente a una familia católica, reconoció entre sus antecedentes militantes su experiencia de trabajo social religioso, al igual que María V. y Mercedes, quienes se habían formado en escuelas católicas. Esta última había comenzado a realizar trabajo social en los barrios pobres de la zona norte del Gran Buenos Aires, en su escuela secundaria, con una monja que durante la dictadura fue desaparecida.

¹⁵Teólogo integrante del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y uno de los primeros difusores y participantes de La Teología de la Liberación. Disponible en: <http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/?seccion=articulos&id=237> [Consultado por última vez el 25/1/11].

En tanto que María P. refirió su experiencia en Luján con la Acción Católica y la Juventud Obrera Católica (JOC), donde comenzó a relacionarse con el peronismo. Gloria, en Santiago del Estero, dijo que su primer acercamiento lo realizó con grupos de militancia religiosa que estaban haciendo encuentros en su pueblo. También María A. señaló su procedencia de una familia católica del interior.

Prácticamente en todos los casos analizados para este trabajo encontramos posiciones políticas radicalizadas. María Matilde Ollier las diferencia en dos etapas, la primera de *radicalización ideológica* a través del acceso a ideas nacionalistas, populistas, cristianas y marxistas que decantaría en la adhesión a la idea de revolución violenta para tomar el poder y desde ahí transformar a la sociedad. La segunda llegaría cuando la *radicalización política* promoviera la decisión del ingreso a la izquierda revolucionaria y al ejercicio de esta práctica como miembros de un grupo o partido armado (Ollier, 2009).

| Es que adheríamos a los grupos armados. Yo estiraba la mano y juntaba los volantes de FAR o de ERP, de cualquiera. Adhería porque para mí expresaban la posibilidad cierta de transformación (María A., 2009).

Enfocados en las quince trayectorias analizadas, y con diferencias en los niveles de compromiso, si bien todas podrían ubicarse en la primera etapa, dos de ellas no pueden ser enmarcadas completamente en la segunda. Gloria fue una de las entrevistadas que planteó no estar a favor de la lucha armada, si bien señaló que al poder había que tomarlo de la forma que fuese, no consideraba la violencia en primera instancia. Su incorporación al PRT fue muy corta antes de su detención, y sus ideas de participación tenían mucho más que ver con formar

parte de una organización estudiantil, la promoción de actualizaciones bibliográficas, renovaciones en las cátedras y tomas de posición respecto de cuestiones políticas específicas, que con una militancia política revolucionaria. Incluso es la única que recuperó las discusiones sobre la participación en las elecciones de 1973 y recogió la idea de la convención constituyente que planteó el PRT en 1975.

El resto de las entrevistadas sostuvo la idea de que las elecciones no eran el camino que tenía el pueblo para llegar al poder, sino una herramienta de las clases dominantes para mantener su sometimiento. Para muchos jóvenes esta postura incluyó un fuerte cuestionamiento al sistema, así como la idea de contribuir a su crisis. La confluencia entre ideas de izquierda y la urgencia de encarar la acción –que debía ser armada– se hizo evidente. Esto se reflejó en las discusiones que Victoria tenía con su padre, militante socialista:

Mirá, la democracia burguesa no tiene ninguna posibilidad, siempre nos van a aplastar; es golpe, otro golpe, otro golpe, cada vez tenemos menos libertades. Este que vino es un católico recalcitrante, qué nos va a esperar la próxima vez (Victoria, 2010).

Este tipo de posturas no pasó desapercibida en los sectores dominantes, en los que se advirtió la posibilidad de confluencia de ambas violencias: la social y la de los grupos armados, lo que orientó la evolución política de los '70. Al mismo tiempo, en algunos grupos de las Fuerzas Armadas se advirtió que no solo se trataba de la incorporación del peronismo al juego político, sino de frenar la confluencia con sectores comprometidos con ideas radicalizadas como “liberación, socialismo y revolución” presentes en la clase obrera, franjas de los sectores medios y los jóvenes. En esta percepción se inscribió el giro político de Lanusse cuando convocó al Gran Acuerdo Nacional (GAN).

La estrategia del presidente de facto estuvo destinada a aislar los elementos más radicalizados y encauzar la conflictividad social y política dentro de los marcos de la democracia parlamentaria, con la intención de desgajar la oposición a la dictadura de las impugnaciones al “sistema”. Si bien se fracasó en el intento de fortalecer la democracia parlamentaria, sí se obtuvo éxito en el objetivo de desgajar los sectores sociales activados de los partidos armados (Tortti, 1999). En el capítulo 3 retomaremos las posiciones de las entrevistadas al respecto.

El ingreso a la militancia

Las decisiones que estas mujeres tomaron y que las llevaron a ingresar a la militancia, si bien se encontraron en relación con el contexto sociopolítico general del momento, deben ser iluminadas con otros aspectos que conforman la dimensión subjetiva. Aspectos que nos llevan al espacio en que lo íntimo donde las interpretaciones y las atribuciones de sentido respecto de lo actuado, se cruzan con la época en que vivieron.

En principio, ¿qué tipo de relaciones genéricas aparecieron disponibles para estas jóvenes? Como ya se mencionó fueron significativos los cambios a nivel de la vida cotidiana, de la moral sexual y de los roles genéricos. Ser mujer en las décadas de 1960 y 1970 resultó muy distinto que en las anteriores. Los jóvenes que se conocían y entablaban relaciones en esta época, lo hacían con patrones diferentes de los de sus padres, no obstante, dichos patrones convivían con otros más moderados que reactualizaban los mandatos tradicionales.

En los sectores modernos de la sociedad –la clase media, sobre todo– se dibujaba un nuevo modelo: la “mujer liberada”, una profesional que se realizaba fuera del hogar. Esto no dejaba de generar contra-

dicciones ya que ponía en cuestión el orden doméstico y confrontaba los privilegios masculinos. Sin embargo, tanto desde el discurso psicoanalítico en boga, o las revistas del estilo de *Primera Plana* se recomendaba a las mujeres priorizar su rol de madres y, aunque promovieran la coparticipación en las tareas domésticas, en ningún caso se pensaba en equilibrar los poderes en la pareja. En estas cuestiones, entre otras, se hace presente para Isabella Cosse (2010) el carácter de *discreto* de la revolución en la sociedad de la época. La autora destaca la convivencia y actualización de mandatos modernos con otros moderados y más tradicionales. Al respecto destacamos que, según nuestros testimonios, dentro de las organizaciones de izquierda revolucionaria parecieron hacerse visibles patrones de comportamiento femeninos y nuevos modos de ser padre y compañero distintos de los experimentados en la propia crianza.

Entre las entrevistadas se evidencian diferencias en relación con el contexto familiar, sin embargo, en la mayoría de los relatos, las libertades incorporadas en experiencias familiares, las posibilidades de plantear ideas y argumentarlas, se recortaron como un valor; perteneciesen estas mujeres a familias de carácter conservador o más liberales. La presencia de padres politizados o comprometidos socialmente, cuestionadores, librepensadores, que sostuvieron sus principios frente a las dificultades, apareció en los relatos. María A. señaló que:

[...] en la familia de mi mamá, sobre todo, eran muy conservadores y católicos, y el contraste eran los chicos trabajando en casa haciendo mandados, algo muy común en esa zona del interior. Mi viejo, nada que ver, era peronista, cuestionaba mucho estas cosas. Y los cuatro hijos nos identificamos más con mi papá (María A., 2009).

Silvia M., en cambio, relacionó su militancia con su abuelo materno, que había sido miembro fundador del gremio ferroviario “La Fraternidad” y agregado obrero de Perón en Bolivia, durante su primer gobierno:

[...] porque además, por el abuelo, mi familia ha sido siempre una familia muy politizada. Mi padre también era peronista, él estuvo en la custodia cuando vino Perón, pero no era un tipo así tan visceralmente politizado como lo era mi abuelo y yo creo que eso lo heredé [...] (Silvia M., 2009).

Mercedes señaló la importancia de haber conocido en su entorno familiar a Carlos Olmedo, uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

El caso más diferente fue el de Marta, quien enlazó su preocupación militante con el barrio en el que vivió¹⁶. Es claro que no todas estas mujeres procedieron de hogares politizados. En los casos en que sí se asumieron posturas políticas, no necesariamente las ideas que predominaron en las casas determinaron la organización a la que ingresaron: de hogares peronistas o “gorilas” salieron militantes monotoneras, así como de hogares más cercanos al socialismo, resultaron militantes del PRT-ERP; solo el componente de compromiso social con los pobres aparece como común a todas ellas.

¹⁶Describe a su madre como “apolítica” y dice que sus hermanas niegan cualquier participación política en el pasado. Pero en su barrio, en su temprana adolescencia, conoció gente que había vivido la Semana Trágica y la Guerra Civil Española y eso influyó en su conciencia política. Marta comenzó a militar más tempranamente que el resto de las entrevistadas –alrededor de 1966–, quienes lo hicieron más cerca de 1971.

Se hizo referencia a experiencias de ayuda a los más necesitados, como el caso de María P., cuya madre, directora de un jardín de infantes, la llevaba a ella y a sus hermanos a los barrios pobres de Luján; y el de Gloria, quien se organizaba con sus primas en su pueblo de Santiago del Estero en el mismo sentido. Las jóvenes construyeron su subjetividad política inicial tanto en espacios privados –la familia y los grupos de amigos– como en los públicos y políticos disponibles: partidos políticos legales, el barrio, la iglesia y las instituciones de educativas, previos todos a la incorporación a la militancia radicalizada.

Un primer acercamiento bibliográfico al tema a partir de publicaciones aparecidas alrededor de 2005¹⁷ parecía identificar que las mujeres accedían a la militancia, por lo general, a través de un varón perteneciente a su entorno significativo (en su calidad de esposa, madre, pareja, hija o hermana), ya fuera en ámbitos estudiantiles o mujeres que ingresaban a la militancia desde su rol de madres, buscando o acompañando a familiares detenidos/desaparecidos. Por ejemplo, una de las entrevistadas por Laura Pasquali (2005), Hilda, se involucra en la militancia a partir del compromiso de sus dos hijos. O bien el relato de una detenida que había ingresado a la militancia por seguir al marido, sin demasiada conciencia¹⁸.

Consideramos que la idea de las mujeres que ingresan a la militancia de la mano de un varón debe relativizarse, como ya señaló Paola

¹⁷Pascuali, L. (2005) "Narrar desde el género: una historia oral de mujeres militantes". En: Andújar, A. (2005). *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria Editora. Diana, M. (2006). *Mujeres guerrilleras. Sus testimonios en la militancia de los '70*. Buenos Aires: Planeta.

¹⁸Aparece referida por Eva Giberti (1996).

Martínez (2009) en su investigación sobre militantes del PRT-ERP. En nuestro caso, solo Rosa señala que, más allá de su experiencia social como católica, comenzó a militar porque el que fuera su primer novio, “el Gordo Fabián”, era peronista:

| Y realmente me impactó, tan claro, tan joven, con un compromiso tan claro, más allá de su formación peronista (Rosa, 2009).

Lo que no implicó haber ingresado a la militancia solo por acompañarlo, por el contrario, su compromiso creciente generó discusiones con su pareja. El resto de las mujeres conoció a sus parejas una vez incorporadas a la militancia. Silvia M., en cambio, ingresó a Montoneros ya casada y con hijos. Tanto ella como su esposo se incorporaron a la militancia cada uno por su lado, sin comentárselo. Más tarde, un hecho fortuito permitió blanquear la situación:

| [...] hubo una actividad en La Matanza donde se hizo un asado, estábamos en pleno “luche y vuelve”. Rodolfo trabajaba –porque el papá era militar y le había conseguido trabajo–, en la municipalidad de La Matanza; otro milico dirigía la municipalidad. Pero a su vez se ve que él ya tenía participación y yo ahí me entero bien, porque en ese asado se lee una adhesión de Montoneros a la actividad que estábamos haciendo y cuando llego a casa, me encuentro con el texto de la adhesión, que lo había hecho Rodolfo. Y ahí un poco salta el hecho del que él ya estaba militando por otro lado (Silvia M., 2009).

Respecto de Patricia V., tenemos el relato de su hermano, Marcelo, quien si bien vivió con ella en Buenos Aires, constituye un testimonio con distinto registro de los que venimos mencionando, ya que es un testigo en carácter de observador. Marcelo conoció un par de novios de Patricia

dentro de su militancia, sin embargo, las inquietudes políticas ya estaban presentes en ella desde la escuela secundaria en Santa Fe. Martín, hermano de María Lía, señaló que ella inició su militancia en FAR y luego pasó a Montoneros, y sabe que participaba con su novio en programas sociales en los que iban al interior a construir casas para comunidades muy pobres.

María P., en cambio, ingresó a la militancia territorial en Montoneros en Villa Martelli donde ya lo hacía su hermano. Su relato parece señalar una conjunción de circunstancias: el deseo de participar, los antecedentes compartidos en la infancia con visitas a barrios marginados y la presencia de su hermano que militaba en la zona.

Aparecen en varios de los testimonios *hermanos y hermanas militando* ya sea en la misma organización o en una distinta. En los casos de las tres mujeres desaparecidas, son los hermanos los que aportaron mayor cantidad de información, al menos eso sucede respecto del caso en el que tenemos acceso al testimonio de otro familiar¹⁹. Esto puede atribuirse no solo a que compartían ideales en relación con la militancia, sino que parece haber operado el vínculo *fraterno-fraterno* profundizado sobre todo por la necesidad de abandonar el hogar familiar por razones de estudio. Creemos que la condición de ser hermano menor, como en los casos de Martín y Marcelo, pudo estar presente en los relatos. Marcelo señala situaciones de cuidado de su hermana con respecto a él. Entre ellas, enviarlo a vivir a otro lado por el peligro que representaba la represión –o aconsejarle que dejara el país–, en tanto ella se negaba a hacerlo. Cuando refiere a la militancia de su hermana

¹⁹Nos referimos al caso de Patricia V., de quien se entrevistó también a la madre. Los huecos y las inexactitudes entre un testimonio y el otro son muy grandes y, evidentemente, es el hermano quien posee información más fehaciente.

Laura, Martín comenta que vivían en Mar del Plata, él quería estudiar Antropología en Buenos Aires y su hermana lo llevó a conocer la sede Independencia de la Universidad de Buenos Aires:

Laura, que estudiaba ahí, me llevó para que yo fuera a ver lo que era la facultad de esa época y yo quedé obnubilado porque entré a un lugar donde había un montón de carteles de agrupaciones políticas, imágenes del Che, Lenin, Mao, ¡qué sé yo! Hoces y martillos por todos lados, Montoneros, FAR, FAP, de todo. E iba así como un chico en una juguetería, *que me llevaba mi hermanita*. Por lo que yo deduzco que *ella ya estaba introduciéndome a mí* en ese mundillo²⁰ (Martín, 2009).

En cambio Guillermo, mayor que su hermana Estela, refiere al sentimiento de culpa que lo acompañó respecto del ingreso de su hermana en la militancia. Luego de comentar que ella era siempre muy discutidora y líder en todo lo que hacía, dice que si bien Estela no ingresó por acompañar a ningún novio, en su ingreso influyeron las charlas que tuvo con él y su primo. Enmarcado en el relato completo sobre la militancia de Estela, se puede pensar que Guillermo refleja la sensación de no haber cumplido su rol de hermano mayor, y además varón, que “debía proteger a la hermanita”:

No, no y por influencia de los mayores, de mi primo y mía, y qué sé yo. Yo tuve mi culpa muchos años sobre ese tema, hasta que después leí un librito de un compañero y claro, de una u otra manera iba a pasar, un poco es como que yo la... Me sentía responsable [...] (Guillermo, 2010).

²⁰El destacado es nuestro.

En otra parte de su relato, citada más adelante en este capítulo, se hace evidente la tendencia a la idealización de la hermana desaparecida, vivida como excepcional en relación con él mismo y sus otros hermanos.

El vínculo fraterno, que retomaremos a lo largo de este trabajo, se mostró como un espacio valioso para la recuperación de experiencias, creencias, emociones y representaciones que cimentaron la construcción identitaria entre hermanos y que los tornaron testigos significativos en la reconstrucción de la militancia de las jóvenes desaparecidas. En el análisis no se dejó de considerar que la desaparición de sus hermanas debió tener efectos profundos sobre las vidas de los sobrevivientes, y que esta situación, atravesó sus relatos. Por otra parte, sus memorias, a falta de espacios culturalmente legitimados donde narrar lo vivido²¹, pueden considerarse también parte de lo que Pollak (1989) identifica como *memorias soterradas*, porque carecieron mucho tiempo de escuchas que sí estuvieron disponibles para madres y abuelas.

Para retomar el tema sobre los ingresos a la militancia, se considera que la idea de mujeres haciéndolo de la mano de un varón, si bien no puede ser descartada de plano, debe ser morigerada en los casos analizados. Por otra parte, tampoco se puede atribuir mayor importancia a referentes familiares femeninos de estas mujeres. Hay pocas referencias, por ejemplo, Gloria, cuando menciona la influencia de su abuela nacida en Siria que nutrió su mente de ideas libertarias; o María P., quien señala que iba a los barrios pobres de Luján con su madre.

²¹En tanto que se dio prioridad a las figuras de madres y abuelas que reclamaban por sus hijos o los hijos de estos, los hermanos quedaron subsumidos en la categoría general de familiares, solo tardíamente surgirá –en 2003– el grupo “Hermanos por la verdad y la justicia” (Teubal, 2010, p. 42).

Los textos ya referidos que toman el enfoque de género²² planteaban que, aunque se hubiesen incorporado luego a organizaciones diferentes de las que participaban sus parejas o familiares, estas mujeres parecían responder a un compromiso familiar con la militancia, a un “clima de ideas”. Alguna entrevistada en estos trabajos señala que “era el propio contexto el que te empujaba”²³, lo que podría señalar cierta falta de conciencia política o de reflexión. Alejandra Oberti (2005) hace referencia a una especie de aceleración vivida, que dejaba muy poco espacio para la reflexión o la crítica una vez tomada la decisión del ingreso a una organización por miedo a perderse la oportunidad histórica de ser parte de la revolución²⁴.

Si bien apareció en las entrevistadas la idea de *aceleración* –referida a experiencias fuertes ocurridas en un breve lapso de tiempo– y el deseo de incluirse en un proceso político radical como resultado de búsquedas y evaluaciones personales, no así la idea de incorporación sin reflexión. Victoria relató que “le faltaba algo”. No era suficiente con la propuesta de su padre de incorporarse al Partido Socialista, ni las discusiones de “sobaco intelectual” con sus amigos; en ambos casos “faltaba acción”. Así llega a una reunión con gente del PRT-ERP en el bar El Blasón, y en la reunión planteó que:

²²Diana, M. (2006). *Mujeres guerrilleras...*, op. cit. Pasquali, L. (2005). “Narrar desde el género...”, op. cit. Giberti, E. (1996). “La resistencia contra la represión”. En: *Feminaria*. Año IX, N° 18/19.

²³Susana, entrevistada por Oberti, A. (2005). “Violencia política, identidad y géneros en la militancia de los 70”. En: AA.VV. *Historia, género y política en los 70*. Buenos Aires: *Feminaria*, p. 267.

²⁴Entrevista a Nora. En: Oberti, A. (2005). “Violencia política...”, op. cit., p. 268.

[...] a mí me parece que hay que accionar desde otros lugares, que tiene que haber otros métodos de lucha, que tienen que haber otros métodos de participación, abramos este frente y hagamos todo entre todos, no se van a ir nunca si no. Bueno, me abrieron la puerta y me dijeron: adentro. Así entré (Victoria, 2010).

Marta, que había dejado la escuela secundaria a los 15 años, dio cuenta de sus búsquedas, lecturas y exploraciones. Así, ingresó a los 17 años en una organización legal cercana a la línea china de la que la expulsaron en 1966. Nuevamente, se acercó a una huelga ferroviaria en Villa Lynch, participó y acompañó a este proceso, y en ese momento surgió la discusión por la lucha armada:

Te quiero decir con esto, que en realidad no importaba un carajo dónde estabas en ese momento, sino la definición esta de dejar de hablar al pedo, esa era un poco la sensación, muy crítica (Marta, 2009).

Y profundiza:

Lo que sentíamos es que había una situación que urgía en la realidad, en el cambio profundo radical, que había condiciones, estábamos convencidos [...] estaba la guerra de Vietnam, estaba Cuba, había cosas muy concretas. Entonces, todo lo que no era meterse en esa ola y empezar con los bifes –los bifes eran los fierros– era hablar al pedo. En ese aspecto, como que esa etapa se había cumplido. La etapa legal, la etapa de la militancia política tradicional de la izquierda, una etapa que se había cumplido y era necesario pasar a otra cosa. Eso era muy fuerte, sin demasiadas reflexiones, no creo que nadie haya tenido demasiadas [...] salvo la gente que elaboró cosas, líneas [...] (Marta, 2009).

Consideramos que al hablar del deseo de actuar y decir “sin demasiadas reflexiones” se estaba refiriendo a las elaboraciones teóricas que se le criticaban a la izquierda tradicional, lo que Victoria llamó “accionemos y dejemos las discusiones de sobaco intelectual”, y no a falta de reflexión en sus ingresos a la militancia. Estas mujeres explicaron claramente las razones de su ingreso y los límites de su compromiso militante. Creemos que si bien el momento histórico fue un factor movilizador que ofrecía múltiples opciones de participación, la decisión de militar orgánicamente implicaba compromisos y evaluaciones personales que afectaban a la totalidad de la vida de las militantes, y que no permitió ser tomada a la ligera.

María V. explica su ingreso a la militancia en la Facultad de Arquitectura de Mar del Plata junto con su novio, como parte del acercamiento a un grupo que le pidió prestado su auto para hacer una *operación*. Ella les prestó el auto de sus padres, el grupo era del PRT-ERP y *cayó* con panfletos y armas. Como la acción coincidió con el asalto al cuartel de Azul, generó una búsqueda de todos aquellos que tuviesen alguna vinculación, y la tomaron presa. Pasó dos meses en la cárcel de Devoto, lo que no significó el abandono de la militancia, sino una profundización reflexiva y un cambio de organización.

Lo que se observa en las entrevistadas es que a la militancia se incorporaba la vida completa. Es así como las decisiones de ingresar se dan antes, durante o posteriormente a formar pareja y tener hijos, porque eran decisiones que obedecían a algo más que *seguir al varón* o conseguir un novio. Graciela lo pone en palabras cuando comenta su incorporación a un grupo llamado Acción Misionera Argentina:

| [...] yo entré a ese grupo, fundamentalmente, porque tenía inquietudes sociales y además porque uno de los miembros de ese

grupo, el jefe de ese grupo misionero, era el pibe del que yo estaba enamorada, también estaba eso. Pero obviamente, también podría haber ido a bailes con este pibe y no haber ido a la misión; también había algo que tenía que ver conmigo y que me convocaba a eso (Graciela, 2009).

Identificamos una búsqueda consciente en función de expectativas de cambio social a instancias de la militancia a la que se incorporaron. Podría decirse, sí, que la conformación de una pareja se imbricaba con la militancia, haciéndose presente la necesidad de compartir dentro del vínculo hasta el compromiso político.

Refiriéndose a compañeras de militancia en la JP, Guillermo, hermano de Estela, señaló que en su grupo las líderes eran mujeres e hizo una comparación con las chicas de la burguesía católica platense que él conoció:

[...] la Negra y Maruja eran dos compañeras que eran medio conductoras del grupo y a mí no me jodía, no me preocupaba, al contrario, era tanta la novedad que yo vivía en esos años, la novedad en mi vida, en todo, en todos los aspectos de la vida, no solamente en esa cuestión, que aceptaba todas esas cosas, medio que las consumía y en ese momento hasta las admiraba, porque no eran las boludas con las que yo compartía un montón de cosas de mi adolescencia (Guillermo, 2010).

Un conjunto de experiencias que se presentaron por separado o combinadas en los relatos destacó los efectos en las subjetividades militantes de la política vivida bajo gobiernos dictatoriales o elegidos con exclusión del peronismo. Así como también la experiencia directa de la injusticia social y la pobreza extrema en distintas zonas de nuestro país,

el conocimiento de las experiencias cubana, vietnamita y argelina, el encuentro con otros jóvenes que tenían diferentes formaciones políticas e ideológicas e incluso la relectura de la historia nacional, sin olvidar la experiencia católica tercermundista, influyeron en las militantes.

Para Graciela, la experiencia con los hacheros, pero también el contacto con Carlos Mugica y jóvenes que venían del Colegio Nacional Buenos Aires –quienes a su vez tenían una lectura distinta de la historia– representaron, usando sus propias palabras, “rupturas epistemológicas”. Significó tomar conciencia de que había distintas perspectivas, otras formas de mirar la realidad y que uno podía y tenía que elegir el lugar donde se iba a parar para leer esa realidad:

[...] ese “pararse en un territorio” es lo que yo podría hoy definir como *entrar a la militancia*; es decir en qué lugar del mundo yo me siento par o con quiénes, y me parece que tengo que leer lo que pasa y puedo plantear una perspectiva de cambio; claro, previamente uno comprende que hay un mundo profundamente injusto y que hay que cambiarlo, por eso te digo que toda esa mezcolanza, como para poder pensar²⁵ (Graciela, 2009).

Muy similar fue el relato de Guillermo sobre su hermana, Estela. Una experiencia en una zona tabacalera de Jujuy, el choque con la pobreza y la explotación, niños ocupados en el secado de tabaco, la formación religiosa, las lecturas desde el revisionismo histórico, la capacidad de discutir con sus profesores al respecto. Así, Estela, procedente de un hogar muy conservador, católico y no peronista, ingresó a la Juventud Universitaria Peronista (JUP) en La Plata.

²⁵El destacado es nuestro.

Un componente que apareció en el relato de algunas entrevistadas fue la idea de *trasgresión* o *rebeldía*. En el caso de María V., cuando se incorporó a una organización que tenía una posición política contraria a la de sus padres. O, en el de Gloria, al casarse con su compañero de militancia solo por civil en su pueblo, con un novio que había conocido cuatro meses antes, que nada tenía que ver con las expectativas sociales de su familia:

Y hacer que el pobre cura toque las campanas, porque no me casaba por iglesia y vestirme de vaqueros e irme a un club el día que me casaba a bailar y a jugar al carnaval, era una cosa absolutamente desafiante, *más desafiante que salir a la noche a pintar*, que eso para mí [...] no sé qué decirte, era, no sé [...] ²⁶ (Gloria, 2009).

En este caso, la forma de autorepresentación aparece más anclada en la contestación de roles femeninos tradicionales disponibles en la conservadora sociedad santiagueña, que en su rol de militante.

Las mujeres entrevistadas se recortaron a sí mismas con respecto a las otras²⁷, que percibían como apegadas al modelo tradicional ya fuesen de su generación o anteriores, como diferentes, liberadas, con base en otros valores. Ante la pregunta sobre si percibía su experiencia como superadora de las mujeres de otra generación, como su madre, María A. incluyó la palabra “trasgresión”:

²⁶El destacado es nuestro.

²⁷Se encuentra paralelo en los relatos con la consigna que recoge Karin Gramático (2011, p. 17): “Mujeres son las nuestras, mujeres montoneras, las demás están de muestra”, cantado por las militantes de la agrupación Evita, que identifica la filiación política de quienes cantan al tiempo que recorta las verdaderas mujeres de las otras, carentes de los valores para ser consideradas mujeres auténticas.

Siempre fue superador de mi vieja, todo lo que una había hecho desde chica era superador. A pesar de que mi vieja tenía sus formas de *transgredir* también, no para el mismo lado, la política a ella no le interesaba, pero no era la madre tradicional, ni mucho menos. Era mucho más liberal, ella sí tenía una cierta onda feminista, porque ella salía, se arreglaba; que las mujeres en aquella época solo se pintaban los labios, mi vieja se pintaba los ojos, salía, iba al cine, un montón de cosas que no [...] pero sí, todo esto era, no solo superador, sino que era diferente (María A., 2009).

Contrariamente al caso de Gloria, parece que la verdadera trasgresión para María A. tenía que ver con su compromiso político, con su militancia y no con el cuestionamiento de roles tradicionales asignados a las mujeres; la militancia política parecía ser *la trasgresión*. Algo similar sucede con María V., cuya rebeldía tenía que ver con una afiliación política diferente a la de su hogar. Solo Gloria destaca comportamientos reñidos con los roles tradicionales asignados a las mujeres dentro de la conservadora sociedad santiagueña. Sin embargo, sus transgresiones a este nivel fueron moderadas. Ante una referencia realizada por ella sobre varones y mujeres que estudiaban y dormían en el mismo departamento, la pregunta obligada fue sobre la opinión de su madre al respecto, y ella respondió que:

Ella estaba convencida, absolutamente segura, de que su hija era cuidadosa moralmente, y ella veía que iban y venían chicos al departamento nuestro, varones, se quedaban a dormir, estudiaban con nosotros, pero veía el trato fraterno que había, *ella sabía que no pasaba nada de lo que ella no quería que pasara* [...] ²⁸ (Gloria, 2009).

²⁸El destacado es nuestro.

En un primer acercamiento podemos decir que lo que tienen en común los relatos de y sobre las militantes es que se asumieron su época como mujeres diferentes y que describieron su militancia como *de igual a igual* con los varones. Cada una de ellas alcanzó distintos niveles en las jerarquías de sus espacios militantes, y los límites en las posiciones alcanzadas no aparecen en sus relatos como impuestos externamente, como algo que se vieron obligadas a aceptar, sino como decisiones personales.

Lo que trataremos de dimensionar es a *qué punto* ascendía el carácter trasgresor del comportamiento de cada una, ya que parecería estar en relación con el entorno donde vivieron y desarrollaron su militancia. Es así como, para Gloria, que vivía en una provincia con una estructura tradicional y marcadamente patriarcal, lo desafiante pasó por no casarse por iglesia o tener una voz respetada en los ámbitos de militancia estudiantil, ser llamada *librepensadora* dentro de la cárcel. Para Marta en cambio, pasaba por *ir a los fierros*, por el compromiso con la acción armada, en tanto que para María A., todo lo que había hecho era diferente respecto de las mujeres mayores que conocía.

Consideramos conveniente incluir aquí una primera reflexión sobre el valor del testimonio y la memoria a la que se accede. Debemos considerar que todo testimonio sobre una experiencia no solo pone en juego la memoria, sino una reflexión sobre sí²⁹. Con esto queremos resaltar que no caemos en la actitud ingenua de pensar que en las entrevistas accedemos a experiencia de militancia en los '70. Los

²⁹Es por eso que los testimonios deben ser considerados como verdaderos instrumentos de reconstrucción de identidad, y no solamente como relatos factuales, limitados a una función informativa (Pollak citado por Jelin, 2013, p.142).

hechos narrados y la experiencia personal posterior permitieron a las entrevistadas y los entrevistados reinterpretar y dar nuevos sentidos a lo vivido. Debemos considerar que en los testimonios se hacen evidentes múltiples temporalidades: el tiempo biográfico del contenido de lo que se relata, el tiempo histórico en que ocurrieron los hechos y el tiempo histórico cultural del momento en que se realiza el relato para alguien (Jelin, 2013).

De la masculinización, la coquetería y otros estereotipos

Las mujeres entrevistadas dieron cuenta de trayectorias diferentes producto de disímiles ingresos a la militancia, no solo por los espacios en los que militaron, sino por las razones que los fundamentaron. La evolución y el derrotero de cada una de ellas también fueron diferentes, sin embargo, es claro que se sintieron y fueron vistas por los otros como fuera de lo convencional. Al hablar de su hermana Estela, Guillermo dice que:

[...] se agarraba a trompadas con nosotros de chica y de grande con tipos por la calle, un tipo que le decía algo lo corría a piedrazos, “la gorda” era muy especial, y como decía yo, como decían los viejos, “así no vas a encontrar novio nunca”. Ella conducía siempre. Era muy especial, no era una chica tradicional del Eucarístico, de hecho, la reacción de ella cuando fue a Jujuy fue de alguien distinto, las otras decían “ay, los nenitos qué divinos, no sabés los morochitos, ellos contentos” (Guillermo, 2010).

Estela estudiaba Física y escuchaba los partidos de fútbol, al tiempo que tejía con mucha rapidez y era experta modista, incluso en la clandestinidad confeccionó el vestido de quince años de su hermana

menor, con las medidas recibidas por teléfono. Guillermo lo explica como un deseo de saber hacer todo.

Hay una idea por considerar y es la de *masculinización* de las militantes que se ha señalado en algunos trabajos y si puede o no ser identificada en los testimonios analizados. Alejandra Oberti (2004) ha hecho referencia al modelo de militante ideal, que al ser *neutro*, fue masculino, y así negó el género y contribuyó a la reproducción de la desigualdad. En otro trabajo, la misma autora, refiere a la *masculinización* respecto de la identidad militante-militarizado encarnado en cuerpos femeninos. Así, cita a una entrevistada, María, que dice:

[...] esto de que además de militantes y proletarizadas éramos mujeres, es una cosa que yo descubrí recién ahora, no es que antes yo no era mujer y ahora sí, no, yo siempre supe que no era lo mismo ser varón que ser mujer, pero antes, en ese momento me parecía secundario [...] vos me preguntás si en la concepción de la revolución, de lo que iba a ser... entraba la cuestión de la mujer, yo te tengo que decir que no, nunca aparecía eso. [...] te lo voy a resumir ¿seremos como el Che? [...] ¿me explico? (Oberti, 2005, p. 270).

La idea *cuanto más soldado mejor hombre*, colisionando con las subjetividades de género que señalan las entrevistadas de Alejandra Oberti, no puede ser identificada de modo directo en nuestras entrevistas, al contrario, ellas se afirman en su condición femenina. Más aún, no parecen cuestionar muchos de los significados tradicionalmente disponibles para las mujeres en la época en sus construcciones subjetivas si restamos la participación política. La condición de *militantes políticas* parece ser el punto desde donde centran su construcción subjetiva y se recorran a sí mismas como diferentes, liberadas o igualadas con los varones.

La mencionada masculinización, sin embargo, se hizo presente en los relatos como el negativo de una fotografía. Al señalar su visión de las mujeres militantes, las entrevistadas lo hicieron en respuesta a un estereotipo, al parecer, compartido tanto en Montoneros como en el PRT-ERP. Mercedes y María P., refiriéndose a Soledad³⁰ señalaron que: “Hay una cosa, la leyenda que para ser Montonera había que ser marimacho, no es así, si hay una mina que era femenina era Soledad”.

Continúa Mercedes diciendo que ella no recuerda a ninguna compañera “marimacho”, y entre las dos (Mercedes y María P.) describen características de la ropa que Soledad usaba, “los toques” femeninos, como una tobillera de mostacillas “el *súmmum* de la moda” y un anillo con una piedra enorme. Soledad era oficial montonera, y había sido responsable en uno de los ámbitos en los que militó María P.

Lo que se hace evidente en esta parte de los relatos es que, al recordar lo vivido, hay una reinterpretación de la experiencia a la luz de las referencias críticas a la masculinización que asumieron algunas mujeres militantes. Tal como señala Oberti citando a Roberto Pittaluga “las narraciones tienen diferentes destinaciones, interlocuciones y fuentes: el recuerdo no es propio sino construido entre muchos, como el discurso” (Oberti, 2013, p. 70).

La idea de masculinización en las militantes también fue referida por Isabella Cosse (2010, p. 145) en su capítulo sobre la pareja militante. Tal como señala la autora, en los casos aquí analizados, para las militantes el feminismo no fue una preocupación y prefirieron demostrar que poseían la misma capacidad, compromiso y condiciones

³⁰Se refiere a Laura, hermana de Martín, desaparecida.

que los varones. Sin embargo, la idea de que *pintarse y arreglarse* era una desviación pequeño-burguesa, y una idea aceptada por todas las militantes, podría revisarse. La coquetería parece haber sido un comportamiento que de un modo o de otro nuestras entrevistadas mantuvieron y destacaron.

Consideramos que, al resaltar la coquetería, las entrevistadas están respondiendo a otros relatos de militancia como los citados por Alejandra Oberti (2004) que no les eran desconocidos. Así se hacen presentes las múltiples temporalidad a las que refiere Elizabeth Jelin (2013). Se trata de una reinterpretación que hicieron las mujeres sobre sus experiencias militantes de un tiempo biográfico e histórico específico en un contexto histórico temporal diferente (Jelin, 2013).

Paola Martínez (2009) señaló los cuestionamientos que recibieron las mujeres que solicitaron ayuda en las tareas domésticas o se vistieron en forma cuidadosa: fueron calificadas de “coquetas” y pequeño-burguesas. Claramente, en estos casos la connotación negativa de dicha calificación implicó cuestionamientos a las jóvenes a partir de un modelo femenino estereotipado dentro del partido.

Respecto del estereotipo del *comportamiento de una militante* recurrimos a los relatos sobre Silvia U. que aportan Marta y Eduardo: “Era una tipa muy particular, muy fuera de serie, muy poco entraba en los cánones de los esquemas militantes de hoy”.

Para volver cronológicamente, en el '71 ella aparece en esa casa, era una tipa muy especial, el primer día se aparece con que había encontrado una tarjeta de crédito..., compró todo lo que te puedes imaginar para todos los compañeros... Era así, era una loca..., una audaz, esa persona que te compraba lo que vos querías [...].

Y bueno, al otro día de la tarjeta de crédito se apareció con una minifalda roja, era muy bonita, con un montón de pollitos que traía para mi hijo el mayor... Todo el tiempo eran cosas así fuera de cánones³¹ (Marta, 2009).

Y, a la pregunta del porqué de su particularidad, refieren a su audacia y a su pensamiento muy libre, muy poco convencional. Y a pesar de que ambos destacan su adhesión a las directivas políticas del partido y su compromiso militante, agregan que fue muy criticada por sus actitudes y que sufrió mucho rechazo por sus liberalidades, acusada de fantasear, a pesar de haber demostrado entereza en situaciones de tortura y acciones de importancia. Agregan:

Claro, sufrió eso, ella murió incluso en condiciones de mucho rechazo dentro de la organización, con lo cual su fin debe haber sido mucho más difícil [...] (Marta y Eduardo, 2009).

Evidentemente, en este relato, lo que se manifiesta es un estereotipo de la mujer militante que Marta y Eduardo tienen presente al destacar que Silvia U. se salía de todos los moldes. Mencionan que fue muy criticada por las compañeras dentro y fuera de la cárcel. Sus relatos refieren al comportamiento no sometido a las rígidas reglas morales adoptadas por el partido, a sus relaciones de pareja siempre con hombres que ocupaban espacios de conducción, sus liberalidades, todo esto con base en los cuestionamientos que tanto mujeres como varones le aplicaron desde estereotipos femeninos tradicionales. En una parte de su testimonio, Marta dice:

³¹El destacado es nuestro.

[...] ella hace pareja con un compañero del Buró, por un lado estaba siempre cercana a la dirección y por otro, se la criticaba, y siempre en este terreno de que fabulaba, de que era muy liberal y no eran críticas más políticas, y creo que tenía muchísimo que ver esta impronta de su personalidad [...] (Marta, 2009).

Podría pensarse que lo que Marta y Eduardo no se atreven a explicitar, porque es difícil aceptar desde su lugar de militantes de un partido revolucionario, es que a pesar del comprobado compromiso de Silvia U. como militante, se la criticase por su moral, que tal vez se dijese que “era puta”.

En cuanto a las acusaciones de coquetería o los modos de vestirse y pintarse, retomamos el relato de Victoria, quien se refirió a las “polleritas” que le hacía su madre modista y que compartía con el resto de las compañeras del partido:

Eso sí y después, el Negro siempre decía algo con lo que yo me divertía mucho, y me divertía mucho porque sabía que era linda, flaquita, de patas lindas, siempre anduve con polleras muy cortas. Nunca asumí el papel jean, camisa, botitas de gamuza y morral verde, ¡jamás de la vida! [ríe] (Victoria, 2010).

Existió un estereotipo de la militante, que Victoria conocía y del que renegaba, y encontraba espacio para hacerlo, teniendo en cuenta que su posición era de responsable del frente legal universitario. En tanto que el comentario que hacía su marido, “el Negro”, reflejaba estereotipos de belleza enfrentados: “No cambio a las compañeras nuestras por nada del mundo, pero la verdad, ¡qué lindas que son las mujeres de la burguesía!”.

Parecería, necesario, entonces, repensar las referencias tanto a coquetería como masculinización considerándolas en función de es-

estructuras que no siempre fueron aceptadas, como parte de una negociación entre el deber ser y las decisiones de los individuos. Y también pensar en cánones de belleza contradictorios, entre *la revolucionaria* despojada de toda coquetería propuesta desde el partido y las militantes de carne y hueso. Los estereotipos representaron muchas veces contradicciones con los cuerpos y las construcciones subjetivas de jóvenes mujeres procedentes, en su mayoría, de la clase media.

Destacamos el caso de Silvia U. en este análisis de los estereotipos de las mujeres militantes y el rígido ideal moral tradicional de las organizaciones armadas, que devino en acusación porque ella no se sujetaba a este. También, hay algo de velado cuestionamiento a su sexualidad que aparece en las críticas sobre sus fabulaciones.

Finalmente, respecto del *militante ideal* que equiparaba a mujeres y varones y borraba cualquier diferencia sexual, y afirmaciones sobre las mujeres que “Con su compromiso militante ellas suponían que contestaban los patrones tradicionales de género, casi por el simple hecho de ser mujeres que ponían el cuerpo en ese lugar, el resto vendría después” (Oberti, 2004, p. 9), agregamos que los testimonios obtenidos reflejaron que estas mujeres no pensaban “que el resto venía después”, y tampoco los varones entrevistados. Por el contrario, sentían que lo estaban alcanzando, que como mujeres opinaban, participaban, decidían y conducían en pie de igualdad con los hombres. Esto no implica afirmar ingenuamente que se había logrado la igualdad absoluta, sino que los motivos por los que no se disputaron con más claridad los patrones tradicionales de género, no solo se debieron a que se los consideraba una preocupación pequeño burguesa, ni porque se dejaba la disputa para el futuro, sino porque se los consideraba parte de la realidad cotidiana.

En este punto vale remarcar que las entrevistadas situaron sus valoraciones de igualdad respecto de la militancia política, la discusión ideológica y el compromiso con la organización. Y para identificar esto es necesario, además de ver a las militantes entrevistadas dentro de las organizaciones, ponerlas en relación con lo que sucedía por fuera de ellas, en la sociedad en general y cómo jugaban entre sí los roles *varón* y *mujer*:

Además hay una cosa que María planteaba la otra vez, fuimos parte de la generación en la que había una paridad absoluta con los hombres, es más, formaba parte de su orgullo ser padres diferentes, ser amos de casa diferentes, había una cosa de compartir responsabilidades, y no importaba si era la cuestión política o hacer las compras o quedarse con el hijo [...] formaba parte de nuestra generación el orgullo de que habíamos logrado una paridad y que para ser responsable mujer no tenías que transformarte en nada masculinizado³² (Mercedes, 2009).

Finalmente, Marta del ERP afirma:

Mirá, yo personalmente, en ese momento, no sentí ninguna diferencia, es más, creo que fue el momento de mayor oportunidad para mí, digamos. Para mí y para muchas otras compañeras, más allá de que pensándolo tal vez [...] otros tipos tuvieron más oportunidades, eso es una reelaboración, pero en ese momento y dada la visión que había de la mujer en ese momento, para mí fue la experiencia más integradora de la mujer que yo conozco (Marta, 2009).

³²Este relato es muy diferente al de las entrevistadas por Marta Diana (2007) que refieren a las resistencias masculinas para compartir las tareas de crianza y cuidado de los hijos.

Para terminar sobre el ingreso a la militancia cabe preguntarse: ¿qué análisis políticos orientaron las decisiones? ¿En qué organizaciones decidieron militar? ¿Por qué en unas y no en otras?

Como señalamos, los jóvenes estaban de acuerdo con la opción violenta para la toma del poder y la inscripción en la izquierda como pertenencia ideológica, y que los males del sistema capitalista solo serían superados por el advenimiento del socialismo y del *hombre nuevo*. Lo que definió la inscripción en una u otra organización estuvo dado por la concepción respecto de quién sería el sujeto de la revolución. En tanto que para las militantes montoneras –como señalan claramente Graciela, Mercedes, María A., Rosa y María V.–, sería el pueblo peronista la masa que entraría en ebullición, para las militantes del PRT-ERP –Victoria y Marta–, el sujeto revolucionario sería el proletariado.

Para ello la proletarianización de los militantes se tornó imperativa (las experiencias relativas al tema se desarrollarán en el capítulo 3).

| CAPÍTULO 2 |

Perspectivas

Género, subjetividad e identidad

Para profundizar en las características sociales del momento y el aspecto que asumieron las relaciones entre varones y mujeres en aquellos años nos preguntamos: ¿de qué modo el género configuró las acciones? ¿Cómo valoraron las entrevistadas su militancia? ¿Qué aspectos de esta decidieron resaltar y cuáles dejar en segundo plano en sus reconstrucciones?

Sin embargo, antes de adentrarnos en las respuestas consideramos que, tributando a la claridad, es necesario definir los conceptos que funcionan como urdimbre de la trama que venimos y seguiremos desplegando en los siguientes capítulos.

Tratándose de memorias generizadas comenzaremos por definir *género, subjetividad e identidad* articulándolos entre sí porque allí, creemos, radica su poder para complejizar nuestro análisis. Estos conceptos resultan especialmente pertinentes en el tratamiento de testimonios orales cuando se busca enfocar la presencia de las mujeres, haciendo hincapié en los puntos en los que los relatos privados se enlazaron con la trama social.

Desde la perspectiva de género se consideró que las décadas de 1960 y 1970 constituyeron un momento en el que las categorías *varón* y *mujer*, de por sí inestables e inacabadas, se vieron movilizadas. Así,

frente a las tradicionales formas de entender los roles asignados, aparecieron nuevos comportamientos que habilitaron otras relaciones entre los sexos y produjeron la emergencia de construcciones subjetivas que modificaron las prácticas de los individuos.

Este trabajo reconoce lazos con textos históricos escritos desde enfoques de género³³ y busca centrar el análisis en las experiencias, echando luz sobre la acción específica y los modos de intervención de las militantes entrevistadas. Sin dejar de lado el interés por develar las relaciones desiguales de poder entre los sexos, se buscó rescatar la valoración que las protagonistas tuvieron de su militancia, dando cuenta de lo que hicieron y lo distintivo de este hacer desde los roles genéricos tradicionales.

Como señala Susana Gamba (2007), adoptar una perspectiva de género implica: a) reconocer las relaciones de poder que se dan entre los sexos, en general favorables a los varones como grupo social y discriminatorias para las mujeres; b) que estas relaciones han sido constituidas social e históricamente y son constitutivas de las personas, y c) que atraviesan todo el entramado social y se articulan con otras relaciones sociales, como las de clase, etnia, edad, preferencia sexual y religión.

La pertinencia del género para el análisis histórico articula y conecta dos propuestas: una que plantea que el género es un elemen-

³³Barrancos, D. (2007). *Mujeres en la sociedad argentina: una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Sudamericana. Cosse, I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires*. 1ª ed. Buenos Aires: Siglo XXI. Andújar, A.; D'antonio, D.; Gil Lozano, F.; Grammático, K. y Rosa, M. (2009). *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Luxemburgo. Grammático, K. (2011). *Mujeres montoneras*. Buenos Aires: Luxemburgo.

to constitutivo de las relaciones sociales con base en las diferencias percibidas entre los sexos y la segunda, que identifica en el género la forma primaria de las relaciones de poder (Wallach Scott, 2008).

Observar las relaciones de poder en sentido amplio nos lleva al nivel en que se construyen y legitiman las jerarquías de género, lo que permite poner el énfasis en las relaciones de fuerza involucradas en la construcción y aplicación de los significados de *varón* y *mujer* en una sociedad.

A partir de aquí nos preguntamos cómo estos significados se hicieron presentes en los testimonios y cuáles fueron promovidos en las construcciones discursivas de la época, de modo general, y en las organizaciones político-armadas, en particular. Por otra parte, se buscó identificar las subjetividades femeninas y masculinas presentes en los relatos, así como las variantes de masculinidad y feminidad establecidas en la época y que fueron naturalizadas o puestas en cuestión por las/los militantes a quienes se entrevistó. Los testimonios obtenidos nos han llevado a identificar la heterogeneidad de mujeres y varones dentro de las categorías *mujer* y *varón*, y la diversidad existente entre ellas en tanto sujetos múltiples y fragmentados en diversas posiciones genéricas y sociales (Bonder, 1998). Esto se hizo evidente cuando las entrevistadas se recordaron a sí mismas en relación con otras mujeres con quienes interactuaron durante su militancia, por ejemplo, las de los sectores populares con las que desarrollaron tareas políticas. Y cuando recordaron a sus compañeros en relación con otros varones con los que interactuaron.

En nuestro análisis relacionamos transversalmente identidad y subjetividad con la categoría *género*, para poner en evidencia el carácter de *constructo* de la identidad genérica y dejar de lado la naturalización de la inferioridad en la que la sociedad patriarcal ubica a las mujeres respecto de los varones.

El concepto de *identidad genérica* es una noción teórica compleja que refiere tanto a las cualidades atribuidas por las figuras significativas del niño/la niña, como a las representaciones que ofrece el medio cultural imperante acerca de los modos de la femineidad y de la masculinidad. Y, al mismo tiempo, es una elaboración conceptual que representa la vivencia íntima que el sujeto tiene sobre sí mismo.

La identidad opera como un sistema de regulación y control de las subjetividades de modo que los, individuos respondan a los patrones establecidos. Sin embargo, los sujetos no asumen pasivamente sus identidades, *son* sus identidades. A las identidades que (culturalmente) se les proponen, estos las modifican, rearticulan y refuncionalizan, en un movimiento permanente de construcción subjetiva y, al mismo tiempo, colectiva. La identidad tiene una función estructurante, aunque depende de un componente político ficcional que produce efecto de verdad, sin embargo, no se constituye en un producto terminado y autodefinido (Fridman, 2007).

Desde el feminismo se ha teorizado en contra de enfoques que presuponían la existencia de una identidad personal originaria, delimitada a partir del proceso de socialización inicial en la familia y posterior en los distintos ámbitos sociales. A través de la socialización, el sujeto adquiriría capacidades, motivaciones y prescripciones inherentes a su identidad genérica adaptándose a los mandatos y expectativas culturales. En esta línea tradicional, la subjetividad de género respondería a un esquema dicotómico (femenino/masculino), complementario y heterosexual. Poner en estos términos las relaciones entre las categorías *varón* y *mujer* impide cualquier explicación respecto de los cambios producidos en distintos momentos históricos y, debemos señalar –aunque no sea un tema a tratar en

este trabajo-, oculta toda forma de sexualidad disidente o la ubica en el espacio de la *anormalidad*.

Por el contrario, nos planteamos aquí un análisis en el que la subjetividad emerge de una interrelación compleja de identificaciones, se piensa el proceso de subjetivación como una trama de posiciones del sujeto, inscriptas en relaciones de fuerza permanentemente tensionadas en un juego de aceptaciones y resistencias. Al tiempo que se señala que el proceso de *generización* es una dimensión fundante del proceso de subjetivación, se plantea la simultaneidad de la construcción sujeto/género.

Considerar que el género no es una propiedad de los sujetos ni un *constructo* terminado y fijo que se reproduce eternamente, permite pensar en un enfoque de género que explique cómo los sujetos se *en-generan* “en y” a través de una compleja red de discursos, prácticas e institucionalidades históricamente situados, que le otorgan sentido y valor a la definición de sí mismos y de su realidad.

A partir de la idea de *constructo inacabado* los sujetos no son pasivamente contruidos por las formas sociales en las que habitan, ni son absolutamente sujetados por formas de dominación o dispositivos de poder. En el proceso de *en-generarse* los sujetos resisten, resignifican y crean nuevas representaciones y prácticas sociales.

Cada época histórica ofrece a los sujetos una gama reducida, pero gama al fin, de discursos y posiciones de género y, por consiguiente, los sujetos invisten libidinalmente determinadas opciones. Este acto de “invertirse” resulta una expresión de su libertad personal, lo que explicaría la variedad de estilos y sexualidades en cada contexto histórico, así como de ciertas condiciones subjetivas para la transformación de prescripciones y estereotipos (Bonder, 1998).

A partir de este planteo de construcción de la subjetividad nos preguntamos: ¿cómo negociaron sus subjetividades de género estas jóvenes en relación con los discursos y posiciones disponibles en los '70? Por ejemplo, ante modelos que –aunque promovían la realización personal– la limitaban hasta la maternidad. ¿Cómo combinaron prácticas disruptivas de los modelos aprendidos con otras más tradicionales? ¿Cómo integraron su femineidad a las organizaciones político-militares? Y también, ¿cómo resistieron/aceptaron la *masculinización* que implicaba la idea de militante neutro y el rechazo de la coquetería calificada de pequeño burguesa? ¿Hasta qué punto sus construcciones subjetivas se vieron tensionadas por la polarización (masculino/femenino) presente en las Fuerzas Armadas y su aparato represivo, o por las representaciones de *la guerrillera* por parte de algunos medios de comunicación de masas en el período dictatorial³⁴?

Desde la idea de la construcción subjetiva como inacabada y dinámica nos preguntamos: ¿a qué tensiones se vieron sometidas las subjetividades de las jóvenes militantes ante la imposición que hizo la dictadura de un tipo específico de moralidad familiar tradicional centrada en el hogar y la vigilancia de los hijos³⁵? También debemos preguntarnos cómo se fueron transformando estas subjetividades a lo largo del tiempo, cómo reconstruyeron estas mujeres hoy maduras sus construcciones genéricas y cómo las resignificaron al relatarlas a una investigadora también mujer.

³⁴Nos referimos a temas planteados por Oberti, 2005; Jelin, 2002; Vasallo, 2009 y Laudano, 1996, que retomamos en el análisis de cada capítulo.

³⁵Vasallo, 2009; Laudano, 1996.

Historia reciente y fuentes orales. Algunas consideraciones

Este recorrido por las herramientas teóricas que orientaron el análisis sería incompleto sin hacer referencias a los testimonios que se utilizaron, las ventajas que ofrece utilizarlos y los recaudos que deben tenerse.

El corpus se compuso de 15 entrevistas a un total de 11 mujeres y 4 varones que dieron cuenta de sus experiencias militantes o de la de sus hermanas y amigas. En los testimonios obtenidos aparecieron representadas las dos organizaciones más conocidas de los '70: Montoneros y PRT-ERP, y refirieron a espacios de militancia variados: frente estudiantil, universitario, sindical, prensa y territorial; mientras que las alusiones al frente militar fueron prácticamente inexistentes.

La selección estuvo centrada en la posibilidad de acceder a experiencias de militancia diversas, no en delimitar una muestra representativa en sentido cuantitativo, dado que el objeto de esta investigación lo constituyen las construcciones subjetivas de las jóvenes militantes. Es interesante el señalamiento que hace Alejandra Oberti (2013) respecto de la importancia que tiene la utilización de testimonios sobre la militancia política de los '70. La autora señala que el relato testimonial es más que la mera vivencia de alguien que ha sido protagonista de un hecho, en él siempre hay una interpretación retrospectiva de lo acontecido. La permanente posibilidad de reformulación es lo que hace al testimonio y con él, a los testigos, una fuente irrenunciable de relatos en el proceso de comprender los sucesos del pasado.

Porque solo hay historia en la medida que hay experiencia y solo hay experiencia cuando hay testimonio; solo hay testimonio si hay sujeto de la palabra, en tanto se produce “resto”, en el narrar (se).

El testimonio es la narración desfasada temporalmente de aquella vivencia, es decir se inscribe en un régimen distinto de la percepción, se inscribe en el régimen de la memoria, y en el de la palabra (Oberti, 2013, p. 74).

Como ya dijimos, la validez del testimonio no recae en su exactitud fáctica sino en su vitalidad, en su capacidad de reflejar múltiples temporalidades, porque en la producción del relato para alguien y con alguien, este se actualiza. No solo por la necesidad de tornarlo ordenado en la narración sino por la presencia de alguien que lo solicita, alguien que escucha para responder a preguntas formuladas desde el presente.

Es necesario destacar que una de las principales razones para seleccionar a las entrevistadas y los entrevistados fue el acceso y el deseo de dar testimonio, necesarios por tratarse de temas dolorosos como los referidos a la pérdida de hijas, parejas o la propia detención ilegal y/o tortura³⁶. Una preocupación para todos ellos al momento de disponerse a relatar las experiencias vividas en la década de 1970 fue la desconfianza respecto del uso que se podría dar a los relatos³⁷.

La búsqueda testimonial abarcó también a varones que permitieron reconstruir la trayectoria militante de mujeres desaparecidas. Tres

³⁶Hubo una militante, por ejemplo, que se mostró inicialmente dispuesta a testimoniar; presentaba un doble rol, podía dar cuenta de su propia experiencia y referir a la militancia de su hija adolescente –quien formó parte de las Tropas Especiales de Infantería (TEI) que ingresaron al país con la contraofensiva montonera. Sin embargo, al momento de concretar el encuentro fue postergando la cita por diversos motivos hasta que se debió descartar la obtención del testimonio. Finalmente, el último de los motivos para postergar la entrevista tuvo que ver con su estado anímico poco propicio.

³⁷Varias de las entrevistadas han dado testimonio de sus experiencias militantes en diferentes contextos y algunas mencionaron su disconformidad con el uso o las interpretaciones que se dieron sobre estos.

de ellos hablaron de sus hermanas en particular pero también, por ser ellos mismos militantes, reconstruyeron su propia mirada respecto de otras mujeres con las que militaron. La presencia de hermanos aportó a la reconstrucción de los significados de *mujer* y *varón*, no solo desde el vínculo fraterno sino desde la propia experiencia militante.

Nos preguntamos entonces, ¿qué mirada sobre las variantes de feminidad existentes reflejaron estos varones, en relación con sus hermanas y con las mujeres que fueron sus compañeras? ¿Qué aspectos de lo establecido como válido o aceptado de la época aparecieron naturalizados y cuáles aparecieron puestos en cuestión en el mismo vínculo desarrollado entre varones y mujeres?

Un segundo aporte del testimonio de estos varones tuvo que ver con la singularidad del vínculo fraterno y con la información que aportaron para la reconstrucción de la trayectoria militante de mujeres hoy desaparecidas, desde la construcción identitaria familiar y de las rutinas y hábitos compartidos. Estos hermanos aportaron referencias y representaciones sobre lo que las militantes hacían y sobre lo que decían que hacían, sobre lo que querían hacer y sobre lo que hicieron, desde el lugar del *otro fraterno*³⁸. La información que aportaron los hermanos podría ser distinta de la de los padres, al menos es lo que se identificó en el único caso en que también una madre dio testimonio. En este sentido se observó el valor de considerar *la hermandad desde la hermandad misma*, dado que en los casos encontrados los hermanos refirieron a sus relaciones con las hermanas desaparecidas por fuera del eje paterno.

³⁸Sobre el valor del vínculo fraterno en la construcción de la subjetividad ver: Teubal, R. (2010). *Memorias fraternas. La experiencia de hermanos de desaparecidos, tíos de jóvenes apropiados durante la última dictadura militar*. Buenos Aires: Eudeba.

Generalmente, la hermandad suele ser enfocada desde el eje *parento filial*, en el que los hermanos compiten entre sí por el cariño de los padres. Frente a esto, Juana Droeven e Ignacio Lewkovicz postulan la existencia de relaciones que surgen de forma autónoma, al tiempo que complementaria y ajena, a este eje vertical *padre hijo*. Los autores proponen tres dimensiones para enfocar las relaciones de hermandad: lo *parento filial*, lo *fraterno filial* y lo *fraterno fraterno*. A esta última dimensión creemos que aportan los testimonios encontrados, ya que por razones de continuidad de sus estudios, hermanos y hermanas viajaron a Buenos Aires; esta experiencia y la coincidencia ideológica generaron contactos por fuera de la relación con sus padres (Teubal, 2010).

Podría pensarse en estos testimonios, de *los que hablan por otros*, desde el planteo de Giorgio Agamben sobre la laguna que posee el testimonio del testigo. Agamben retomó a Primo Levi, quien señaló que el verdadero testigo, el testigo integral, era aquel que no podía dar testimonio; el conocido en la jerga de Auschwitz como *musulman*, aquel que había tocado fondo y a quien por tanto no le era posible sobrevivir³⁹. Los que hablan, lo hacen por delegación: testimonian sobre un testimonio que falta. Y al tiempo que lo hacen, dan testimonio de la imposibilidad de testimoniar. Sin embargo, el suyo, justamente, es un testimonio que vale por lo que falta, por la palabra ausente del que ya no está (Agamben, 2002, p. 45).

Sin contradecir lo anterior, resulta aclaratoria la referencia que hace Elizabeth Jelin (2002) sobre los dos sentidos de la palabra *testigo*;

³⁹ “La demolición terminada, la obra cumplida, no hay nadie que la haya contado, como no hay nadie que haya muerto para contar su muerte”, Primo Levi citado por Agamben (2002, p. 33).

por un lado, el testigo partícipe, el que vivió la experiencia y puede en un momento posterior narrarla, y el testigo como observador, quien presencié una situación desde el lugar de un tercero, que vio aunque no tuvo participación. En el primer sentido va la idea de Primo Levi, según el cual hay vivencias de las que no es posible testimoniar porque no hay sobrevivientes; en el segundo sentido es donde se inscriben los testimonios de los hermanos y otros parientes cercanos.

Los sobrevivientes también son testigos, pueden hablar desde lo que observaron, pero también desde lo que vivieron, como observadores de lo acontecido a otros y al mismo tiempo como testigos de sus propias vivencias de las situaciones que protagonizaron (Jelin, 2002, p. 81).

En nuestro caso, los hermanos y otras personas resultaron testigos de las vivencias referidas por las militantes desaparecidas, los encuentros furtivos, las citas, las charlas íntimas, así como posteriormente sus propias vivencias sobre las muertes, la recuperación de un sobrino, en un caso, o las averiguaciones sobre los destinos finales y las recuperaciones de los cuerpos de las hermanas fallecidas, en otro⁴⁰.

La diversidad de los testimonios referida contribuye a la riqueza del corpus. Las experiencias desarrolladas por las militantes incluyen el exilio, el desplazamiento a diferentes regiones del país, la cárcel y –en uno de los casos– la permanencia en el centro clandestino de de-

⁴⁰En un relato sobre la recuperación del cuerpo de Estela, Guillermo explicó que fueron con su padre al cementerio de Avellaneda: “Se veían sus plantas teñidas de marrón por la tintura de los mocasines que ella usaba sin medias. Esta imagen me sigue y me acompañará hasta la muerte. Lo único que vi de mi hermana fueron sus pies blanquísimos con las plantas coloreadas de marrón”. En: *Huellas II: Semblanzas de vida de detenidos-desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado pertenecientes a la Universidad Nacional de La Plata*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2010.

tención conocido como la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). La duración de las trayectorias militantes también fue diversa, así como las zonas donde las desarrollaron, con predominio de la Ciudad de Buenos Aires, el Gran Buenos Aires y La Plata.

Para la construcción de las fuentes se recurrió a entrevistas y al *análisis narrativo*⁴¹ de estas, lo que permitió profundizar sobre las trayectorias de esas mujeres a través de un relato polifónico: mujeres que hablaron de su experiencia, varones que hablaron de la militancia de sus hermanas desaparecidas o bien compañeros y compañeras de ámbitos que hicieron reconstrucciones de las experiencias compartidas en casas operativas. A esto se sumaron fuentes secundarias también con base en testimonios, para componer el corpus básico de la investigación⁴².

⁴¹Pensamos en el análisis narrativo con el sentido que lo refiere María Bjerg: “Las narraciones personales no solo revelan las motivaciones, las emociones, y los imaginarios de quienes las relatan sino también el contexto en el cual los narradores configuran su experiencia” (2012, p. 14). “Desde el presente se recupera el pasado inscribiéndolo en narrativas compartidas que muestran a la memoria como construcción (o reconstrucción) más que un recuerdo” (p. 141). En esta línea nuestro enfoque está mucho más cerca de LaCapra, quien plantea que la Literatura tiene mucho que enseñarle a la Historia, sin embargo, se diferencia de Hayden White para quien la Historia es un producto construido por nuestra “conciencia”. Decimos que nuestro enfoque narrativo se acerca al de LaCapra cuando, refiriéndose a sus diferencias con el modelo de la Historia como investigación documental autosuficiente, plantea: “Mantengo que reivindicar la verdad es una condición necesaria pero no suficiente, que debe vincularse de manera más pertinente con otras dimensiones de la historiografía, entre ellas la comprensión empática y sensible, y los usos dialógicos y preformativos del lenguaje” (2005, p. 20).

⁴²Nos referimos a *La Voluntad* (Anguita y Caparrós, 2007), donde aparecen testimonios de dos de nuestras entrevistadas; *Por las sendas argentinas* (Pozzi, 2004), donde se hace referencia a un grupo focal en el que participa otra de las militantes, así como al Archivo oral *Memoria Abierta*.

Frente a aquellas formas de investigación que plantean la necesidad de romper con el modo de conocimiento de los actores, la postura aquí asumida parte de la idea de que si bien hay una ruptura entre el conocimiento de la vida cotidiana y el conocimiento científico, esta no es radical, ya que los procedimientos que los actores usan para dar cuenta de la realidad, al mismo tiempo, la constituyen. Una investigación como esta no pretende separar los acontecimientos y las descripciones de lo que los actores hacen sino retomarlos y atribuirles significado.

Los testimonios orales sobre la militancia política de los '70 refieren a experiencias de acontecimientos que no siempre han quedado registrados en otros documentos, porque gran parte de ellas se desarrollaron en la clandestinidad o bajo estrictas normas de seguridad. Por otra parte, mucha información fue destruida o desaparecida con la represión instaurada por el Terrorismo de Estado. Experiencias como el exilio, la cárcel, la clandestinidad y la vida cotidiana que no fueron registradas en el momento de los hechos, pueden ser reconstruidas por los testimonios (Carnovale, 2007).

No se pierde de vista que las fuentes históricas tienen un marco de enunciación específico y llevan la impronta de las tensiones, subjetividades e intencionalidades que atraviesan un contexto histórico que las produce y del que forman parte. Ahora bien, dada la radicalidad del período que se trata, el historiador debe también prevenirse respecto de los hechos relatados en los periódicos y otras publicaciones sobre las organizaciones armadas, ya que o bien retomaban el discurso oficial sobre la *subversión* o referían a fuentes no identificadas. Tampoco la producción documental de las organizaciones armadas –que por lo general narra los hechos con la intención de exaltar determinadas virtudes– representaba la vida interna de las mismas. Frente a ello

se volvió central la posibilidad de contrastación de ambas fuentes de información con fuentes orales.

Como dijimos más arriba, el contexto político y cultural en el que se emite un testimonio condiciona las posibilidades de lo decible. Las fuentes orales son de gran importancia cuando lo que se busca es acceder a la subjetividad, la perspectiva y la experiencia de los sujetos. Ellos nos dicen menos del acontecimiento y más sobre su significado. Nos permiten visualizar cómo las condiciones del contexto influyeron en la vida de las personas y las estrategias, perspectivas y expectativas de dichas personas, en suma, en la subjetividad.

Los testimonios orales permiten acceder al mundo de las prácticas cotidianas que intervienen en la producción de identidades y subjetividades individuales y colectivas. No ignoramos que las preguntas planteadas son realizadas desde el presente y permiten responder a problemas actuales de investigación⁴³.

El valor que tienen los testimonios para la reconstrucción crítica del pasado reciente se basa en el tipo de relato que conforman. Tal como señala Roberto Pittaluga, citado por Alejandra Oberti (2013), en primer lugar, el testimonio es más que el relato de la vivencia de un protagonista que por el mero hecho de haber estado ahí transmite sus recuerdos íntimos adheridos a su percepción sensible. Lo que trans-

⁴³Consideramos esclarecedora la postura de Alejandra Oberti (2013) para resaltar una cuestión esencial cuando se trata de estudiar el pasado reciente recurriendo al análisis de testimonios orales. La autora recurre a Michel Foucault, quien diferencia el análisis de un *problema* y el estudio de un *período* y señala: “Para Foucault, la diferencia fundamental estriba en la posibilidad de producir interrogantes concretos, no ya la búsqueda hermenéutica de un sentido subyacente sino la posibilidad de formular problemas y preguntas que siempre son hechas en el presente” (p. 65).

mite es siempre una interpretación en la que el pasado que se recuerda aparece de otros modos, es siempre una reelaboración retrospectiva. En segundo lugar, en el testimonio nunca hay un solo sujeto, es un relato construido entre muchos, la narración –por más íntima que sea– contiene diferentes destinatarios, interlocutores, fuentes. Y en tercer lugar, la distancia temporal entre el testimonio y los hechos relatados suma a estas experiencias e interpretaciones propias de otras temporalidades (Oberti 2013, p. 71).

Como se señaló, no se soslaya la intervención de quien recoge los testimonios en estos; dicha intervención no invalida al documento y debe ser explicitada claramente. Los documentos orales constituyen una construcción compartida de conocimiento, lo que se pretende evocar es la experiencia del entrevistado, sin ignorar que la presencia del historiador impregna la fuente, más aún, él mismo con su presencia es quien le da origen, en su afán de registrar lo que el testimoniante tiene para decir (Schwarzstein, 1991).

Al preguntarnos quién es el que escucha y para quién se da testimonio, debemos recordar que para posibilitar el surgimiento del testimonio se necesita un espacio de diálogo que permita, tanto al que habla como al que escucha, colaborar en la construcción de la memoria. La narrativa así producida y escuchada se torna en un espacio donde se construye algo nuevo. Pollak (1989) señala que los modos en que el testimonio es solicitado y producido no pueden separarse de lo que se obtiene. En el caso específico de esta investigación se trata de una entrevistadora mujer que busca el relato de otras mujeres sobre sus experiencias militantes, y ambas construcciones subjetivas impregnan la fuente.

El pasado reciente se ha tornado en un objeto de estudio de gran protagonismo en todo el mundo. Esto ha dejado espacio para pensar

en la importancia de los actores sociales y del análisis de sus representaciones del mundo, redescubriendo el espacio de las subjetividades, lo que necesariamente debió ir ligado con la valorización de los testigos y los testimonios como fuente fundamental para la escritura de la historia reciente (Franco y Levin, 2007). Las investigaciones dedicadas a esta temática poseen otro componente relevante, refieren a procesos sociales considerados traumáticos⁴⁴: guerras, masacres, dictaduras, crisis sociales, situaciones vividas por sus contemporáneos como profundas rupturas y discontinuidades, a nivel individual y colectivo, dado que amenazan aspectos constitutivos de los lazos sociales.

Para nuestra reconstrucción, los conceptos *memoria* y *testimonio* son centrales, ya que se inscriben en un campo historiográfico que considera a la subjetividad como un objeto de estudio legítimo⁴⁵. Siguiendo el planteo de Elizabeth Jelin (2002), consideramos la memoria como un concepto utilizado para interrogar las maneras en las que la sociedad construye su sentido del pasado y cómo se enlaza ese pasado con el presente en el acto de recordar/olvidar. No es posible, en una sociedad, encontrar una única interpretación del pasado, una única memoria, sino que encontramos memorias en conflicto. Conflicto que implica pugna en las interpretaciones del pasado y, al mismo tiempo,

⁴⁴Al respecto, lo consideramos tal cual como lo hacen Franco y Levin (2007, p. 34) y Pollak (1989).

⁴⁵Nos basamos en el reconocimiento de que Historia y memoria constituyen dos formas de representación del pasado que, a pesar de poseer regímenes diferentes, guardan estrecha relación entre sí, en tanto que el objetivo de la Historia es lograr veracidad, para la memoria, desde lo que podría denominarse una pretensión ética, es la fidelidad. Al reconocer esta relación se entiende la crucial función que tiene la memoria para la Historia, porque permite negociar en el terreno de la ética y la política aquello que debería ser transmitido y preservado por la Historia (Franco y Levin, 2007, p. 42).

por el sentido de la memoria, ya que el espacio de la memoria es un espacio de disputa y conflictividad política (Pollak, 1989). Respecto del valor del testimonio, se considera que este no refleja únicamente la percepción de un individuo sobre su experiencia vivida sino también las miradas, los discursos y las expectativas de su sociedad en el momento en que es formulado (Franco y Levin, 2007).

Hemos encontrado en las entrevistas lo que Elizabeth Jelin (2014, p. 143) identifica como las diferentes formas en las que se produce la construcción de la memoria. En ocasiones, los recuerdos de experiencias personales o vividas por hermanos o amigos fueron narrados de modo en que lo personal y la historia del país se presentaron fuertemente entrelazados; otras veces, accedimos a narrativas más privadas sin referencias al contexto político y, en otros casos, preguntas aparentemente ingenuas desencadenaron rememoraciones sobre los '70. Otras veces, los recuerdos surgieron como acontecimientos cruciales que se tornaron puntos de inflexión en el curso de la vida. Retomaremos estos aspectos en los siguientes capítulos. Profundicemos aquí la referencia a las múltiples temporalidades presentes en las narrativas personales que hace Jelin, algo que también resultará generativo para el análisis de las entrevistas realizadas. Las múltiples temporalidades involucradas se hacen presentes en las rememoraciones que los entrevistados hacen sobre el pasado y su inclusión en la subjetividad del presente. La autora refiere así a un primer registro que puede ser denominado *fáctico*: el momento histórico en que ocurrieron los hechos y el cruce con el momento biográfico y las temporalidades familiares intergeneracionales. Sobre esa base, se acomodan niveles o capas de memoria y subjetividad como narrativas de los hechos recordados de ese pasado, como recuerdos de los sentimientos de ese momento,

como sentimientos generados en el acto de rememoración en la entrevista misma: miedos ligados a seres cercanos, silencios personales y grupales. También como formas de transmisión intergeneracional en tanto alguien cuenta, algo o alguien, pero también silencio, y alguien que recibe. Se hacen presentes como reflexiones sobre lo vivido, visto desde la postura actual respecto del pasado, pero también en función de cómo se lo vivió en el momento. Finalmente, se hacen presentes como reflexiones sobre la propia responsabilidad social (Jelin, 2014, p. 148).

La presente investigación pretende aportar a la comprensión del pasado reciente argentino y a las apuestas políticas transformadoras de los '60 y '70 desde el estudio de algunos testimonios sobre la militancia femenina. Consideramos que el relato biográfico puede iluminar el contexto social y establecer una relación entre la memoria individual y la memoria de un grupo, sin dejar de tener en cuenta el carácter subversivo⁴⁶.

No se pierde de vista que la investigación debe situar a los testimonios dentro del relato posible sobre la militancia setentista, relato que evolucionó con el proceso político, social y cultural nacional que puso límites a *lo decible*. En determinado momento, la posibilidad de contar la experiencia no estuvo solo ligada a poder narrar un recuerdo traumático sino también a la inexistencia de oídos dispuestos a escuchar, lo que no llevó al olvido sino a callar, guardar, poner en suspenso un

⁴⁶“Entenderla como acto subversivo es el resultado de cotejarla con un presente que se ofrece como complaciente con lo dado. La subversión de la memoria actúa como crítica, inconformidad o estímulo, recuerdo de lo ya acontecido, la memoria consigue poner en duda la virtud del presente cuando su mérito proviene del hecho de ser presente” (Schmucler, 2009, p. 29).

relato *subversivo* hasta que las condiciones contextuales permitieron su emergencia (Pollak, 1989)⁴⁷.

Inicialmente, lo decible estuvo en directa relación con los discursos hegemónicos sobre la transición democrática por un lado, y aquellos relacionados con la problemática de las violaciones a los derechos humanos por el Terrorismo de Estado, por otro. Esto desembocó en un relato en el que la militancia política de aquellas consideradas *víctimas* quedó soslayada y ciertos temas no fueron abordados.

A partir de la segunda mitad de la década de 1990, los relatos incorporaron interrogantes sobre quiénes habían sido, qué habían propuesto y deseado esos militantes víctimas del Terrorismo de Estado. Se amplificaron así las condiciones de posibilidad de investigar el pasado reciente y comenzaron a circular memorias y testimonios de militantes. Ejemplo de esto, aunque no el único, lo constituye *La Voluntad*⁴⁸, obra en la que ex militantes reflexionan sobre el sentido de su apuesta política en los '70 a través del recuerdo de sus luchas y vivencias personales (Rot, 2011).

⁴⁷Pollak (1989, p. 2) refiere a memorias subterráneas que en tanto parte integrante de culturas minoritarias o dominadas se oponen a la memoria oficial y que permanecen soterradas en tanto desarrollan un trabajo de subversión en el silencio, y que afloran en momentos de crisis a través de sobresaltos bruscos, momentos en los que se hace patente la disputa por la memoria.

⁴⁸En *La Voluntad* se incluyen relatos relacionados con tres de las mujeres cuya militancia se analizan en este libro. No todos los textos surgidos a partir de dichas inquietudes y testimonios tienen las mismas características, más allá de su éxito editorial, algunos parecerían carecer de profundidad en el análisis político de lo actuado y de distanciamiento con el objeto. Consideremos entre otros: Jauretche, E. (1997). *Violencia y política en los '70. No dejés que te la cuenten*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional; Gasparini, J. (1988). *Montoneros, fin de cuentas*. Buenos Aires: De La Campana; Mattini, L. (1995). *Hombres y mujeres del PRT, de Tucumán a La Tablada*. Buenos Aires: De la Campana.

Ahora bien, nuestro recorrido sobre escritos referidos al pasado reciente identifica planteos académicos que en análisis parecerían herederos de las escrituras centradas en la *teoría de los dos demonios*⁴⁹. Estos enfoques consideran las acciones de los militantes de organizaciones armadas como caracterizadas por la desmesura, las pulsiones de muerte y las búsquedas mesiánicas⁵⁰.

En este trabajo se consideran las aspiraciones revolucionarias como interpeladas por un período social convulsivo donde se inscriben experiencias personales y colectivas de los militantes. Para este análisis resulta pertinente evitar figuras referidas a la militancia que produzcan efectos de sutura sobre las significaciones políticas y subjetivas que conllevó la lucha armada, porque las tornan inamovibles. Esos efectos de clausura no hacen más que cosificar los procesos de (no) memoria, estancarlos alrededor de figuras carentes de flexibilidad –resultantes en imágenes que no ofrecen la posibilidad de mirarlas desde distintas perspectivas (Pittaluga, 2007).

⁴⁹En la que la existencia de dos demonios representados por la extrema izquierda y la extrema derecha, bandas de violentos y autoritarios que provocaron la violencia desatada por la dictadura militar y dejaron fuera a una sociedad victimizada e inocente. Es necesario considerar el concepto de Terrorismo de Estado, porque el gobierno militar, que resumía en sus manos todos los resortes del poder legal, eligió recurrir a la represión ilegal, secuestrando, torturando y asesinando ciudadanos. La implantación del Estado de terror superaría las experiencias represivas de dictaduras anteriores. Además, posibilitó la desaparición de personas, el desmantelamiento de las organizaciones sindicales, la proscripción de los partidos políticos, la censura de los medios de comunicación, las expresiones culturales de variado carácter y el establecimiento de numerosos centros clandestinos de detención. La tortura, el secuestro, los centros clandestinos y la muerte constituyeron los elementos básicos de la represión instaurada.

⁵⁰Vezzetti, H. (2009). *Sobre la violencia revolucionaria*. Buenos Aires: Siglo XXI; Buffano, S. (2000). "La vida plena". En: *Lucha armada en la Argentina*, N° 1 Nuevo Offset, pp. 22-31; Altamirano, C. (2000). "Montoneros". En: *Peronismo y cultura de Izquierda*. Buenos Aires: Temas.

Breve referencia sobre las organizaciones armadas presentes en los relatos

Las mujeres cuya trayectoria analizamos desarrollaron su militancia en organizaciones de superficie, frentes universitarios, sindicales o territoriales relacionados con dos organizaciones político-armadas: Montoneros y PRT-ERP. Sin pretensión de exhaustividad se incluye a continuación una breve descripción de cada una.

El Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) se originó en la década de 1960 con la fusión de dos grupos: el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular⁵¹ (FRIP), dirigido por los hermanos Santucho, y Palabra Obrera, una organización trotskista dirigida por Nahuel Moreno, que tenía vínculos con la resistencia peronista⁵². Se constituyó con el objetivo de organizar un partido revolucionario obrero que encarase la lucha armada revolucionaria. En 1968 se dividió en dos: PRT el combatiente y el PRT la verdad⁵³. El primero, dirigido por Mario Roberto Santucho, comenzó a desarrollar la lucha armada a partir de 1969. Para ello, en 1970, en su V Congreso, se fundó el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Esta línea partía de la idea de que en una guerra popular prolongada, los miembros del PRT serían la vanguardia a la que se sumarían luego las masas.

⁵¹Que evolucionaría de una visión indoamericanista simpatizante con el Partido Aprista Peruano (APRA) a una visión marxista-leninista.

⁵²Este grupo estaba afiliado a la IV Internacional y practicaba el “entrismo” con respecto al peronismo.

⁵³Dirigido por Nahuel Moreno, cuya línea tenía una visión insurreccionalista, no compartía la fuerte decisión de llevar a cabo la lucha armada. Más tarde, se convertirá en el Partido Socialista de los Trabajadores.

El ERP no era el brazo armado del PRT sino una organización de masas para la guerra civil conformada no solo por los integrantes de PRT, sino también por todos aquellos combatientes de disímil extracción política que compartían un programa anticapitalista, antiimperialista y democrático que luchaba por un gobierno revolucionario y popular⁵⁴.

En tanto que el PRT se definía con un programa claramente marxista-leninista, que luchaba por un gobierno socialista y estaba concebido como un partido clandestino de cuadros que representaba el programa “máximo”; el ERP implicaba la construcción de un ejército del pueblo⁵⁵ con un programa de “mínima” que incorporaba a todos los dispuestos a la lucha, con mayor independencia de su filiación política. En tanto que todos los integrantes del PRT formaban parte del ERP, no ocurría lo mismo al revés; y si bien no todos los integrantes del ERP estaban afectados a la lucha armada, para ser un militante se debía de haber participado, al menos, en una acción.

Los frentes más destacados impulsados por el PRT-ERP fueron el Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS), el Movimiento Sindical de Base (MBS), el Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC) que nucleaba a artistas e intelectuales destacados entre 1968 y 1971. En 1975 organiza Juventud Guevarista, y tuvo activa participa-

⁵⁴Para profundizar en datos sobre el PRT-ERP: Pozzi, P. (2004). *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi; De Santis, D. (2006). *A vencer o morir, historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Nuestra América; Carnovale, V. (2011). *Los combatientes: historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XXI. Mattini, L. (2007). *Hombres y mujeres del PRT-ERP, De Tucumán a la Tablada*. La Plata: De la Campana, entre otros.

⁵⁵Entendido como organización de masas para la guerra civil, se constituiría de lo pequeño a lo grande: desde acciones de propaganda armada, recuperación de armamentos, distribuciones de alimentos, hasta librar combates contra las fuerzas militares enemigas. De Santis, D. (2006). *A vencer o morir...*, op. cit.

ción en organizaciones de solidaridad con presos y familiares a través de la Comisión de Familiares de Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales (COFAPPEG). Finalmente, hacia 1974 el PRT-ERP estableció el frente militar “Compañía Ramón Rosa Jiménez” en el monte tucumano que fue aniquilado por completo hacia 1976 (Carnovale, 2011).

Varias fuentes señalan que 1975 fue el año de mayor crecimiento para la organización. Sin embargo, también marcó el comienzo de su declinación: la represión ilegal se encargó de acorralar a los militantes urbanos, en tanto que el “Operativo Independencia” destruyó el intento rural. El frustrado ataque al Batallón de Arsenales 601 en Monte Chingolo en diciembre produjo un grave quebranto en la organización, debido a la pérdida de vidas de militantes, que terminó de completarse entre el 29 de marzo, cuando la policía sorprendió la reunión del Comité Central donde cayó un número importante de cuadros de dirección, y el 19 de julio, cuando en Villa Martelli se produjo la caída de los máximos dirigentes: Mario Santucho, Domingo Menna y Benito Urteaga.

La organización Montoneros se fundó en 1968 y los primeros dos años estuvieron dedicados al entrenamiento y la acumulación de recursos para lo que sería su presentación al mundo, en mayo de 1970. Dicha presentación se produjo el 29 de mayo con el secuestro y posterior ajusticiamiento del Teniente General (retirado) Pedro Eugenio Aramburu. Poco tiempo después, el 1° de julio, Montoneros realizó otra acción importante para la organización: la toma de la población cordobesa de La Calera.

Entre los varones y mujeres⁵⁶ que formaron parte de los núcleos iniciales de Montoneros, muchos tenían antecedentes en grupos cató-

⁵⁶Para una detallada genealogía de los distintos grupos que compondrán montoneros ver Lanusse, L. (2005). *Montoneros: El mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Vergara.

licos tradicionales y evolucionaron hacia un catolicismo más radical⁵⁷ comprometido con los pobres y la causa popular. Este catolicismo radicalizado fue el puente a través del cual muchos jóvenes se acercaron al peronismo.

Como organización político-militar inscripta en el peronismo, su idea de guerrilla urbana unía elementos como la teoría del foco del Che Guevara, con las luchas populares del movimiento de resistencia peronista y las actividades de la vanguardia con las de masas. Según Richard Gillespie (1987), concedía mayor importancia a los métodos y la estrategia que a las definiciones ideológicas y políticas.

Montoneros dio cabida, en su seno, a integrantes de variado origen: católicos militantes, nacionalistas populares, nacionalistas autoritario-populistas, militantes de la izquierda tradicional y peronistas combativos. Algunos montoneros consideraban que el objetivo a conseguir era una variante nacional del socialismo, otros, una forma socialista de revolución nacional. Para todos, las principales contradicciones eran nacionalismo/imperialismo y peronismo/antiperonismo. Su adhesión a un líder que preconizaba la armonización de las clases relegó la lucha de estas a un segundo plano en el discurso. Señala Gillespie que “eran todo lo izquierdistas que les permitía el peronismo y viceversa” (Gillespie, 1987, p. 99).

Sus principales objetivos eran el desarrollo nacional, la justicia social y el poder popular. Tardíamente, ya producido el golpe militar de 1976,

⁵⁷Nos referimos al Concilio Vaticano II, la conferencia de Medellín, el surgimiento del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y la Teología de la Liberación. Un breve resumen del proceso de radicalización dentro del catolicismo, que permite el acercamiento de jóvenes católicos al movimiento peronista y a la fundación de Montoneros aparece en Gillespie, R. (1987). *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo.

la conducción nacional de Montoneros proclamó la decisión de pasar de organización político-militar a partido revolucionario de cuadros regido por el materialismo histórico (Anguita y Caparrós, 2007, p. 103).

Entre las razones que justificaban para Montoneros la pertenencia al peronismo estaba la incontestable adhesión del pueblo a dicho movimiento y la profunda convicción de que la lucha de clases sucedería dentro de este. El primer frente político que tuvo Montoneros para desarrollar trabajo de masas fue la Juventud Peronista Regionales (JP), aunque no sería el único. Más adelante, en el transcurso de 1973, Montoneros se hizo presente con varios frentes de masas desde los que desarrolló su labor política: la Juventud Universitaria Peronista (JUP), la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), el Movimiento Villero Peronista (MVP), la Agrupación Evita (AE) de la rama femenina, y el Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP) (Grammático, 2011). Todos ellos conformaban lo que entonces se identificaba como la Tendencia Revolucionaria.

A partir del regreso de Perón a la Argentina se hizo cada vez más evidente la distancia entre el proyecto político de Perón y el de Montoneros. Todos los intentos de volcar al líder hacia su proyecto fueron vanos y no pudieron evitar la confrontación abierta en la Plaza de Mayo, en el acto del 1º de mayo de 1974. Luego de la muerte de Perón se produjo el pase a la clandestinidad y los enfrentamientos con la derecha peronista se tornaron cada vez más cruentos. Las bandas de la Triple A hicieron estragos, sobre todo entre los militantes de superficie agrupados en La Tendencia Revolucionaria, lo que produjo que –para el momento en que se dio el golpe de Estado– la organización se encontrara reducida en sus actividades relacionadas con la militancia territorial y obrera, produciéndose su militarización.

| CAPÍTULO 3 |

Relatos de militancia

Retomamos ahora las preguntas planteadas en el capítulo anterior sobre la valoración que hicieron las entrevistadas de su experiencia militante y sobre los aspectos de esta que decidieron resaltar o dejar en segundo plano en sus reconstrucciones.

Una revisión bibliográfica de los textos que desde el enfoque de género⁵⁸ analizaron la militancia femenina en la década de 1970, previa a la realización de nuestras entrevistas, resaltó la ausencia de las mujeres en los cuadros de dirección de las organizaciones armadas⁵⁹. Efectivamente, las mujeres estuvieron subrepresentadas en las cúpulas, tanto de Montoneros como del PRT-ERP.

⁵⁸Pascuali, L. (2005). "Narrar desde el género: una historia oral de mujeres militantes". En: AA.VV. (2005). *Historia, Género y Política en los '70*. Buenos Aires, Feminaria editora. Diana, M. (2006). *Mujeres Guerrilleras. Sus testimonios en la militancia de los '70*. Buenos Aires, Planeta. Martínez, P. (2008). *Género, política y revolución en los años '70. Las mujeres del PRT-ERP*. Buenos Aires, Imago Mundi.

⁵⁹A modo de ejemplo incluimos esta cita: "En el intento de tratar de analizar el tipo de participación de las mujeres en la vida de la política revolucionaria de los años '70 no hay dudas, dado el estado actual de las investigaciones, que las mujeres no han participado en igualdad numérica en los cuadros de dirección de las organizaciones armadas. Si las condiciones de la lucha indican que ya es bien difícil reconstruir la vida de los militantes varones de la década de 1970, en el caso de las mujeres se dificulta encontrarlas militando en todos los frentes" (Pascuali, 2005, p. 126).

Nuestro planteo, a partir del reconocimiento de tal desigualdad, se propone dar cuenta de las acciones, los compromisos, los relatos y las percepciones del propio hacer que construyeron nuestras entrevistadas. A partir de esto cabe preguntarse: ¿qué configuraciones genéricas las llevaron a luchar por ocupar esos espacios? ¿En qué medida esos lugares se diferenciaron de los espacios tradicionalmente ocupados por las mujeres en la sociedad del momento? Y sobre todo, ¿qué relaciones implicaron con los varones con los que interactuaron?

Creemos interesante enfocar la militancia femenina desde lo realizado, sin caer en considerar las relaciones entre los sexos en los '70 como igualitarias. Un dato inicial a destacar fue que las militantes entrevistadas articularon su relato desde los lugares de militancia, como lugares en los que quisieron estar y por los que disputaron con los varones sintiendo que lo hacían de igual a igual. En tanto que en los testimonios obtenidos, las militantes describieron sus tareas y su compromiso con claridad, orgullo y pasión, hemos hallado trabajos, también con base en testimonios, en los que las mujeres valoraban su militancia como de *poca importancia*⁶⁰ dentro de sus agrupaciones. Por ejemplo, la entrevistada Susana Sanz⁶¹ mencionó su inquietud inicial, y la sensación de desvalorización de su rol militante, al ser destinada –siendo ella abogada– a la Agrupación Evita. En una entrevista realizada por Eva Giberti (1996)⁶²,

⁶⁰Tenewiki, I. y Dussel, I. (2004). Entrevista a Emilse Moler. En: *El Monitor de la educación* N° 14, Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación; Pasquali, L. (2005). “Narrar desde el género...”, op. cit.; Giberti, E. (1996). “La resistencia contra la represión”, op. cit.

⁶¹Andújar, A. et. al. (comps.) (2005). *Historia, memoria y género. Testimonios de militancia*. Buenos Aires: Feminaria Editora, pp. 485-502. Anguita, E. y Caparrós, M. (2007). *La Voluntad*. Tomo III. Buenos Aires: Norma, p. 263.

⁶²Giberti, E. (1996). “La resistencia contra la represión”, op. cit.

una expresa política le comentaba que: “estoy convencida de que teníamos menos nivel político que los varones, aun perteneciendo a las mismas organizaciones”. En la misma línea Laura Pascuali⁶³ hizo referencia a una militante quien, luego de señalar que su vida era muy activa y que dormía pocas horas debido a su trabajo en la villa, afirmaba que lo suyo “no era mucha militancia”. La autora aportó dos interpretaciones posibles: o bien cada testimoniante consideraba lo suyo como poco significativo o bien los frentes de masas y legales eran considerados menos importantes que el militar, o directamente, se los consideraba de menor importancia por estar a cargo de mujeres.

En los casos analizados para esta investigación, las entrevistadas no percibieron las tareas realizadas como de poco valor, ni consideraron que fueron tareas que se les asignaron por ser mujeres, y no identificaron al frente militar como el espacio de mayor importancia⁶⁴. Debemos aclarar que ninguna de las entrevistadas hizo referencia a haber participado en los frentes de mujeres de Montoneros (Agrupación Evita) ni del PRT-ERP (el Frente de mujeres del PRT-ERP)⁶⁵, y tampoco en el frente militar.

⁶³Pasquali, L. (2005). “Narrar desde el género...”, op. cit., pp. 122-139.

⁶⁴“Siempre las compañeras éramos relevadas de algunas tareas, siempre estaba la onda de decir [...] Yo siempre le decía a los varones que ellos tenían un discurso: Si las compañeras mujeres que se integran a la lucha, todo bien, pero la mía no, que me acompañe *ma non troppo*”. O bien, en los casos relevados por Paola Martínez, aquellas mujeres cuyas parejas ocupaban cargos de conducción decían que a ellas todo les había costado más, que se les exigía más. Pasquali, L. (2005). “Narrar desde el género...”, op. cit., p. 131.

⁶⁵Para analizar las experiencias y miradas que las mujeres participantes tuvieron respecto de los dos frentes femeninos en las organizaciones armadas recomendamos un análisis comparado de los frentes de masas de Montoneros y PRT-ERP: Grammático,

Pensamos que haber desarrollado su militancia en células compuestas por varones y mujeres, en algunos casos con la propia pareja o habiendo tenido varones a cargo, reforzó en ellas la sensación de participación igualitaria. Y también consideramos que las condiciones de solicitación del testimonio influyeron en la reconstrucción, tanto respecto de la lucha armada, como de la militancia en las organizaciones. En 2009 y 2010, años en que se realizaron las entrevistas, ya se habían dado numerosas discusiones críticas sobre la militancia armada, en la sociedad y en ámbitos intelectuales, a los que las ex militantes tuvieron acceso⁶⁶. También se vivía una revitalización y valoración de la militancia, de la que dieron cuenta en sus relatos. Basamos nuestra afirmación en referencias de varias de las entrevistadas a la situación política del momento⁶⁷. Los comentarios recibidos llevan a pensar que no les pasaron desapercibidas las referencias a la militancia setentista de los jóvenes de la actual JP y otras organizaciones afines⁶⁸.

K. (2005). "Las mujeres políticas y las feministas en los tempranos setenta: ¿un diálogo (im) posible?". En: AA.VV. *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria Editora, pp. 24-30. Martínez, P. (2008). *Género, política y revolución...*, op. cit.; Grammatico, K. (2011). *Mujeres Montoneras...*, op. cit.

⁶⁶Nos referimos a varios textos, por ejemplo, el de Oscar del Barco (2004) aparecido en la revista *La intemperie* producto de un reportaje realizado a Héctor Jouvé y las discusiones que se extendieron varios años y en varias publicaciones (Oberti, 2014, pp. 77 y 78). Pero también a los de Juan Gasparini (2008) y Pilar Calveiro (2005). Además, resulta muy interesante el recorrido crítico de la temática "setentista" realizado por Gabriel Rot (2011) en *Le Monde diplomatique*.

⁶⁷Nos referimos al gobierno de Cristina Kirchner. Algunas mujeres señalaron sus simpatías con el gobierno, otra señaló un intento fallido de militancia social con críticas profundas al mismo gobierno. Pero, en todo caso, creemos que la situación política actual influyó en el relato.

⁶⁸Por ejemplo: "Somos de la gloriosa juventud peronista, somos los herederos de Perón y de Evita, a pesar de las bombas de los fusilamientos, los compañeros muertos, los desaparecidos, ¡no nos han vencido!".

María Rosa Valle y Graciela Destuet⁶⁹ (2005), quienes trabajaron con testimonios de mujeres militantes, identificaron narraciones con base en el compañerismo e ideas compartidas como componentes de la pareja. Señalaron diferencias de las militantes con los modelos femeninos familiares y la percepción de la militancia en situaciones de igualdad con los varones. Dos de las aquí entrevistadas articulaban sus testimonios en un sentido similar. Consultadas por los lugares que ocupaban las mujeres en la organización Montoneros, Mercedes y María P. refirieron a la presencia de estas en cargos de conducción y como ejemplo hicieron mención a la figura de Norma Arrostito como integrante de la Conducción Nacional de Montoneros.

Aquí nos encontramos con un hecho significativo ya que la pertenencia de Arrostito a la conducción de Montoneros fue puesta en duda por los sobrevivientes de la propia conducción. Al respecto, Karin Gramático (2011), en su libro sobre la Agrupación Evita señala que la pertenencia de Arrostito a la Conducción Nacional no ha podido ser corroborada. Dice que luego de la muerte de Fernando Abal Medina, su participación en las jerarquías más altas declinó. Al tiempo que cita a Perdía, quien indicó que en 1972 –cuando se organizó la Conducción Nacional– la conformaron el mismo Perdía, Firmenich y Hobert. Cuando se produjo la fusión con las FAR, y la Conducción Nacional aumentó a 8 miembros, y en ella no se encontraba Arrostito, ni ninguna otra mujer. La única contradicción encontrada apareció en la publicación *Evita Montonera*, donde se afirmó

⁶⁹Sus dimensiones de análisis: el contexto familiar, la maternidad, la vida sexual, la pareja y la militancia y participación en lo político, fueron retomadas en nuestro trabajo por la pertinencia encontrada para el análisis de nuestras entrevistas.

la presencia de Arrostito en la conducción. Allí, una nota sobre ella señala que:

[...] cayó en una emboscada combatiendo *la Oficial Primero Norma Arrostito Fundadora de Montoneros. Fue un cuadro de conducción cuando pasamos a la resistencia contra la traición de Isabel y López Rega y durante la transformación en Partido Revolucionario de la Organización Político Militar. Y sin perder ni un instante su condición de mujer, mujer del pueblo y militante revolucionaria*⁷⁰ (*Evi-ta Montonera* N° 15, 1977, p. 13).

Las mismas entrevistadas, Mercedes y María P., mencionaron a mujeres como responsables regionales, por ejemplo, Clara y “la gorda Amalia” en la columna Norte. Ambas indicaron que conocían parejas en las que la mujer tenía mayor nivel de responsabilidad que los varones dentro de Montoneros. Y aquí aparece otra contradicción o inexactitud por lo que encontramos pertinente hacer una digresión respecto del análisis de los testimonios con referencia a la experiencia como cuadros políticos, para tomar el tema de la fiabilidad del relato. En el testimonio obtenido para esta tesis, en diciembre de 2009, Mercedes señaló que:

[...] había cantidad de parejas en los que la mujer tenía mayor nivel que el hombre. Cantidad [...] Yo me acuerdo que el marido de “la gorda Amalia”, Rolo (a Román le decíamos Rolo porque tenía un taxi y era la época de “Rolando Rivas taxista”), vivía trayendo a la nena y a las sobrinas. Yendo y viniendo y si no podía él, te la dejaba a vos para que la tuvieras un rato, o a Clara o a tantos otros. No había esta cosa hombre/mujer (Mercedes, 2009).

⁷⁰El destacado es nuestro.

En cambio, en *La Voluntad*, con base también en el testimonio oral de Mercedes, la referencia es diferente:

En esos días la conducción decidió mandar a “la gorda Amalia”, la jefa de la columna, a hacerse cargo de La Plata. Con ella fue también su compañero, Román: era uno de los pocos casos en que la mujer tenía mayor nivel que el hombre, y él la seguía en sus diversos destinos (Anguita, E. y Caparrós, M., 2007, p. 445).

Aun tratándose de relatos atravesados por mediaciones diferentes para su construcción, se considera que debemos enfocar el análisis desde el valor que Alessandro Portelli (1989) atribuye a los *relatos equivocados*. El caso de que las fuentes orales no resulten siempre confiables para la reconstrucción fáctica no debe ser utilizado para descartarlas, sino para obligarnos a llevar el análisis más allá de la materialidad visible de los hechos y descubrir su significado. La divergencia o inexactitud de las reconstrucciones analizadas, tanto referentes a Arrostito como a “la gorda Amalia”, nos muestran que la riqueza de los testimonios orales no tiene base en su capacidad para expandir el conocimiento fáctico del pasado reciente, sino en la posibilidad de acceder a la subjetividad (el universo cultural, social e ideológico de los actores), sin olvidar que no accedemos a la subjetividad y los pensamientos tal como fueron o son, sino a su reconstrucción dinámica.

El valor de los testimonios en la reconstrucción histórica radica en que son constructos culturales y para su construcción, los actores recurren tanto a los discursos públicos de cada momento, como a los roles disponibles y las auto representaciones, y en los que, además, se hacen presentes convenciones de clase y género. Tal como señala Daniel James (2004, p. 127) en su libro sobre Doña María, Mercedes hizo

una reconstrucción selectiva de su pasado, y al tiempo que legitimaba su relato para quien escuchaba, cobraba sentido para ella.

El texto presente en *La Voluntad*, que apareció en su primera edición en 2006, si bien tiene como base una serie de entrevistas realizadas a Mercedes, tuvo como objetivo la construcción de una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina y sus autores fueron, a su vez, militantes, por lo que las experiencias compartidas entre entrevistadores y entrevistadas se hicieron presentes en la construcción del relato. El segundo testimonio de Mercedes fue obtenido en diciembre de 2009 y es la transcripción de sus palabras en respuesta a las preguntas de una entrevistadora mujer, no una ex militante, que realizaba una investigación para recuperar la experiencia militante femenina en los '70.

Finalmente, pensamos que las divergencias podrían remitirnos no solo a la diferencia en el tipo de escucha encontrado disponible en cada momento para desarrollar el relato, sino a la tensión respecto del lugar ocupado por las mujeres en la organización. En ambos casos, lo que aparece como irresuelto, y por eso resalta, tiene que ver con las relaciones desiguales de poder entre varones y mujeres, y los espacios ocupados dentro de la organización.

Retomamos el análisis sobre la participación de las mujeres en las organizaciones para referirnos al texto de Lucas Lanusse (2005), quien con la finalidad de desactivar “el mito de los 12 fundadores” hizo una prolija reconstrucción de los grupos originarios de la organización (en todos ellos aparecieron mujeres). Refiriéndose al grupo cordobés, que en 1967 dio lugar a la agrupación peronista Lealtad y Lucha, señala que la mayoría de los integrantes eran estudiantes y que “había no pocas mujeres, entre otras Adriana Chavich y Teresa Graffigna” (Lanusse,

2005, p. 101). Algo parecido sucede con el grupo santafesino. Refiriéndose a un conflicto universitario habla del Movimiento de Estudiantes de la Universidad Católica (MEUC), liderado por la abogada María Graciela de los Milagros Doldán y la estudiante Dora María del Carmen Riestra. Al evolucionar hacia la idea de la lucha armada, este último grupo se tornó clandestino hacia 1969. En el campamento inicial realizado en Córdoba, de ocho integrantes, cuatro fueron mujeres. A las antes mencionadas se sumaron María Ester Meteleur y “la flaca” Manso. También en el grupo inicial de Sabino Navarro se mencionaron integrantes femeninas, lo mismo en el grupo identificado como “fundador”.

Lucas Lanusse no escribe Historia desde un enfoque de género y, sin embargo, realiza una reconstrucción en la que las mujeres son visibilizadas. Si lo comparamos con el libro de Richard Gillespie, referente en el tema Montoneros, cuando reconstruye los orígenes del grupo, no menciona a ninguna mujer. Lo mismo podría aplicarse a textos referidos al PRT-ERP como *Hombres y Mujeres del PRT* o bien *Los Perros*, de Luis Mattini⁷¹, que no hablan prácticamente nada sobre las mujeres.

Consideramos explicativo para lo anterior el planteo de Joan Wallach Scott: “La historia opera como un tipo particular de institución cultural que aprueba y anuncia las construcciones de género en tanto que produce conocimiento sobre el pasado y sobre la diferencia sexual” (2008, p. 29).

La autora, sin atribuir intenciones conspirativas, señala que la historia crea significaciones y organiza el conocimiento del mundo y la forma que asume este conocimiento, incluye la ausencia o la subordi-

⁷¹Hecho que el mismo autor reconoce y quince años después escribe: Mattini, L. (2007). *Los perros 2. Memorias de la rebeldía femenina en los '70*. Buenos Aires: Peña Lillo.

nación de las mujeres en las narrativas y su confinamiento a los estudios de lo doméstico y lo privado. Indica la existencia de una política que establece y refuerza ciertas prioridades, naturaliza categorías y descalifica otras, reprime algunos sujetos y jerarquiza otros. Esta mirada permite dar otra dimensión a la ausencia de las mujeres en los relatos históricos.

Dentro del enfoque de género, Paola Martínez (2009)⁷² analizó los obstáculos que encontraron las mujeres entrevistadas para ocupar espacios dentro de la conducción. Menciona la existencia de jerarquías y el hecho de que solo una mujer perteneció al Buró del PRT-ERP. Sin embargo, en algunos planteos que podrían identificarse tanto en Martínez como en otros textos antes mencionados⁷³, parecería hacerse presente una mirada en la que la oposición entre varón y mujer resulta como algo dado, invariable, acercándose a la idea de una *forma femenina* de encarar la militancia. Tal situación derivaría en dirección de un binarismo que llevaría a percibir las relaciones entre los sexos como predeterminadas, al establecer funciones y esferas separadas para cada uno, donde habría actitudes típicamente femeninas y otras masculinas. Para evitarlo se consideran los planteos de Joan Wallach Scott (2008), respecto de tratar la oposición entre varón y mujer como problemática y contextualmente definida, al tiempo que repetidamente construida. La autora propone preguntarse sobre la forma en que se construyen y legitiman jerarquías las de género y poner énfasis

⁷²Paola Martínez analiza la trayectoria de mujeres militantes dentro del PRT-ERP con las categorías de *género* y *clase social* cruzándolas entre sí, combinando en su investigación las fuentes orales y documentales.

⁷³Diana, M. (1996). *Mujeres guerrilleras...*, op. cit.; Mattini, L. (2007). *Los perros 2...*, op. cit.; Pozzi, P. (2004). "Capítulo VIII. Las mujeres militantes". *Por las sendas argentinas...*, op. cit.

en el estudio de los procesos y de las múltiples causas de dicha cuestión. Llevar así la atención a las relaciones de fuerza involucradas en la construcción y aplicación de los significados de una sociedad; hacia lo que llama *la política*.

En esta investigación se hace referencia a cómo compatibilizaron las entrevistadas su militancia con la construcción de una pareja y sus proyectos de tener hijos, temas necesarios para dar cuenta de las construcciones subjetivas de las militantes. Sin embargo, se cree pertinente dar otro orden al desarrollo de la reconstrucción, más cercano al de las entrevistadas. Nos encontramos con que ellas, considerándose en un principio en situación de igualdad con los varones, elaboraron un relato sobre sus posicionamientos políticos y sus actitudes respecto de la lucha armada, de la toma del poder y de la violencia. Sus ideas sobre quiénes eran los sujetos revolucionarios y las posibilidades de la izquierda para hacer la revolución, también formaron parte de su construcción subjetiva y de su identidad de género.

Para acceder a temas como la maternidad y la pareja militante, el lugar que en ella ocupaban los hijos, saber si las tareas hogareñas eran compartidas, y si se sintieron relegadas a espacios de menor jerarquía, fue necesario encausar el cuestionario y a través de preguntas y repreguntas, insistir en esos temas dado que su relato *discurría* y *se escurría* hacia *los otros temas*, al punto de que una de ellas, Rosa, respondió con fastidio:

No sé por qué, a causa de qué me estás preguntando eso. Nosotros, cuando militábamos teníamos un compromiso, tanto los varones como las mujeres, teníamos no solamente un compromiso de militar sino también los compañeros que tenían hijos

tenían que compartir el cuidado de sus hijos y de los hijos de sus compañeros. Yo creo que en ese momento [se refiere a julio de 1976] a nadie le podía molestar y si alguien había que creía que estaba por su condición tanto varón o mujer era el que tenía que encargarse del cuidado de los chicos, me parece que eso no podía afectar, es más, estábamos en un momento donde realmente nos teníamos que cuidar entre todos, y más cuidar a los pibes. Pero no entiendo el porqué de tu interés en querer saber toda esta parte, porque a mí me parece que si a las mujeres les complicaba o no [se refiere al hecho de tener hijos y ser militante] eso no es una cuestión del compromiso de un militante [...] (Rosa, 2012).

Una lectura literal de este párrafo llevaría a pensar en la incorrección del cuestionario, sin embargo, como señala Daniel James (2004), tal lectura sería ciega y sorda a la existencia de subtextos, silencios, evasivas y tropos usados para filtrar, resistir, manejar y confesar⁷⁴. Parecería que en su relato hay puntos que se desean eludir. Probablemente tuviesen que ver con la diferencia de expectativas entre entrevistada y entrevistadora, y los usos diferentes que pretendíamos dar al relato. En tanto que Rosa parecía querer presentar un relato de la militancia en sentido amplio, incluirlo en las luchas políticas de la época⁷⁵, el cuestionario la llevaba hacia las relaciones más cotidianas

⁷⁴En el capítulo “Conversaciones en el frío”, Daniel James comenta su experiencia en una entrevista: “Por momentos, en efecto, mi interlocutor apenas había disimulado su disgusto cuando yo lo instaba a darme más detalles sobre esas disputas; me había dicho: ‘no sé para qué quiere volver a eso, ya se lo expliqué’” (James, 2004, p. 131).

⁷⁵Posiblemente, el relato que Rosa deseaba construir iba en la línea de rescatar la militancia, en la línea que la refiere Pilar Calveiro (2005, p. 16). Reconstruir la historia de un militante desaparecido desde la “normalidad de una vida plena injustamente trunca-

entre los militantes, a conflictos no totalmente saldados en su propia experiencia, incluso a diferencias con su marido, hoy desaparecido. Tal vez nuestra mutua incompreensión en este aspecto se basó en que ella quería desarrollar un relato donde se hablara de decisiones morales, de compañerismo, de recuperación de los principales valores de la militancia a nivel social y político y la entrevista la llevaba a las relaciones de poder entre varones y mujeres dentro de la organización, algo de lo que ella no sentía que fuera importante señalar.

En la mayoría de las entrevistas se identificó que las reflexiones sobre las relaciones con los varones –y hasta dónde fueron o no igualitarias– no fue algo previo, sino que sucedió durante estas. Así lo señalaron María V., Silvia M. y Victoria, lo que nos lleva a las ya mencionadas múltiples temporalidades del relato (Jelin, 2014) y a la idea de la reflexión sobre la experiencia que realiza quien da testimonio en el proceso de darlo, al tiempo que lo actualiza a la luz de sus experiencias posteriores.

Se considera que los relatos de las entrevistadas construidos en la actualidad son producto de un proceso complejo de autoidentificación y construcción narrativa que se fue reelaborando en los años transcurridos, en el que elementos característicos de la biografía de *una militante* se superpusieron o yuxtapusieron a otras representaciones, roles e imágenes femeninas disponibles en el momento histórico recordado y en el momento actual (James, 2004).

da” desconoce precisamente lo que fue su intención: no ser un sujeto “normal” –buen alumno y ahorrador– sino un revolucionario, con una vida sacrificada, de renuncia de la plenitud personal para obtener un fin superior y colectivo. Probablemente, Rosa pensó que mi cuestionario la desviaba de esta militancia de la que ella quería hablar.

Los frentes de masas

Más allá de los planteos de igualdad presentes en el PRT-ERP, Pablo Pozzi señala que el tema de la participación de las mujeres empezó a ser tratado regularmente en las reuniones del Comité ejecutivo hacia 1973, sin embargo, fue tratado desde una perspectiva tradicional. En 1973, por ejemplo, el Buró Político analizó la importancia de abrir un nuevo frente de masas en relación con el trabajo político entre las mujeres⁷⁶:

[...] no solo por la incorporación de compañeras en sí, sino, fundamentalmente por la influencia que tiene la mujer en la familia. Como dicen los vietnamitas, convencer a las mujeres impulsa a los hombres y a la juventud a lanzarse de lleno a la actividad revolucionaria⁷⁷ (Pozzi, 2004, p. 220).

Parece ser que el tema femenino era tratado por su inscripción en el marco de la familia y en función de que las compañeras no bloquearan la participación de sus compañeros⁷⁸. Si bien la creación del Frente de Mujeres se enunció en 1973, no se hizo nada hasta que

⁷⁶Consideremos que coincide con la época de la apertura electoral y la creación, por ejemplo en Montoneros, de la Agrupación Evita y de varios frentes de masas. Se puede leer un tratamiento comparado de ambos frentes en Grammatico, K. (2005). "Las mujeres políticas y las feministas...", op. cit.

⁷⁷Boletín interno N° 41, 27 de abril de 1973. En: Pozzi, P. (2004). *Por las sendas argentinas...*, op. cit., p. 220.

⁷⁸Recordamos aquí lo señalado por Barrancos sobre prédica anarquista de principios del siglo XX que en tanto proponía el amor libre, buscaba eliminar el sojuzgamiento doméstico y la educación femenina con intenciones de modificar su conciencia. Lo hacía "sobre todo porque mucho dependía de esto la conversión de los varones. En efecto, los libertarios pensaban que si no aparecía esa nueva conciencia en las mujeres, ellas obstaculizarían la movilización de maridos y hermanos" (Barrancos, 2007, p. 129).

en 1974 se decidió implementarlo, a modo de experiencia piloto, en dos regionales.

En una minuta producto de la Segunda Reunión Nacional del Frente de Mujeres, a la que concurrieron representantes de Santa Fe, Chaco, Buenos Aires, Córdoba y Rosario, se consideraba a la mujer como una parte fundamental de la revolución en pie de igualdad con los hombres, dejando de lado las tradicionales referencias a la familia, los hijos y la maternidad. Se emitieron así, recomendaciones prácticas, hacia adentro y hacia fuera del frente, destinadas a incorporar sugerencias, iniciativas e inquietudes de las mujeres. Por todo lo anterior, Pozzi señala que, si bien el PRT-ERP no fue la organización con la postura más avanzada respecto de los roles asignados a varones y mujeres, sí lo fue respecto de la sociedad en general, lo que permitió la incorporación de mujeres militantes (Pozzi, 2004, p. 221).

Alejandra Oberti refiere en un artículo sobre las mujeres y la militancia revolucionaria en los '70, a los efectos en la transformación de las subjetividades de los militantes por la incorporación de las mujeres a la lucha en el PRT-ERP. Señala que las mujeres “perturbaron con su género las estructuras políticas y militares donde se insertaron, aunque lo hicieron bajo vigilancia permanente” (Oberti, 2013, p. 6). La autora señala que PRT-ERP y Montoneros se ocuparon tanto de la vida política como de las relaciones personales y de modelarse a sí mismos en vistas al advenimiento del *hombre nuevo*. Así, la militancia en organizaciones político- militares proponía cambios disruptivos no solo en la política sino también en las relaciones interpersonales, la vida privada, la cultura y las relaciones entre los sexos. La revisión de la prensa y otros documentos de ambas organizaciones respecto de la incorporación de las mujeres lleva a Oberti a identificar posiciona-

mientos tensos y hasta contradictorios⁷⁹. Señala entonces que si bien la incorporación femenina a la militancia armada no alcanzó a transformar, al menos puso en cuestión el sujeto neutro y masculino de los partidos de izquierda revolucionaria (Oberti, 2013, p. 11).

En su libro sobre la Agrupación Evita⁸⁰, Karin Grammático da cuenta de las tensiones y las posturas asumidas por mujeres militantes. La autora recoge sensaciones diferentes entre las militantes destinadas a conducir dicha organización, desde las que consideraban este destino como un trabajo menor, hasta las que lo consideraban como natural y una misión política de importancia. Explica que la diferencia en las posiciones podía relacionarse con la experiencia previa de militancia, dado que la mayoría de las jóvenes provenían de la JP, otras de la JUP y JTP. Señala además que aquellos casos en los que no estaban contentas con la designación se debían a que el frente de mujeres no era percibido como el espacio para concretar el proyecto revolucionario (Grammático, 2011, p. 58).

Grammático (2011) indica dos razones para fundamentar el rechazo de ese destino por las militantes. La primera, la sensación de “perder poder” al pasar de dirigentes barriales a dirigir solamente

⁷⁹Así hace referencia a la propuesta de crear los frentes de masas y de editar un folleto “El ERP a las mujeres argentinas” que nunca vio la luz. También coincide con Pozzi en la referencia a las interpelaciones a las mujeres por su influencia sobre la familia, para impulsar a los jóvenes y los hombres a la lucha. Sin embargo, Oberti disiente con Pozzi (2004) y Paola Martínez, quienes atribuyen la falta de tiempo por la derrota del PRT-ERP, que coartó el desarrollo de políticas innovadoras, incluyendo las relativas a las mujeres.

⁸⁰Fue uno de los frentes de masas que desarrolló Montoneros para responder a la participación en las elecciones del peronismo. Creado para disputar poder dentro de la rama femenina del peronismo conducida por Silvana Rotta, e identificada con la derecha peronista.

mujeres. En respuesta decían “yo dirijo todo”. La segunda era que veían el frente femenino como una discriminación “¿por qué las mujeres aparte?”. Consideramos que esto va en la línea desarrollada a partir de las entrevistas realizadas. Parecería que las mujeres entrevistadas para realizar el libro citado ya se sentían con la misma capacidad política que los varones. Su rechazo podría atribuirse a que en tanto entendían que ocupaban espacios merecidos, por los que habían luchado con los varones en pie de igualdad, no estaban decididas a aceptar que se les limitasen. También parece evidenciarse que, en tanto ellas se consideraban cuadros políticos integrales, veían a las mujeres de los sectores populares –con las que deberían militar– en lugares más tradicionales; las reivindicaciones del frente aparecían así como de poca densidad.

En ambas organizaciones y sus frentes de masas lo que se hizo evidente fue la tensión generada por la presencia de las mujeres, aunque ni los agentes ni las organizaciones pudieron terminar de resolverla. Resulta interesante el planteo de Alejandra Oberti al respecto, quien señala:

[...] las mujeres se incorporaron en números significativos a todos los tipos de militancias, produciendo, además de cambios subjetivos en ellas, mutaciones en los modos en que estos grupos se auto-representaban. A partir de ahí surgirían inquietudes y oportunidades que pasaron a integrar la lista de preocupaciones partidarias como expresa elocuentemente el documento “Moral y Proletarización” (Oberti, 2013, p. 13).

Retomaremos este enfoque cuando analicemos las experiencias que nuestras entrevistadas refirieron.

La proletarización

Tanto en el PRT-ERP como en Montoneros, para ser revolucionario no alcanzaba con adquirir conscientemente las ideas de la clase obrera, sino que era necesario hacer una verdadera revolución en los militantes no obreros, cambiar radicalmente gustos, opiniones, actitudes y afinidades, desestructurar la personalidad individualista para volverla a integrar sobre ejes proletarios revolucionarios.

Por ello, incorporar militantes de origen proletario y extender la proletarización de aquellos miembros procedentes de sectores sociales no proletarios se constituyó en una cuestión central. Así, Victoria y su pareja se proletarizaron:

Nosotros alquilamos esa casa donde vivíamos cinco, todos teníamos una tarea específica, una compañera lavaba, éramos tres mujeres y dos varones, una lavaba, otra compañera planchaba, otra se encargaba de la cocina, y los hombres se encargaban de la limpieza: limpiaban el baño, la cocina, el patio y el jardín. Como el Negro no tenía ropa porque teníamos dos camisas, dos pantalones, entonces *yo lavaba la ropa del Negro todas las noches, porque se tenía que secar, era un círculo, lavaba a mano, todas las noches*⁸¹ (Victoria, 2010).

Aquí, a pesar de su percepción igualitaria, podemos encontrar las tensiones en la construcción del *hombre nuevo*, de las relaciones entre los sexos y hasta qué punto la división de tareas domésticas seguía siendo bastante cercana a la tradicional.

⁸¹El destacado es nuestro.

La exaltación de los valores de la clase obrera, presente en el PRT-ERP, llevó a considerar a la clase en su conjunto como liberada de todo mal, y también a la promoción a los cargos de jerarquía de militantes obreros –a veces carentes de formación o precariamente formados– cuyas posturas no eran criticadas por el solo hecho de su origen social (Carnovale, 2011). Y como contracara, toda disidencia de cualquier militante no proletario era considerada una desviación atribuible a “conductas *pequebú*”. Victoria fue acusada de tener una conducta pequeño-burguesa por negarse a enviar a sus hijas a una guardería. Luego de la discusión con su responsable, el resultado fue la despromoción:

[...] mirá lo que te voy a decir, yo a mis hijas les hago un churrasquito de cuadril dos veces por semana, ¿qué pasa? ¿Las tengo que tener a polenta para que sean como los obreros, que entre paréntesis, si no están concientizados son tan hijos de puta como el que más?

Porque en realidad el oprimido repite el discurso del opresor, no es que sos obrero y entonces la tenés clara, y sos solidario [...]. Preguntale a los capataces cuando arrinconaban a las compañeras para ver si obtenían algún favor de la compañera, a ver qué condición revolucionaria tenían. Ninguna (Victoria, 2010).

La discusión entre Victoria y su responsable no hizo más que poner en evidencia las contradicciones entre la idealización de una clase y la realidad encontrada por los revolucionarios proletarizados, mostrando así las limitaciones de un discurso que igualaba a mujeres y varones aunque aplicaba las sanciones solo a la madre. Lo afirmamos porque la decisión de enviar a las hijas a la guardería o no, pensado

en las prescripciones igualitarias respecto de la familia y los hijos del partido, corresponderían a ambos padres. Si bien es cierto que al pertenecer a frentes distintos, sus responsables y compañeros eran diferentes, en tanto Victoria fue degradada a simple aspirante por este hecho, su marido, y padre de sus hijas, continuó como responsable de la Juventud Guevarista.

Para los militantes del PRT-ERP, el sujeto de la revolución sería todo el pueblo encabezado por el proletariado industrial⁸². Reflejo de las virtudes que debían desarrollarse y de los males que debían evitarse, fue el documento “Moral y proletarización”⁸³. Al individualismo burgués, “Moral y proletarización” opuso la moral revolucionaria. A dicho individualismo se atribuyeron todos los elementos negativos: pedantería, vacilación ante las decisiones importantes, sectarismo y visión política mezquina, esquematismo, disputa por cuestiones secundarias y rencores personales. Por el contrario, en los obreros se encontraban las virtudes que debían ser incorporadas por todos: humildad, sencillez, paciencia, espíritu de sacrificio, tenacidad, deseos de aprender, generosidad, amor al prójimo.

La construcción de la moral revolucionaria, señalaba el propio documento, constituía una herramienta tan valiosa como la lucha

⁸²Los documentos del partido diferenciaban entre los proletariados atrasado y aquellos avanzados políticamente y conscientes de su carácter de explotados y por tanto, dispuestos a actuar colectivamente superando el individualismo burgués.

⁸³De Santis, D. (2006). *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP. Documentos*. Buenos Aires: Nuestra América. La transcripción corresponde a una fotocopia de una edición de septiembre de 1974. Este documento apareció en *La Gaviota Blindada* de julio de 1972, publicación de los presos políticos del penal de Rawson. (p. 92-116) calificada por De Santis como un “verdadero *best seller*”. Este documento es también utilizado por Paola Martínez, Alejandra Oberti y Vera Carnovale en los textos citados.

ideológica, económica y político-militar. La moral revolucionaria, no podía construirse sino a través de la “práctica de guerra”, que entendida en sentido amplio, comprendía todos los aspectos de la vida: los compañeros, la pareja, los hijos y la familia⁸⁴. Suponemos que los rígidos principios que se establecían en “Moral y proletarización” provocaron tensiones en las subjetividades de los militantes, tal como lo señaló Alejandra Oberti (2013) citada antes.

Un ejemplo de estas tensiones puede identificarse en el relato de Victoria y la situación que la enfrentó con su responsable. Lo conflictivo no radicó para ella en la discusión en sí, sino al modo que encontró para saldarla: “Bueno, en esa discusión yo lo mandé literalmente a la puta madre que lo parió”. A partir de esta referencia, Victoria desarrolló un relato del *deber ser* que, a pesar de estar presente en su imaginario, no terminó de moldear su conducta:

Nosotros éramos extremadamente respetuosos dentro del partido; dentro del partido no había “che, no seas boludo” de ninguna manera, eso no funcionaba dentro del partido . Nosotros éramos “distintos” –comillas– a la burguesía, entonces no, no. Esto no podía suceder, no podía ser que las parejas se engañaran porque teníamos necesariamente otros códigos y otros valores y entonces no podíamos caer en esa decadencia, eso no estaba bueno, y de verdad no estaba bueno (Victoria, 2010).

Pensamos que esta tensión pone en evidencia la presencia de un guión del militante prototípico, en tanto que también se hacen presentes imágenes que lo contradicen, dando cuenta del complejo y am-

⁸⁴De Santis, D. (2006). *A vencer o morir*, op. cit., p. 94.

bivalente proceso de construcción narrativa, en el que elementos típicos de un modo de “ser militante” se superponen con otros elementos e imágenes que apuntan en otras direcciones y también se hace evidente la evaluación *a posteriori* que realizó Victoria de la situación⁸⁵.

Proletarizarse implicaba compartir la práctica social de la clase obrera, para ello, los militantes de origen no proletario debían incorporarse a trabajar en la industria y mudarse a barrios pobres. Marta comentó su experiencia en Villa Constitución, donde realizó tareas de propaganda y elaboró, junto con los compañeros, el boletín fabril.

Sin embargo, la proletarianización no fue una experiencia sencilla, luego de referir gratamente a las experiencias vividas en las casas operativas, aparecieron tensiones. En el testimonio de Victoria se evidenció que los valores sostenidos efectivamente por el proletariado distaban bastante de lo que el partido les atribuía. Por otra parte, implicó la duplicación de esfuerzos, aunque no fuese vivido como tal en el relato:

Imaginate, yo iba a laburar a un taller de costura, me levantaba a las 5 de la mañana, a las 7 en punto enchufaban las máquinas, dobladillaba pantalones hasta las 5 de la tarde. A las 5 de la tarde volvía a mi casa a los pedos, saludaba a mi nena que se quedaba en mi casa con mi mamá y me iba a la facultad tres veces por semana. Y en el medio militaba, hacía cosas, entonces era complicado. Pero había tanta energía, yo tenía tanta alegría, tanta alegría (Victoria, 2010).

⁸⁵James, D. (2004). *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial, p. 213.

Otro punto de tensión tuvo que ver con las condiciones de clandestinidad en las que se produjo la proletarianización, sobre todo cuando la represión creció, lo que impidió a los militantes llevar adelante tareas de difusión o concientización de los obreros para no quedar expuestos; en tanto que la proletarianización de jóvenes procedentes de la burguesía los tornó más visibles e identificables ante las fuerzas de la represión.

Montoneros también produjo este proceso de proletarianización y las actitudes de las militantes no fueron todas iguales. Silvia M., que militaba en la JTP, señaló que los obreros le decían que lo que les gustaba de ella era que no se disfrazaba de pobre para ir a trabajar con ellos, lo que destacó como un valor. En tanto que Mercedes presentó una negativa rotunda a la proletarianización. La orden le llegó a fines de 1975 cuando la columna Norte, donde ella militaba, fue prácticamente intervenida por las reiteradas críticas hacia la conducción. Todos, salvo los que estaban muy clandestinos, debieron proletarianizarse. Cuando su responsable le transmitió la orden, Mercedes respondió:

Yo no voy. Escuchame, me acaban de botonear en el hospital por estar en la JTP, y ahora me voy a ir a anotar de operaria en una fábrica por ahí. Imaginate: yo con dirección en Arenales y Canning, hija de un marino [...]. Es como decirles muchachos acá vengo a que me agarren de las pestañas (Anguita, E. y Caparrós, M., 2007, p. 446).

Ante la reiteración de la orden su respuesta fue: “¿Sabés qué? Yo voy a entrar a laburar en SIAM cuando vos empieces a laburar de basurero”. El cargo fue negarse a cumplir una orden en términos insultantes, individualistas y pequeño-burgueses que mostraban su falta de comprensión del proyecto, el castigo: la despromoción y la orden de escribir una autocrítica. Así, lo señalado por Vera Carnovale (2011,

p. 228) para el PRT, respecto de que una de las formas más utilizadas para disciplinar a sus cuadros fue la proletarización, puede aplicarse también a Montoneros.

Militar en Montoneros en los '70 o cómo pasar de juventud maravillosa a infiltrados, estúpidos e imberbes

Anclados en declaraciones hechas por Perón desde su exilio, en las que elogiaba a los estudiantes del Mayo Francés, refería a que si hubiese sido chino sería maoísta, y finalmente, diciendo que la única fórmula para liberar al país sería la misma que usó Fidel Castro en el suyo, los simpatizantes de la izquierda peronista podían pensar en la conversión de Perón al socialismo. Específicamente, los militantes de la juventud y los integrantes de las “formaciones especiales” recibieron comunicaciones que avalaban sus aspiraciones. Desde referencias al “trasvasamiento generacional” en el liderazgo del movimiento y a la “juventud maravillosa”, hasta halagos directos a las formaciones especiales y a los “muchachos que han aprendido a morir por sus ideales”, las declaraciones de Perón parecían demostrar una definición revolucionaria. Llegaba incluso a prometerles la preponderancia paulatina en el movimiento cuando se fuera avanzando en la lucha violenta. Fue así que, frente a un régimen militar que parecía descartar cualquier posibilidad de retorno del peronismo a través de medios legales, la acción armada se presentó como la única manera eficaz de derribar a la dictadura y encarar la verdadera revolución⁸⁶.

⁸⁶Gillespie, R. (1987). *Soldados de Perón...*, op. cit., p. 67.

En febrero de 1971, Montoneros se había definido por la guerra popular, entendida como *total, nacional y prolongada*. *Total*, porque implicaba la destrucción del Estado capitalista y su ejército. *Nacional*, porque a la reivindicación del pueblo argentino sumaba la emancipación del dominio extranjero. Y *prolongada*, porque había que desgastar al ejército enemigo y para derrotarlo había que formar y desarrollar un ejército popular.

A principios de 1971 corresponde la carta de Montoneros a Perón en la que estos explican las razones de la detención y ejecución de Aramburu. La carta refería a ciertas versiones en las que se les adjudicaba, con dicho acto, haber estropeado los planes políticos de Perón. En esa carta también se atacaba fuertemente a la burocracia sindical, al delegado de Perón (Paladino) y se planteaba su desacuerdo respecto de ser considerados como un elemento de presión a favor de la opción táctica que serían las elecciones. Por el contrario, se reivindicaban como opción estratégica, no subordinada a la opción táctica del ala política que aspiraba a alcanzar la realización de elecciones. Consideraban a *La Hora del Pueblo* como una maniobra útil y dejaban en claro que la vía armada era el único método estratégicamente correcto para tomar el poder.

La respuesta de Perón fue positiva, en tanto encomiaba todo lo actuado, calificaba la ejecución de Aramburu como una acción “deseada por todos los peronistas”, declarando que, además, “sobre la opción electoral, yo tampoco creo”. Explicaba también Perón que en la lucha integral no se podía desperdiciar ninguna acción que sirviera para hostigar al régimen. Finalmente, señalaba que “las organizaciones que se encargan de la guerra revolucionaria tienen absoluta independencia en su conducción y coordinan más que nada por sus objetivos” (Anguita y Caparrós, 2009, p. 258).

No obstante estos intercambios, hacia la segunda mitad de 1972, Montoneros debió realizar un giro hacia la actividad de masas cuando se hizo evidente que, contrariamente a lo que hasta el momento se había sostenido⁸⁷, se iba a permitir la participación del peronismo en las elecciones, y que Perón estaba dispuesto a aceptar dicha participación. Sin abandonar totalmente la lucha armada, Montoneros orientó sus esfuerzos hacia un trabajo de masas inscripto en la campaña conocida como “Luche y vuelve” y luego hacia la lucha interna por ganar espacios dentro del futuro gobierno. Desde fines de 1972, la JP y Montoneros se habían convertido en protagonistas indiscutibles de la campaña electoral (Guillespie, 1987, p. 153). Si bien las mujeres entrevistadas desarrollaron su militancia en una franja que se extiende entre 1966 y 1980, la campaña “Luche y vuelve” las encontró a casi todas incorporadas a ella⁸⁸.

Karin Grammático (2011) señala que la opción electoral produjo discusiones internas dentro de Montoneros y algunos alejamientos. Con referencia a la opción electoral, dos de las entrevistadas (Mercedes y María P.) plantearon que no había, para ellas, una verdadera elaboración de la democracia, ni de la política partidaria organizada: “A ninguno de nosotros se nos ocurría ser concejal, eso era visto como con desprecio” (María P., 2009). Mercedes profundizó la idea aún más:

⁸⁷Nos referimos a la tesis de que al peronismo nunca se le permitiría recuperar el poder por medios electorales. Gillespie, R., 1987, p. 152. Grammático, K., 2011, p. 33.

⁸⁸La única excepción es Graciela, quien por problemas en su relación de pareja se había desenganchado momentáneamente de la militancia, la que retomará a partir del 1973. Anguita, E. y Caparrós, M. (2007). *La Voluntad*. Tomo II., op. cit.

El '73 era un momento más de acumulación de poder político para la revolución, esto que decía María: *nadie quería ser diputado, nadie quería ser concejal*, porque esto sacaba tiempo para las *tareas principales que eran las tareas de organización popular*⁸⁹ (Mercedes, 2009).

Las entrevistadas pertenecían a familias de clase media y clase media-baja, incluso algunas procedían de hogares “gorilas”, y al menos dos venían de familias peronistas⁹⁰. En los relatos de las militantes de origen no peronista aparecieron discusiones dentro de la familia por el peronismo, en la mayoría de los casos se tornaban en advertencias respecto de la figura de Perón y la posibilidad de ser utilizados por este. Mercedes señaló el acompañamiento de sus padres en la militancia, tanto de ella como de sus primos, sin embargo: “Mi viejo no entendía, cómo nosotros todo lo que hacíamos, que él respetaba mucho, cómo lo hacíamos en nombre de Perón. Siempre decía ‘el viejo los va a cagar’”.

Desde una mirada retrospectiva se hace posible identificar la política pendular de Perón y su propósito, la restauración peronista. Así como su objetivo, que fue obtener el más amplio apoyo político y social, para lo cual Perón no dudó en poner el peso de su autoridad detrás de la facción que le permitiese sacar mayor provecho en cada situación (Gillespie, 1989, p. 68). Sin embargo, a través de los testimonios esto no parece haber sido tan evidente para todos en aquella época.

Pensamos también, en función de los testimonios, que la ingenuidad que se ha atribuido a los jóvenes integrantes de Montoneros podría ser morigerada. Se ha dicho que, producto de su juventud, ca-

⁸⁹El destacado es nuestro.

⁹⁰Silvia M. y María A.

recían de visión respecto de la política peronista pos 1955, lo que los habría tornado objeto de la manipulación del viejo líder⁹¹.

Se podría afirmar, desde los testimonios que constituyen esta muestra que, como otros antes, los montoneros se alimentaron de los mitos ya presentes en el peronismo, que dieron pie para su interpretación de la política argentina en clave de revolución. Así, reinterpretaron los mensajes de Perón y se alimentaron en la narrativa de la resistencia peronista pos 1955. Anclaron allí la esencia del propio relato y el pueblo fue identificado con este pueblo peronista y para su beneficio se luchó por la revolución y la toma del poder. Solo a través de la victoria del pueblo peronista se superaría la antinomia peronistas/anti-peronistas. Carlos Altamirano (2001a, p. 130) calificó estos planteos de simplistas y facciosos y señaló que no se enlazaban con la resistencia peronista sino que se inscribían en el relato revolucionario. Un relato escatológico, una especie de redención secular, que permitiría realizar el amor por todos, del que nacería el *hombre nuevo*. A estos modos de pensar, los relacionó con sensibilidades apocalípticas y un mesianismo destinado a *forzar el fin*.

Pensamos que para analizar la narrativa en la que se inscribe Montoneros desde los testimonios de las protagonistas, sin desconocer el valor de un análisis como el anterior, nos resulta positivo evitar refe-

⁹¹Tal es la tesis que sostiene Gillespie (1989), no se pone en duda ni la juventud, ni la falta de conocimiento experiencial directo del peronismo pre 1955, lo que se piensa que se debería moderar es la afirmación de que los montoneros fueron manipulados por Perón, por el rol pasivo en que sume a los integrantes de la organización que demostraron tener planes propios, aunque no hayan sido exitosos. Así como la idea que podría implicarse por oposición, los que sí habían vivido el peronismo pre 1955 tendrían clara la diferencia entre Perón y los jóvenes militantes de Montoneros y la Tendencia Revolucionaria.

rencias al mesianismo o a figuras rígidas, para escapar a lo que Pittaluga (2007) llama *efectos de clausura*⁹². Estas figuras rígidas cierran el paso a las preguntas por las subjetividades, las concepciones políticas, las tramas de autoridad, las nociones de revolución y lucha armada, en suma, cierran la posibilidad de interrogarse por la complejidad y la diversidad del proceso de subjetivación política de la época. Evidentemente, respondiendo a estos análisis y a otros similares ampliamente conocidos, Graciela señaló:

[...] nos estereotipan tanto, éramos mesiánicos, machistas, hacíamos el culto a la muerte, autoritarios, verticalistas [...] yo creo que todo eso existió [...] culto a la muerte yo diría que no, que estábamos dispuestos a morir como estábamos dispuestos a vivir y eso es tan importante como estar dispuestos a morir y lo de mesiánicos [...] que pensábamos que íbamos a redimir a la humanidad... Mirá, de lo que nosotros estábamos convencidos era de que había que ponerse a hacer algo para que las cosas cambiaran [...] (Graciela, 2009).

No podemos soslayar, para este análisis, y sobre todo en este capítulo, el carácter problemático de la memoria y el concepto de *memorias en competencia* que menciona Michel Pollak (1989). Parece hacerse presente, en este y otros testimonios, un tiempo en que ciertas memorias debieron permanecer subterráneas por la ausencia de oídos

⁹²Efectos producidos por medio de figuraciones como la heroicidad, la abnegación, el martirio, la ingenuidad, la (in)experiencia política, la desviación militarista o foquista, figuras transformadas en imágenes mitificantes, figuras que al carecer de flexibilidad producen efectos de sutura sobre las significaciones políticas y subjetivas que implicó la lucha armada (Pittaluga, 2007).

dispuestos a ellas, en tanto que predominaban otras *memorias*. Sin embargo, lo anterior no implicó su eliminación, sino su soterramiento, la puesta en espera de estas *memorias subversivas* para manifestarse en el momento propicio.

Además, el recuerdo de un proceso que refiere a convulsiones internas “remite siempre al presente, deformando y reinterpretando el pasado. Así también, hay una permanente interacción entre lo vivido y lo aprendido, lo vivido y lo transmitido” (Pollak, 1989, p. 9). Lo que nos lleva nuevamente a que el testimonio al que accedemos a través de entrevistas es una reinterpretación que hacen las militantes respecto de sus experiencias a partir, o en contra, de discursos interpretativos disponibles que aparecieron en los años transcurridos.

Después de mencionar las escasas posibilidades que se encontraban para la construcción del *hombre nuevo* y del socialismo a través de la vía democrática y, por lo tanto, la necesidad de asumir la lucha armada Mercedes dice que:

[...] cuanto mayor compromiso voy asumiendo en la militancia, iba asumiendo prácticas que tenían que ver con la lucha armada y es más, ascender en la escala de la organización significaba asumir más compromisos. Esta cosa de “uno estaba dispuesto a la vida y a la muerte”, no tenía que ver con esa apología de la violencia que muchas veces se analiza ahora, no, de la cosa heroica, nosotros queríamos vivir, pero queríamos vivir en un mundo mejor, para ese mundo mejor había que hacer determinados sacrificios (Mercedes, 2009).

Al tiempo que las entrevistadas evaluaban su compromiso revolucionario, referían a la violencia y al marco en que esta se inscribía. Así,

Mercedes destacó que la violencia no era un fin en sí mismo sino parte de un proyecto político revolucionario de lucha por el poder que incluía la lucha armada y se asumía esta en el marco del proyecto político⁹³.

Se identifica en los relatos la búsqueda de la identidad peronista a través del compromiso con los necesitados, que una de las entrevistadas relacionó con su formación católica y una necesidad de fundirse con las masas, “el pueblo”. Es claro en el relato de Rosa la unión de su formación católica y su acercamiento al peronismo:

[...] lo que tomé como bandera es un peronismo, pero comprometido con las bases, con el pueblo. No he encontrado después otras [...] tal vez, uno va acercándose a distintas posturas de lo que era el peronismo, pero yo siempre siento y entiendo que para mí nace de los barrios y de la clase trabajadora y de los estudiantes, que es más que un partido o una estructura partidaria, es un movimiento [...] (Rosa, 2012).

Un compromiso con cambiar sus condiciones objetivas de vida, y así asumieron la idea del foco o de la vanguardia revolucionaria, como

⁹³En relación con la idea del soterramiento de la memoria y las ideas que asocian *militancia a pulsión de muerte*, es interesante el planteo que presenta Benjamín Ávila, el director de la película *Infancia clandestina*, quien inspiró el guion en su pasado familiar. La madre fue militante de Montoneros e integrante de la primera parte de la contraofensiva, desapareció en 1979. Desde su experiencia como hijo que vivió en la clandestinidad refiere: “La construcción del discurso del miedo que se terminó de instalar en los ’80 en la Argentina asoció a la militancia con la muerte. ‘Mirá que si militás te matan ¿eh?’. Cuando en realidad es: ‘Mirá que si militás, defendés tus ideas, podés ser feliz, podés tener la construcción de un mundo real mucho mejor. Te pueden matar, es parte de las cosas. Pero no es solo te van a matar’. Y esa idea de ‘te van a matar’ es la que quedó impregnada en la sociedad. En la situación política que se está viviendo hoy, se empieza a entender que la militancia no es sinónimo de muerte sino sinónimo de crecer. Es otra cosa”. *Diario Página/12*, domingo 20 de mayo de 2012, suplemento “Cultura y espectáculos”.

muchos otros movimientos revolucionarios exitosos, por ejemplo, el cubano. Cuando se habló sobre su compromiso con la lucha armada y en el contexto de la lucha contra el gobierno de Lanusse y la idea de “sacar a la dictadura”, María A. señaló que, a pesar de su formación católica, no encontró contradicciones con la lucha armada, enlazando sus decisiones con el contexto del momento:

[...] pero era la posibilidad cierta de que la sociedad se iba a transformar y esa era una certeza, y además después volvió Perón, y decía el mundo marcha hacia el socialismo, o sea no éramos nosotros, era todo el mundo, en ese momento era la perspectiva que había [...] *el mundo marcha, si nosotros hacemos algo va a llegar antes*⁹⁴ (María A., 2009).

No todas las militantes entrevistadas recibían con la misma tranquilidad la lucha armada. Rosa aclara que su compromiso con el peronismo y Montoneros no la llevó a asumir personalmente esta idea. Sin embargo, dado que su permanencia dentro de Montoneros se interrumpió más por la pérdida de contactos hacia los '80 que por una salida de la organización, se interpreta que su planteo está relacionado con su propia participación en acciones armadas, ya que su existencia no la hizo alejarse de la organización. También María P. refiere a las contradicciones entre lucha armada y formación católica, y cómo eran saldadas por algunos de los militantes:

[...] visto desde la cosa más cristiana, de los que comenzaron desde grupos cristianos, y bueno, cómo pueden asumir en determinado momento la opción por las armas también [...] En algunos

⁹⁴El destacado es nuestro.

casos hubo compañeros que se cuestionaron esto, no nos olvidemos también que existían los curas del tercer mundo y una justificación que uno sí sentía visceralmente, esta cosa de la espiral de violencia, estaba ahí y uno podía y se sentía habilitado y sentía totalmente claro que la violencia inclusive no la había empezado uno, digo en el sentido de si había alguna culpa en un sentido más cristiano si querés (María P., 2010).

Retomamos el análisis que Carlos Altamirano hace de Montoneros e identificamos lo que él llama *militantismo católico*⁹⁵ apareció en el relato de las entrevistadas, sin embargo, no parece alcanzar para acompañar su conclusión de que las raíces católicas llevaron a la idea de *forzar el fin*⁹⁶ y que estas ideas, antes de ser efecto y emanación del contexto político social en que se dieron, constituyeron el marco interpretativo de esta realidad: “La idea política de ‘forzar el fin’ fue entonces, y más de una vez, la de intervenir en la realidad para producir los acontecimientos que confirmaran las tesis acerca de la realidad” (Altamirano, 2001, p. 131).

⁹⁵En Altamirano, C. (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas, el autor ubica a Montoneros dentro del peronismo revolucionario producto del encuentro entre el militantismo católico y el marxismo. Según Altamirano, sin la contribución del filón católico al maximalismo político de los '70 no puede pensarse la historia de Montoneros.

⁹⁶Citando a Michael Walzer, quien identifica en el sionismo mesiánico rasgos comunes con el mesianismo político y variantes del radicalismo, Carlos Altamirano plantea que: “Los hombres y mujeres que fuerzan el fin toman la liberación en sus manos, y no es de ningún mal particular sino del mal general que ellos se liberarían a sí mismos y al resto de nosotros” ¿Cómo pretender alguna restricción cuando la apuesta es tan alta? La fuerza misma se santifica cuando se la usa para realizar el fin de los días, y ella puede así ser usada sin culpa”. Altamirano, C. (2001a). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas, p. 130.

Efectivamente, el sacrificio cristiano aparece en los relatos, y también la idea de *dar la vida*, solo que parece más conveniente para analizar nuestros testimonios quitarle rotundidad porque nos permite evitar los efectos de inflexibilidad en las figuras militantes. Graciela recuerda que una amiga misionera le regaló un libro y en la dedicatoria le escribió “si la vida no sirve para darla, para qué sirve”, o sea, la idea de heroísmo y de comportamientos heroicos en las militantes no puede ser discutida, lo que resulta menos sencillo es unir heroísmo con mesianismo como marco interpretativo de la realidad y búsqueda de la muerte:

Es una cuestión tan profunda de que uno está en esta tierra para dar la vida por alguien, “alguienes”, estas cuestiones estaban todas presentes. ¿Cómo eso después se transforma en un compromiso político? Tiene que ver con todo ese tránsito (Graciela, 2009).

Con *este tránsito* refiere a su experiencia de la pobreza en Tartagal con el cura Carlos Mugica, su contacto con las ideas de jóvenes formados en otras miradas históricas y un acercamiento al socialismo nacional. También Silvia M. refiere al heroísmo para explicar la negativa de su esposo a replegarse:

No, yo creo que él tenía una profunda formación cristiana y para él era una cuestión de una entrega, muy ligada por la cosa cristiana y hasta las últimas consecuencias. Dar la vida por el otro [...] muy acentuada en ese sentido (Silvia M., 2009).

Lo que puede afirmarse es que para las entrevistadas, sobre todo aquellas que desarrollaron experiencias misionales en zonas de extrema pobreza, la tesis de la existencia de una realidad injusta que había que cambiar no necesitaba ser más confirmada, la pobreza y el abandono de importantes sectores de la población tenía para ellas una evidencia innegable.

Con Perón en la Argentina

Un problema que se hizo acuciante residió en la disputa política cuando Perón empezó a demostrar que no era el líder revolucionario esperado. Lo que Altamirano (2001) identificó como una realidad que se rehusaba a ser subordinada a las tesis previas. Con la incorporación del peronismo al juego político, Perón se mostró como jefe de la oposición, y ya no de la revolución. Cuando propuso la pacificación y el fin de las hostilidades, la esperanza de que se transformase en el jefe revolucionario que volcase el peronismo hacia el socialismo nacional debió ser descartada.

Algunas de nuestras entrevistadas llegaron más allá afirmando que lo que descartaron fue la idea del liderazgo de Perón para hacer la revolución, no la idea de hacer dicha revolución y alcanzar así el socialismo nacional. Al menos en esa dirección van los comentarios de Mercedes y María P., relativos a 1973:

[...] nosotros éramos las organizaciones especiales que llegado él nos teníamos que disolver y *nosotros estábamos en otro proyecto*, que la identidad política era el peronismo claramente y para muchos el liderazgo de Perón era un liderazgo muy fuerte, no era fácil romperlo pero teníamos claro, *nuestro proyecto no era el proyecto de Perón*⁹⁷ (Mercedes y María P., 2009).

Debe aclararse que esta percepción no fue enunciada por la totalidad de las militantes incluidas dentro de Montoneros y parece relacionarse con el lugar ocupado en la estructura de la organización

⁹⁷El destacado es nuestro.

y si pertenecían directamente a Montoneros o a organizaciones de superficie. En este caso, Mercedes⁹⁸ fue oficial montonera.

Más allá de posibles ocultamientos de las intenciones de Perón, a principios de 1973 comenzó a hacerse visible, para todos los militantes, que el proyecto de Perón no era el mismo que el de Montoneros y viceversa, y debieron generarse estrategias políticas y discursivas como para seguir manteniéndose dentro del peronismo. La fórmula, para sortear la contradicción la proveyó la consigna “Cámpora al gobierno, Perón al poder”, que permitió asumir la idea de que la participación política no era el fin último, sino una etapa hacia la toma del poder de un gobierno inspirado en el socialismo nacional.

Este eslogan no era privativo de Montoneros sino que aparecía en todos los spots publicitarios y en los cánticos oficiales. Y si bien puede haber servido a Montoneros para dilatar el encuentro con una realidad que contradecía sus hipótesis, y así mantener la disputa dentro del peronismo, también permitió a representantes sindicales y grupos más ortodoxos digerir a un candidato como Cámpora. A todos los sectores en pugna dentro del peronismo les permitió pensar que el juego electoral no era aún la reivindicación máxima, y así la toma del poder tendría distintos significados para cada uno, de un extremo al otro del espectro interno del peronismo.

⁹⁸Habiendo comenzado su militancia dentro de las FAR, luego de un breve espacio como miliciana en 1974-76 desarrolló sus tareas como responsable de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en la columna Norte. Anguita, E. y Caparrós, M. (2007). *La Voluntad*. Tomo V, op. cit., p. 67. En ese mismo texto aparecen referencias a que luego de su despromoción se le vuelve a ofrecer su grado de oficial.

Respecto de las dudas que se han planteado algunos autores⁹⁹ sobre la existencia de una verdadera adhesión de los jóvenes montoneros al peronismo, nuevamente y solo en los casos aquí analizados, pensamos que cabe preguntarse, ¿por qué no podrían los jóvenes militantes de Montoneros, de origen católico o no, haber identificado en Perón al líder que llevaría a la liberación de las masas, a través del vuelco al socialismo nacional? ¿Por qué desde el principio ese elemento escatológico que llevaría a *forzar el fin* debería obedecer a una arbitraria interpretación de la realidad y no a una lectura parcial de la política pendular de Perón? Lectura que, por otra parte, hacía cada uno de los grupos existentes dentro del peronismo, sin olvidar las múltiples declaraciones de Perón en apoyo de la “juventud maravillosa”.

Una vez identificado el proyecto de Perón como distinto del propio, los testimonios de las militantes avanzaron en la línea de intentar hasta último momento evitar la ruptura con el líder y llevar adelante su propio proyecto, como señalamos.

Para Montoneros, con la vuelta definitiva de Perón al país, las ambigüedades del proyecto político se redujeron drásticamente y en su propia contra. El período previo había consistido en una lucha sin cuartel de los grupos enfrentados en el interior del peronismo para obtener el control del partido y para volcar al líder hacia su propia posición. La presencia de Perón en el país no permitió ya interpretar sus mensajes como movimientos estratégicos. Esta situación puso la identidad montonera y la contradicción que la habitó al límite de la ruptura.

⁹⁹Altamirano (2001) y Sigal y Verón (2008).

María P. señala que:

A ver, nosotros dentro del peronismo [...] teníamos una fuerte identidad peronista, pero no nos sentíamos dentro de la estructura del PJ, no estábamos ni ocupando cargos, ni nada. Con respecto de identidad peronista, tenemos compañeros que hoy siguen sintiendo, seguimos sintiendo una identidad peronista, *pero obviamente en ese momento éramos Montoneros, más peronistas unos y menos peronistas otros* [...] ¹⁰⁰ (María P., 2009).

Y Mercedes completa: “Pero siempre disputando dentro del peronismo, no pensábamos que esto tenía que darse fuera del peronismo”.

Con el establecimiento de Perón en la presidencia, la contradicción entre la juventud y su líder fue inocultable. Se hizo cada vez más evidente que la persecución a la que se veían sometidos tenía el aval de Perón, quien –dejando de lado la actualización doctrinaria– llamaba a recordar la Tercera Posición y no a alcanzar el socialismo nacional. Al tiempo que hablaba de depurar el peronismo ya no de los *traidores*, sino de los *infiltrados*. Apareció entonces *la teoría del cerco*, en la que las entrevistadas parecieron no creer, al menos no todas:

De hecho, nuestra columna (la columna Norte) discutió mucho la teoría del cerco. Mayoritariamente, la columna no creía en la teoría del cerco, por supuesto había compañeros que sí, pero mayoritariamente no creíamos en la teoría del cerco, creíamos que Perón volvía con su proyecto histórico de la comunidad organizada, *fifty fifty* [...] (Mercedes, 2009).

¹⁰⁰El destacado es nuestro.

En los relatos se hizo evidente la desazón que produjo ver que Perón no era el líder que conduciría al socialismo nacional. Rápidamente, se asistió a una toma de conciencia de las diferencias con él y a medida que crecía el enfrentamiento, los testimonios de las entrevistadas comenzaron a distanciarse entre sí, sobre todo respecto al lugar de vanguardia que se ocupó y lo que se entendió como el reflujo de las masas.

Parte del testimonio de Rosa da una pista sobre las escasas posibilidades del trabajo de superficie de Montoneros y la indefectible retirada de las masas. Refiriendo a su militancia territorial en Rincón de Milberg con los trabajadores de Mestrina, Astarsa, Forte y Cadenazzi, Rosa se pregunta el porqué del encarnizamiento represivo en la zona. Y luego, recuerda que las primeras 500 afiliaciones el Partido Peronista Auténtico (PPA) salen de Rincón, de un asado con cuero que se hizo con los trabajadores.

| Y cuando nos fuimos a fijar en las fichas, eran el primo, el tío, el cuñado, eran todas familias, es decir que los milicos tenían, no nombres, tenían familias. Y eso era lo terrible y eso era lo que nunca nosotros habíamos tenido en cuenta [...] ¹⁰¹ (Rosa, 2010).

Y es esto, la percepción del reflujo de la gente, un punto donde las posturas de las entrevistadas se bifurcan. Silvia M., que ante las caídas empieza a plantear dudas a su esposo respecto de continuar la militancia, dice que:

| Uno de los argumentos que yo le decía siempre a Rodolfo era: nosotros cantábamos que las casas peronistas eran fortines mon-

¹⁰¹Testimonio de Rosa, Memoria Abierta, disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=FE0Hlh9kpTw> [Consultado por última vez el 10/4/2012].

toneros y ahora vos ves que las casas peronistas se nos cierran. Incluso en el ateneo en el que nosotros militábamos quedó todo fortificado y sin gente. Y era un lugar al que iban cientos de personas permanentemente. La gente dejó de ir por miedo y yo eso se lo ponía como ejemplo. Y no lo entendía (Silvia M., 2009).

Profundizando sus ideas sobre la actitud de Montoneros respecto de Perón, a la pregunta de si hubo una equivocación en la postura asumida dice:

Si, absolutamente, creo que primero [Montoneros] no se situó bien ante Perón; Perón también fue bastante hijo de puta, y después esa cosa tan vanguardista, el paso a la clandestinidad, ¿viste? No respetó los tiempos del pueblo concretamente (Silvia M., 2009).

Todo lo contrario plantea María A., quien permaneció en la clandestinidad hasta 1977, salió hacia México y volvió en la contraofensiva hasta caer presa en 1980:

Lo que pasa que esa discusión que se dio, [...] me acuerdo que cuando se discutió el tema del pase a la clandestinidad [...] había gente que lo planteaba y yo fui una de las que dijo “cuando la situación es confusa como es hoy, la respuesta nuestra tiene que ser clara, y la respuesta nuestra es que acá nosotros no tenemos nada que participar políticamente, nos vamos a la clandestinidad.” Y yo estaba convencida, con escasos argumentos, dando por sentado que éramos asumidos como vanguardia y entonces la respuesta clara iba a ser tomada por la gente, cosa que después se vio que no sucedió (María A., 2009).

Silvia M. plantea que:

Yo creo [...] mi crítica es hacia ese vanguardismo que nos llevó a un aislamiento, eso creo absolutamente. Creo que las revoluciones se hacen con los pueblos y no con la vanguardia. Eso, estoy convencida (Silvia M., 2009).

Recordamos que los testimonios no tienen por finalidad ampliar la información sobre los hechos, en este caso referidos a la relación entre Montoneros y las masas, para dar una explicación concluyente sobre el vanguardismo sino para acceder a los significados que sobre este construyeron las militantes.

Más allá de las interpretaciones analizadas puede afirmarse que reinstalado Perón a la cabeza del movimiento se hizo evidente un proceso de hostigamiento hacia Montoneros y sus organizaciones de superficie. Hostigamiento político-ideológico que tuvo la intención de obligarlos a encuadrarse en los lineamientos dictados por el líder o irse del movimiento. En este proceso debe inscribirse la interpretación del retroceso de las masas respecto de Montoneros. Al miedo generado por las bandas armadas de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), se habrían sumado el vanguardismo y el aparatismo difícilmente comprensibles para los no pertenecientes a “la orga”¹⁰².

Sin embargo, no fue menor el rol que cumplieron las construcciones discursivas que se instalaron entre 1973 y 1976 y dieron lugar a determinadas lecturas hegemónicas sobre el fenómeno. Una vez establecido el gobierno peronista se instauró la condena sistemática de la

¹⁰² Así llamaban los militantes a la organización Montoneros.

violencia¹⁰³. Las acciones de las organizaciones armadas que durante la anterior dictadura habían sido consideradas *políticas*, pasaron a ser consideradas *criminales*. Así, aunque se hablaba de violencia de izquierda y de derecha, comenzó a caracterizarse, desde la mayoría del espectro político, a la violencia de izquierda como *subversiva* y a la de derecha como represiva. Esta lógica supuso el carácter reactivo de la segunda, que habría emergido como freno a la acción de las organizaciones armadas.

Estas construcciones discursivas y la clandestinidad contribuyeron al distanciamiento de sectores de la sociedad que anteriormente habían visto con simpatía a Montoneros. Señala Marina Franco que los medios contribuyeron a fijar la agenda política y en ella figuraba, en primer lugar, la necesidad de una *solución* a la violencia, a través de la instalación de un discurso antisubversivo y represivo, del que no fueron ajenos el propio Perón ni algunos partidos de la oposición, organizaciones sindicales y patronales¹⁰⁴.

En enero de 1974, los ocho diputados de la Tendencia fueron prácticamente obligados a renunciar cuando Perón les pidió que votaran a favor de la regresiva reforma del Código Penal, o abandonaran sus

¹⁰³Así, la condena de la “subversión” se extendió en boca de los más diversos actores políticos e incluso entre aquellos que antes habían amparado y estimulado la violencia insurreccional, como era el caso del propio peronismo. Recordemos que hasta las elecciones de 1973, la violencia de las organizaciones armadas y otros grupos había sido considerada “legítima” en tanto y en cuanto era el resultado de la violencia “de arriba” producida por los gobiernos autoritarios y sin cabida para la participación popular o la presencia electoral del peronismo, proscrito desde 1955. Franco, M. (2008). “Notas para una historia de la violencia en la Argentina: una mirada desde los discursos del período 1973-1976”, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/43062> [Consultado por última vez el 5/3/2012].

¹⁰⁴Franco, M. (2008). “Notas para una historia de la violencia en la Argentina...”, op. cit.

cargos. El propio Firmenich, en marzo del mismo año, admitió en una reunión con la JP que “Perón es Perón y no lo que nosotros queremos”, que el líder permanecía fiel a la Tercera Posición y que para él, el *socialismo nacional* era el justicialismo, que se inclinaba por la comunidad organizada y la alianza de clases, en lugar de promover la lucha entre ellas (Gillespie, 1989, p. 183).

Nuevamente, las entrevistadas dan cuenta de esta tensión, y de cómo la distancia entre *el Perón que Montoneros quería y el que realmente era*, desembocó en la ruptura:

Hubo algún intento¹⁰⁵ identificado con los ocho diputados que también se le plantaron frente a Perón y le dijeron “así no”, pero también eso era [...] *no es que esa negociación iba a seguir mucho tiempo más*. Pero habían llegado en su momento, eran nuestros diputados que estaban ahí. En un momento corto que significó el regreso de Perón, las elecciones, haber participado ahí [...]¹⁰⁶ (María P., 2010).

Aun así, los montoneros siguieron unidos a Perón porque era parte de la fase presente en el proceso revolucionario. Los testimonios obtenidos acompañaron lo planteado por Gillespie, quien señaló que, al no ser públicas las diferencias entre los líderes montoneros y Perón, las esperanzas en muchos de los militantes permanecieron vivas llegando entonces a sentir luego, el 1° de mayo, que Perón los había traicionado (Gillespie, 1989, p. 184).

¹⁰⁵Se refiere a la participación democrática y a su inexistente peso en el momento para muchos militantes montoneros. Lo que dice continúa a modo de ampliación en un diálogo a la frase de Mercedes: “Y la verdad es que no había negociación democrática, es como inventar actores políticos y sociales en momentos de la historia en que no los hubo”.

¹⁰⁶El destacado es nuestro.

Con diferencias y con una brecha que se ensanchaba entre Perón y Montoneros, se siguió al lado del líder, no detrás de él, y todavía cabía esperar que los eligiera. Y así explica Carlos Altamirano la presencia de Montoneros en la Plaza de Mayo:

¿Cómo no ir a la Plaza el 1° de mayo? No hacerlo hubiera significado resignarse al aislamiento y a las operaciones de depuración que los tenían como blanco. ¿Y cómo podían aceptar pasivamente ese proceso destinado a excluirlos del movimiento? ¿Quién tenía más títulos para estar en la Plaza histórica del peronismo que los Montoneros, que habían luchado contra la dictadura con las armas, que habían matado a Aramburu, que habían hecho posible el regreso de Perón y que habían ofrendado tantos mártires? No se podía ceder ese espacio (Altamirano, 2001, p. 139).

Sin embargo, esta no fue una presencia pasiva, esperando que Perón actuara en su favor, todo lo contrario. Desafiando las prescripciones organizativas del acto, se armaron en la propia Plaza los estandartes, al tiempo que se plantearon demandas: “No queremos carnaval, Asamblea popular”, y “Qué pasa general, que está lleno de gorilas el gobierno popular”. Obviamente, toda la acción tenía dos destinatarios: el propio Perón y *el pueblo peronista*.

Y ante la respuesta de Perón llamándolos imberbes: “A través de estos veintiún años, las organizaciones sindicales se han mantenido inmovibles, y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más mérito que los que durante veinte años lucharon” (Juan Domingo Perón, 1974)¹⁰⁷.

¹⁰⁷<http://loscuatroperonismos.blogspot.com.ar/2009/10/discurso-de-jdperon-en-la-plaza-de-mayo.html> [Consultado por última vez 17/7/2012].

La respuesta manifestó claramente el descontento y así como se llenó la Plaza, se le dio la espalda a Perón y se produjo la retirada organizada al grito de “si este no es el pueblo, el pueblo dónde está”.

Y es aquí donde aparece la sensación de ser traicionados por Perón:

También estuvimos el 1° de mayo y nos fuimos de la plaza, no. Yo siempre suelo decir que yo me fui de la plaza, y también digo y siento con orgullo que no fui al entierro de Perón, porque si me fui de la plaza, no estaba para ir al entierro, es más, estuve sí en el diario *Noticias* y ahí vivimos de adentro una excitación muy angustiante, porque habían tiroteado una camioneta del diario, así que con Rodolfo dijimos que no íbamos, porque ya nos habíamos peleado con el viejo antes, el 1° de mayo, y había sido así (Silvia M., 2009).

Pensamos que para interpretar esta ruptura, en una reconstrucción que aspira retomar el discurso y las subjetividades de los actores, es conveniente evitar caer en rigideces, que por un lado parecen poner solo del lado de Montoneros las razones del desencuentro por la realidad social de los '70 y por otro, cierran el análisis a la diversidad de posiciones, discusiones e ideas en pugna dentro del propio movimiento.

Se piensa, por ejemplo, en las interpretaciones que hizo Hugo Vezzetti (2009)¹⁰⁸ sobre la violencia revolucionaria, atribuyéndola a

¹⁰⁸Vezzetti parece centrarse en la evolución histórica a partir de 1973 sin considerar al propio Perón en los '70. Por ejemplo, en el párrafo siguiente: “Siempre, en términos políticos, la tentación de recurrir a la violencia nace de la pérdida del poder; como consecuencia, una violencia que ya no se apoya ni se sujeta al poder termina invirtiendo la estimación de los medios y los fines. Es justamente la derrota política y la pérdida de poder, en el sentido invocado, lo que permite entender, la guerrilla montonera, el vuelco a una violencia que se hace cada vez más indiscriminada, es decir terrorista, justamente cuando se hace claro que el consentimiento está con Perón y el peronismo

pulsiones de muerte y eróticas. Subordinando a la acción violenta y a la lógica de los guerreros todo el desarrollo de Montoneros. Las entrevistas obtenidas para esta tesis no acompañan dichas interpretaciones, lo que no implica afirmar que no hayan existido posiciones como las que Vezzetti refiere, sino lo restrictivo de considerarlas como las únicas posibles. Pensamos que asumir la subordinación a la lógica de la guerra para todos los militantes implicaría negar las discusiones, las disidencias y los conflictos. Tampoco resulta aplicable en este estudio la división entre vida *privada* de los afectos, la pareja y la maternidad; y vida militante *pública*¹⁰⁹ que se imponía sobre la primera¹¹⁰, no es tan claro lo que reflejan nuestras entrevistas. Vezzetti, en una breve referencia a los relatos sobre la militancia desde un enfoque de género¹¹¹ señala que los choques en las experiencias relatadas (que parece

“clásico”, una variopinta coalición política y social que no era (y nunca fue) revolucionaria” Vezzetti, H. (2009). *Sobre la violencia revolucionaria*. Buenos Aires: Siglo XXI, p. 65.

¹⁰⁹El autor hace referencia de modo tangencial a la división de esferas pública y privada que en sociedades patriarcales occidentales confina a la mujer a la segunda y reserva a la primera destino naturalizado para los varones. Ya se ha señalado la inconveniencia de enfocar las relaciones de género desde este enfoque siguiendo a Joan Wallace Scott, para llevarlas a la política y las relaciones de poder que se establecen. Sin embargo, Vezzetti la aplica además a todos los militantes como foco de tensión, pero esa tensión tal como el autor la refiere solo funciona si se equipara, como él hace, el militante con el soldado, postura que no se comparte. Sí, en cambio, adscribimos al planteo de Roberto Pittaluga, señalado antes, por los efectos totalizantes y de sutura respecto de las subjetividades que Vezzetti pretende reflejar.

¹¹⁰Sobre todo porque desde los estudios históricos realizados desde el enfoque de género se ha demostrado la utilidad de terminar con las dicotomías Estado-familia, público-privado, trabajo-sexualidad para plantear preguntas sobre las conexiones internas entre estos ámbitos que hoy se estudian por separado (Wallach Scott, 2008).

¹¹¹Específicamente, alude al libro de Marta Diana *Mujeres guerrilleras*. Señala haciendo referencia al título: “en el que a pesar de lo que el título promete casi no aparecen las

tomar literalmente, como una evocación del momento temporal al que se refieren, sin tener en cuenta lo retrospectivo del relato ni sus condiciones de enunciación) se dan entre lo personal y los modelos de heroísmo impuestos desde la organización:

[...] los afectos, la sexualidad, el complejo de los vínculos maternos, los hijos, solían ser la ocasión de resistencias y desviaciones respecto de la disciplina militar que, con un éxito relativo, buscaba imponer la organización... No cabía, no podía haber, heroicidad en la vida común y corriente, en la que todos los jóvenes, las madres o las parejas se parecen, más allá de la política y la ideología. Lo que se revela en estas historias un doble escenario, conflictivo, incluso escindido, entre la vida privada y cotidiana y las exigencias de una militancia que imponía deberes, tareas, una moral y hasta una visión del mundo (Vezzetti, 2009, p. 105).

Sin dejar de reconocer la existencia de tensiones en las experiencias de los relatos a los que se accedió, no se identificó esa escisión que el autor menciona. Consideramos que la principal diferencia radica en que identifica militante-soldado y su apelación a figuras mitificantes con referencias a la heroicidad, la abnegación, el martirio, que por su rigidez hacen difícil el análisis de las subjetividades que pretende reflejar¹¹² y a las que se alude en este libro. Por otra parte, ya hemos señalado

armas". Vezzetti, H. (2009). *Sobre la violencia...*, op. cit., p.105. Lo que no dice es que prácticamente todas las mujeres que testimonian en ese libro rechazaron el título porque no se consideraban guerrilleras sino militantes. Las mujeres rechazaban el sentido de militancia armada que implicaba el título, porque no habían sido esas sus experiencias. Vezzetti no menciona eso porque va en contra de la identificación que hace entre militante: soldado.

¹¹²Pittalugga, 2007. Ver cita 92.

siguiendo a Alejandra Oberti (2013, p. 7), que la búsqueda del *hombre nuevo* incluía en un mismo proyecto revolucionario modos disruptivos de vivir las relaciones personales, la política, la vida privada y la cultura.

Proponemos, en nuestro enfoque, hacer espacio para pensar en las experiencias relatadas y cómo reflejan construcciones subjetivas personales –aunque nunca totalmente individuales– y sus posibilidades para iluminar la militancia setentista desde posiciones menos rígidas.

Militar en el PRT- ERP e interpretar la política en los '70 en clave marxista

Con respecto al PRT-ERP se identificó que en 1970-1971 su desarrollo se dio en función de la combinación del trabajo de masas con la lucha armada y en pocos meses acrecentó la cantidad de militantes insertándose, además, en la clase obrera, principalmente, en Córdoba y Santa Fe.

Pablo Pozzi (2004) planteó que hacia 1971 se había producido lo que la propia organización denominó “desviación militarista”¹¹³ y que llevó a que en 1972, gran parte de los miembros de su conducción se encontrara en prisión. Junto con FAR y Montoneros se llevó a cabo la fuga del penal de Rawson que terminó con la evasión de cinco presos

¹¹³Al respecto, Vera Carnovale (2011, p. 21) marca cómo en las miradas retrospectivas sobre el PRT de los propios protagonistas, Gorriarán Merlo y Julio Santucho, o del historiador Pablo Pozzi se hace referencia a la “desviación militarista”. Estos señalan que uno de los errores que limitó la incorporación del pueblo al PRT y que motivó la derrota fue “la falta de política”. Apoyan esta afirmación en la idea de que lo que se hizo no fue lo correcto y debería haberse hecho otra cosa, sin llegar a explicar a través de esta mirada lo que el PRT y sus militantes, “fueron siendo y haciendo”. Estas explicaciones parecen apoyarse en la idea de que había una forma política correcta y una correcta interpretación del marxismo que no se alcanzó por debilidad, infantilismo, falta de comprensión y formación ideológica, etc., por eso el fracaso.

políticos, entre ellos, Santucho, Gorriarán Merlo y Menna, y la posterior recaptura y asesinato de los dieciséis restantes que no lograron alcanzar el avión para escapar.

En el momento de la apertura política de 1972, el PRT-ERP no tuvo participación electoral, lo que no impidió el crecimiento en el número de militantes y de sus frentes de masas. Según Daniel De Santis (Carnovale, 2011), la participación democrática se barajó pero sin éxito. Se habría hablado con Silvio Frondizi proponiendo la fórmula Tosco-Frondizi –presidente y vicepresidente– y, aunque el último habría aceptado, Tosco no lo hizo para no dividir al movimiento obrero. Por otra parte, el PRT no habría logrado la personería electoral en muchas de las jurisdicciones.

Sin embargo, en las bases predominaba la inclinación por la lucha armada como verdadera opción revolucionaria y no la idea de la participación electoral. Estas tensiones –de las que dan cuenta tanto De Santis como Carnovale– se hicieron presentes en las posturas de las entrevistadas: en tanto Victoria y Marta no apoyaban la salida electoral, Gloria¹¹⁴, que militaba en una agrupación estudiantil cercana al PRT refirió:

Que cada uno tenía su militancia en distintas instituciones, porque cada uno estudiaba carreras distintas, pero teníamos reuniones semanales y básicamente lo que organizábamos eran volantes; volantes con posiciones acerca de hechos y acontecimientos, y el año 72 fue muy efervescente, estábamos todo el tiempo con eso. Porque era el año en el que se abrieron las campañas para las elecciones. Entonces venía Lanusse y nosotros íbamos con

¹¹⁴Ella y su marido se incorporaron en 1974 al PRT-ERP.

nuestras banderas a decir qué pensábamos, o hacíamos un acto relámpago, hacíamos una pintada o una volanteada. Muchísima actividad y a tomar postura, por quién íbamos a votar. Fue el año que mataron a los compañeros de Trelew, nos movilizamos por los compañeros de Trelew (Gloria, 2009).

No obstante, y sobre todo a partir de la apertura encarada por Lanusse, en el partido se propuso la construcción de un frente de liberación nacional y social. Se produjo el acercamiento a aliados considerados estratégicos y, con la intención de canalizar y orientar la movilización popular, se realizaron alianzas y acuerdos con agrupaciones políticas, gremiales y sociales, entre ellas, el Frente Antimperialista por el Socialismo (FAS), el Movimiento Sindical de Base (MSB) y el Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC) que agrupaba a artistas e intelectuales (Carnovale, 2011).

Hacia principios de la década de 1970, el PRT-ERP se distanció definitivamente del trotskismo, y los militantes escindidos por tal razón formaron el PRT fracción roja, en tanto que otra escisión la constituyó el ERP 22 de agosto, dirigido por Víctor Fernández Palmeiro, que agrupó a aquellos integrantes de la organización militar que en la apertura electoral apoyaron al peronismo. Para 1975 se organizó la Juventud Guevarista y, a través de la Comisión de Familiares de Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales (COFAPPEG) se desarrollaron actividades de solidaridad con presos políticos y sus familiares. Finalmente, luego del 24 de marzo de 1976 se organizó un Frente Antifascista.

La proporción de mujeres en el PRT-ERP fue estimada por Pozzi en un 40%, sin embargo, en el desagregado por clase social, del total de obreros, las mujeres constituían el 11%, y las pertenecientes a los

sectores medios, el 30%¹¹⁵. Pozzi atribuyó la incorporación de este último grupo de mujeres al reconocimiento y el trato igualitario recibido, que generaba una creciente sensación de valoración y confianza en las propias posibilidades, algo que nuestras entrevistas también señalaron. Este reconocimiento fue vivido por las protagonistas como excepcional en comparación con la sociedad en general (Pozzi, 2004, p. 223).

Ya hemos hecho referencia a Paola Martínez (2009), quien indagó sobre los alcances reales de la práctica militante femenina en el PRT-ERP preguntándose hasta qué punto normas, símbolos y mitos se pusieron de manifiesto o no en la vida cotidiana; sobre los significados de *varón* y *mujer* y sobre la existencia –o no– de la división entre las esferas pública y privada, en el trato y las funciones tipificadas como femeninas y masculinas. Los testimonios obtenidos para esta investigación comparten, con los de Martínez, los espacios concretos de militancia identificados (obreros, universitarios), el apoyo familiar necesario para el desarrollo de la militancia –sobre todo en el caso de mujeres con hijos–, la afirmación respecto de la inexistencia de división entre esferas pública y privada y el desarrollo integral que adquirió la militancia.

Martínez señala además que, en las parejas militantes, cuando los hombres estaban abocados a la militancia con niveles de mayor compromiso, no se compartían las tareas domésticas (cuidado y crianza de los hijos). En el caso de Victoria, la experiencia coincidió, porque si bien dijo que su marido colaboraba en todo con ella cuando estaba,

¹¹⁵Pozzi (2004, p. 73). Se resalta “estima” porque no señala en ningún caso que sea algo más que suposiciones. Paola Martínez (2008) también, cuando refiere a porcentajes lo pone en boca de las testimoniantes que suponen una cantidad. Se considera que no es más que una apreciación.

al encargársele la dirección de otro frente de masas, pasaba períodos fuera de casa que la dejaban sola al cuidado de sus hijas:

[...] lo mandan a desarrollar otro frente, fue terrible eso, porque no nos veíamos nunca, fue terrible. Entonces, eso a nosotros nos costó mucho, porque no nos veíamos, porque era poquito el tiempo que estábamos juntos, tuvimos el tiempo suficiente como para hacer dos hijas, pero esa es otra historia. Eso, él tenía sus reuniones, al armar juventud empezó a viajar, viajaba, se iba tres días, volvía, se iba dos días, volvía, se iba una semana y volvía [...] y eso hizo que se perdiera pedacitos de los avances de las bebas, y entre los pedacitos que se perdía se perdía las enfermedades, pero bueno nosotros vivíamos atrás de la casa de mis viejos, mi papá tenía un departamento adelante y nosotros atrás, entonces [...] (Victoria, 2010).

Fue así que la ayuda de los padres permitió la continuidad de la militancia de algunas de las testimoniantes con hijos. Lo que asume Paola Martínez, entonces, es que si bien las prescripciones de la organización decían una cosa, la práctica hacía otra y las mujeres continuaban con las funciones tradicionales del hogar, lo que les implicaba mayor esfuerzo para desarrollarse políticamente. Y, aunque los relatos de las militantes que hemos entrevistado sostienen que tal situación no constituyó un obstáculo para ellas porque pudieron militar igual, los hechos acompañan lo sostenido por Martínez.

Pensamos, sin embargo, que si bien el mantenimiento de relaciones tradicionales de género quedó evidenciado en las dificultades que encontraron las militantes para crecer políticamente, parte de su no identificación podría haber estado anclada en cómo ellas se percibían

a sí mismas en relación con otras mujeres que conocían (ya fueran sus madres, tías, vecinas o mujeres de los sectores populares). Pensamos que el ocultamiento, que opera aún hoy en algunas de las militantes respecto de las desigualdades entre varones y mujeres, podría estar anclado en las posibilidades que encontraron dentro de las organizaciones para canalizar una participación política radicalizada, que no habían encontrado antes las mujeres que constituían sus entornos cotidianos.

Las entrevistas obtenidas ubican a tres de las mujeres dentro del PRT-ERP hacia fines de 1971: Marta, Silvia U.¹¹⁶ y Victoria, en tanto que Gloria –integrante de una organización estudiantil– se incorporó hacia 1974. Respecto de las actividades que implicaba su militancia, Victoria hace referencia a la formación intelectual y cuenta que:

[...] salíamos a pintar, salíamos a levantar armas para el ejército, “recuperábamos armas”, recuperábamos para las tareas que hacíamos nosotros, o para las que hacían otros, las chapas de los autos para cambiarlas. Volantéabamos, participábamos de las movilizaciones. Después, nada, cada uno dentro del rol que le tocaba, atendía a otros compañeros. Uno se hacía responsable de una célula o de dos, en la facultad, o depende, si te cambiaban de frente. Yo participé en el frente legal del partido, que tenía una fuerte conexión con el barrial, con los comités de base y que además desarrollaba el frente antiimperialista y por el socialismo en la universidad (Victoria, 2010).

¹¹⁶Marta y su ex pareja Eduardo, fueron quienes compartieron con ella la vida cotidiana en una casa operativa. También fueron apresados juntos la primera vez que fueron a la cárcel. En ese proceso, Silvia U. fue duramente torturada, obtuvo la libertad con el “Devotazo” en 1973 y desapareció aproximadamente en 1975.

Marta pasó una primera estancia en la cárcel en 1972, fue liberada con opción a salir del país el 8 de marzo de 1973 y regresó el 25 de mayo de ese mismo año. Luego de trabajar un tiempo en documentación, decide pedir cambio de ubicación. Lo interesante aquí es la propia elección que hace del espacio de militancia y sus justificaciones. Según ella, ocupaba un lugar especial dentro de la organización por “haberse bancado la cárcel” y por eso se le habían asignado tareas en un espacio *sensible* como el de documentación, donde la persona a cargo sabía las verdaderas identidades de los militantes que operaban clandestinos. Lo que se hace evidente al análisis es que esa tarea no le parecía valorable, ni ella se sentía apta para desarrollarla:

Bueno, yo era una inepta total, no sabía hacer ni una línea, o sea, mandaba al muere a cualquiera si le llegaba a hacer el documento. Entonces estaba ahí y hacía una especie de sistematización, una especie de análisis, y a mí me embolaba terriblemente, porque yo tengo otras características. Entonces un día vino Carrizo a mi casa y yo le dije “mirá flaco, yo me voy a la mierda, quiero ir a trabajar en un frente de masas”. Porque siempre estuve ligada o a lo barrial o a sectores obreros, en la primera organización también. Y me dijo “bueno, no hay problema” y a la semana me vino el pase (Marta, 2009).

Por elección, Marta desarrolló su militancia en el frente sindical en Villa Constitución. Como su marido había caído en el asalto al cuartel de Azul a principios de 1974, estuvo sola con sus dos hijos hasta mayo de 1975, cuando nuevamente fue presa.

Silvia U., de origen cordobés, fue una de las militantes del PRT que escapó de la cárcel del Buen Pastor en julio de 1971. Un ejemplo sobre sus actividades militantes lo aportó Eduardo, quien dijo que Silvia U.

se encargó de la contención anímica de los dos empleados que *entregaron* el Banco de Desarrollo¹¹⁷. Luego del hecho, los dos empleados bancarios fueron encerrados lejos de sus familias, hasta que el PRT-ERP logró sacarlos del país. Eduardo lo asoció al compromiso ideológico y militante que les transmitió y permitió que no se desmoralizaran y no intentaran abandonar la organización.

Sobre su experiencia militante, Marta señaló diferencias entre las prescripciones y los discursos del partido y sus ideas sobre lo que ella entendía sobre la propia militancia. En esta parte, su relato *trae* a la reconstrucción *otras voces* que nos recuerdan el carácter colectivo de la memoria. Se incorporó al PRT-ERP en 1971 a instancias de Joe Baxter y otro compañero apodado “el Fauno”¹¹⁸:

Yo planteando que lo único que quiero que quede claro, es que yo a la IV Internacional no me adhiero, no soy, ni me interesa. Y él me dice “pero qué te calentás, si el partido no sabe lo que es la IV Internacional”. Esa fue la realidad a la que nosotros nos incorporamos, un montón de gente que ni sabía nada del trotskismo o que era opuesta, o que no le interesaba y que de alguna manera también hizo la línea con su práctica [...] Me entendés, eso es muy difícil de captar (Marta, 2009).

Según Pozzi, el PRT-ERP alcanzó su punto máximo de crecimiento en 1975¹¹⁹, con nuevos integrantes de las fábricas, las universidades y

¹¹⁷El asalto al Banco Nacional de Desarrollo se produjo el 29 de enero de 1972, el ERP se apoderó de alrededor de 400 millones de pesos moneda nacional.

¹¹⁸Se refiere a Eduardo Capello, apodado “el Fauno”, muerto en Trelew.

¹¹⁹Pablo Pozzi (2004, p. 26) estima que para ese año alcanzaba a nuclear entre cinco y seis mil miembros entre militantes y aspirantes.

los barrios. Dentro de este período de crecimiento, se incorporaron Gloria y su marido, con una posición muy diferente a las anteriores:

[...] seguimos con la militancia estudiantil, y hace contacto con nosotros gente del mismo grupo de amigos de la militancia estudiantil que estaban organizados en el PRT, y nos plantean incorporarnos al PRT. Julio estaba convencido, y yo también, no tenía quizá el mismo grado de necesidad, con lo que hacía me parecía que estaba bien, para mí alcanzaba, era un momento confuso también, de definiciones del PRT. No me hubiera incorporado al ERP, la vía violenta, no era [...] (Gloria, 2009).

Para este período, las publicaciones relacionadas con el PRT-ERP alcanzaron gran difusión: *El Combatiente* alcanzó una tirada de 21.000 ejemplares y *Estrella Roja* (periódico del ERP), aproximadamente el doble. Y tenía además otras tres publicaciones: el diario *El Mundo*, el quincenario *Nuevo Hombre* y la revista *Posición*¹²⁰.

Entre los aspectos que las militantes señalaron como contrarios al trabajo de masas, refirieron a la clandestinidad:

[...] hay un período legal cortísimo, pero yo te puedo decir, por ejemplo, que yo personalmente en la marcha que se hace en agosto (1973), que era ilegal y a mí se me acercaron y anoté más de treinta y pico de personas con sus direcciones que me pedían su incorporación. En una marcha de 30.000 personas, que la mitad sean filtros, ponele canas, pero igualmente es notable, digo, por un lado todas las condiciones de clandestinidad, por otro lado, la izquierda, hay una parte que nunca adhirió y que era

¹²⁰Pozzi (2004) y Carnovale (2011).

| crítica de eso, porque no estaba de acuerdo con la lucha armada
| [...] (Marta, 2009).

Asumida la lucha armada como un componente de la estrategia para la conquista del poder, los miembros del PRT-ERP realizaron acciones de diverso nivel, desde *recuperaciones de armas*, ataques a comisarías y puestos camineros, a repartos de alimentos, secuestros, confiscaciones, *ajusticiamientos* y atentados con explosivos. La mayor actividad se desarrolló entre 1973 y 1975.

Carnovale, (2011, p. 69) siguiendo a Roberto Pittaluga, señala que el impacto de las experiencias cubana y china terminó reconfigurando el imaginario *perretista* y que el difuso componente *insurreccionalista*¹²¹ fue reemplazado por la concepción de guerra revolucionaria¹²², llevando a una colonización de la palabra política por la jerga bélica. Así, el militante fue recategorizado como combatiente y la lucha se transformó en combate. Las tensiones generadas por la militancia armada, así como la de asumirse vanguardia revolucionaria, aparecieron en los relatos de diferentes modos. Por ejemplo, Marta hizo referencia al vanguardismo y a la lucha armada:

¹²¹Este modelo apelaba a la lucha armada, sin embargo, correspondía a la etapa final de la confrontación entre clases con vistas a la toma del poder (Carnovale, 2011, p. 76).

¹²²La guerra popular prolongada inspirada en las experiencias revolucionarias china y vietnamita presentaban un modelo alternativo que conjugaba guerra de liberación y revolucionaria por la presencia de un enemigo colonialista además de situaciones de pobreza extrema. Lo fundamental era que suponía que el enfrentamiento con un enemigo técnicamente superior, implicaba la construcción de una fuerza militar que iría de lo pequeño a lo grande, y la guerra del pueblo era la vía para la acumulación paulatina de fuerzas políticas y militares hasta alcanzar una clara superioridad respecto del enemigo (Carnovale, 2011, p. 76).

[...] yo creo que hubo un problema [...] de una metodología que exige un compromiso altísimo, si vos te ponés a pensar, *no puede incorporarse la mayoría de la población a una práctica armada*, es imposible, solo en una *guerra revolucionaria* y eso [...] una guerra de agresión con un invasor con un proceso largo [...] ¹²³ (Marta, 2009).

En su relato, la militarización parece no haber sido vivida como una *desviación*¹²⁴, sino como parte de la política, que en su reconstrucción retrospectiva evaluó como errónea. En tanto que en la posición de Victoria se hizo evidente la percepción de las acciones armadas, ya hacia 1975, como una dificultad respecto de las acciones legales. Al referirse al lugar ocupado por la lucha armada dentro del PRT- ERP dijo que:

[...] lo que tiene escondida la historia oficial del PRT, el PRT tenía un enorme trabajo de masas, enorme, el 70% de sus cuadros dirigentes eran obreros. Tenía mucho laburo, *la lucha armada, era una lucha más, una forma de lucha más*, pero tenía [...], participaba en los comités de fábrica, en los delegados de las empresas de servicios, entre los azucareros, en las ligas agrarias, en los sindicatos combativos, había mucho laburo barrial, bueno sindical, gremial había muchísimo, tenía mucho en el nivel universitario, que comparativamente con el resto del trabajo [la lucha armada] era menor, cuantitativa y cualitativamente era menor. *Entonces*

¹²³El destacado es nuestro.

¹²⁴Tal como refirieron Pozzi, P. (2004). *Por las sendas argentinas...*, op. cit.; y Mattini, L. (1995). *Hombres y Mujeres del PRT...*, op. cit.

| *la lucha armada era una forma más de lucha, que por supuesto, era la única que estaba en evidencia [...]*¹²⁵ (Victoria, 2010).

De su relato no resulta importante la proporción que atribuyó a cada espacio de trabajo del PRT-ERP, sino el significado que tuvieron para ella y el lugar de primacía que dio a unos sobre otros, lo que evidenció tensiones en el interior de las subjetividades militantes. Por otra parte, en este caso puntual, las diferencias entre ambas mujeres permiten pensar en que aun militando en el mismo partido, las comprensiones de las líneas partidarias no eran para todos iguales, algo señalado anteriormente por Marta. Justamente, al reflexionar sobre la línea partidaria, los intentos democráticos y el militarismo, Marta señaló que, después de salir de la cárcel por segunda vez, se dedicó a leer material del partido y que, a su criterio, la línea partidaria pendulaba de un extremo a otro:

| [...] es decir, se está diciendo “proteger a los cuadros o proteger a los sectores obreros” y después, en el editorial siguiente, te dice “todo el poder a las armas, toda la gente a combate”, el siguiente te dice “defender a la democracia” y hay propuestas democráticas y en el siguiente, vas con las banderas del ERP al FAS, es decir, eso estaba como en un proceso para mí que no llegó a cuajar, en un proceso de lucha interna, en el buen sentido de discusión de nuestras propias concepciones, decantarlas, entender que tenía que ver con andariveles, diferentes propuestas [...] (Marta, 2009).

¹²⁵El destacado es nuestro.

Si bien se hace evidente en su relato la reelaboración de la memoria, que incluye referencias a evaluaciones hechas por ex militantes e historiadores¹²⁶ sobre la falta de madurez del partido, la desviación militarista y la imposibilidad de detenerse, interesa la percepción de ir en dos direcciones que Marta encuentra en la línea partidaria, y más interesante aún es que lo identificó una vez trascurrido el período y no durante el mismo.

Consideramos que para nuestro análisis resulta poco explicativo pensar la lucha armada divorciada de la política, como si fueran por carriles separados. Tomamos entonces el planteo de Vera Carnovale (2011, p. 93) de escapar a la idea de pensar la violencia como oposición a la política¹²⁷. Y la inconveniencia de aquellos enfoques que explican la militarización creciente como un desplazamiento de la política a la violencia, donde ambos términos se presentarían como diferenciados y excluyentes. Para algunos historiadores¹²⁸, la derrota de las organizaciones revolucionarias se explicaría por el abandono de la política, y su desplazamiento, reemplazo o supresión por la violencia. Carnovale, en cambio, señala que la violencia armada asumida por las organizaciones revolucionarias no remite a cualquier tipo de violencia sino a la violencia política sustentada en la certeza de su carácter imprescindible. Esta línea de razonamiento permite interpretar la mayoría de las trayectorias analizadas.

¹²⁶Marta es una de las entrevistadas de Pablo Pozzi (2004) que aparece en el capítulo VIII “El ERP a las mujeres argentinas” de su libro (2004). *Por las sendas argentinas...*, op. cit.

¹²⁷Ya María Matilde Ollier (1989) planteaba que las formas violentas que asumió en nuestro país la resolución de conflictos no estaban “por fuera” de lo político sino que constituían la otra cara de una misma moneda, como parte del orden político mismo.

¹²⁸Carnovale refiere al planteo de Calviero, P. (2005). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Norma.

Para cerrar este capítulo identificamos aspectos comunes a ambas organizaciones, que en algunos casos –obedeciendo a la necesidad de clarificar el análisis– se trataron por separado. Por ejemplo, la falta de presencia de las mujeres en los cuadros de dirección de las organizaciones armadas, ciertas dificultades para crecer políticamente y su no identificación por las testimoniadas. Pensamos que esto podría haber estado anclado en cómo las propias militantes se percibían a sí mismas en relación con otras mujeres y con la positiva valoración realizada por ellas sobre las posibilidades de participación política que encontraron en las organizaciones político-militares. La experiencia de militancia en células compuestas por varones y mujeres, en las que se encontraban mujeres a la cabeza, no debe haber sido ajena aunque solo fuese en los niveles medios de las organizaciones.

La proletarianización vivida fue referida como un proceso complejo, al tiempo que no valorado por igual entre las entrevistadas. La desconfianza hacia la democracia y la participación electoral, no fue igual en todas las militantes. Tampoco lo fueron las posiciones respecto del vanguardismo y la guerra popular prolongada, y no todas las militantes entrevistadas recibieron con la misma tranquilidad la lucha armada y la clandestinidad.

En algunas de las entrevistadas de ambas organizaciones se ha identificado un compromiso con desarrollar comportamientos heroicos, o *ejemplares*¹²⁹, al tiempo que estos eran promovidos desde las comunicaciones partidarias. Sin embargo, cabe recordar aquí los efectos de sutura y cierre que producen para nuestro análisis las referencias al mesianismo, al culto de la muerte, del héroe y del mártir, así como

¹²⁹ Nos referimos a las narraciones de Victoria y Graciela en este mismo capítulo.

desmesura, confraternidad de la sangre, experiencias de lo sagrado, rechazo del miedo, pulsión erótica. Construcciones subjetivas todas atribuidas a los militantes de las que, si bien no se negó su existencia, se destacó lo inconveniente de considerarlas como ejemplo de la totalidad de la militancia.

Finalmente, hasta qué punto las tensiones entre la militancia asumida, las disidencias en las evaluaciones del hacer militante, la creciente represión y las pérdidas que se produjeron llevaron a nuestras entrevistadas a insistir, retirarse, tomar distancia. En suma, las formas encontradas de resistir, que serán tratadas en el capítulo 5.

| CAPÍTULO 4 |

La pareja, los hijos y la vida incorporada a la militancia

En este capítulo daremos cuenta de cómo las concepciones sobre la familia, la pareja revolucionaria y los hijos atravesaron a las militantes y sus trayectorias.

Isabella Cosse (2010) señala que hacia fines de los '70, el modelo conyugal de la familia doméstica¹³⁰ estaba en crisis, y que esto se manifestó en las expectativas depositadas en la pareja y en la valoración de la institución matrimonial. Debemos situarnos en un contexto social general en el que aun los sectores más modernos de las clases medias hablaban de la realización de la mujer fuera del hogar aunque seguían subordinándola a su rol de madre, al tiempo que no proponían una redistribución del poder entre los sexos y mantenían concepciones de diferenciación y complementariedad entre ellos.

Las nuevas representaciones del amor en la pareja tenían que ver con el compañerismo, la unión, la entrega, la comprensión, y se aspiraba a que las relaciones fueran auténticas, desinhibidas y profundas.

¹³⁰ Definido como un estado que completaba las identidades femenina y masculina, con base en la relación de complementariedad con inequidad (porque la autoridad en la pareja se depositaba en el varón) Cosse, I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta...*, op. cit., p. 131.

Debían permitir la realización y el crecimiento personal de sus integrantes¹³¹. Estos planteos, sumados a la cada vez mayor participación de las mujeres como fuerza laboral y entre la población de egresadas del nivel medio y superior en educación, transformaron las expectativas femeninas sobre la realización fuera del hogar. Se cristalizó el modelo de mujer *independiente, moderna y liberada*, que no solo asumía su sexualidad sino que además rechazaba la condición de ama de casa. Esta postura desafiante del mandato doméstico tendría efectos desestabilizadores y aunque el límite a estos desafíos lo impondría el mandato maternal, no impidió que las nuevas ideas sobre la pareja se convirtieran en el espacio de disputa sobre el lugar de la mujer en la familia y en la sociedad¹³² (Cosse, 2010, p. 136).

El análisis anterior nos permite contextualizar las propuestas de femineidad disponibles para las jóvenes e identificar los modelos, que las entonces jóvenes militantes, decidirían aceptar o rechazar en fun-

¹³¹Cosse hace referencias al psicoanalista Pichon Rivière, referente intelectual del momento a través de sus publicaciones en la revista *Primera Plana* (sobre todo en lo atiente a las clases altas, medias y medias altas), quien al definir la pareja como una síntesis del universo, reforzaba el compañerismo desde la desigualdad: se requería de la diferencia para el logro de la unidad en la cual realizarse completamente. También otras interpretaciones mediáticas, como las de Florencio Escardó, sacralizaban a la pareja heterosexual y monógama como base para la construcción de la educación y seguridad afectiva de los hijos. Cosse, I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta...*, op. cit., p. 134.

¹³²Una encuesta realizada por *Primera Plana* en 1964 destacaba el carácter de clase respecto del tema de la realización extradoméstica, en relación con la pertenencia a la clase media de las mujeres. Ya que las de clase media trabajaban para cubrir sus gastos, para pagar las vacaciones, elevar su estándar de vida o bien evitar ser esclavas del hogar. En cambio, las mujeres de origen obrero lo hacían para subsanar sus problemas económicos.

ción de tal ingreso¹³³. Las militantes entrevistadas se veían a sí mismas como diferentes, como parte de un modelo distinto, no solo político, sino de pareja, de familia, de mujer y de sociedad. Sintieron que su participación contribuía al cambio general y que actuaban en igualdad de condiciones con los varones. Sus subjetividades se anclaron en experiencias de militancia en las que su palabra fue respetada, donde discutieron ideas al tiempo que ocuparon espacios por los cuales lucharon de igual a igual con sus compañeros varones.

Las entrevistadas señalaron en sus relatos que no incluían las reivindicaciones de género entre sus objetivos. El análisis de esos testimonios permite pensar que era porque ya las consideraban obtenidas para sí y porque en el momento de la militancia, las reivindicaciones eran de carácter social más amplio, contra el capitalismo y la opresión hacia los sectores populares. Se ha destacado que parte del identificarse a sí mismas en situaciones de igualdad se anclaba en la mirada que estas mujeres tenían de *las otras*, de sus madres, de las mujeres de los sectores obreros y de la sociedad en general.

Se sostiene que la presencia de mujeres militando políticamente no implicó la existencia de conciencia femenina analizable en términos de género, pero permite identificar las tensiones a las que los modelos de varón y mujer estaban siendo sometidas dentro de las organizaciones armadas. Para este análisis es pertinente dejar de lado la dicotomía público-privado para preguntarse sobre las conexiones internas entre ámbitos que se han venido estudiando por separado. Desafiar las distinciones entre lo público y lo privado implica también

¹³³Nos referimos al rechazo del individualismo burgués, las conductas “pequebú” tan criticadas en las organizaciones de izquierda revolucionaria y a una pareja fundada en la sinceridad.

hacerlo con las diferenciaciones binarias entre varones y mujeres alcanzando la naturaleza auténticamente política de la historia escrita en estos términos¹³⁴ (Wallach Scott, 2008).

Proponemos abandonar relatos que –hechos con intenciones de reconocer la militancia femenina¹³⁵– terminan cayendo en concepciones esencialistas¹³⁶ y de oposición binaria, cuyas explicaciones resultan presas de una lógica circular en la que la *experiencia* explica la diferencia de género y la diferencia de género explica las asimetrías de la *experiencia* masculina y femenina (Wallach Scott, 2008).

¹³⁴Consideramos que no alcanza con enunciar que el género es una cuestión política, es necesario considerar en el relato histórico cómo la política construye el género y el género construye la política. Permitiéndonos así dejar de hacer una historia con base en el recuento de las obras llevadas a cabo por las mujeres, y desnudar las operaciones de género cuya capacidad de definición está presente y se ejerce fuertemente en la organización de la mayoría de las sociedades. Wallach Scott, J. (2008). *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 47.

¹³⁵Por ejemplo, *Los perros 2*, en el que Luis Mattini, casi 15 años después de haber escrito “Hombres y mujeres del PRT”, donde no aparecían las mujeres, y haciendo referencias al machismo de la organización, hace una reconstrucción de la militancia femenina encarada desde el binarismo más absoluto, identificando formas femeninas de militar y valores de radicalidad y fiereza típicamente femeninos. “Para mi sorpresa fue tomando fuerza cada vez más clara una hipótesis que creo tuve, como intuición, a lo largo de aquellos años: que la mujer es más radical que el varón, a pesar de que como leona defendiendo a sus cachorros puede asumir, en tal función, actitudes conservadoras. Pero esta aparente contradicción no es tal cuando observamos que la radicalidad de la mujer estriba en el hecho de que no disputa como el hombre, y menos aún con esa ferocidad, los espacios de poder”. Mattini, L. (2007). *Los perros 2*, op. cit., p. 12.

¹³⁶Por esencialismo entendemos la idea de pensar a partir de una lógica binaria en una esencia femenina y masculina, que es inherente al sujeto, procede de la naturaleza y lo dota de ciertas características específicas y comportamientos, por ejemplo: “las mujeres son más sensibles”, “los varones son más agresivos”. Este esencialismo se correlaciona con la idea de entender la sexualidad como un esquema dicotómico (femenino/masculino) heterosexual y complementario.

Analizaremos aquí las tensiones generadas a partir de las disposiciones, que dentro de las organizaciones de izquierda revolucionaria, proponían la igualdad entre los sexos, la distribución igualitaria de las tareas domésticas y la atención de los hijos. Así como los nuevos modelos de pareja donde el compromiso de los integrantes incluía el amor, el compañerismo, el sexo y los mismos ideales. Sin pensar que estos planteos de mayor igualdad se cumplieron siempre, sí creemos que tensionaron las construcciones subjetivas de varones y mujeres militantes.

Las preguntas a hacerse son: ¿cómo se forjaron las identidades sexuales desde el interior y contra las prescripciones sociales?, ¿cómo, las cuestiones de poder y los derechos, se imbricaron con las cuestiones de la masculinidad y la femineidad? Y, ¿cómo se utilizaron estos términos en los contextos particulares en los que se los invocó? Preguntas que apuntan a una oposición problemática y en construcción entre los modos de ser mujer y varón, se presentan como más adecuadas para nuestro enfoque.

Comenzando por las tareas domésticas y la igualdad planteada por el PRT dentro de la pareja, tomamos las palabras de Victoria:

El Negro¹³⁷ lavaba, cocinaba, toda tarea correspondiente a la mujer, el Negro la hacía, le limpiaba el culo a las nenas, etc. Ahora, el Negro se iba cuatro días y no se llevaba a las nenas, pero yo tampoco lo hubiera dejado que se las llevara, digo que ahí hay una conjunción, un doble juego. *Yo era responsable de todo el frente, yo no puedo decir que hubo problemas de género, lo que yo no soy es*

¹³⁷Se refiere a su marido, responsable del Frente Nacional Juventud Guevarista.

| *tan obtusa como para decir, “che, yo nunca tuve problemas de género” como dicen muchas compañeras hoy*¹³⁸ (Victoria, 2010).

En este testimonio se hace evidente la tensión entre los roles atribuidos a varones y mujeres, donde figuras como “igualdad en las tareas domésticas”, “responsabilidad de cuidar a las hijas” y “tener o no tener problemas de género” se superponen y contradicen unas a otras. Evidentemente, para su *construcción subjetiva de la mujer militante en condiciones de igualdad*, Victoria eligió poner la mirada en la participación política y en las tareas domésticas compartidas; conductas no aprendidas en las propias familias, al tiempo que presentó como una decisión casi compartida, que aun siendo ambos integrantes de la pareja responsables de frentes, las hijas quedaran *naturalmente* con su madre. Resulta significativa la construcción narrativa utilizada: “no se llevaba a las nenas, pero yo tampoco lo hubiera dejado que se las llevara”.

María V. dijo que:

| Mi hermano fue militante y cambiaba los pañales de las chicas y lavaba los pañales que eran de tela en esa época, o sea que depende de cada familia. Y había relaciones familiares más machistas y otras menos. Pero a nivel de la militancia, de los roles políticos, me da la impresión que no. *Visto así a la distancia* me da la impresión que no¹³⁹ (María V., 2009).

¹³⁸El destacado es nuestro.

¹³⁹El destacado es nuestro. El testimonio pone en evidencia que analizamos una narración desfasada temporalmente de la vivencia que evoca y que por tanto no refiere al hecho en sí, sino que se inscribe en el régimen de la memoria y de la reconstrucción dinámica de esta (Jelin, 2014).

Esto revela que existieron comportamientos no aprendidos en los entornos familiares, de las mujeres y de los varones. “Cambiar y lavar pañales de tela”, así como los roles políticos desempeñados en las organizaciones, aparecieron en varios relatos como expresión de igualdad, funcionando como parte de la autoidentificación de las militantes.

Otro ejemplo de esta tensión aparece en el testimonio de María A., militante de Montoneros, cuando refiere a una experiencia en una casa operativa en la que recalaron cuando volvieron con la contraofensiva. Allí convivían tres parejas con hijos, una de las mujeres enfermó de hepatitis y su compañero asignó a la tercera mujer la función de hacerse cargo de las tareas domésticas que su compañera no podía cumplir y de las que él no se hacía cargo. En tanto María A. y su compañero continuaron trabajando en la impresión de las publicaciones. El tema no fue debatido en el grupo.

Sin embargo, varias de las entrevistadas destacaron que estas cuestiones eran objeto de discusión. Se identificaron tensiones entre los roles asignados a varones y mujeres, tensiones al nivel de la política y propuestas de igualdad que no siempre se cumplieron, aunque representaron un proceso de cambio respecto de las experiencias familiares de las militantes. Marta señaló las posibilidades y limitaciones de aplicación de las prescripciones:

Porque de pronto [...] tanto en esa visión de forma esquemática que podía llevar a que no se hiciera de fondo, sino que se hiciera formalmente, también en muchos casos no se hacía, no se cumplía. Yo me he enterado de compañeras que en muchos casos venía el responsable y les hacía lavar las cosas. Eso, primero, yo no lo hubiera hecho y segundo, jamás lo vi, ni lo hubiera tole-

rado. Pero digo, también existía eso en el partido, o sea, era un conglomerado mucho más complejo, quiero decir (Marta, 2009).

Otros límites fueron impuestos por el contexto. Por ejemplo, las parejas proletarizadas en momentos de clandestinidad, más allá de las prescripciones de igualdad entre varones y mujeres, debían mantener comportamientos acordes con los sectores populares donde se insertaban para no llamar la atención. “¿Qué hace este tipo con los chicos mientras ella se va y vuelve a las 12 de la noche? Y, esas cosas se cuidaban mucho en los barrios”, marca Victoria.

La idea de entender los roles de varón y mujer como problemática y constantemente reconstruida, permite ver cómo el momento histórico y el contexto social condicionaron las relaciones entre los sexos. Cuando se les preguntó a las entrevistadas si se sintieron discriminadas por ser mujeres dentro de su militancia, la respuesta inicial fue *no* y, luego, cuando avanzaron en su relato, comenzaron a encontrar desigualdades.

Para pensar la construcción subjetiva con base en la participación política, señalamos otro ejemplo. A la pregunta sobre si eran varones o mujeres los que tomaban las decisiones políticas en las células, María V. responde:

No, no, eso no tenía que ver, eso tenía que ver con los cuadros políticos, había mujeres que eran muy inteligentes, muy capaces, con mucha capacidad de conducir una reunión, de sintetizar, ahí *lo que valía era la capacidad política, por ahí después iba y lavaba los platos*, pero a la hora de la discusión política yo tengo el recuerdo, me acuerdo de una compañera particularmente, que se llamaba Ana [...] ¹⁴⁰ (María V., 2009).

¹⁴⁰El destacado es nuestro.

En general, estas mujeres se ubicaron a sí mismas en planos de igualdad con los varones y a *otras mujeres* en situaciones no tan igualitarias. María V. refirió a su experiencia militante desarrollada junto a su novio, luego esposo, y dijo que, en algunos espacios, por ejemplo, el ambiente universitario del que ella provenía, no había diferencias. Y luego señaló que, cuando estuvo en situación de clandestinidad en Salta, convivió con otra pareja donde el compañero era muy machista y la compañera una sometida. Aclara:

Mirá, lo que yo viví, lo que yo hice, fue que para mí nosotros éramos compañeros, éramos todos iguales, pero el día que nos fuimos a vivir juntos, la que lavaba la ropa era yo [...] y encima a mano, o sea, yo creo que asumí el rol de un modelo clásico y tradicional, no por ser militante eso cambió. Es lo que yo hice (María V., 2009).

Nuevamente, las contradicciones nos llevan al complejo y ambivalente proceso de autoidentificación y construcción narrativa, en el que los relatos que hicieron estas mujeres se tensionaron entre las representaciones de sí mismas como militantes revolucionarias y diferentes de las otras mujeres no militantes y lo moderadas que estas representaciones se mostraron respecto de las relaciones entre los sexos al interior de la militancia.

Paola Martínez (2009) señaló las dificultades que implicó la proletarización para sus entrevistadas, ya que obstruyó su crecimiento político al someterlas al modelo de vida de una clase social –la obrera– que presentaba fuertes componentes machistas. Por lo tanto, las mujeres se veían sometidas a rígidos valores que les impedían crecer en su militancia. También refiere a que cuando de compañeras de ori-

gen obrero se trataba, sus maridos rechazaban la profundización del compromiso en función del cuidado de los hijos, lo que entraba en contradicción con el *hombre nuevo* definido por el partido.

Tanto Pablo Pozzi (2004) como Paola Martínez combinan su análisis con la dimensión *clase social*. Señalan las resistencias que existían en los sectores proletarios respecto de la participación de las mujeres en la militancia, anteponiendo, los maridos, los compromisos familiares. O bien, siendo ellas mismas un obstáculo de la participación de sus maridos por motivos similares.

Alejandra Oberti (2013) realiza una revisión de la prensa y otros documentos del PRT-ERP para comprender cómo se convocó, integró y –ella destaca– se establecieron límites para la participación de las mujeres¹⁴¹. Muchos de los documentos hacían referencia a la convocatoria a las mujeres por su influencia sobre la familia y la militancia de los varones (para que no la obstaculizaran). En general, las referencias las ubicaban con una posición atrasada respecto de los valores revolucionarios al tiempo que se la interpelaba desde una posición esencialista sobre los atributos femeninos y con un tono paternalista e iluminador. Sin embargo, la autora señala que esta caracterización entró en crisis cuando confrontó con las mujeres reales y concretas que militaron en todos los frentes, aunque su falta de reflejo en los do-

¹⁴¹Sin dejar de destacar el carácter reducido de las referencias a las relaciones entre los sexos en los documentos oficiales, la autora considera que igual se pueden rastrear representaciones sobre los y las militantes y lo que se esperaba de ellos en el proceso revolucionario. Su corpus se compuso de *El Combatiente*, órgano oficial del Partido Revolucionario de los Trabajadores por la Revolución Obrera, Latinoamericana y Socialista, *Estrella Roja*, órgano del Ejército Revolucionario del Pueblo y *Nuevo Hombre*. Además de boletines internos, documentos y actas de congresos y folletos (Oberti, 2013).

cumentos da cuenta de la dificultad de hacerse cargo de esta distancia (Oberti, 2013, p. 24).

Analizaremos cómo apareció todo lo anterior en los testimonios. Marta aporta que:

En Villa los compañeros se deslumbraban con la mujer militante, los compañeros de fábrica [...] se deslumbran con todas las minas [...] pero digo, encima eran guerrilleras viste ya [...] entonces, no fue mi caso, *era bastante estricta, mi compañero preso, era como que era una monja, ¿no?* Pero yo he tenido problemas, por ejemplo, de ir a una casa en la que estaba todo el día y de pronto la mina rayarse conmigo mal, y era porque creía que me lo estaba levantando al marido, y bueno después se solucionaba aclarándolo. Pero *eso* fue un factor que de alguna manera irrumpió mal, en la sociedad de Villa, de Villa porque es lo que conozco. Porque por ejemplo *Pichi que era, digamos, el “líder”, Pichinini, se va con una compañera, deja su familia [...]*¹⁴² (Marta, 2009).

Completa el cuadro con el reflejo que las mujeres de los obreros devolvían a las militantes, en el que se incluye a sí misma (la parte destacada) avalando esa construcción de *mujeres fuera de lo común*:

[...] porque, o sea lo que manifestaban era eso, que *la mujer militante que había ido, les robaba el marido*, te lo digo como parte del paisaje femenino [...] [se ríe] tenían sus razones, eran mujeres completamente diferentes, para el momento y para un pueblo. *Se las veía además muy desprejuiciadas, una mujer que vivía sola o que vivía con sus hijos* o que se las arreglaba o que iba con un fierro a

¹⁴²El destacado es nuestro.

hacer un afano, era una cosa muy fuera de lo común, ¿no?, así que eso generó conflictos, por lo menos ahí, no sé en otros lugares¹⁴³ (Marta, 2009).

En su relato aparecen, por un lado, la mirada que los obreros de Villa Constitución tenían sobre las militantes y, por otro, las miradas de las militantes sobre sí mismas. Los obreros y sus mujeres las veían como diferentes, despreciadas y liberadas moralmente. Esto afirmaba la propia construcción subjetiva de las militantes como diferentes y poderosas. Y desde un tercer lugar, aparecen las tensiones entre los sexos dentro del PRT-ERP y los límites que dentro del partido tendrían la liberalidad o el desprecio. Esto nos lleva a las prescripciones internas respecto del comportamiento de la pareja militante, los problemas de los cruces de pareja, las infidelidades o los comportamientos esperables cuando uno de los integrantes estaba preso. La referencia que hace Marta: “mi compañero preso, *era como que era una monja*”, deja translucir que *otras militantes* podían no haberlo sido. De hecho, una de las contradicciones señaladas por ella respecto de Silvia U. fue que se enamoró de un militante cuando su anterior compañero estaba preso y que eso le generó contradicciones y culpa.

Otro ejemplo sobre militancia con mujeres de sectores populares lo refiere Rosa en una entrevista que aparece en *Memoria Abierta*¹⁴⁴, donde señala que:

¹⁴³El destacado es nuestro.

¹⁴⁴Archivo Oral, *Memoria Abierta*, entrevista realizada por Federico Lorenz entre junio y septiembre de 2003. Disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=FE0Hlh9kpTw> [Consultado por última vez el 10/4/2012].

Nosotros discutíamos con mujeres que nunca habían hablado de política y nosotros discutíamos política, yo creo que aprendieron a hacer [...] viste cuando uno dice que en los '70 el desprendimiento de la libertad..., ¿no? *Esas mujeres también empezaron a no ser la mujer de la casa, que espera al marido con el mate y todo, sino a actuar, a hacer cosas, si bien, también lo esperaban al marido.* Pero a buscar algo para hacer. Y yo creo que eso les sirvió para después poder [...] más allá que habrán estado a las puteadas, ¿no? Poder defenderse de todo, muchas de ellas tuvieron que seguir sus vidas solas (Lorenz, 2003).

Lo que se hizo evidente en todos los testimonios fue que *el hombre nuevo* que se perseguía, para ellas implicaba *una mujer nueva* y que las militantes se sintieron parte de un grupo que promovía situaciones de igualdad.

Sin embargo, se identificaron diferencias entre los valores portados por las y los militantes de Montoneros y los de los sectores populares. Así como tensiones no resueltas en función de la idea de construcción del *hombre nuevo*, de alcanzar una sociedad más justa y del trabajo político territorial del momento:

Quizá sí había un tema más charlado que era el de la violencia, ¿no? Por ahí sí, la violencia familiar y el tema del golpe a la mujer –que por algo me lo merezco, hice algo mal–, yo recuerdo charlas con compañeros y compañeras hablando de esto, eso sí, por ahí una cosa muy marcada del tipo que le pegaba a la mina y que [...] ser revolucionario no es eso, esa era la idea, lo que uno transmitía (María P., 2010).

Y yo creo que había algunos frentes, *el frente villero, había muchas compañeras militantes, pero es cierto que los dirigentes del frente*

| *villero eran todos hombres*, tenía que ver con la práctica social y cultural de esos lugares¹⁴⁵ (Mercedes, 2010).

Aquí podríamos identificar también, como señala Isabella Cosse (2010), la oscilación entre la construcción del *hombre nuevo* y su sometimiento a las urgencias de la lucha revolucionaria en relación con la reformulación del orden sexual. Las condiciones estructurales favorecían el lugar de los varones, y muchas veces cuando había niños se quedaba la mujer a cuidarlos (aunque no siempre), y se asumía que era el varón quien tenía más formación (sin llegar a plantearse las condiciones desiguales que provocaban su mayor formación).

En las referencias de Mercedes y María P., las militantes tomaron el tema de la naturalización de la violencia hacia las mujeres incluyéndolo dentro del *ser revolucionario* pero, aunque identificaron el predominio masculino en el frente villero, lo tomaron como un dato de la realidad. Suponemos que en la finalidad de desarrollar su trabajo territorial, tratar el tema de abrir espacios al liderazgo de las mujeres aparecería como una complicación agregada, discusión que no se llevó a cabo, al menos entre los testimonios que hemos analizado. Por otra parte, para el análisis de las situaciones de contacto entre las jóvenes militantes de clase media y las mujeres de los sectores populares, se hace evidente lo erróneo de pensar a las mujeres como una categoría única, ignorando la *heterogeneidad de mujeres* dentro de la categoría *mujer* y la diversidad existente dentro de cada una de ellas¹⁴⁶.

¹⁴⁵El destacado es nuestro.

¹⁴⁶Los debates más recientes dentro del feminismo han criticado teorías de género por su sustancialismo desliziándose hacia una construcción de la mujer como una categoría única y deshistorizada sin reconocer la heterogeneidad de mujeres y su diversidad “en

Recordemos que en tanto las mujeres no integraron los grupos más altos de conducción, sí se encontraban representadas ampliamente en los niveles medios. Justamente, este es el caso analizado, lo que habría contribuido a reforzar en las subjetividades de las militantes la idea de haber alcanzado la igualdad que otras mujeres aún no disfrutaban.

Rosa, quien desarrolló su militancia territorial en Rincón de Milberg con las mujeres de los obreros de los astilleros, hace evidentes las contradicciones. Su esposo, también militante de Montoneros, aceptaba su compromiso pero no sin dificultades, dado que planteaba que ella era la que tenía que cuidar a la hija que tenían en común aduciendo que él tenía más nivel y estaba “más jugado”¹⁴⁷. Sin embargo, resulta interesante observar qué tipo de relaciones aparecen promovidas desde la organización, dado que marcaban las negociaciones entre los roles en las personas concretas, y hasta qué punto y por cuáles cuestiones se tensaban las jerarquías y renegociaban los roles tradicionales:

[...] empecé a tener una militancia plena, empecé a plantear que él también se tenía que ocupar de la chiquita para que yo pudiera participar.

[¿Y él se la bancó?, pregunta de la entrevistadora] Y, se la tenía que bancar porque la organización también planteaba que

tanto que sujetos no unitarios sino múltiples y fragmentados, en diversas posiciones genéricas y sociales”. Bonder, G. (1998). *Género y subjetividad: avatares de una relación no evidente*. Recuperado de http://www.iin.oea.org/iin/cad/actualizacion/pdf/Explotacion/genero_y_subjetividad_bonder.pdf, p. 3.

¹⁴⁷Fue integrante del Operativo Cóndor comandado por Dardo Cabo en el que se desvió en 1968 un avión de Aerolíneas Argentinas a las Malvinas, por lo tanto, antes de militar orgánicamente en Montoneros ya había estado preso durante el gobierno de Onganía.

la compañera tenía que participar, pero se la bancaba hasta por ahí. Pero de última, entre nosotros siempre aparecía el tema de que él ya estaba jugado y que su compromiso era mayor, porque él ya venía con toda una historia [...] y finalmente, siempre me terminaba enroscando y aceptando porque lo vivía como una cosa cierta, además yo siempre he tenido un respeto [...] (Rosa, 2010).

Otra integrante de Montoneros, Graciela, señaló que los varones también tuvieron que hacer un aprendizaje. En los ámbitos se discutía que los compañeros debían hacerse cargo de los hijos y que no era que *ayudaban a su mujer*. En un período ya claramente represivo como 1975, Graciela recuerda que tenían largas horas de discusión por esta cuestión:

[...] la pareja esta tenían un pibe y ella estaba embarazada y eran dos hijos de la alta burguesía, incluso de familias militares [...] las discusiones [...] porque además él decía: “no porque si yo la ayudo”.

No es que la tenés que ayudar, es que te corresponde. Y ella decía: “y yo dejo que los pañales se acumulen”, y uno a veces iba a la casa y había un olor a mierda tremendo (Graciela, 2009).

La propia Graciela desarrolló¹⁴⁸ reflexiones sobre el círculo vicioso en el que quedaban atrapadas las mujeres que tenían pareja e hijos

¹⁴⁸En *La Voluntad*, Graciela Daleo también hizo una reflexión similar respecto de Montoneros: “Le parecía un chiste: en general, las mujeres militantes tenían problemas para sus tareas porque sus compañeros solían tener un nivel más alto y, entonces, si había dos tareas al mismo tiempo, eran ellas las que se tenían que sacrificar y quedarse con los hijos u ocuparse de la casa. Así, se formaba un círculo vicioso: eso les impedía, a su vez, militar más en serio y, por lo tanto, seguían en un nivel más bajo que sus compañeros. No hacía más de una semana que Graciela había tenido, en un ámbito de colaboradores que atendía, una discusión larguísima entre dos de los militantes, marido

porque, al tener los varones mayor jerarquía, sobre ellas recaían –en general– las tareas domésticas, lo que impedía que ascendieran en la organización. Relató que a ella le sucedió lo contrario, por ser la única en su ámbito que no tenía pareja ni hijos que cuidar, tuvo que quedarse todo el fin de semana con tres militantes que tenían que cumplir una sanción. Incluso en una evaluación que recibió sobre su militancia, un compañero consideró su soltería como una pauta negativa. Las imposibilidades femeninas de escapar al círculo vicioso que la propia Graciela describió muestran las tensiones que un modelo discursivo igualitario encontraba en su realización concreta.

Se hace evidente en los testimonios que tanto la tensión entre los roles como las discusiones existían, aun sin que lograsen ser saldadas como se espera, a veces, desde las miradas actuales. Sin embargo, era un tema presente. Lo que no debe perderse de vista es que el tiempo en el que este proyecto –que implicaba una nueva sociedad y nuevas relaciones entre varones y mujeres– tuvo vigencia fue muy breve y no hubo demasiadas posibilidades de hacer críticas ni correcciones. Lo que terminó haciéndose evidente en estas tensiones irresueltas fue que se trataba de mujeres que asumían nuevos roles y peleaban por ellos, y también de varones (aunque no todos) que se posicionaban desde otro lugar como militantes, compañeros y padres:

| [...] fuimos parte de la generación en la que había una paridad absoluta con los hombres, es más, formaba parte de su orgullo ser padres diferentes, ser amos de casa diferentes, había una

y mujer, porque ella reclamaba que él también se hiciera cargo de cambiarle los pañales y alimentar a su bebe”. Anguita, E. y Caparrós, M. (2007). *La Voluntad*. Tomo IV, op. cit., pp. 420-421.

cosa de compartir responsabilidades, y no importaba si era la cuestión política o hacer las compras o quedarse con el hijo (Mercedes, 2010).

Este testimonio nos remite a Daniel James (2004, p. 137), quien señala que en las reconstrucciones sobre los acontecimientos de la vida de un narrador, se enhebran hechos que crean algo distinto del pasado fáctico. Incluso las omisiones, no tienen la finalidad de engañar, sino de ayudar a quien escucha a acceder a una verdad más amplia que la atrapada en los fragmentos fácticos. Lo que aparece aquí marca las tensiones entre los roles masculinos y femeninos vividos en los tiempos de militancia y de cómo se saldaron en la reconstrucción retrospectiva. Dirección en la que van también los relatos de las demás militantes. Pensamos que esto daba cuenta de que entre los militantes aparecieron nuevos comportamientos y participaciones que produjeron la emergencia de construcciones subjetivas alternativas, individuales y colectivas que modificaron las prácticas.

La pareja militante¹⁴⁹: “Casémonos, está bueno, casémonos”

Con esta frase, del que sería marido de una de las entrevistadas, nos preguntamos: ¿cómo desarrollaron estas mujeres sus vidas de pareja? ¿Cómo conocieron a sus *compañeros*? ¿Qué tipo de vínculo establecieron con ellos?

¹⁴⁹Tomamos aquí la definición que hace Cosse. I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta...*, op. cit., p. 142.

La pareja militante incluía el compromiso amoroso y a la vez, con una causa compartida. La pertenencia a la cultura militante se evidenciaba a través de la utilización de los términos *compañera* y *compañero*, tanto para expresar el compromiso político compartido como para identificar a aquella persona con la que se tenía un vínculo amoroso estable “la superposición de significados colocaba la noción de pareja en la intersección entre lo político y lo personal” (Cosse, 2010, p. 143).

La pareja militante parecía verse inmersa en el ritmo vertiginoso de los acontecimientos políticos, tal es el caso de Victoria, quien comenzó a salir con su pareja en febrero de 1972 y se casaron en abril del mismo año. ¿La razón del casamiento? La cara de su madre cuando le dijo que se iba a vivir con su novio. Vemos, nuevamente, cómo aparecen en tensión modos más tradicionales de feminidad propuesta y los más disruptivos que implicaba la militancia, en este caso, la necesidad de alquilar una casa en la que convivirían varios militantes.

Se ha señalado que el matrimonio dejó de ser la opción única, la cohabitación fue una posibilidad y las esperanzas depositadas en el matrimonio, cambiaron. Comenzó a hablarse de relaciones prematrimoniales y dejó de considerarse la virginidad como un baluarte, sin embargo, los cambios no fueron tajantes:

Por eso te digo, mi mamá no me presionó jamás con eso, no fue un valor que me inculcó el de la virginidad, para nada. Sí fue un golpe terrible para ella que yo decidiera que me iba a vivir directamente. Yo dije “Uh, a mi mamá la hice mierda con esto, ¿qué pasó?” Lo discutimos, lo charlamos con el Negro y dijo “ca-

“sémonos, está bueno, casémonos” y fuimos y nos casamos. Que de hecho mi mamá fue testigo (Victoria, 2010).

Gloria tuvo con su marido lo que ella definió como “un *flash*”, lo conoció en una manifestación y en cuatro meses decidieron casarse. Silvia M. ingresó a su militancia estando casada y ya con tres hijos, militancia que desarrolló en la JTP y en otros espacios relacionados con Montoneros, igual que su esposo Rodolfo. Rosa se casó con un militante peronista que ya tenía una trayectoria previa dentro del peronismo, María V. y su novio, Ricardo, decidieron incorporarse juntos a Montoneros. María A. conoció también en su ámbito de militancia, la JUP, a su futuro compañero.

También Patricia V., María P., Mercedes, Laura y su hermana, María Lía, tuvieron parejas dentro de la militancia. Se hace evidente en los relatos la idea de la pareja militante, tal como la refleja Marta Vasallo (2009), unida por el afecto y la acción, y la palabra *compañero* que encerraba el doble vínculo: afectivo-sexual, por un lado y la coincidencia política, por el otro.

A la pregunta sobre si la esencia de la relación con su esposo era la militancia, Silvia M. responde:

No, no era la esencia de la pareja, la esencia era el amor, porque nos queríamos y estábamos enamorados. Ahora, compartíamos absolutamente lo que queríamos, las ideas políticas. Yo no sé cómo haría para tener una pareja con alguien que no [...] con la que no pudiera compartir mis ideas políticas, no sé, no podría, yo no podría (Silvia M., 2009).

Militantes de ambas organizaciones reflejaron parejas que unían en la palabra *compañero* el amor, el erotismo, el respeto, los ideales y

proyectos de construcción de una sociedad mejor, en línea con lo que Alicia Stolkiner¹⁵⁰ definió como *amor militante*, que se caracterizó por su inusual intensidad¹⁵¹. En palabras de Victoria:

[...] una de las cosas que más se ha silenciado [...] tiene mucho que ver con el placer, y con el disfrute, es esta cuestión, que los militantes y las militantes del '70 tenían un proyecto de vida que incluía la militancia y el hacer “para llegar a” que lo incluía, pero en ese proyecto de vida, había amor, había disfrute, había cuerpo, había sexo, había intereses comunes, había proyectos, había hijos, había esperanzas que formaban parte de tu proyecto, pero que se sustentaban en esta incorporación que vos hacías de tu proyecto a un proyecto global y al revés, porque se retroalimentaban, y a mí me parece que eso ha quedado silenciado (Victoria, 2010).

Por otra parte, pensamos, a partir de los testimonios obtenidos, en la necesidad de moderar la afirmación sobre la sumisión de la pareja a las organizaciones y a la lucha revolucionaria. Y la idea de subordinación de lo privado a lo político que dejaba a la pareja ocluida por las demandas de la militancia. Sin negar que haya sucedido, puede ser condicionado. María Matilde Ollier (2009) señala dos ejes de tensiones para

¹⁵⁰Disponible en: <http://www.los70.org.ar/n05/amor.htm> [Consultado por última vez el 4/4/2012].

¹⁵¹“Confiar como soo se confía en un/a compañero/a al que además se respeta, con el/la cual se comparte un objetivo que trasciende lo individual. Abrazar, disfrutar, recorrer o recibir un cuerpo joven y sano al que, sin embargo, mañana podía arrebatar la cárcel o la muerte. Saber que cada encuentro podía ser el último antes de una separación quizás definitiva y, simultáneamente, suspender el tiempo y olvidar lo inmediato”. Stolkiner, A. (2003). “El amor militante. Argentina”. En: Revista *Los '70*, N° 5, “El arte, el amor y la violencia”. Recuperado de: www.los70.org.ar [Consultado por última vez el 4/4/2012].

los militantes: uno, la necesidad de armonizar lo político y lo privado, y el otro, la dificultad de equilibrar o subordinar lo político a lo militar¹⁵².

En los relatos de varias de las entrevistadas no parece advertirse tan fuertemente la subordinación de lo privado a lo político y de lo individual a lo colectivo. Sin embargo, aparecen situaciones en esta línea que retomaremos más adelante. Ollier señala que hacia 1973, conciliar los intereses privados con los colectivos y políticos se tornó crítico y que la militancia demandaba la subordinación completa de la vida privada, en tanto que la organización se tornó cada vez más hostil a cualquier acción rebelde:

El sometimiento requerido hacía que nada pudiese escapar del diseño insurgente. Había una forma revolucionaria de vivir la pareja, de educar a los hijos, de trabajar, de relacionarse con el dinero (que debía socializarse) con los bienes materiales, etc. (Ollier, 2009, p. 24).

Más allá de convivir en casas operativas con otros compañeros u otras parejas con hijos –o no–, las entrevistadas no acompañaron la idea de subordinación, con respecto a la pareja ni a los hijos (tema que retomaremos más adelante). Así, Mercedes comentó que:

[...] tenías plantitas, tenías un bichito, digo, era cotidiano como cualquier pareja y eso no implicaba que uno no tenía intimidad con su pareja (Mercedes, 2010).

Y María P. profundizó:

Por supuesto, (no) vivíamos amontonados, tampoco esta idea de los militantes oscuros que vivían metidos en cuevas, tampoco

¹⁵²Aquí también parece hacerse presente la identificación que realiza Vezzetti (2009) de militante- soldado y las tensiones entre vida privada y pública.

eso es así. Inclusive cuantos más riesgos había, más [...] también por la cuestión de mimetizarse, de ser personas más [...] no sospechosas si querés, era vivir en tu casa con tu compañero y fundamentalmente con un proyecto [...] no queríamos la muerte, había proyecto de vida, mis hijas nacieron en el '76 y en el '77 (María P., 2010).

Con respecto a los proyectos, Ollier señaló que, para los que pensaban desarrollarse profesionalmente en un mundo socialista futuro, el cierre de las posibilidades –debido a las persecuciones y la represión– llevó a muchos a cuestionarse la continuación de su militancia. Entre las entrevistadas, esa situación apareció referida, sin embargo, no a sí mismas. A la pregunta puntual sobre si sentía que su proyecto personal y el colectivo entraban en conflicto Victoria respondió que:

[...] si vos estás convencido de que estás militando, que sé yo, yo me podría haber recibido en el año '73, tardé 3 años más, ¿por qué? Porque hice otras cosas, me podría haber recibido en el '80 y todo hubiese seguido funcionando igual, porque uno va inmerso en un proyecto que es como más general. Me parece que se separan, sin duda que hubo casos, infinidad de casos, de compañeros que dejaron de militar y se recibieron, porque era como más importante, pero bueno, eso tiene que ver con una cuestión de una firme convicción ideológica. No es cierto que no puedas desarrollar tu proyecto personal dentro de una vida militante, no es cierto. Lo que sí sucede es que tu situación personal forma parte de un todo mayor (Victoria, 2010).

Lo que sí se hace evidente es la idea de *colectivo* en las entrevistadas, a través del uso el plural *nosotros*. *Nosotros*, referido a los compa-

ñeros, la pareja, la organización. En otros casos, directamente asimilado al útero materno o a la figura del hormiguero:

Exactamente eso, la militancia, yo lo suelo decir, no sé si lo digo en el libro de Marta Diana, la militancia era como un útero, que contenía. Dentro de la militancia estaba contenida tu vida. No era que la militancia era una fracción de tu vida, porque precisamente lo que la militancia hacía era poner en acción el proyecto y el proyecto era un proyecto colectivo de destruir la sociedad capitalista y construir la sociedad socialista y dentro de eso, estaba contenida la realización personal, la familia, los estudios, las diversiones [...] la acción política, la acción militar si la había, la acción intelectual [...] yo que sé el planteo, por lo menos en mí yo lo empecé a ejercitar eso, antes de la militancia política, desde lo religioso (Graciela, 2009).

Desde el reconocimiento de la existencia de tensiones que se manifestaron en relación con los proyectos, las parejas y la familia, pensamos en una explicación menos conclusiva, dejando espacio a la diversidad de formas en las que los militantes negociaron sus conflictos entre ellos y con la organización. Lo que no deja de evidenciarse es que, más allá de que se trataba de concepciones distintas de pareja, las relaciones entre los miembros se vieron afectadas por las condiciones políticas de represión y las medidas de seguridad que se adoptaron.

Y aquí señalamos uno de los casos donde la presencia de lo político parece haber subordinado lo personal. Rosa y “el gordo Fabián” no pasaban por una buena etapa en su pareja y recibieron, de parte de su responsable, el planteo de “separarse por cuestiones de seguridad”:

Ya ahí el compañero responsable toma esta cosa que se dice que la decisión tiene que ser y que tiene que ser respetada, a partir de eso él (el gordo) me decía que por una cuestión de seguridad y a mí [...] yo no sabía cómo arreglar la cosa porque si bien una cosa es que te digan “no te quiero más” y otra es que te digan “mirá, acá la organización plantea esto”. Un compañero que es de mayor nivel no puede ir acompañado por una compañera que es de territorio y además con el riesgo que el compañero presentaba (Rosa, 2010).

Aquí hay dos puntos donde profundizar en el análisis. Lo que Rosa parece estarle diciendo a su esposo desaparecido “porque si bien una cosa es que te digan *no te quiero más*, que te digan *mirá, acá la organización plantea esto*”. Y por otro, las referencias que encontramos en sentido inverso, del caso de “la gorda Amalia” y su pareja Román¹⁵³. O bien, las imposiciones y los riesgos no se daban de igual modo en ambos sexos o había motivos privados que se estaban montando en la política de la organización.

También enfrentaron dificultades María A., Victoria y Silvia M.:

Estaba conmigo aquí en Buenos Aires, y a él le dicen que salga, que quieren hablar con él afuera. Ya había salido la conducción. [...] Y bueno, él salió y fue un desastre porque cayó gente de la estructura [...] tenía que volver, no volvió, no se contactó más [...] y yo había hablado con mi hermano para que él [su compañero] le mandara telegramas, así sabía que estaba todo bien y yo llamaba por teléfono y mi hermano me decía que no recibió nada. Y al

¹⁵³Capítulo 3, página 94.

final volvió, y lo encontré así de carambola circulando, así lo vi. Yo me decía en ese momento “ya basta de llorar, me tengo que poner en la cabeza que desapareció, no puedo seguir así, tengo que ver qué carajo voy a hacer” [...] y cuando miro ¡venía caminando, con mi viejo encima! [se refiere a su compañero] (María A., 2010).

Esta situación crítica no llevó a María A. a abandonar la militancia, no se puede afirmar la subordinación de sus sentimientos de pérdida a las demandas de la organización, aunque efectivamente el desencuentro se debió a necesidades de la militancia. Ambos continuaron en la clandestinidad hasta 1977 –fecha en la que viajaron a México a pedido de la conducción. Volvieron a la Argentina para la contraofensiva.

Victoria cuenta que se casó en 1972, y que en 1974:

Él empezó militando conmigo, y después *lo pasaron a juventud, a él que fue cuando nos separan*, porque éramos muy respetuosos del tabicamiento. Yo no hablaba de mi frente con él y él no hablaba de su frente conmigo. Así que nuestras discusiones y nuestras charlas eran absolutamente o domésticas, o afectivas o de política general [se ríe]¹⁵⁴ (Victoria, 2010).

Las decisiones de la organización se identificaron como una separación forzada, que si bien no rompió la pareja, generó dificultades.

En el caso de Silvia M., las dificultades se produjeron en torno de los hijos (ella y su pareja llegaron a tener cuatro, la última era bebé cuando su padre desapareció en 1977). Recuerda que para 1976, todos

¹⁵⁴El destacado es nuestro.

los días *caía* un compañero y le planteó a su esposo que debían resguardarse, fueron incluso a hablar con un sacerdote (Lucio Gera) para que los aconsejase:

[...] Y ahí entramos a tener diferencias y diferencias dolorosas porque ya te digo, nos queríamos mucho. Teníamos una buena relación, incluso a Rodolfo en su ámbito le piden que yo vuelva a militar porque si no él no iba a poder, se iba a debilitar [...] como que yo le planteé la separación, porque yo quería cuidar a los chicos [...] y se ve que él planteó toda esta problemática en su ámbito y le dicen a Rodolfo que me pida que yo vuelva a militar, porque digamos, él no iba a servir como militante si estaba quebrada la pareja, y yo hago un intento [...] (Silvia M., 2009).

Ante la repregunta sobre si pensaba que la insistencia de la organización tenía que ver con malas experiencias de parejas, en las que uno militaba y el otro no (el caso más conocido fue el de Roberto Quieto), Silvia M. lo relacionó más con cuestiones de pareja y personales:

No, para mí no fue así, no, yo creo que nos conocían y veían que éramos una pareja que nos queríamos mucho, y entonces deben haber pensado que si Rodolfo perdía su pareja no iba a servir, eso fue lo que sintieron realmente porque se notaba como éramos nosotros (Silvia M., 2009).

Lo privado aparece presionado por lo político. Sin embargo, Silvia M., embarazada de su última hija, abandonó la militancia, mientras que su marido continuó dentro de ella en su carácter de abogado representando a presos políticos. Estos ejemplos muestran la tensión entre lo político y lo privado y nos permiten pensar en espacios de negociación que se desarrollaron en los casos de las militantes entrevistadas.

Los testimonios también nos llevaron a considerar la relación entre miedo y violencia (Ollier, 2009, p. 29), miedo a ir preso, miedo a delatar, miedo al dolor, a la debilidad, a la tortura. En relación con sus hijos, Silvia M. dice: “Yo dije, a mí me torturan un hijo adelante y todo lo poco que sé lo voy a cantar a Dios y María Santísima, por eso yo planteo que no puedo seguir militando”.

Vera Carnovale destaca situaciones similares respecto de mujeres militantes en el PRT-ERP, e identifica el conjunto de temáticas asociado al embarazo y los hijos como foco de tensión, en el que los mandatos y la moral partidarios encontraron mayores resistencias y fisuras¹⁵⁵. La mayoría de los entrevistados varones a los que esta autora tuvo acceso señalaron que eran sobre todo las mujeres quienes planteaban las críticas. En tanto encuentra poco sorprendente que los hijos constituyeran el punto débil de los militantes, a Carnovale le resulta destacable el intento partidario de erradicar dicha debilidad con el argumento de que un revolucionario debía estar dispuesto a renunciar a todo, aun a sus hijos. Al respecto, “Moral y proletarización” saldaba claramente la cuestión: demostrar debilidad por sus hijos no reflejaba preocupación por estos sino que era ejemplo del individualismo pequeño-burgués (Carnovale, 2011, pp. 210-211).

A partir de fines de 1975 y principios de 1976, nuestros testimonios muestran que a medida que avanzaron la represión y la violencia, las posibilidades de plantear disidencias o desarrollar debate de ideas al

¹⁵⁵Una de las entrevistadas señaló la gran conflictividad con el tema y otra advirtió que la primera y única vez que tuvo dudas fue cuando logró escapar de la quinta de Moreno con su pareja y su pequeño hijo, logrando salvar su vida. Dijo entonces: “basta, ya no se puede vivir así”, pero su pareja rechazó de plano su idea diciendo que el niño se quedaba con él. Carnovale, V. (2011). *Los Combatientes*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 210-211.

interior de las organizaciones se hizo cada vez menos posible y creció el autoritarismo organizativo, lo que llevó a algunas de las militantes a abandonar las organizaciones.

Las infidelidades en la pareja militante

La infidelidad era un punto importante dentro de las parejas militantes centradas en la idea de compromiso integral y en la aspiración de conformar el *hombre nuevo*. Todas las entrevistadas hicieron referencia a las ideas de lealtad y de no traicionar al compañero o compañera con el que se compartía un proyecto de vida completo. Y no mencionaron cuestionamientos hacia los principios morales promovidos por las organizaciones respecto de la monogamia y la heterosexualidad:

Había que ser buen compañero, no estaba permitido, entre comillas [...], que sé yo, que un compañero sea infiel y que esté con la mujer del otro. Igual pasaba [...] si por ahí pasaba, viste como en todas partes había [...] se armaban algunos cruces, o que le metían los cuernos a su compañera [...] y bueno, cuando eso quedaba en evidencia había una suerte como de cuestionamiento, de llamado de la atención, que había que cumplir una conducta (María V., 2009).

Dentro del PRT-ERP, “Moral y Proletarización”, documento al que ya hemos referido, planteaba la igualdad entre los sexos y consideraba a la familia revolucionaria no solo como célula básica de la actividad político-militar, sino como transición hacia un estilo de vida socialista. Para este documento, el mal estaba en la moral burguesa que “osificaba las relaciones de pareja y sujetaba la mujer al hombre dentro de un hogar patriarcal”, impidiéndole desarrollarse en otros terrenos. En el cruce entre

las prescripciones respecto de la familia revolucionaria, las relaciones propuestas para los sexos y la proletarización, aparecieron tensiones en los casos entrevistados, que fueron resueltas de modos diversos.

Consideramos que más allá de las prescripciones morales rígidas que implicaron algunos documentos tanto de Montoneros como del PRT-ERP, conviene a nuestro enfoque orientar la mirada hacia lo que las militantes hicieron y pensaron en el funcionamiento cotidiano y la práctica de la organización. Marta señala que muchos de los documentos más conocidos relacionados con la “moral revolucionaria” fueron muy criticados por esquemáticos y que su análisis no terminaba de dar cuenta de lo que los militantes efectivamente sentían.

Consideramos interesantes los planteos de Alejandra Ciriza y Eva Rodríguez de Agüero (2005) quienes, a partir del texto “Moral y Proletarización”¹⁵⁶, identifican tensiones entre sujetos políticos y subjetividades individuales, marcando hiatos entre la norma y la irrupción de la realidad. Señalan que “Moral y Proletarización” prescribía la sujeción absoluta de la subjetividad individual al objetivo político revolucionario, promoviendo el voluntarismo, el ascetismo, la familia tradicional, y unas relaciones entre hombres y mujeres de corte puritano, que seguramente entrarían en tensión con la apasionada visión de la vida, el amor y la pareja en tiempos de *densidad trágica*.

¹⁵⁶A pesar de que las autoras identifican al documento con el título “Notas sobre la moral revolucionaria”, sus transcripciones permiten identificar al mismo texto denominado “Moral y Proletarización” cuya transcripción completa está en De Santis, D. (2006). *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP...*, op. cit. Tomo I, Volumen 2.

Desde un enfoque práctico, Marta planteó que a pesar de su esquematismo, “Moral y Proletarización”¹⁵⁷ resolvía un problema que complicaba la militancia, el de los triángulos amorosos:

Yo creo que el triángulo de Joe (Baxter) armaba quilombo en la militancia, y además ellos lo asumieron [...] y después pasó otra cosa y se olvidó, nadie lo estigmatizaba, por eso hizo una tarea de sanción y chau. Yo creo que a lo que se apuntaba era que en una concepción del hombre nuevo, que estaba inmadura, que nadie conocía, todos decíamos “queremos serlo” pero nadie sabía, a mí me parece que caben estas cosas en el sentido de pretender una fidelidad absoluta a un ideal revolucionario, ¿no? Y que tampoco estaba claro qué era ese ideal revolucionario (Marta, 2009).

Y a partir de estas reflexiones y la idea de retomar lo que nuestras entrevistadas dijeron y pensaron sobre su militancia, tomamos lo que afirma Alejandra Oberti (2005) en *La moral según los revolucionarios*. La autora encuentra que el PRT-ERP pone debajo de la alfombra algo que las feministas habían descubierto, en relación con que las formas de opresión no pueden ser reducidas a la dominación de clase¹⁵⁸. Oberti

¹⁵⁷Al que ella llama *Moral burguesa*, *Moral revolucionaria* pero nuevamente se está refiriendo al mismo documento.

¹⁵⁸María Luisa Femenías señala “Ahora, en el proceso de construcción de los grupos, el género es un eje determinante –junto con la variable de etnia y de clase social– en la medida en que intersecta la construcción simbólica de identidades colectivas en un proceso abigarrado y denso de fabricación de representaciones, elementos discursivos estereotipados con apariencia de fijeza e inmutabilidad producidos tanto dentro como fuera de las fronteras simbólicas del grupo”. Oberti, A. (2004). “La moral según los revolucionarios”. En: *Anuario de Investigación e información del CeDinCI N° 5*. Buenos Aires. Versión digitalizada de uso interno para el Seminario de Maestría *Pensar los '60. Familia Sexualidad y género en la Argentina*. Dra. Isabella Cosse, p. 84.

identifica en el documento límites al deseo, discurso puritano y prescriptivo respecto de varones o mujeres, lo que no puede negarse, y se ha identificado en los relatos.

Sin embargo, los contextos condicionan las interpretaciones. Gloria habló de las infidelidades como moneda corriente en la sociedad santiagueña y la idea de que se era varón en relación con la cantidad de mujeres con las que se tenía sexo, y destacó que los varones del grupo en el que ella militaba no tenían esa actitud y lo atribuye a “Moral y Proletarización”:

Y sigue siendo así, en general en la Argentina, y en Santiago del Estero es fuerte. Pero en el caso nuestro, de los compañeros, nosotros teníamos muy claro el librito ese de “Moral y Proletarización”, esa cuestión de qué moral teníamos que tener¹⁵⁹ (Gloria, 2009).

Lo paradójico de este relato en particular, es que siendo “Moral y Proletarización”, esquemático, puritano, prescriptivo y tradicional en las relaciones que promovía en las parejas, resultaba una alteración en la moralidad santiagueña respecto del comportamiento de los militantes varones, lo que no deja de ser percibido por esta militante mujer como diferenciador y superador respecto de su propia condición y la de su grupo.

Lo que pensamos puede aportarse a la interpretación de documentación partidaria, desde alguna de las entrevistas, es el sentido utilitario que se le atribuyó a esta prescripción. Pensamos que el hecho de que “Moral y Proletarización” haya sido el producto de un partido

¹⁵⁹Anteriormente, Gloria hizo referencia a la virginidad como un valor familiar que ella respetaba absolutamente.

político militar revolucionario, clandestino, que pretendía llevar adelante la revolución y tenía severos problemas con los cruces de parejas e infidelidades, debe haber pesado en su difusión.

Te quiero decir que había mucha distancia a veces entre las posiciones en sí y la realidad y cómo esas mismas posiciones se llevaban a cabo, pero nadie te iba [...] nadie a mí, nunca sentí en la organización respecto de lo moral, nunca, este tema de las parejas, sí se sancionaba los triángulos (Marta, 2009).

El propio Luis Ortolani (autor con el seudónimo de Julio Parra del texto “Moral y Proletarización”) planteó el sentido práctico de dicho documento. Señaló que su preocupación tenía que ver con la convivencia en las casas operativas de hombres y mujeres, no siempre parejas, y acotó que: “Yo no decía que no había que tener relaciones, yo decía que las relaciones tenían que ser medidas, digamos”. De los escándalos que se armaban a partir de infidelidades, algunos terminaban tratándose en los boletines internos del partido. “No quería que el partido sea un despelote que todo el mundo se acueste con todo el mundo”¹⁶⁰. Todo esto parece avalar nuestra idea de que además de promover una rígida moral puritana, y claramente heterosexual, había una intención pragmática.

Montoneros tampoco fue ajeno a los intentos de regular al *hombre nuevo*, la rigidez moral y los conflictos que generaban los problemas de pareja, las infidelidades y los cruces, así lo recuerda Mercedes. Después de la caída de Roberto Quieto, la conducción decidió reordenar una serie de cuestiones de la vida cotidiana y en palabras de Mercedes

¹⁶⁰Citado por Carnovale, 2011, p. 268.

“de un modo muy ingenuo y tonto, más tonto que ingenuo” se planteó que los militantes “se tenían que casar por la organización”. Los cruces de pareja atentaban contra la seguridad:

Los de la columna Norte éramos muy liberales, y en general teníamos bastante problema con estas cosas, había mucho “cruce” de compañeros y eso atentaba contra la seguridad del conjunto, y qué sé yo, entonces querían formalizar las parejas, como si además formalizar las parejas, disciplinara esas cosas. No me acuerdo cómo se había planteado, la cosa fue que el responsable tenía como que consagrar las parejas, porque por temas de seguridad uno no se casaba, pero además tampoco le interesaba casarse formalmente. No había una práctica de casamiento, entonces el responsable te tenía que casar, hacer como una práctica de ceremonia en tu ámbito para formalizar tu vínculo de pareja (Mercedes, 2010).

Por negarse a lo que consideraron un despropósito, tanto Mercedes como su pareja, fueron sancionados. Consideramos que en este relato se hacen visibles varias tensiones, aparecen las prescripciones de la organización que buscan fijar un comportamiento moral, dar respuesta a cruces de pareja y a cuestiones de seguridad y, del lado de los sujetos, la puesta en cuestión de la institución matrimonial y la tensión existente entre sujetos políticos y subjetividades individuales. La tensión entre los modos de femineidad propuestos y los asumidos por las jóvenes.

El acompañamiento familiar

El doble trabajo de ocuparse de los niños y la militancia en todos los testimonios obtenidos se hizo evidente, aunque no fueron del todo

identificados por las mujeres que se entrevistaron. Parece haber sido importante en algunas de las militantes el apoyo de los padres para dejar a los niños y desarrollar tareas de militancia, como los casos de Victoria y Silvia M., lo que creemos que impactó en sus relaciones de pareja, y evitó conflictos internos.

María A. también señaló que sus padres “la bancaron mucho”, aunque en su caso tuvo menos contacto debido a la situación de clandestinidad en la que transcurrió su militancia en 1979, cuando tuvo a su hija. Sin embargo, no dejó de establecer contactos con su hermana melliza y su cuñado para que supieran dónde se encontraba su hija por si ella y su marido desaparecían, lo que nos lleva, nuevamente, al vínculo *fraterno-fraterno*, como un aspecto que debe ser considerado por separado en los vínculos de las familias de nuestras militantes. En este caso, la hermana de María A. también había sido militante, lo que facilitó la comunicación.

Para María Lía y su pareja, el acompañamiento de la madre de ella fue fundamental, incluso permitió la recuperación de su hijo:

Ellos tenían vacaciones, fijate vos qué absurdo, la organización les daba vacaciones en enero, entonces mi vieja les había alquilado una casa en Pinamar. Que mi vieja fue a chequear, ya era experta en chequear si tenían salidas por atrás, sabía todo, era una militante más (Martín, 2009).

En conclusión, la mayoría de las entrevistadas señalaron haber recibido apoyo familiar, y solo tres dijeron lo contrario. Cuidando a sus nietos para que los padres pudieran desarrollar sus tareas, alquilándoles casas o acompañándolos en situaciones de peligro para otros compañeros, los padres contribuyeron en la militancia de sus hijos.

Victoria comenta que una pareja compañera había quedado expuesta por una explosión accidental producto de una pérdida de gas:

Había que ubicarlos en alguna parte, listo, vamos a la casa de mis viejos. Mis viejos los tuvieron 20 días viviendo con ellos. Y luego había que volver a engancharlos con el partido, porque a partir de la explosión todo el mundo se borró de alrededor hasta ver qué pasaba. ¿Por qué a mi casa? Porque ella militaba con nosotros, él no, él militaba en otro frente. Buscándole las citas, te pasaban las citas, dos, tres horarios distintos, distintas citas, distintas plazas que sé yo. Nada, no tenían documentos, no tenían nada, todo les había quedado en la casa. Mis viejos, mi papá tenía un Falcon color granate, se fueron ellos dos adelante, los otros dos atrás como si fueran sus hijos. Fueron, pasaron, vieron, están, no están, bajaron ellos, digo, no todos los viejos hacían eso. Eso lo hicieron, guardaron cosas en casa, salieron de garantías de nuestras casas, entonces esto a lo mejor influye en la visión que tengo yo de las cosas (Victoria, 2010).

O como señala Martín respecto de sus padres:

Mis viejos, la verdad fueron viejos muy piolas, porque a pesar de que no tuvieron ideas políticas empezaron a tenerlas con nosotros. Mi vieja estaba aterrada, y mi viejo también, a su estilo, de varón. Mis viejos fueron muy solidarios con nosotros, en todo sentido, estuvieron más cerca de mis hermanas, porque yo me fui a militar a Rosario. Mi hermana [María Lía] fue a militar a Mar del Plata, la hieren en Mar del Plata en una operación militar. Viven con mi vieja, mi vieja vive toda esa situación, llevarla a una posta sanitaria de los Montoneros, un médico que la cura.

Digo, hicieron cosas por nosotros que los pusieron en riesgo de vida. “Limpiar casas”, casas que no sabías si era una ratonera y te caían 700 tipos encima. Hicieron de todo, mis viejos colaboraron mucho con nosotros y con ellas. Pero lo hicieron desde el afecto, porque no querían que nos mataran [...] (Martín, 2010).

En todos los casos, los padres que se hicieron presentes en los relatos, con las tres salvedades ya realizadas¹⁶¹, lo hicieron desde una posición de protección, de cuidado de las vidas de estos hijos, acompañando sus compromisos militantes. Y cuando la represión se hizo cada vez más dura, los padres trataron de sacar a estos hijos del país. María V. comentó que salieron del país hacia Paraguay en barco, acompañados por sus suegros, simulando un viaje familiar. Su suegro, suboficial retirado de la Marina, funcionó como protección por su condición:

Nosotros hicimos que mis suegros subieran con la nena y esperamos a último momento en que dijeran que arrancaban [...] cosa de no dar tiempo por si nuestros documentos eran identificados a que nos fueran a buscar [...] y cuando ya hicieron “UUUU” que salía, nos subimos y entramos (María V., 2009).

En otros casos, los padres intentaron sacar a sus hijos del país sin éxito. Guillermo cuenta sobre Estela, su hermana: “Mi viejo hizo cualquier cosa para convencerla, para sacarla del país”. O bien, Elsa Ramos cuenta que con su ex marido le ofrecieron a su hija salir del país:

Porque Mario la sacaba en un auto, no sé con qué, porque era amigo de un militar, de los buenos, y el tipo la sacaba en un auto

¹⁶¹Graciela, Rosa y Marta no recibieron ningún apoyo de sus padres.

al Brasil y de ahí la llevaba adonde ella quisiera, a España o Francia adonde ella quisiera, porque mi marido tenía dinero. Y le dijimos, vas con Mariano y ella dijo “no, no, no”, no quiso saber nada (Elsa, 2009).

Algo similar comenta Martín (2009), respecto de él y sus hermanas: “Mi vieja estaba desesperada que dejáramos, que nos vayamos. Ya desde fines del '75 tenía la guita para sacarnos a los tres del país, tenía contactos en Río de Janeiro, a donde yo fui a parar después [...]”.

La colaboración o acompañamiento familiar parece haber sido muy importante, incluso –como veremos más adelante– para la recuperación de los hijos de los militantes.

La maternidad de las militantes

Dado que la maternidad ha sido vista en las sociedades patriarcales occidentales como destino natural de las mujeres, por oposición a la participación en el espacio público –destino naturalizado para los varones–, nos preguntamos aquí, en qué medida estas concepciones fueron resignificadas a través de la participación femenina en organizaciones armadas. Nos centramos particularmente en las construcciones subjetivas, las acciones y las tensiones que las mujeres militantes entrevistadas asumieron, enfrentaron y sufrieron en relación con la maternidad y los hijos, procedentes de compañeros varones, de las organizaciones de las que formaron parte y de la sociedad en general.

Desde el enfoque de género indagamos por la distancia existente entre las representaciones sobre sí mismas y las figuras femeninas estereotipadas por los cánones tradicionales. En este sentido, entendemos que la participación política, la forma de concebir las relaciones

de pareja y los modelos maternos¹⁶² entraron en conflicto con los paradigmas promovidos por los sectores tradicionales, la sociedad en general y las Fuerzas Armadas¹⁶³.

Las entrevistadas que tuvieron posibilidades de tener hijos relacionaron las decisiones de tenerlos o no, con la situación de pareja en la que se encontraban. Marta hizo referencia a que en la organización

¹⁶²Si nos enfocamos en la maternidad desde la óptica feminista debemos señalar que la identificación entre mujer y madre no responde a una esencia femenina, sino que es una representación o conjunto de ellas producida por la cultura. La maternidad es un conjunto de fenómenos de gran complejidad, que no puede ser abarcado desde una sola disciplina. Ya que, además de las condiciones biológicas de la reproducción sexual, está configurada por las circunstancias sociales, económicas y políticas de dicha reproducción. Por ejemplo, en la estructura patriarcal, a las mujeres además de la gestación, parto y lactancia les corresponde casi exclusivamente la crianza de los niños. El orden simbólico crea figuras, representaciones e imágenes atravesadas por relaciones de poder que imponen discursos y prácticas diferenciales en su ejercicio respecto de mujeres y varones. Por consiguiente, las representaciones o figuras de la maternidad, lejos de ser un reflejo o efecto directo de la maternidad biológica, son producto de una operación simbólica que asigna significados a la dimensión materna de la femineidad y dichas representaciones son, al mismo tiempo, portadoras y productoras de sentido. A partir de estas ideas analizaremos las formas de maternidad presentes en los testimonios obtenidos, para identificar las posibilidades de agencia que estas mujeres encontraron.

¹⁶³Los Estados nacionales modernos, interpellaron a las mujeres como re-productoras de los ciudadanos al tiempo que las excluyeron de la ciudadanía. La Argentina no fue una excepción al respecto. Marcela Nari analizó las políticas de maternalización, igualdad entre mujer-femineidad y maternidad, llevadas a cabo desde fines del siglo XIX hasta 1940. Desde el discurso médico científico, desde el Estado a través de la legislación laboral y el Código Civil y desde las instituciones eclesíásticas, se buscó definir las cualidades y deberes que se atribuían a una buena madre y se construyó el ideal de la mujer doméstica asentado en la relación mujer-madre-hogar. La maternidad fue entonces la actividad exclusiva y excluyente para las mujeres. Exclusiva en tanto destino fundamental, única fuente legítima de realización personal y de felicidad. Excluyente de otras actividades que entraban en conflicto con la dedicación maternal, tales como el ocio, el placer, los estudios, el trabajo asalariado y la participación en el espacio público.

se dio el debate sobre tener o no tener hijos, recuerda una charla tenida con un compañero soltero:

No había una línea, yo por ejemplo, con el Fauno, me acuerdo que una vez en el colectivo, yo iba siempre con mi hijo mayor que tenía 3 años, él me decía: “yo no lo tengo claro, para mí no habría que tener porque ¿después no sufren?” *Yo, hoy creo que tenía razón*, pero yo le decía no, porque es la vida lo que incorporamos acá y la vida no puede estar castrada por esto lo hago, esto no lo hago, la vida incluye todo. Esa era mi concepción y era la concepción de muchos [...]¹⁶⁴ (Marta, 2009).

En esta parte, los relatos permiten identificar la presencia de múltiples temporalidades¹⁶⁵. Así, en las entrevistas realizadas muchos años después del período temporal referido, las mujeres reinterpretaron sus decisiones y les dieron nuevos sentidos a la luz de sus experiencias posteriores.

A partir de “Moral y Proletarización”, Alejandra Oberti (2004, p. 9) toma el planteo que allí aparece sobre que los niños no necesitaban tanto su padre y su madre, sino las figuras de padre y madre como una prescripción poderosa contra el individualismo. Y aquí los testimonios obtenidos nos permiten aportar textura a las tensiones entre las prescripciones del partido y las decisiones de los individuos. Victoria había abandonado la militancia orgánica por un conflicto con su responsable, pero continuaba a través de su esposo relacionada con el PRT cuando ocurrió el asalto al cuartel de Monte Chingolo:

¹⁶⁴El destacado es nuestro.

¹⁶⁵Ver capítulo 2, referencias a Elizabeth Jelin (2014).

Nosotros lo vivimos como muy de cerca, porque yo me había quedado con la nenita de una compañera, que vino a mi casa y me dijo “tenela”. Yo quiero que si me pasa algo se quede con vos y con tus hijas [...] (Victoria, 2010).

Entre las mujeres militantes entrevistadas estaba presente la idea de que los hijos estarían mejor con los compañeros, Victoria lo atribuyó a un nuevo tipo de amor y de familia inherente a la construcción de un mundo mejor para la que se militaba.

Sin embargo, las situaciones de persecución y represión condicionaron estas ideas. Cuando se produjo su primera *caída*, Marta comentó que su hijo quedó con unos compañeros. La segunda vez, sus dos hijos quedaron al cuidado de otros militantes; mientras que Susana Gaggero se acercó a hablar con su familia en estos términos:

Primero cuando yo caí [mi hijo] se queda un tiempo con unos compañeros, porque la idea era esa, una idea idílica, era que los niños se quedaran en las casas de los compañeros pero después iban cayendo y viste iban *yirando*, entonces era como imposible. Entonces, una compañera que era bárbara, la hermana de Gaggero [se refiere a Susana Gaggero] yo no la conocí, pero tengo muy buenas referencias de ella, fue a la casa de mi suegra y le dijo, “mire, ellos están muy bien, primero porque ese es el deseo de la mamá, pero usted, ¿por qué no la consulta, porque vienen tiempos difíciles, quizá sea mejor que estén con la familia?” y a mí como venía de ella me pareció que la cosa se había puesto medio espesa y que era mejor que estuvieran con mi familia, y con mi familia no fue muy buena la experiencia [...] (Marta, 2009).

Del total de las trayectorias analizadas, solo dos mujeres señalaron su decisión de no tener hijos incluso, una de ellas, quedó embarazada y abortó. Sin embargo, aquí es donde podemos identificar los espacios de decisión de los militantes y cómo las construcciones subjetivas negociaron con las prescripciones o las tomaron al pie de la letra. Graciela señala que cuando la organización planteaba la idea de subir al monte a combatir, pensaba que no iba a poder tener hijos, y que fue a consultar al cura Carbone, quien le decía que al menos tuviese uno; sin embargo, destacó que era una cuestión de elección personal. Mercedes inscribió las decisiones de tener hijos o no en el proyecto de pareja de cada uno:

Pero además tenía que ver con el tema de la maternidad, con el proyecto de pareja, no había una disolución ni individual ni de pareja respecto del colectivo, no era que uno se eliminaba como ser [...] Yo por ejemplo, quedé embarazada en enero/febrero del '76 y ahí decidí abortar porque me parecía que no había condiciones, ahí en ese momento, porque sabía que venía un proyecto golpista muy fuerte. Pero porque fue una decisión de pareja nuestra, decidimos que no era momento como para engancharse en ese proyecto, porque venía una represión muy fuerte, no estaba el golpe pero se veían cosas pesadas. Pero podría ser, como hoy uno decide tener un aborto, por condiciones económicas, o lo que fuera [...] qué sé yo, pero uno en el día a día era como cualquier pareja de la vida normal, uno se ocupaba de las plantitas [...] (Mercedes, 2010).

El anterior razonamiento permite iluminar un poco las decisiones de nueve de las quince mujeres –cuyas trayectorias se reconstruyen– de te-

ner hijos, varias entre 1976 y 1977. De las restantes, en algunas se ignora la posición al respecto –como Patricia V. o Silvia U.– o bien no se le conocía pareja (el caso de Estela), o tal vez las relaciones de pareja no habían sido lo suficientemente estables hasta el momento como para ameritarlo (el caso de Laura). Al hablar de María Lía, su hermano Martín refiere:

Bueno, para empezar, ella estaba en pareja con mi cuñado, estaban muy bien y creo que ella anhelaba mucho tener un hijo, quizá más que Laura, en realidad no tuve oportunidad de hablar esto con ella, también muere bastante joven, muere a los 25 años. Pero bueno, “Pete” quería tener un hijo, perdió un embarazo, en una buena época, en una época en que no era tan complicada la vida, en el ’74, y después se quedó embarazada [...]. Guido nació el 19 de julio del ’76, que fue el día en que lo matan a Santucho y a todo el Buró político de PRT en Villa Martelli, ese día nació Guido (Martín, 2009).

Ante la pregunta sobre si hubiese sido mejor no tener hijos, la respuesta de todas fue *no*. En estos casos parecería que sus situaciones de pareja, en el sentido más tradicional e íntimo, se impusieron a la situación de represión e incertidumbre que aparecía como amenaza. Además, el deseo de ser padres se incluyó en el proyecto militante, los hijos iban a estar mejor en un país liberado y distinto:

No, uno pensaba que los hijos iban a estar mejor, esa era la respuesta que uno se daba. Que iban a estar mejor en un país liberado y distinto y que iban a estar mejor aunque uno no estuviera, cosa que bueno, *mientras vos seguís creyendo que vas a poder transformar la sociedad, esas respuestas te llegan*¹⁶⁶ (María A., 2009).

¹⁶⁶El destacado es nuestro.

Se hace evidente que, a medida que la represión avanzó, las posibilidades de sostener este proyecto integral se fueron deteriorando y la evaluación retrospectiva de la derrota tiñó el análisis de las decisiones relacionadas con los hijos sobre todo.

La idea de tener hijos se presentó diferente a los cánones convencionales, no solo porque estas mujeres concibieron la maternidad en otros términos, sino porque encontraron hombres decididos a involucrarse con su paternidad y el cuidado de los hijos propios y ajenos.

En el imaginario simbólico de las jóvenes pareció hacerse presente el ideal de unión integral que representaba la pareja, que para ser plena incluía también a los hijos. Al inscribir el deseo de ser madres en un proyecto colectivo de transformación de la sociedad nos permite asociarlo al concepto de la maternidad social. Ya que ese acto pone en evidencia el modo en que las militantes articulaban lo personal con lo político por fuera de la dicotomía vida pública-vida privada. Las entrevistas muestran que no se trató de militantes que *además* eran madres sino de una forma de articulación fundamental en la subjetividad de las testimoniadas: madre, mujer y militante (Oberti, 2014). Articulación que, como retomaremos más adelante, a medida que avanzó la represión, se vio tensionada.

María P. cuyas hijas nacieron en 1976 y 1977, dice que fue una elección, ligada a la idea vital y a la sensación:

Además sentías, y esto tiene que ver con el momento, no la “locura del momento”, si es intransferible era sentir que estábamos más cerca de vivir en un mundo nuevo, que tus hijos iban a vivir en un mundo mejor [...] (María P., 2009).

Los hijos se veían como parte de un proyecto que englobaba una totalidad definida por todas las entrevistadas con el término *nosotros*.

Tal como señala Alejandra Oberti citada antes, en ese *nosotros*, la maternidad militante fusionó historia y biografía, así se enlazó el acto de dar vida con la revolución por la que se luchaba, comprometidas en un mismo acto a través de un doble nacimiento, “el del hijo y el de la sociedad futura de la cual los hijos se transformarían en reaseguro” (Oberti, 2014, p. 85).

Al parecer, no solo las mujeres vivieron contradicciones respecto de los hijos y del momento histórico en que se vivía. Carlos Goldemberg, primo de Mercedes, había tenido su hija con Mini Viñas en noviembre de 1975, y ante el planteo de su prima –a quien le parecía una locura tener un hijo en esas condiciones–, su respuesta fue que quizá nunca se presentaran otras, y que si les pasara algo, al menos dejarían alguien detrás. Sin embargo, estas respuestas no dejaron de tener contradicciones para el mismo Carlos, quien al nacer su hija sintió la dificultad de compatibilizar su responsabilidad de padre con sus deberes de militante:

Tengo claro que si por tener una hija dejara de hacer lo que tengo que hacer, todo sería un contrasentido, porque todo esto también lo estamos haciendo por ellos, ¿no?, para los que vengan después. Pero ahora hay veces en que me agarra una tristeza horrible cuando pienso en que quizá no llegue a verla crecer [...] (Anguita y Capparelli, 2007, p. 447).

Silvia M., quien para este momento ya tenía tres hijos, decidió tener en 1976 a su hija menor:

Nosotros leímos un artículo que hablaba de que las guerras de liberación tienen muchos hijos, incluso la canción dice “se precisan niños para amanecer”. Y que las guerras convencionales

producen amenorrea de guerra, o sea que la mujer ni siquiera menstrúa, y que en una situación así como la que estábamos viviendo nosotros, que considerábamos era una guerra de liberación era preciso tener más hijos. Y después de que leímos eso, creo que nosotros decidimos que naciera Paula. Que yo siempre tenía problemas con mi ovulación, así que tenía que ponerme el termómetro, así que la buscamos a Paula (Silvia M., 2009).

En este punto hemos encontrado distintas opiniones entre los testimonios, lo que muestra cómo los individuos negociaron de modo diferente con las cosas que se discutían en el interior de las organizaciones. Mientras que Silvia M. pensaba así, Graciela refirió:

Cierto es que hubo un momento, mirá, cosa curiosa, no en la época del florecimiento donde los compañeros y las compañeras decidían tener chicos y eso sucedía como una cosa natural [...] pero yo recuerdo haber charlado en el '76 con los compañeros que además había que tener hijos porque había que pensar en el largo plazo. Y que nosotros [...] y que tenía que haber niños que tomaran la posta, pensando en los vietnamitas (Graciela, 2009).

Para Mercedes, también militante de Montoneros:

Hubo compañeras que tuvieron hijos, formaba parte de la cuestión vital, ni siquiera, por momentos viste se planteaba [...] hubo gente que habló del tema de tener hijos por la revolución vietnamita para garantizar la renovación vital [...] un delirio, tenía que ver con las decisiones de pareja, de las mujeres de ser madres y de los varones tener hijos. Tenía que ver con la vitalidad de la expectativa de vida, nadie pensaba que en realidad uno se iba a morir, más allá de que asumiera uno la eventualidad de que podía suceder (Mercedes, 2010).

Lo que las militantes analizadas parecen evidenciar en sus respuestas es que no había una línea en las organizaciones al respecto. Solo en uno de los casos analizados el embarazo fue determinante de la salida de la militancia, aunque se sumó a la sensación de desprotección que venía sintiendo en Montoneros. En el caso de Gloria, que tuvo a su hijo en la cárcel porque fue detenida embarazada, hacía casi un año que ella y su esposo estaban desenganchados del PRT-ERP porque habían *caído* sus contactos.

¿Cómo inscribieron las mujeres, que permanecieron dentro de las organizaciones armadas su maternidad dentro de la militancia? Preguntadas sobre si ser mujer y tener hijos significó un obstáculo a su militancia, todas responden categóricamente que *no*. Sin embargo, una vez que avanzaron en el relato, las dificultades enfrentadas se hicieron presentes, aunque destacaron la ayuda recibida de los compañeros varones en este aspecto.

Las experiencias parecerían variar, no tanto por la falta de interés en colaborar de los padres sino según el lugar ocupado dentro de la organización¹⁶⁷ por cada una de las mujeres y sus compañeros, sobre todo cuando avanzó la clandestinidad. El dato concreto es que los hijos compartieron *más* las actividades de sus madres que las de sus padres. Marta comentó su experiencia en Villa Constitución, donde fue sola con sus dos hijos bien pequeños, a los que llevaba con ella todo el tiempo:

| Y sí porque Luciano nació en el '69, así que tenía 6 años, entre 5 y 6 años y Raquel tenía 3, es decir tenía 2 y medio, en el '75,

¹⁶⁷ Algo ya señalado por Paola Martínez (2009).

en agosto, cumplió 3 y yo caí en mayo. Te digo la actividad era febril [se ríe] yo siempre estuve con los dos, teníamos mucha vinculación con el barrio, era un barrio casi campo, yo vivía en Empalme y [...] había muchos chicos que venían a casa y ellos a veces [remarca la palabra] se quedaban con los chicos y yo iba a una localidad vecina y cuando volvía estaban ahí y si no venían conmigo, estaban todo el tiempo conmigo [...] (Marta, 2009).

Más difícil resultó, al parecer, en ámbitos donde no eran muchas las integrantes que tenían hijos, como la experiencia de Victoria que militó en el frente universitario, y aunque dijo que militar con hijos no fue un obstáculo, el análisis lleva a pensar lo contrario:

Porque en definitiva era la única que se ocupaba de niños, esto de que en otros frentes –el barrial, el sindical, el de prensa, el de solidaridad–, que había compañeros y compañeras con hijos, era como más colectivo, había un “che, si vos tenés que ir a una reunión yo me quedo con los chicos”, en cambio, en nuestro frente, eso era muy difícil (Victoria, 2010).

Si bien en las organizaciones se proponía que los hijos fueran una tarea compartida por ambos miembros de la pareja e incluso con los demás compañeros de militancia, se hace evidente que la construcción identitaria femenina/maternal era fuerte, tanto en mujeres, en varones y en las organizaciones que no brindaron demasiadas opciones concretas más allá de las declaraciones documentales. Así, aunque no se identificó como un límite, la maternidad incrementó el grado de exposición:

Ahora, por otra parte, también te digo que en el ámbito en el que yo estaba, en los ámbitos en los que yo estuve en los últimos tiempos, en realidad, las compañeras embarazadas tenían

tanto compromiso como los compañeros. Y te diría que hasta, a veces, un nivel de exposición muy alto, porque las compañeras iban a cubrir citas con sus tremendas panzas y con los niños de la mano y eso [...] qué sé yo, no sé si podría decirse obstaculizó [...] yo creo que buscaron las mil formas de, precisamente, seguir estando tan comprometidas como sus compañeros o como ellas mismas antes de estar embarazadas o antes de tener niños (Graciela, 2009).

También Silvia M., ante la pregunta sobre si los hijos se constituyeron en una complicación para la militancia responde:

No, yo nunca escuché a ninguna compañera con hijos que tuviera dificultades, se las arreglaban para poder hacerlo, ¿cómo? no me digas, pero se puede, perfectamente mientras que no te cueste la vida, como sucedió después del golpe. Eso fue otra cosa (Silvia M., 2009).

Los relatos ponen en evidencia las desigualdades que representaban las mismas tareas para varones y mujeres. Fue claro el esfuerzo que implicaba para las militantes embarazadas o con niños cumplir con ciertas actividades. Como señala Alejandra Oberti (2004), las tensiones se agravaban en ocasión de la maternidad, porque esta presenta una indiscutible marca de género ya que solo las mujeres pueden parir. Sostiene entonces que la imagen de militante neutro, y por tanto masculino, contribuyó a la reproducción de la desigualdad sexista.

Los hijos de la militancia

Tres de las militantes señalaron haber cuidado hijos de compañeros como una de sus últimas tareas. Como los casos de Victoria –antes

mencionado– Silvia M. y Rosa, a la que tuvieron que dar un lugar para vivir porque había perdido un embarazo y no podía volver a su casa debido a las persecuciones:

Yo estaba cuidando, tres, cuatro chicos que eran de una compañera que la habían llevado detenida, entonces esos chicos no tenían dónde, va, quién [...] hasta que no ubicaran a su familia estuvieron ahí conmigo (Rosa, 2010).

Entre gracioso y trágico resulta el relato de María A. sobre su experiencia en la última casa operativa en la que estuvo, donde debían hacerse cargo de los hijos de todos los que estaban allí:

[...] teníamos cuatro chicos, pero tres declarados a los vecinos [...] yo me acuerdo que sacaba un rato a los chicos a la vereda para que jueguen y escuchaba el grito de “adentro”, entonces yo entraba uno, como en las películas mudas, para que no se dieran cuenta (María A., 2009).

Más allá de todo lo dicho, los hijos constituyeron un factor disruptivo por diferentes motivos. Las militantes fueron separadas de ellos al ir a la cárcel y otras decidieron limitar su participación para cuidarlos, como Silvia M. y María V. Para tener a su hija con cierta contención en situación de clandestinidad, María P. –cuyo compañero ya había desaparecido– viajó a San Carlos de Bariloche. Silvia M. tuvo a su hija en el Hospital Militar¹⁶⁸ y María Lía en la maternidad Sardá, bajo la protección de sus compañeros. Varones y mujeres debieron,

¹⁶⁸Su suegro era médico militar, y no estaba de acuerdo con la militancia de su hijo, sin embargo, en el ámbito en el que militaba su esposo se evaluó que era más seguro tenerlo allí, con sus propios documentos, que hacerlo en otra clínica clandestina.

además, pensar y dejar establecidas estrategias para que sus familias pudieran recuperar a sus hijos en caso de ser detenidos o muertos.

Hay un punto en que gran parte de los relatos coincidieron y fue en el reclamo que los hijos hicieron a los padres por la ausencia, el ocultamiento o las mentiras que debieron sostener. A continuación, aparecen algunos ejemplos, pero esta vez sin identificación de las testimoniantes, porque señalaron expresamente que querían preservar a sus hijos.

Ante la pregunta sobre si los hijos tuvieron cuestionamientos hacia su militancia, una de las entrevistadas dice “los que sufrieron fueron los chicos”, “y ahí es donde te digo yo, lo que vino después”, “lo que vino después es que hicimos mierda a los pendejos”, e hizo referencia a que conoció hijos de militantes que enfrentaron situaciones personales muy duras:

Yo entiendo que nosotros hicimos bien, mal, como sea, pero lo decidimos, estos chicos se vieron embarcados [...] y además tuvimos una formación previa que nos dio base. Yo crecí en una familia que bien o mal me dio un montón de cosas que ellos no tuvieron.

Se suponía que la lucha incluía un mundo mejor para los hijos, otra militante dice:

Nosotros no nos dimos cuenta, yo personalmente no calibré [...] hoy te puedo decir que el daño es muy grande, yo cuando salí, la concepción que teníamos nosotros por un lado [...] la primera obligación moral que teníamos era con nuestros hijos, que vivieran en un mundo diferente, eso para mí era muy fuerte, ¿entendés?, o sea, si yo estaba consciente de que la vida podía cambiar, que yo podía ofrecerles un mundo diferente a partir de mi participación, mi colaboración en esto y no lo hacía, el

problema de conciencia que eso me generaba, se me hacía insostenible enfrentar a mis hijos. Hoy considero que era un dilema en realidad, en ese momento no lo vivía como dilema, lo vivía como una elección feliz de tener esa oportunidad, entonces para mí no había contradicción, esto es muy difícil de comprender y sobre todo difícil para ellos de comprender.

En los testimonios anteriores, las militantes señalaron que tener a sus hijos fue parte del deseo de consumir sus relaciones. Se consideraba que serían parte de ese proyecto de cambio profundo de estructuras en el que todos vivirían mejor y serían los hijos de la militancia, que en el caso de que sus padres desaparecieran permanecerían con los compañeros. También se pensó en las guerras de liberación, entonces los hijos tomarían *la posta* en una lucha a largo plazo. Se dijo que las mujeres con hijos hicieron lo imposible para desarrollar su militancia y que los hijos no la obstaculizaran. Sin embargo, las miradas retrospectivas en varias de las militantes fueron negativas, dieron cuenta del sufrimiento de los niños y de los reclamos que estos niños hicieron ni bien pudieron encontrar el espacio para hacerlo.

Los reclamos afloraron sobre todo en la adolescencia, y tuvieron que ver con la ausencia de los padres, y las decisiones que estos tomaron oportunamente. Si bien muchos de los jóvenes hicieron su experiencia militante en la organización H.I.J.O.S¹⁶⁹, algunos capítulos de su infancia fueron presentados a sus madres de modo conflictivo. Los niños acusaron recibo de la clandestinidad, las desapariciones de sus padres o de otros niños con los que vivieron en alguna casa operativa.

¹⁶⁹Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio, agrupación creada en 1995.

También señalaron la separación de sus madres, cuando fueron encarceladas, al ser ellos muy pequeños, como situaciones que los afectaron fuertemente. Al parecer, las y los militantes tampoco pudieron darles las respuestas esperadas; en suma, este parece ser un tema no completamente saldado. Una de las militantes dice que:

Por ahí mi hija me reprocha que fui una “madre ausente” por haber [...] hay momentos que ella dice: “cuando vos te tenías que ir a reuniones *porque tu compromiso* [...]” Por ahí le sale [...] pero bueno [...].

O bien, otra de las hijas tuvo una crisis en su adolescencia:

Ella entró en crisis y ahí me largó cosas espantosas. Me dijo, por ejemplo, “vos ponías bombas, yo tenía un año y medio” qué sé yo, ahí abrí los ojos yo, que en el fondo de su interior había una situación que no [...].

Otra militante dice de su hijo:

Un día vino a la cárcel y me dijo, tenía 4 o 5 años [...] y me dijo “¿vos qué querés que haga si yo me quedo solo?”, y pa, pa, pa, planificó su vida. Y ese día había habido fusilamientos de presos y él no lo sabía y yo tampoco. Fue algo impresionante porque vino a hacerse cargo de la posibilidad de quedarse solo. Era de una ligazón muy inexplicable, él para mí es crítico de ese período, es crítico del abandono, él una sola vez me dijo: “¿pero ustedes no pensaron en ningún momento lo que pasaba por nuestra mente, si nosotros queríamos hacer eso o no, si nosotros queríamos de nuestros padres eso?”.

Madres no convencionales recibieron cuestionamientos *convencionales* de niños que se encontraron en situaciones excepcionales, por ejemplo:

Mi hija ha sufrido mucho todo lo que fue la persecución, ella tenía 4 años pero [...] donde los chicos iban al jardín y ella no podía ir al jardín, donde empezó a ir a un colegio y la tuvimos que sacar y mandarla a otro, no podía hablar, donde ya era chiquitita y sabía que no tenía que decir cosas, de saber que muchos compañeros que no están, por ejemplo, de todos los chicos que estaban juntos hay dos que están desaparecidos, esas cosas le quedaron grabadas.

Más allá del afecto del que estos chicos disfrutaron y que en las casas operativas se los trataba con mucho amor, las separaciones resultaron traumáticas, por más previsiones que sus padres hicieron para tratar de evitarlo. Consideramos que haber crecido en una sociedad en la que se estableció una construcción discursiva condenatoria hacia la violencia ejercida por las organizaciones de izquierda¹⁷⁰ debe haber impactado en la construcción de algunos cuestionamientos en los niños.

También debe tenerse en cuenta que algunos terminaron viviendo con sus familias paternas o maternas, no siempre comprometidas ideológicamente con las decisiones de sus padres.

Finalmente, ser portadores de una memoria que debió permanecer soterrada por largo tiempo, pudo haber profundizado más su dolor. Aun en los casos en que las familias pudieron contenerlos, el ocultamiento al que debieron recurrir se tornó doloroso. Una de las militantes cuyo esposo había desaparecido, comenta que a sus hijos

¹⁷⁰Dice Marina Franco: “Así, la condena de la “subversión” se extendió en boca de los más diversos actores políticos e incluso entre aquellos que antes habían amparado y estimulado la violencia insurreccional como era el caso del propio peronismo”. Franco, M. (2008). “Notas para una historia de la violencia en la Argentina...”, op. cit.

les había dicho toda la verdad, pero que debían ocultar esta información en la escuela de monjas a la que iban. Así actuó el ocultamiento en su hijo de 6 años al empezar primer grado:

Fernando empieza primer grado y un día se cruzó de brazos y dijo: “yo no trabajo más”. Entonces, la maestra me manda una nota porque Fernando no quería trabajar más, era tan buen alumno [...] Yo le pregunto: ¿por qué no querés trabajar más? Y él me dijo “hasta que vos no le digas a la maestra lo de mi papá, yo no voy a trabajar”.

También cuando los niños quedaron con la familia como había sido planeado (debido al encarcelamiento de sus madres) los resultados no fueron los esperados:

Gustavo va a mi pueblo a vivir con mi hermana en principio, pero termina viviendo con mi mamá y mi papá, fue así como ellos terminaron apropiándose [...] cuando mi mamá muere, Gustavo tenía cinco años y pasó dos años más con mi hermana, pero vivían muy juntos, eran como un clancito, y cuando salgo y luego Julio [el padre del niño] vamos al mismo pueblo a encontrarnos con Gustavo y vivimos, compartimos el primer tiempo, nos alojamos en la casa de mi hermana, para que el traspaso fuera lento. Gustavo la ama a mi hermana, y a sus hijitas, fue una dicha cómo lo cuidaron, cómo lo mimaron, son incondicionales, una cosa increíble, y a mi mamá que yo no alcancé a ver [...].

Sin embargo, el cuestionamiento apareció:

No tuve sentimiento de culpa, yo lo que hice, lo hice por mí y por él. Lo que no quiere decir que el abandono no existió, yo no estuve con él. Durante mucho tiempo [...] nosotros salimos en libertad,

nosotros tuvimos una relación maravillosa con él [se refiere a su hijo]. En su adolescencia él empezó a acusar recibo de la falta. Y yo le contestaba que la factura se la pasara a los milicos, era una respuesta racional, para mí contundente, que él no se la apropiaba y que a mí me resentía. Al tiempo, digamos al tiempo, tiempo [...] pude armarme más madura emocionalmente y darme cuenta que todo lo que él me dijera yo tenía que escucharlo, porque él no lo podía entender, *que la que tenía que entender su dolor y suspender el mío era yo*, y eso resultó. Hoy entiendo perfectamente, aparte él lo logró, Gustavo es papá de una beba, se enamoró y formó una familia, podía haber no sido, era el síntoma de la ausencia y del abandono, que no tuviera una pareja, porque me pierde a mí y luego la pierde a su abuela antes de que yo salga de la cárcel. Así que yo creo que Gustavo ha hecho un camino que nos costó a los dos¹⁷¹.

Estas mujeres que decidieron ser madres, incluyendo su proyecto de pareja en uno más amplio, que deseaban para sus hijos un mundo mejor, se vieron obligadas –ellas y sus hijos– a someterse a la realidad que impuso la derrota, la cárcel y la desaparición de sus parejas. En tanto que los niños debieron procesar la ausencia sentida como abandono. Parece posible que estos niños, frente a la desaparición de sus padres, se vieron sumergidos a la fuerza en un mundo tradicional, *donde las madres están con sus hijos recluidas en el hogar y afectadas a tareas domésticas*. La pérdida de ese mundo posible, ese que se veía durante la lucha casi al alcance de la mano, les reservaba a estas mujeres un último cuestionamiento desde el lugar más tradicional: *una madre se debe a sus hijos, en lugar de estar haciendo la revolución*.

¹⁷¹El destacado es nuestro.

Marta Vasallo señala que estas mujeres fueron diferentes también en su forma de concebir la maternidad, pariendo sus hijos en situaciones de extremo riesgo, dando vida al tiempo que habían expuesto la propia, e inscribiendo estas maternidades en el proyecto más amplio representado tanto en Montoneros como en el PRT-ERP de una maternidad socializada.

[...] los hijos de cada militante, son los hijos del conjunto de la militancia. Un ideal que, además de lo arduo de su cumplimiento en una sociedad con parámetros familiares posesivos, se llevó a cabo parcialmente mientras las organizaciones duraron, y que perdió todo sentido en el proceso de su exterminio (Vasallo, 2009, p. 28).

La maternidad de las jóvenes revolucionarias se inscribió en una idea de pareja que, aunque proponía la igualdad absoluta entre varones y mujeres, no terminó de plasmarse. Sin embargo, podemos afirmar que la maternidad como destino final de la condición femenina se vio cuestionada por estas militantes, que la resignificaron al inscribirla en los ideales de igualdad, revolución y cambio social, lo que mostró un cariz político que la maternidad tradicional no incluía. Lo analizado hasta aquí parece ir en la dirección señalada por Alejandra Oberti (2014) cuando refiere al vínculo tensionante entre la militancia y la vida cotidiana, que se completaba con la convicción de que los hijos serían los destinatarios del proceso revolucionario. Así, la decisión de tenerlos llevaba implícita la promesa del triunfo de la revolución por la que se luchaba. Y fue factor disruptivo cuando la violencia represiva puso en evidencia la imposibilidad de alcanzar esa promesa.

Creemos también potente para el análisis pensar en estas maternidades concretas tensionadas entre dos modelos, uno disruptivo y otro

afín al imaginario patriarcal tradicional. Por un lado, se encuentra aquello que Marta Vasallo (2009) llamó *madres inéditas*, mujeres que parieron a sus hijos en situaciones de extremo riesgo, dieron vida al tiempo que habían expuesto la propia, e inscribieron estas maternidades en el proyecto más amplio representado, tanto en Montoneros como en el PRT-ERP, por una maternidad (y paternidad) socializada, en la que los hijos de cada uno eran los hijos del conjunto de los militantes y por ellos se luchaba, para que vivieran en una sociedad más justa. Con el avance represivo y el aniquilamiento de las organizaciones armadas, este modelo ideal se resquebrajó.

En el otro extremo se ubicó la maternidad definida por la prédica maternalista como política de Estado presente en nuestro país desde fines del siglo XIX, modelo naturalizado por una buena parte de la sociedad y que fue reforzado por el discurso del gobierno dictatorial instaurado en 1976. Este modelo definía al instinto maternal como elemento constitutivo de lo femenino, al tiempo que excluía y subordinaba otras actividades o facetas de la mujer como la sexualidad, la vida laboral, la actividad intelectual y la militancia política, en la medida que se creía que iba en contra de la verdadera función de la mujer: la maternidad. Este modelo refería al ideal de madre abnegada, dedicada a los demás, carente de deseo propio y sujeta a los deseos del varón.

Contrastando este modelo maternal con el asumido por las entrevistadas, podemos advertir las diferencias. Ya que si bien sobre las militantes se recargaron los deberes de cuidado y protección de los hijos (como se hizo evidente en las situaciones en las que las madres abandonaron la militancia por conflictos relacionados con los hijos, en tanto que los padres continuaron con ella), el resto de los componentes del imaginario social hegemónico no fue aceptado por ellas ni

por sus parejas. Las militantes disfrutaron de una sexualidad más libre, una pareja que promovía la horizontalidad entre los compañeros y ejercieron su deseo de participar en organizaciones político armadas y de tener hijos. Sus testimonios reflejan que se encontraron con varones dispuestos a compartir estos ideales y no fueron comportamientos aprendidos en los entornos familiares de los y las militantes. Reconocemos esto, sin dejar de notar las tensiones que este ejercicio del deseo promovió, tanto en el interior de las organizaciones que trataban de formar y controlar la emergencia de las subjetividades revolucionarias de acuerdo con ciertos modelos “disruptivos pero controlados”, como en relación con la sociedad en general.

Sin embargo, consideramos que es posible pensar a partir de las entrevistas analizadas y del análisis bibliográfico, que dentro de los grupos de militantes comprometidos con ideas políticas radicalizadas se produjeron grietas que permitieron la emergencia de nuevas posiciones de género que incluyeron, además, corrimientos respecto de la maternidad tal como lo sostiene Alejandra Oberti (2013).

Consideramos que la evolución posterior a 1975 de las relaciones entre los sexos y la maternidad debe ser interpretada en el marco de la creciente violencia, represión y persecución en la que los militantes se vieron envueltos. A partir de la muerte del presidente Perón y la asunción de su esposa, María Estela Martínez de Perón en julio de 1974, la persecución de los integrantes de las organizaciones político-militares y sus organizaciones legales se hizo cada vez más desembozada. Hacia 1975, bandas armadas dirigidas por el ministro de Bienestar Social actuaron con la complicidad y participación de efectivos policiales y del Ejército. Todo esto detuvo y posteriormente llevó al soterramiento de los ideales de alcanzar una sociedad más justa que

incluyese no solo otra construcción política, sino *otras* relaciones interpersonales, entre los sexos, de familia y la maternidad socializada. Aunque afirmar esto no implique olvidar que estas *otras cosas*, si bien estaban presentes en las disposiciones y documentos de las organizaciones armadas, lo hacían de modo periférico.

En situaciones de extrema violencia, cuando se comenzó a resquebrajar el proyecto colectivo, madres y padres buscaron todos los medios para que hijos pudieran crecer junto a su familia biológica. Y desde los hijos llegaron cuestionamientos y pedidos de explicaciones por las experiencias vividas en la infancia.

El poder dictatorial y represivo trató de extirpar estos modelos de maternidad diferente que ponían en cuestión la construcción femenina tradicional que presentaba como indisolubles la condición de mujer, esposa y madre, a la vez que destino último y sublime. Las militantes no se sujetaron a este modelo que además subordinaba la mujer al marido y la recluía en el espacio privado.

| CAPÍTULO 5 |

“Como gato entre la leña¹⁷²”. El momento de las detenciones, el exilio, las muertes y las desapariciones

La retracción de las entrevistadas respecto de la militancia se inició mucho antes del golpe de 1976. Si el discurso de Perón después de Ezeiza¹⁷³ presagiaba tormenta, luego del asalto al cuartel de Azul por parte del PRT-ERP no quedaron dudas: la represión creció. En esta ocasión, la respuesta dada al ataque por el propio Perón no solo representaba una amenaza a las organizaciones armadas que operaban en la provincia de Buenos Aires sino a los propios dirigentes peronistas:

No es por casualidad que estas acciones se produzcan en determinadas jurisdicciones. Es indudable que ellos obedecen a una impunidad en la que la desaprensión e incapacidad lo hacen posible, o lo que sería aún peor, si mediara, como se sospecha, una tolerancia culposa.

¹⁷²La expresión “Salió como gato entre la leña” se aplica a alguien que se metió en algún problema y salió corriendo, asustado, no indemne.

¹⁷³El 21 de junio de 1973, al día siguiente del enfrentamiento en el que la derecha atacó a la izquierda peronista desde el palco, contrariamente a lo esperado por Montoneros, en su discurso Perón no denunciaba a los traidores de la derecha, sino que remarcaba el carácter justicialista de su gobierno y recordaba “las 20 verdades peronistas”, y si bien hablaba todavía de revolución, aclaraba que sería pacífica.

En consecuencia, el Gobierno Nacional, en cumplimiento de su deber indeclinable, tomará de hoy en más las medidas pertinentes para atacar al mal en sus raíces, echando mano a todo el poder de su autoridad y movilizandolos medios necesarios [...].

Ya no se trata de contiendas políticas parciales, sino de poner coto a la acción disolvente y criminal que atenta contra la existencia misma de la patria y sus instituciones, que es preciso destruir antes que nuestra debilidad produzca males que pueden llegar a ser irreparables en el futuro¹⁷⁴ (Perón, 1974).

El avance de la Triple A profundizó las persecuciones y la represión ilegal, no solo respecto de los militantes armados sino –y centralmente– sobre las organizaciones de superficie que eran su cara más visible y por tanto, vulnerable. En un período que se extiende desde 1975 hasta 1980 iremos desgranado el alejamiento de la militancia o, mejor dicho, su puesta en suspenso y los conflictos vividos en dicho proceso por las mujeres entrevistadas. Algunas de ellas fueron encarceladas, otras se mudaron de ciudad, otras marcharon hacia el exilio y, para las más desafortunadas, el destino fue el asesinato o los campos clandestinos de detención.

¿Irse de la organización o irse de la militancia?

Pilar Calveiro (2005) señala que el PRT-ERP se constituyó en un actor importante del proceso de radicalización de los '70 pero hacia 1976, más precisamente a partir de julio, estaban prácticamente aniquilados. Efec-

¹⁷⁴ Discurso de Perón con motivo del ataque del ERP a la guarnición militar de Azul <http://constitucionweb.blogspot.com.ar/2009/12/cuando-peron-pide-aniquilar-el.html> [Consultado por última vez el 7/4/2012].

tivamente, las entrevistadas, sus parejas o las personas de referencia, terminan su actuación entre 1975 y 1976, y solo una de ellas (Patricia V.) permanecerá dentro de la organización hasta 1977¹⁷⁵.

Dos de las entrevistadas terminan con una forma de militancia en 1975, año en que serán encarceladas¹⁷⁶. Gloria, embarazada de su hijo mayor, había dejado de militar en el PRT-ERP desde 1974 porque sus contactos habían *caído*. Fue encarcelada en Santiago del Estero en febrero de 1975, lo explicó así:

Después veo en el SIDE fotos de la puerta de casa, de parientes entrando y saliendo, tomados de la casa de enfrente. O sea que ellos sabían que yo hacía mucho que estaba desorganizada. ¿Por qué nos detienen a todos nosotros? Porque el operativo Independencia había empezado y en todas las provincias había presos políticos, Santiago no tenía presos políticos y Juárez necesitaba presos políticos (Gloria, 2009).

Marta, quién ya tenía a su marido preso por haber participado en el asalto al cuartel de Azul, fue detenida en mayo de 1975 en Villa Constitución. La *caída* se produjo en una *pinza*, los detuvieron personas de civil y lo que supuso era gente de la policía provincial, iba con varios compañeros a repartir octavillas con instrucciones para la defensa de masas. Sus hijos habían quedado con unos compañeros de San Nicolás, donde permanecieron hasta que se los llevaron a la familia, como se relató en el capítulo anterior. Ambas detenciones fueron

¹⁷⁵Patricia V. pertenece originalmente al PCML.

¹⁷⁶Decimos que terminan con una forma de militancia porque dentro de la cárcel seguirán militando dentro del PRT-ERP.

irregulares, simplemente como ellas mismas dijeron, les “bajaron el PEN” y quedaron detenidas sin proceso¹⁷⁷.

Victoria también abandonó la militancia en 1975, en su caso, con serias disidencias sobre algunas decisiones del partido. En principio, sus diferencias se basaron en lo que ella identificó con el militarismo que obstaculizaba y hacía “saltar por el aire” el trabajo político, sumado al miedo que percibía entre la gente a la que antes se le repartía la prensa partidaria y ahora no la recibía. Y finalmente, a todo esto se sumó una discusión concreta -a la que hemos referido sin describir en capítulos anteriores- que tuvo con su responsable en relación con el tema de sus hijas:

[...] entonces esto a mí me genera una ansiedad, de poder discutir que no se daba, “que cuándo se iba a discutir, que cuándo iba a venir el proceso de discusión, hay cosas que quiero discutir, que en el frente nadie se hace cargo de mis hijas, qué pasa con el hombre nuevo [va subiendo la voz] ¡qué pasa con el hombre nuevo, es para

¹⁷⁷En D'Antonio, D. (2009). “Rejas, gritos, cadenas, ruidos, ollas. La agencia política en las cárceles del Estado Terrorista en Argentina, 1974- 1983”. En: *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Luxemburgo, la autora analiza el cariz que adquirió la estrategia represiva en las cárceles desde el gobierno de Raúl Lastiri en adelante y cómo fue sustentada en sucesivos decretos presidenciales. Las personas permanecían detenidas sin ningún proceso judicial o bien continuaban en las cárceles a disposición del Poder Ejecutivo Nacional (PEN) aun después de haber cumplido su sentencia. Para el poder represivo, las cárceles fueron un frente más de lucha en el marco de la guerra que se estaba librando. Una vez producido el golpe de Estado, las condiciones de detención se endurecieron, aunque vale destacar que aquellos que permanecían detenidos en el circuito dependiente del Servicio Penitenciario Federal tenían más posibilidades de sobrevivir que los que lo hacían en campos clandestinos de detención. Las mujeres fueron reunidas en la Unidad Penitenciaria de Devoto, en tanto que los varones tuvieron como destino varias unidades penitenciarias por las que se los rotaba sistemáticamente.

otros! ¡La que se para de la reunión para hacer la mamadera loco, soy yo, la que se pierde de todo lo que hablan!” Esas cosas a mí me volvían loca y en una de estas discusiones que tenía al respecto, yo me fui a la mierda con la discusión [...] ¹⁷⁸ (Victoria, 2010).

La militancia en condiciones de igualdad descrita por las militantes fue contradicha por Victoria en un relato que, aun desde la actualidad, no fue visualizado como tal por ella. Referencias anteriores sobre varones que contribuían en las tareas de las mujeres, los hijos de la militancia que serían responsabilidad de todos, las mujeres que no encontraron ninguna dificultad en su militancia por el hecho de ser madres, fueron puestas en tensión en esta situación. Pensamos que el mensaje enviado y captado fue *los bebés son responsabilidad de su madre, por más responsable de frente las universitario que esta sea*.

En el testimonio parecen confluír varios de los aspectos señalados en capítulos anteriores: los intentos de las organizaciones de producir cambios en las subjetividades de los militantes en el camino hacia el *hombre nuevo*, los modos en que estas apelaban a las mujeres desde atributos que estaban en su *esencia femenina* y la insistencia en la proletarización de los revolucionarios (y de la familia como célula básica) para que adquirieran la práctica social de la clase obrera. También, a través del relato, se evidencian las fisuras por las que se vislumbraban nuevas posiciones de género.

La discusión final se dio porque Victoria, para desarrollar sus actividades de militancia y trabajar proletarizada en una fábrica, dejaba a sus hijas al cuidado de su madre. La orden de su responsable fue que

¹⁷⁸El destacado es nuestro.

llevara a sus hijas a una guardería y, ante su negativa, se le suspendieron los derechos y bajó de responsable de un frente con derechos plenos, al grado de aspirante:

Que mi actitud era absolutamente pequeño-burguesa, que no podía ser, que tenía que llevar a las chicas [...] Yo le digo “mirá, mi mamá me educó a mí y me fue bastante bien, yo no las voy a llevar a una guardería que no sé cómo les dan de comer, no sé cómo las tratan, no sé si las dejan piyadas todo el tiempo, si está mi mamá para cuidarlas”. “Esto se suma a algunas actitudes pequeño-burguesas, no puede ser”. Y yo le dije “mirá, andá a la puta que te parió, vos y tus actitudes pequeño-burguesas”. Y se armó un quilombo, muy interesante, porque ¿cómo me había atrevido a putearlo? Y la verdad que tenía razón (Victoria, 2010).

Aun después de este episodio, las tensiones de poder en el interior de las relaciones de género no fueron identificadas –ni retrospectivamente– durante la entrevista. A la pregunta sobre si en ese momento sintió que el incidente tuvo que ver con su condición de militante mujer y además madre, dice que *no* y orienta su relato en otra dirección. En una charla posterior¹⁷⁹, Victoria señaló que aún hoy seguía pensando que había estado mal saldar la discusión con una puteada, porque el modo había permitido al responsable evitar la discusión de fondo que eran las diferencias que ella estaba planteando respecto de cierto esquematismo de la organización:

Además, como siempre tuve la libertad de decir, más o menos, nunca me privé de decir lo que quería decir, digo, yo resolví,

¹⁷⁹Septiembre de 2014.

dije “no, me voy”, fui bajando en mi escala y dije me voy. Voy a seguir leyendo, soy simpatizante y me va a atender el Negro y ¡listo! Pero yo tuve la libertad de hacerlo y nadie me dijo nada (Victoria, 2010).

Pensamos en Alessandro Portelli (1989) y sus referencias a los casos en que a sus testimoniantes, al enterarse de que su recuerdo era inexacto, los dejaba bastante indiferentes, porque estaban refiriendo al significado atribuido al acontecimiento y no al acontecimiento en sí. Pensamos que, si la construcción subjetiva de Victoria como militante se estructuró en función de experiencias como su pertenencia a una pareja donde los roles estaban equilibrados, con oportunidades similares de militancia para ambos sexos y destacando su propia capacidad para la discusión política, reconocer la presencia de relaciones de poder desiguales entre varones y mujeres en el interior de la discusión lesionaría dicha construcción. Por tal motivo, Victoria produce el desvío de la tensión centrándola en el debate político, mostrándose como quien tomó la decisión de alejarse, situación que igualmente pone en evidencia un desplazamiento en los roles de género y los límites que mostró para aceptar el tono “paternalista y admonitorio” identificado por Alejandra Oberti (2013) con el que el PRT-ERP se dirigía a las mujeres.

Si llevamos el análisis de género hacia la política, identificamos relaciones desiguales que refieren a distribuciones desiguales de poder. Se hacen visibles las estructuras de poder en el interior de la organización armada, y lo pertinente del planteo de Joan Wallach Scott (2008) de no tratar por separado lo público y lo privado. Un enfoque político nos permite dejar de lado la dicotomía y pensar en las conexiones in-

ternas entre estos ámbitos¹⁸⁰. Victoria continuó ligada al PRT-ERP a través de su esposo, quien como responsable de la Juventud Guevarista fue secuestrado con vida de la reunión en la quinta de Moreno “La Pastoril” el 29 de marzo de 1976¹⁸¹.

Las otras dos militantes del PRT-ERP, Silvia U. y Patricia V. tuvieron peores destinos. Sobre la primera, Marta comenta lo que supo de su desaparición, según cree, en abril de 1975. La recuerda como muy cuestionada dentro del partido, las razones de los cuestionamientos no obedecían a diferencias políticas sino a su costumbre de pasar por arriba de las estructuras y los comportamientos esperados:

Cuando nosotros salimos [se refiere a 1973] yo no la veo más y sé que está muy cuestionada, ella hace pareja con un compañero del Buró y, por un lado estaba siempre cercana a la dirección y, por otro lado se la criticaba y siempre en este terreno de que fabulaba, de que era muy liberal y no eran críticas más políticas

¹⁸⁰Al definir *género* y *política* en sentido amplio se diluyen las distinciones entre lo público y lo privado, se desafían las diferenciaciones binarias entre varones y mujeres y presentan la naturaleza auténticamente política de la historia escrita en estos términos. No alcanza con enunciar que el género es una cuestión política, es necesario considerar en el relato histórico cómo la política construye el género y el género construye la política (Wallach Scott, 2008).

¹⁸¹En el caso de “el Negro”, sus restos se encontraron en la fosa común descubierta en diciembre del año 1983 en el cementerio de Moreno y fueron identificados por el Equipo Argentino de Antropología Forense en 1998. Las circunstancias de su desaparición aún son una incógnita. Era el Secretario Nacional de la Juventud Guevarista, una organización de superficie vinculada con el PRT. Esta causa sigue adelante. Se pudo determinar que estuvo secuestrado en un campo clandestino de detención, posiblemente Campo de Mayo, entre 40 y 50 días. <http://blogsdelagente.com/semanario-actualidad/2010/04/09/lacupula-del-erp-prt-se-encontraba-sesionando-la-pastoril-el-mayor-ataque-contra-la-guerrilla-en-moreno/> [Consultado por última vez el 14/4/2012].

| y creo que tenía muchísimo que ver esta impronta de su personalidad [...] (Marta, 2009).

Las referencias de su *caída* le llegaron a Marta a través de la propia madre de la desaparecida. Silvia U. fue enviada *como correo* a Buenos Aires, y al parecer, desde Córdoba se enteraron que la cita estaba *cantada* y no le pudieron avisar. Lo que resaltó Marta fue el estado moral en el que cayó su compañera:

| [...] además, la cita es increíble, es en el paredón de la Chacarita, ¿quién puede haber ido ahí?, no había nadie, ella tiene que ir con un pañuelo en la cabeza, así que la veían de 30 km, y ahí la agarran. Ella cae en abril del '75 y no aparece más [...] por eso te digo ella cae en una mala situación para ella, de muchas habladurías, no te puedo explicitar, porque pasaron muchos años pero era como un clima, recaían críticas sobre ella. La situación de ella dentro del partido estaba muy cuestionada (Marta, 2009).

Lo que podría evidenciarse es que los cuestionamientos hacia Silvia U. tenían que ver con la puritana moral prescripta por el PRT-ERP y no con su compromiso militante. Al parecer, las duras críticas recibidas –tanto procedentes de varones como de mujeres– tenían que ver con su liberalidad y suponemos también con su conducta sexual. Silvia U. había tenido varias parejas, con mucha pasión, incluso se había enamorado de un compañero, teniendo a su compañero anterior preso:

| Y bueno ahí se enamora del compañero responsable [que muere en Trelew] que era un muchacho muy hermoso. ¿Copelo? [En realidad se refieren a Eduardo Adolfo Capello de 24 años]. Con grandes contradicciones porque ella tenía a su compañero en la

cárcel, que después también muere en Trelew, uno es Polti [Miguel Ángel Polti de 21 años]. Ella venía torturada que la habían hecho pelota, fugada del Buen Pastor, con ese compañero Polti preso. Este que se enamoró, de ella se enamoraban todos, dejaba el tendal [...] Zito Lema [...], una seductora (Marta, 2009).

Esta situación explicitada no claramente sobre los cuestionamientos que recibía Silvia U., puede ser relacionada con el análisis que hace Andrea Andújar (2009) sobre la reconstrucción de la biografía de Norma Arrostito, donde referencias a lo que podría identificarse como su sexualidad activa fueron rechazadas por una informante, dado que de presentarla así recibiría el calificativo de *puta* y deshonraría la imagen de una mujer comprometida con su militancia política, torturada y asesinada en un centro clandestino de detención. Creemos que en una línea similar van las referencias a los *cuestionamientos* que recibía Silvia U., que hacen varias veces a lo largo de sus testimonios Marta y Eduardo, sin ser demasiado claros a lo que se refieren¹⁸².

Silvia U. fue vista por última vez a mediados del 1976, detenida ilegalmente¹⁸³ (identificada como RAF) en la Superintendencia de Segu-

¹⁸²Andrea Andújar analiza el testimonio de Antonia Canizo, quien rechaza los comentarios sobre las posibles relaciones sexuales mantenidas por Arrostito con varios integrantes de Montoneros: “O sea que era una puta. ¿Te das cuenta? No era una puta”. Lo notable, más allá de la vida sexual efectiva de Arrostito –señala Andújar– en la reacción, es el calificativo de puta, no solo por aludir a la sexualidad activa, sino porque tal ejercicio deshonraría la imagen de heroicidad femenina que parece asociar la sexualidad con la monogamia (Andújar, 2009, p. 167).

¹⁸³A los detenidos ilegales se los identificaba como RAF, en tanto que los legales se encontraban a disposición del PEN.

ridad Federal¹⁸⁴. Con respecto a Patricia V., la información que llegó a través de la familia estuvo muy mediada por la clandestinidad, solo se veían esporádicamente con citas acordadas con mucha anticipación (nos referiremos a ella más adelante).

Cuando las balas picaban cerca

¿Cuál era el ambiente que se percibía hacia fines de 1975? Martín recordó así la última Navidad con sus dos hermanas en Mar del Plata en 1975:

[...] nuestro microclima muy militarizado, muy fierro, muchas medidas de seguridad, todo muy clandestino, mucho documento trucho. Ese era el clima, si bien yo creo que estábamos intactos moral e ideológicamente, pero [...] las balas picaban muy cerca, caía gente muy cercana, caía gente no en cana sino moría, ¿no? Compañeros que fueron asesinados por la triple A, torturados, 70 tiros en el cuerpo y esas cosas. Estaba como el ambiente [...] qué sé yo [...] pesado¹⁸⁵ (Martín, 2009).

¹⁸⁴Dijo que después de la bomba (puesta en Coordinación Federal), en la Superintendencia de Seguridad Federal se habilitó el 5º piso para detenidos, en donde estaban todos hacinados, y en donde se los torturaba, se violaba a las mujeres y se los quemaba con alcohol. Mencionó que vio allí detenidos a Silvia Urdampilleta, Silvia Hodger, un hombre de apellido Escudero, otro de origen tucumano de apellido Falu, y a una mujer de apellido Robledo. Recordó que eran integrantes de tal Brigada el Principal De La Llave, Demarchi, el Sargento Martínez (alias “El Japonés”), el Sargento Block, y el Turco Simón. Causa N° 16.441/02 (“Masacre de Fátima”). Resolución del juez Canicoba Corral. Procesamiento con prisión preventiva y embargo sobre Lapuyole, Marcote, y Gallone. Buenos Aires, 22 de junio de 2004. Declaración testimonial de Armando Víctor Luchina. Información recuperada de <http://www.masacredefatima.com.ar/masacre/video/descarga/resolucion2004.pdf>

¹⁸⁵Ver foto de los hermanos en la playa en el anexo fotográfico.

En 1976 desenganchados de la organización después de su mala experiencia en Salta, María V. y Ricardo –su marido–, quedaron por su cuenta y sus intentos de volver a conectarse ya producido el golpe no prosperaron. Ella, su esposo y su hija salieron del país a través de la frontera con Paraguay:

Y la sensación fue muy fuerte porque era, por un lado, alivio de decir “Ay, nos vamos, queda atrás el peligro” pero también “¿cuándo vamos a volver y qué va a ser de nuestra vida?” Una cosa así, muy fuerte (María V., 2009).

De allí viajaron a Brasil donde finalmente, obtuvieron el asilo político que los llevó a Suecia.

Para los que se quedaban las cosas fueron cada vez más difíciles. Otra de las entrevistadas desarrolló una explicación de las dificultades que planteaba la vida clandestina en plena dictadura:

De todas las situaciones, yo las pongo en orden, lo peor es estar desaparecido, la sensación en Campo de Mayo [...] pero yo estuve poquito tiempo. Lo más duro es la clandestinidad, eso que vos decís, los chicos, es una cosa antinatural, *se va tu compañero y no sabés si lo volvés a ver, o vos escuchás una sirena llegando a casa en un colectivo y pensás si rodean la casa y está mi compañero con la nena, si los matan a los dos, vivir así es antinatural*. Compañeros que mataban a la compañera para que no caiga viva, cosas que pasaban [...] ¹⁸⁶ (María A., 2009).

¹⁸⁶El destacado es nuestro.

No contamos con otros relatos similares, pensamos que situaciones tan dramáticas no deben haber sido comunes¹⁸⁷. A partir de la dictadura, las medidas de seguridad debieron extremarse más, así Estela, militante universitaria de la JUP de La Plata durante 1976 y principios de 1977, continuó desarrollando sus actividades habituales y poco más tarde debió abandonar el hogar paterno. Los encuentros familiares se produjeron a partir de ese momento en una casa de fin de semana en la localidad de Hernández, cerca de City Bell, posteriormente, debieron ser restringidos y reemplazados por encuentros con un tío en un banco de la estación Retiro.

En 1976, Laura (“Soledad”) fue asesinada en la casa operativa en la que vivía con Cholo –su pareja– y Carlitos, “el inglés”. La encargada de averiguar qué pasó con Laura fue su madre, Celia:

Lo que supimos fue que esa noche hubo una seguidilla de allanamientos a varias casas operativas que ya estaban identificadas de la columna Norte y que en tres casas mataron a todos. Bueno, mi vieja fue, la casa estaba destruida, un operativo militar de muchas horas, participó mucho personal militar, mi vieja intentó hablar con los vecinos, estaban todos cagados en las patas, nadie le abrió la puerta. Hubo vecinos que recibieron balazos (Martín, 2009).

¹⁸⁷Sin embargo consideramos que merece presentarse el relato completo. “En La Plata dos compañeros de la JUP, él muy amigo de mi compañero, yo no me acuerdo muy bien, estaban reunidos, van a la casa y rajaron todos por los techos y él mira y ve que la compañera cae, salta y se quiebra una pierna y se queda en un patiecito abajo. Entonces él le va a tirar y ve que ella se arrastra y en vez de tirarle salta y se mete con ella. Los ayudan una pareja que había ahí, los escondieron en el tanque de agua, estuvieron dos días en el tanque de agua, y cuando se fue el milico que había quedado de guardia bajaron a la vista de toda la gente y se fueron al hospital, estuvo dos días haciendo guardia y zafaron, después desaparecieron los dos.” Testimonio de María A.

El ambiente se fue tornando cada vez más opresivo para los militantes:

Y María Lía (“Pete”) una vez que tuvo el bebé se fue a Santa Fe. Ya para ese entonces nos estaban cagando a tiros por todos lados, ya para principios del '76, antes del golpe, estábamos bastante cascoteados y la muerte de Laura era un palazo fuerte, de Cholo, de todos porque yo los conocía a todos. Después, al poco tiempo cae otro amigo nuestro, que militaba con ellos y está desaparecido. Todos los días caían varios, entonces se vivía muy escondido, muy serios, no había sonrisas, no había chistes (Martín, 2009).

Pilar Calveiro (2005, p. 144) analizó los mecanismos políticos, militares y organizativos que, sumados al Terrorismo de Estado “asfixiaron la práctica de Montoneros y condujeron a la organización a una derrota política y militar que, en el caso el ERP, ya se había producido con antelación”. Desgrana entonces una serie de desaciertos de la cúpula de la organización, respecto de lo político: el reemplazo de las construcciones teóricas por verdades incuestionadas, la incapacidad de percibir que la clase obrera era insensible al proyecto socialista, el énfasis puesto en la acción, la comprensión esquemática e insuficiente del peronismo, la desinserción de los sectores populares, el vanguardismo acompañando por la cada vez más distorsionada percepción de la realidad de la conducción, desde donde se tendía a interpretar cualquier reacción de resistencia como respuesta a la política montonera, sumada a la prevalencia de la lógica revolucionaria por encima de la realidad, lo que llevó por ejemplo, a la interpretación de que el enfrentamiento directo con las Fuerzas Armadas significaba un

retroceso para estas¹⁸⁸. Para Calveiro, las interpretaciones sesgadas de la realidad se convertirían, dentro de grupos cerrados carentes de otros puntos políticos de referencia, en una versión aceptable de la realidad. Continúa enumerando errores: la confianza en la inevitabilidad del triunfo, la profundización del militarismo y la subordinación de toda acción política a la lógica militar. Hemos analizado comentarios de las entrevistadas que discurrieron en similar dirección.

En ciertos aspectos, las críticas que hace Calveiro son semejantes a las que realizó Rodolfo Walsh en enero de 1977¹⁸⁹. Sin embargo, pensamos que, sin contrariar las críticas de Calveiro, centrarse en las comunicaciones oficiales de la organización y en las órdenes de la conducción, deja poco espacio para la interpretación de las subjetividades de las militantes, las que con disidencias permanecieron dentro de la

¹⁸⁸Aunque aparezca como que las Fuerzas Armadas, al operar masivamente sobre nosotros, producen un retroceso de nuestras fuerzas, en realidad esa situación de que las Fuerzas Armadas se vean obligadas a salir de sus cuarteles y entrar en un enfrentamiento directo con nosotros, no es sino un retroceso del enemigo, ya que se da cuando nuestras fuerzas rebasan a las fuerzas operativas puestas en juego hasta ese momento". *Montoneros "autocrítica"*, segunda parte. Documento interno, 1976 (Citado por Calveiro, 2005, p. 153).

¹⁸⁹Si bien ambos son críticos respecto del militarismo y los errores atribuidos a la conducción nacional, critican el triunfalismo y los errores políticos. Walsh advierte que hay errores que deben ser revertidos y hace el planteo que ha sido mencionado por nuestras entrevistadas sobre resguardarse y por eso transcribimos pequeños fragmentos. "Nosotros tenemos que resistir junto con el pueblo a la dictadura. Necesitamos mucha propaganda. Tenemos que irnos organizando en la lucha sin delirios de grandeza y pensando en plazos largos". Walsh también señala el grueso problema respecto de la situación militar que tiene Montoneros y las dificultades que encuentra a la orden de repliegue a las masas, como espacio seguro: "Y fundamentalmente porque debido a nuestra ausencia de propuestas y a la confusión de nuestra identidad y de la identidad del pueblo, las masas no son un espacio seguro para nosotros. Los perdimos por nuestro error." (Anguita, E. y Caparrós, M., 2007, pp. 339-344).

organización, ni cómo procesaron esas órdenes y por qué hicieron lo que hicieron, pensando tanto en aquellas que decidieron permanecer, hasta aquellas que abandonaron su militancia entre fines de 1976 y principios de 1977.

Con respecto al PRT-ERP, Vera Carnovale (2011) analiza los mandatos partidarios y sus límites desde un enfoque que encontramos cercano a lo que se evidencia en las entrevistas realizadas para este trabajo. Identifica que entre el conjunto de imperativos partidarios establecidos respecto del militante ideal y la dimensión de los sujetos reales existió –cuanto menos– una zona oscura habitada por un sinnúmero de tensiones y matices. Lo que permitió que los mandatos de sacrificio, heroicidad y coraje fueran apropiados por los militantes del PRT-ERP con distintos niveles de adhesión, dramatismo y exigencia, dando así espacio para interpretar las acciones concretas de los sujetos más allá de las imposiciones y directivas de cada una de las organizaciones.

Se anuló así cualquier forma de poder que pudiera cuestionar o limitar el de la Conducción Nacional, de cuatro miembros. Debajo de esta instancia se encontraban un Secretariado Nacional y un Consejo Nacional, organismos colectivos que sumaban una docena de militantes. En este puñado de personas, seleccionadas por los mecanismos de evaluación de la Conducción Nacional y por sus respectivos ámbitos de militancia, recaía la totalidad de las decisiones. Allí se trazaban las políticas, sin que existieran mecanismos de convalidación o rectificación de las mismas por parte de los demás niveles de la organización; allí se deben buscar las responsabilidades últimas del accionar montonero entre 1976 y 1980 (Calveiro, 2005, p. 165).

Las críticas de Calveiro, permiten explicar las decisiones estratégicas, políticas y de comunicación de Montoneros. Los testimonios de los militantes, permiten dar cuenta de la experiencia de quienes constituían el día a día de la organización, en esos pequeños espacios cada vez más restringidos, donde los sujetos trataban de mantener viva su militancia. Mercedes hace referencia al debate interno en Montoneros, cuando ya se veía que venía el golpe y dice que en la columna Norte se hicieron planteos sobre la necesidad de bajar el nivel de funcionamiento, dado que los compañeros ya no caían en acciones sino en las citas de control. La respuesta de la conducción fue que dicho planteo era disolvente:

Cosa que no era lo que planteábamos, solo que lo que planteábamos era que cada uno se preservara más, el famoso “desensillar hasta que aclare” y que esta nueva estructura que creaba la conducción del Ejército Montonero era un disparate porque éramos dos Falcon contra los tanques de Campo de Mayo, era imposible hacer una resistencia desde ese lugar, fue un fuerte debate que obviamente perdimos y que terminó siendo que cada día caían más compañeros. [...]

[...] esa cosa, me imagino, que frente a la imposibilidad de seguir activamente desarrollando políticas porque las circunstancias no daban, frente a eso, lo que se hizo fue redoblar la apuesta de la respuesta militar¹⁹⁰ (Mercedes, 2010).

Nuevamente resaltamos las múltiples temporalidades del relato testimonial. Mercedes claramente hace una reconstrucción retros-

¹⁹⁰El destacado es nuestro.

pectiva y a la luz de posteriores experiencias. Su relato va en línea con Pilar Calveiro: al decir “las circunstancias no daban para desarrollar políticas” representaba la imposibilidad de hacer trabajos de *superficie*, y lo que se reforzó fue la apuesta militar. Pensamos, para agregar otra arista, que también podría significar que lo militar terminó siendo la única *acción política* posible para el grupo que permaneció dentro de Montoneros. Y con esto no se afirma que haya sido correcto continuar en esa línea, sino que se trata de dimensionar las opciones posibles. Los trabajos más pequeños en los barrios “saltaban por el aire” cuando alguno de los militantes era apresado, así el caso que relató Graciela respecto de un club de barrio en la zona sur, prácticamente su último destino antes de la *caída*. Trabajaron en el club, propusieron el armado de una guardería y del equipo del fútbol y debieron abandonar cuando cayó uno de los compañeros. Igual destino tuvo su trabajo de apoyo escolar en una parroquia de Wilde:

No, disculpame pero no te quiero ver más por acá. Yo no quiero tener nada más que ver con ustedes. Ustedes ponen en riesgo a la gente, no protegen a la gente. Yo creo que están totalmente equivocados, que así no se puede construir nada. Lo siento, pero prefiero que dejes de venir (Graciela en Anguita y Caparrós, 2007, p. 477).

Los militantes que continuaron dentro de las organizaciones después del golpe de Estado se vieron acorralados entre las dificultades para mantener alguna presencia en la sociedad; la pertenencia orgánica que obligaba al sistema de citas y las acciones militares cada vez más ineficientes.

En 1976 Silvia M. ya había planteado a su esposo el deseo de abandonar la militancia para proteger a sus hijos y por miedo a traicionar

a los compañeros. Esto pone en evidencia cómo modelos de ruptura con los comportamientos femeninos de las militantes combinaban en su seno elementos de un modelo maternal más tradicional. Ella lo denominó como el deseo de “cuidar la cría”:

[...] después seguí militando con los cristianos para la liberación que también me pasó otra cosa porque yo iba para la iglesia de Santa Cruz, estaba en mi auto, yo estaba embarazada de mi última hija y llevaba cualquier cantidad de volantes en el baúl del auto. Y me paró una pinza militar, cuando yo me bajo y me ven la panza, el tipo me dice que siga, se condolió y me dijo que siga. Yo ahí volví a casa y dije, no, no puedo más, se terminó todo, fue muy fuerte eso para mí, además embarazada. No sé si lo que me pasó a mí, le habrá pasado a muchas mujeres, eso de “querer defender la cría” como yo te digo. Pero es algo muy doloroso, estar metido ahí en medio del peligro que era en ese momento. Y tampoco poderle hacer entender a tu pareja, lo que una sentía (Silvia M., 2009).

Es así que entre las militantes comenzaron los planteos de preservarse, de bajar el nivel de actividad, dado que la mayor parte de las *caídas* eran por delaciones o en “citas envenenadas”. El planteo en algunos casos fue negarse a hacer ciertas operaciones que se entendían como excesivamente riesgosas. En medio de este debate y de las *caídas* se producían los desenganches de los militantes, que hasta último momento intentaban mantenerse dentro de la organización:

[...] está bien, uno se va de “la orga”, ¿y uno qué iba a hacer en la vida? No había otra cosa que ser militante, era muy difícil tomar la decisión de irse. Inclusive yo me fui con un grupo, que dijimos

| hasta acá llegamos, no tiene más sentido seguir estando acá, pero esto tenía un costo personal muy alto, ¿no? (Mercedes, 2010).

También respecto del PRT-ERP, el comentario de Victoria ilumina las cosas que pesaban al momento de tomar la decisión de dejar la militancia, “Lo que sí es cierto que *en ese momento* del partido, que gozaba de una soberbia interesante, el que se iba estaba “fundido”. Lo que hoy es quebrado”.

Pensando en la militancia como un proyecto integral que comprendía la vida toda, que abarcaba todos los espacios de socialización, la situación de dejar de militar habrá implicado distintos niveles de sentimientos de pérdida. Lo que se ha encontrado es que varias de las militantes entrevistadas dejaron la militancia orgánica dentro de la organización pero no completamente la militancia y continuaron en contacto con algunos compañeros.

¿Qué pasaba con aquellos que finalmente decidieron desvincularse? El testimonio de Graciela sobre la gente que dejaba la militancia refleja la complejidad de las decisiones y cómo los vínculos afectivos las atravesaban. Señala que las respuestas hacia los que abandonaban la militancia eran variadas y que también dependía de cómo se producía el abandono:

| El que hacía algunos cuestionamientos políticos fundamentados, en general, lo que vos buscabas era darle respuestas a esos cuestionamientos, a veces te confieso que tratabas de no escucharlos mucho, yo no diría en el '75 pero ya en el '76, cuando la situación de acoso era muy grande, porque vos también necesitabas fortalecerte en tu posición para seguir militando. A demás yo también diría que no era lo mismo, por ahí eso habría que pro-

fundizarlo un poco más, irte de la militancia que irte de la organización. Porque irte de la organización podía ser una decisión política que te fueras a otro ámbito a militar, irte de la militancia era como renunciar a cualquier forma de compromiso, renegar de eso [...] Yo he tenido compañeros que dejaron de militar en el '75 y me bancaron en su casa en el '76 (Graciela, 2010).

Las actitudes hacia el alejamiento o permanencia dentro de la organización y sus consecuencias para los militantes y su seguridad, variaban según el nivel de la organización en la que se pusiese la mirada. Señala Mercedes que, en un principio, la conducción tenía una actitud de no autorizar el abandono de la organización, pero que luego cambió, sobre todo al nivel de las conducciones intermedias, porque era mejor dejar ir a los compañeros que no daban más, dado que constituían un peligro de seguridad para el resto: “Los compañeros que estaban más dubitativos, más quebrados, que se sentía que hasta ahí habían llegado, lo mejor que podía pasar es que se fueran para garantizar la seguridad del conjunto”.

Similar resistencia al abandono encontramos en el PRT-ERP, donde la respuesta dada desde las jerarquías de la organización fue “los compañeros no huyen, tampoco delatan, ni en la tortura” (Carnovale, 2011, p. 219). En tanto que Montoneros implementó un lapso de 24 horas durante el cual el prisionero debía soportar la tortura sin *cantar*, y la pastilla de cianuro para evitar la tortura ante la inminencia de un secuestro; el PRT-ERP no elaboró ninguna estrategia para acotar el sufrimiento de la tortura y, al mismo tiempo, salvaguardar la organización. Por el contrario, la pastilla de cianuro era vista negativamente, se consideraba que costaba mucho formar a un militante como para promover el suicidio, además de ser un acto de cobardía indigno de un verdadero militante.

En medio de situaciones de peligro, agobio y continuas *caídas* por problemas de seguridad y pequeñas delaciones, las comunicaciones de Montoneros reflejaban el exitismo señalado por Calveiro (2005, p. 153). Las posturas frente a estas comunicaciones de las militantes entrevistadas, fueron marcando sus desacuerdos. Las discusiones planteadas por Mercedes y María P. dentro de la columna Norte, las dudas que señaló María V. y finalmente, la discusión con su esposo citada por Silvia M.:

Era terrible, la última semana, el día antes más o menos [de la desaparición de su marido] [...] Rodolfo me muestra que trae la última bajada de línea de la conducción y decían que íbamos ¡gagnando! Yo le decía “pero esto es incorrecto, no te das cuenta que todos los días cae un compañero” y ahí es cuando empezamos a tener diferencias (Silvia M., 2009).

Este exitismo no sería privativo de Montoneros, lo que quedaba del PRT-ERP también tenía comunicados similares; así, comenta Marcelo, hermano de Patricia V., quien refiere a un boletín interno del PRT-ERP que se ha dedicado a recopilar en estos últimos años:

El boletín de difusión interna, incluso dentro de la organización no todo el mundo tenía acceso al BI, el que sale después de la caída de Santucho. Cuando vos lo leés ahora [...] y había una visión triunfalista a pesar de que acababa de caer Santucho y Benito Urteaga era el jefe. El siguiente comité central en el que es nombrado secretario general Mattini vos leés el boletín y sigue el espíritu triunfalista. Vos sabés que decía que la represión había llegado, pero había llegado tarde, porque ya el PRT se había consolidado y arraigado en las masas y era indestructible. Y vos leés eso y decís ¿No habían hecho *clic* todavía? ¿Qué pasa? (Marcelo, 2009).

Como balance podemos decir que cumplido el primer año del gobierno militar, el ERP había casi desaparecido y la actividad de Montoneros era escasa y agonizante. A través de un método que combinaba represión, secuestros, torturas y delaciones que llevaban a nuevos secuestros, torturas y delaciones, no solo se había desarticulado la guerrilla y sus organizaciones de superficie, sino también los partidos de izquierda revolucionaria y la estructura de base de los sindicatos combativos, así como otros grupos dentro de asociaciones barriales, docentes y estudiantes.

¿Por qué siguieron?

En situaciones de persecución y clandestinidad absoluta Martín –también él clandestinado por su militancia obrera en relación con el PRT– será convocado por su madre para ir a buscar a su hermana y su sobrino:

“Vieja, es un quilombo, es un peligro”; “Tenemos que ir”. Y bueno, nada, yo le dije que sí, era complicadísimo ir pero tampoco la podía dejar sola. También me preocupaba el futuro de mi otra hermana. Y ella me decía “vos sos el único que la puede convencer de que salgan de esto, de que se replieguen, de que se vayan” [...] (Martín, 2009).

Es interesante pensar en cómo se hacen presentes *otras voces* en el relato experiencial, aquí, la de su madre, y a continuación la de su hermana. Su cuñado era parte de la conducción regional de Montoneros y cuando viajaron a Santa Fe a verlos, venía de una reunión: “[...] la orden era no replegarse, con lo cual mi vieja quería agarrar un FAL

que había ahí y salir a matar a la dirección de Montoneros, pero bueno era como que se acataban esas cuestiones”¹⁹¹ .

La conversación de Martín con su hermana fue la que sigue:

Mi hermana me dice: “mirá, nosotros estamos esperando que caigan de un momento a otro, porque todos los días caen en una casa”. Entonces, “¿qué va a pasar con Guido?” digo yo. Ella tenía apalabrada a la vecina, que si pasaba algo ella le iba a pasar [...] ellos vivían en un barrio obrero de casitas humildes, pero bien, que tenían un patio atrás medianera baja, entonces ella decía “paso el bebé por ahí que lo tenga la vecina y nosotros nos cagaremos a tiros con lo que venga” (Martín, 2009).

Órdenes de la conducción que son aceptadas por los militantes de carne y hueso que llegan hasta a prever qué hacer con esos hijos que habían pensado vivirían en una sociedad más justa. ¿Por qué no abandonaron la militancia? Probablemente, como señala Calveiro, los militantes que convivían con la muerte veían más cercana la posibilidad de aniquilamiento que de sobrevivir, algo de esto parece hacerse presente tanto en el relato de Martín sobre su hermana, como en el de Elsa sobre su hija Patricia V.¹⁹² y en el de Guillermo sobre su hermana,

¹⁹¹Dicha orden debe relacionarse con las declaraciones de Firmenich a *L'expresso* el 9 de julio de 1977, citada por Calveiro (2005, p. 120), en las que señala que, sabiendo a fines de 1975 que se venía el golpe, no se hizo nada para impedirlo porque formaba parte de la lucha interna en el movimiento peronista. Sí, en cambio, hicieron sus cálculos de guerra que incluían, en el primer año, un número de bajas para la organización que no sería inferior a 1500.

¹⁹²La militancia de Patricia V. se desarrolló mayormente en el PCML, una organización cercana al PRT-ERP que, como no tenía estructura militar, recibía apoyo logístico del ERP. Sin embargo, cuando Patricia V. desaparece lo hace ya con su pareja Mariano Mon-

Estela. En el último encuentro de Elsa con su hija en Buenos Aires aparece el mencionado “ya estoy jugada”:

“Ay, Patricia no te pongas a hacer eso, tené cuidado, mirá que hay tanto horror”. “Sí, mami, pero yo ya estoy jugada, no me voy a volver atrás”. O sea que, viste, era empecinada en que su tarea la tenía que cumplir (Elsa, 2009).

Similar parece el pensamiento de Estela. Su hermano, Guillermo, recuerda una de las reuniones familiares que tenían en la casa de Hernández:

[...] Lo último que me dice ella cuando estuvimos era la época cuando estaba la canción Juana Azurduy que dice “la revolución viene oliendo a jazmín” y ella escuchó la canción y dijo “la revolución huele a lirio, no a jazmín” fue lo último que me dijo. Después charlando con ella de irse [fuera del país] y mi viejo dice “pero los jefes se van” y ella dijo “y nosotros tenemos que preservar a los jefes, hay que preservar al jefe que se va, nosotros tenemos que quedarnos acá” (Guillermo, 2010).

Las posturas de Silvia M. y Mercedes difieren de las anteriores. Mercedes optó por el exilio en diciembre de 1976, antes de una reunión a la que consideraba un despropósito porque venía acordada desde un mes antes. Reunión que efectivamente resultó *cantada* y en la que desapareció el esposo de María P.:

tequin. Según sean los relatos, Mariano pertenece al PCML o al PRT-ERP, los incluimos dentro del relato referido al PRT por su afinidad y el soporte logístico que reciben de parte del PRT-ERP. Patricia Villar y Mariano Montequin: disponible en: <http://www.desaparecidos.org/arg/victimas/v/villarp/> [Consultado por última vez el 11/4/2012].

No, yo me desengancho de la organización y me voy al exilio, el 10 de diciembre del '76 dejamos un documento escrito y después me voy del país, además no daba para quedarse [...] yo tenía que entrar al día siguiente a esa reunión, y el 10 el grupo dejó un documento y cada uno se fue por distintos medios del país (Mercedes, 2010).

Estando en Montevideo, paso necesario hacia el exilio hasta que su padre consiguiera su pasaporte, Mercedes se enteró de la caída de la reunión. A partir de allí, no solo debió temer la persecución del Ejército, sino también a la de sus propios ex compañeros Montoneros¹⁹³ que sancionaban a aquellos que dejaban la organización. Finalmente, después de un viaje de más de 30 horas llegó a París y comenzó su exilio. Estando allí se enteró de que la organización la había condenado a muerte “por deserción en tiempos de guerra”. Posteriormente, recibió el ofrecimiento de levantarle la condena si se reincorporaba a la organización en el exilio.

Para Calveiro (2005), lo que impidió abandonar las organizaciones, y así sobrevivir, tuvo que ver con la fidelidad a los principios revolucionarios asumidos, y la sensación de haber emprendido un camino sin retorno:

En muchos, este camino sin regreso estaba trazado por un pacto de sangre, es decir, un pacto sellado por la sangre propia y ajena. El pacto con los compañeros muertos, con *la responsabilidad colectiva en la espiral de violencia*, con las secretas complicidades que unen a un grupo estructurado alrededor de la transgresión a la legalidad y

¹⁹³Anguita, E. y Caparrós, M. (2007). *La Voluntad*. Tomo V, op. cit., p. 304.

a las normas sociales vigentes tuvo un peso específico en personas que, en su inmensa mayoría, no habían renunciado a sus principios éticos. En cierto sentido, se puede decir que a los guerrilleros los unía asimismo un pacto de sangre, el que existía sobre todo con la derramada por sus propios compañeros caídos, pero también con la sangre de los “otros”, fueran militares, policías o cualquier otra víctima (Calveiro, 2005, pp. 177-178).

En una línea de reflexión similar a la de Vezzetti (2007), Calveiro encuentra a los militantes atrapados entre la sensación oscura de deuda moral o culpa y su construcción artificial de convicciones profundamente inconsistente, sostenida solamente en la dinámica de la organización. Entre una situación represiva externa por un lado, y de la propia organización que castigaba con la muerte por el otro, en estas condiciones, dice Calveiro, cayeron los jóvenes militantes en manos de los militares para ir a dar a los campos de concentración y exterminio.

Posiblemente, parte de los militantes desaparecidos se encontró en la situación que Pilar Calveiro describe, sin embargo, no resulta adecuado para interpretar los testimonios obtenidos. A medida que avanzó la dictadura y la represión se llevó a una gran parte de los compañeros, la sensación que transmitieron las entrevistadas y los entrevistados fue opresiva, angustiante, y surgió la idea de *estar jugado*, o la percepción de estar viviendo de modo *antinatural*. Sin embargo, los testimonios obtenidos no nos habilitan para afirmar la existencia de un pacto de sangre sellado a partir de la transgresión de la legalidad y de las normas sociales vigentes colisionando con los valores éticos que dichas personas sustentaban anteriormente. Esta idea de Calveiro nos parece exagerada, por lo menos en relación con los testimonios analizados aquí.

Encontramos mayor potencialidad explicativa para la interpretación respecto de los testimonios en lo planteado por Vera Carnovale con referencia al PRT-ERP. Entre las razones que llevaron a los militantes a persistir estaba la idea de que en el camino hacia el *hombre nuevo*, el sacrificio del hoy se realizaba en pos de la vida y la emancipación del mañana, en tanto que la conjunción *hombre nuevo-sacrificio* se erigió en deber moral. También porque se entendía que esa lección de dignidad alentaría a otros a sumarse al esfuerzo, o porque se había decidido persistir por los muchos otros que habían caído y, finalmente, por el compromiso y deber moral que constituyeron *el ser revolucionario* (Carnovale, 2011, p. 222). Sin embargo, más allá del disciplinamiento de los cuerpos y las almas promovido desde las organizaciones, pareció haber quedado un pequeño espacio para la fisura y la disidencia en algunos de los casos analizados.

Entre las entrevistadas, se hicieron evidentes las dificultades que implicó abandonar la militancia por el compromiso con los compañeros, los que quedaban y los que ya no estaban y la sensación de indefensión que producía la idea de abandonar esa subjetividad colectiva; ese *nosotros* inclusivo y trascendente. También la angustia concreta de no tener a dónde ir, porque las casas de familiares y amigos se sabían vigiladas y el profundo dolor que producían las *caídas*, por las torturas conocidas y porque implicaban delaciones y traiciones de otros militantes que retroalimentarían el ciclo.

El año 1977 fue el de más trágico resultado para las militantes cuyas trayectorias se analizan en este libro. El 4 de enero fue asesinada María Lía, en un operativo muy violento y con fuerte despliegue de armamento:

Los testimonios que tuvimos, es que en un momento del tiroteo que hay un alto el fuego pedido por ellos y mi hermana dice que va a sacar a un bebé –que era mi sobrino– sale con Guido en brazos, va hasta el zaguán de la casa de al lado, lo deja a Guido ahí y cuando está volviendo la matan ahí (Martín, 2009).

Si bien María Lía logró dejar a Guido con su vecina, luego del ataque, el Ejército lo secuestró, porque el padre aún estaba vivo y consideran al bebé una herramienta para su captura. Con Laura (“Soledad”) muerta en 1976 y María Lía en enero de 1977, fue tarea de los padres viajar a Santa Fe para ubicar al nieto. Lograron hacerlo gracias a la gestión de Monseñor Zaspé, antiguo compañero de escuela del padre de María Lía. Guido fue ubicado en la Casa Cuna de Santa Fe donde había sido ingresado como NN. Celia, la abuela, lo identificó entre otros veinte bebés en iguales condiciones. Una vez entregado el bebé, los militares se dedicaron a vigilarlos:

Los usaban de carnada para agarrarlo a mi cuñado, así que bueno, mi vieja se vino acá con Guido, hicieron todos los trámites. Y recibió un llamado de mi cuñado, para saber si habíamos logrado rescatar a Guido y mi vieja le dijo que sí. O sea que él llegó a saber que lo habíamos rescatado. Y a partir de ahí mi vieja empezó a recibir a ese teléfono amenazas [...] “ya lo vamos a agarrar, lo vamos a hacer mierda” y ese tipo de cosas [...] (Martín, 2009).

Pocos días después, el 19 de enero, murió el compañero de María Lía y padre de Guido en un operativo de similares características. En octubre y diciembre de 1977, las madres de Estela y Patricia V. recibieron fatídicos llamados telefónicos. En octubre, comenta Guillermo:

Nos llega una llamada telefónica diciendo que Estela había tenido un accidente, le hablan a mi mamá, entonces mi mamá le

dice: “¿de tránsito?”; “no de los otros”; y ahí a mi vieja le agarra un ataque, “mañana le confirmamos”. Al día siguiente llaman y dicen: “sí, a Estela le pasó lo peor”, una voz de una mujer, y cortan (Guillermo, 2010).

Elsa Ramos cuenta que:

Ese teléfono ahí sonó un de día diciembre del '77 y cuando atiendo me dicen [...]:

-¿Vos sos la mamá de Pato?

-Sí, ¿qué pasa?

-Cayó-, me dice.

Y yo le digo -¿qué me querés decir?

-Cayó enferma, pero te das cuenta ¿no?

-Sí.

-Bueno, no hagas nada hasta que recibas todo lo que te vamos a mandar.

(Elsa, 2009).

Su hermano menor, Marcelo, más empapado en la militancia de Patricia V., dio cuenta de los sucesivos cambios de domicilio que tuvieron que realizar debido a las *caídas* de compañeros. Primero, los hermanos vivieron en Buenos Aires, en un departamento propiedad de su padre en la calle Córdoba. Luego, abandonaron ese departamento y alquilaron otro, hasta que por cuestiones de seguridad, la hermana se fue a vivir a una pensión y él al colegio secundario, que estaba terminando, como internado. Marcelo tenía una cita con Patricia V. a la que ella no concurrió, la conclusión que sacó fue que ya había *caído* para esa fecha. Patricia V., su compañero Mariano Montequin y Virginia Casalaz, fueron secuestrados del departamento de la calle

Córdoba. Dicho departamento fue clausurado con una faja del Ejército y a los pocos días saqueado.

El padre de Estela, policía retirado, logró recuperar el cuerpo. De Patricia V. y su compañero se ha podido rastrear, sin certezas, que dicen haberlos visto en “El Atlético” antes de ser desmantelado y en “El Banco”¹⁹⁴.

También en 1977, pero en febrero, en el marco de persecución, clandestinidad y temor se produjo la desaparición del marido de Silvia M., Rodolfo, quien con sus cuatro hijos corrió a refugiarse en la casa de su suegro, militar retirado:

Yo pasé toda la noche llorando y al otro día fui y le hice un telegrama a mis viejos: “Rodolfo enfermo”, que era lo que habíamos dicho y mis viejos vinieron a buscarnos y yo tuve una discusión muy fuerte con mi suegro. Porque yo le había dicho que lo fuera a buscar al hijo y mi suegro no se movía. Tenemos una discusión muy fuerte estaban mis viejos ahí, y mi viejo me agarra y me dice bueno vamos, vamos y metemos a los chicos todo y nos vamos a la casa que todavía no se había entregado, que era la casa peligrosa esa de Devoto, ahí pasamos la noche y nos vamos al otro día a Córdoba (Silvia M., 2009).

El análisis que Elizabeth Jelin (2002) realiza sobre la presencia de las relaciones de género en las memorias puede aplicarse al análisis de esta parte de los testimonios. Jelin identifica a las militantes como po-

¹⁹⁴La pareja fue llevada al CCD “Club Atlético” y luego trasladados al CCD “El Banco”. Estuvieron en “El Banco” hasta julio de 1978, cuando fueron “trasladados”. Disponible en: <http://www.desaparecidos.org/arg/victimias/v/villarp/> [Consultado por última vez el 11/4/2012].

sibles víctimas directas de la represión y como víctimas indirectas en sus roles de familiares de otras víctimas. Vemos en este caso el paso de Silvia M. de la probabilidad de soportar en forma directa la represión –habiendo sobrellevado el temor a la propia tortura o la de sus hijos para obtener información de ella– a ser una víctima indirecta, la desaparición de su marido la afectó en el núcleo de sus identidades de madre y esposa. En su deseo de *cuidar la cría*, Silvia M. recurrió a movilizar energías ligadas a las construcciones subjetivas femeninas más tradicionales, alejándose de lógicas movilizadas anteriormente, relacionadas con la política¹⁹⁵. Su lucha se transformó anclada en la preocupación por la subsistencia familiar, debió así convertirse en sostén afectivo y económico de sus cuatro hijos, suspendiendo el propio dolor por el compañero desaparecido.

En relación con lo anterior, Lilian Ferro (2005) habla de la necesidad de investigar *el exilio de las mujeres de la política*, refiriéndose a todas aquellas mujeres que habiendo participado activamente de la militancia una vez desatada la represión, para sobrevivir, debieron ocultar y negar toda experiencia militante para conseguir cualquier trabajo que les permitiera sostener a sus familias¹⁹⁶. Tal fue el caso de varias de las militantes, no solo de Silvia M.

¹⁹⁵Desde esos lugares y como mecanismos para poder sobrevivir y sobrellevar sus obligaciones familiares, las mujeres movilizaron otro tipo de energía, con base en sus roles tradicionales, anclada en sus sentimientos, en el amor y en la ética del cuidado –lógica que difiere de la política (Jelin, 2002, p. 104).

¹⁹⁶“El opresivo silenciamiento social y del aparato discursivo que a fuerza de terror se impuso en el país imponía como riesgo físico o de desocupación cualquier referencia de actividades políticas de muchas mujeres que debieron proscribirse a sí mismas para sobrevivir junto con sus familias”. Ferro, L. (2005). “Mujeres y participación política en los 70. El caso de Santa Fe”. En: AA.VV. *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria Editora, p. 201.

María P., ya desaparecido su compañero¹⁹⁷, debió viajar a San Carlos de Bariloche para tener en *ciertas condiciones de seguridad* a su segunda hija. Su *desenganche* fue paulatino, producto de las caídas en la columna Norte que le hicieron perder contacto con su grupo, aunque mantuvo con algunos compañeros cierta vinculación y cuidado, pero ya no de modo orgánico:

Cuando volví de Bariloche, ahí es donde nos vamos a vivir con mi cuñado y sus hijos, ahí sí en una situación de semiclandestinidad. No vinculación con la familia en las casas, sí encontrándonos en diferentes momentos, la familia no sabiendo cuál era el domicilio. La casa de mis viejos la habían allanado. Además empiezo a trabajar en un taller como operaria pegando plantillas de zapatillas y Hernán también, mi cuñado, trabajando en una fábrica de plásticos, eso fue el '78, mitad del '77 y '78 y en el '79 empiezo a estudiar un curso de recreación que traía aparejada una salida laboral muy rápida [...] (María P., 2009).

También Victoria, que habiendo perdido a su compañero intentó por un tiempo formar parte de COFAPPEG y luego se retiró de la vida política:

Si yo me recibí en el '76 con las dos nenas y sin el Negro, en pleno quilombo y me [...] intenté formar parte de COFAPEG, al grupo que yo iba lo desmembra el Ejército, se los llevan, hacen razias, qué sé yo, así que dije, más vale que me llame a sosiego, esto fue a fines del '76 (Victoria, 2010).

¹⁹⁷En la mencionada reunión de Montoneros del 11 de diciembre de 1976 a la que Mercedes decidió no asistir, página 235.

Finalmente, Rosa, cuyo esposo había desaparecido en 1977, vivió en pareja con otro compañero de militancia, en lo que ella identificó como “la etapa del espanto” y, pasado el momento represivo más duro, se separó de él. Sin tener adonde ir, Rosa volvió al hogar paterno con una hija de corta edad y su segundo hijo, bebé, de esta última pareja. Allí debió aceptar la prohibición de toda actividad política que le impuso su madre con un cortante “yo no quiero líos”:

Y volví a mi casa, entonces lo que hice fue buscar un cura para charlar, empecé a tener charlas con el cura, iba al centro a ver si había algo, si algún compañero había vuelto, siempre así a escondidas y después empecé a trabajar en una peluquería en el centro y eso me servía porque yo decía que terminaba tarde, ahí me quedaba, había días que no trabajaba para poder ir a ver a “Las Madres”, para por lo menos poder saber algo del gordo [...] (Rosa, 2010).

Esta fue una etapa en la que las mujeres debieron silenciar sus recuerdos, contener y ocultar el dolor como una estrategia de supervivencia y por la ausencia de cualquier tipo de escucha disponible. Debe considerarse, además, que la represión se ejerció desde instituciones masculinas y patriarcales como las Fuerzas Armadas y la policía¹⁹⁸, que se autoatribuyeron la misión de restaurar el tradicional orden de género¹⁹⁹, recordando a las mujeres su lugar en la sociedad, en tanto

¹⁹⁸Este señalamiento no implica ignorar la presencia de mujeres en las instituciones represivas. La existencia de mujeres asociadas con los dictadores ha sido señalada por D'Antonio (2005).

¹⁹⁹Señala Joan Wallach Scott (2008, p. 73): “El género es una de las referencias recurrentes a través de las cuales el poder político ha sido concebido, legitimado y criticado. El

guardianas del orden social, responsables del cuidado de sus hijos y maridos o a cargo de la armonía familiar. Eran ellas las que tenían la culpa de las transgresiones de sus hijos; y también de subvertir el orden jerárquico natural entre hombres y mujeres (Jelin, 2002, p. 107).

Las últimas caídas

“Estábamos como gato entre la leña”, así definió María A. la situación de los militantes para 1976, huyendo, asustados, desenganchados por las caídas y volviéndose a enganchar. A la pregunta sobre cómo siguieron militando hasta 1978 y evitaron las persecuciones, responde que fue la casualidad, a que había cambiado su aspecto y a que ella no era “una jetona”:

Yo creo que hay una parte de casualidad, porque cayó mucha gente. Y más o menos mantener esa cosa, los controles, y además ya no era una estructura masiva y yo nunca fui de jetonear mucho, o sea en la facultad sí me conocían, en la JUP también, pero no era de los dirigentes que conocían en todos lados (María A., 2009).

En mayo de 1976, Graciela²⁰⁰ trabajaba como enlace en la organización, formaba parte de una estructura que estaba en la órbita de la

género se refiere a la oposición hombre/mujer, pero al mismo tiempo también establece el significado de esta. Para reivindicar el poder político, la referencia debe parecer segura y fija, fuera de cualquier construcción humana, y debe formar parte del orden natural o parte del significado del propio poder; y el hecho de cuestionar o alterar algún aspecto del mismo representa una amenaza para el conjunto del sistema”.

²⁰⁰ A pesar de su larga trayectoria en la militancia, alcanzará el nivel de aspirante recién a mediados de 1975. Se desempeñaba en logística, donde se cumplían tareas que tenían que ver con proveer al resto de la organización de todos los recursos que necesitaban para funcionar. Anguita, E. y Caparrós, M. (2007). *La Voluntad...*, Tomo IV, op. cit.

secretaría de Montoneros, y se encargaba de transportar información y materiales de su secretaría a otras y viceversa²⁰¹. Recorría la ciudad para cubrir citas fijadas con antelación, coleccionar y transmitir información, y a medida que las *caídas* se multiplicaban, cada cita se tornaba en una situación de máximo peligro. Más tarde, al responder a la estrategia de Montoneros de reinsertarse entre la gente, fue enviada a hacer trabajo territorial en la zona sur. En el viaje desde el cuarto que alquilaba en una casa de familia hacia su trabajo, una patota de la ESMA la secuestró en la estación de subte Acoyte, el 18 de octubre de 1977. No es sensación de oscura deuda moral, ni culpa por la sangre derramada, lo que transmite el relato de Graciela, sino una profunda tristeza y alivio del terror constante previo a la *caída*:

Y pensó, no voy a hacer más el amor y no voy a ver más a María. María era su ahijada. El pensamiento la llenó de una pena infinita, pero enseguida sintió un alivio inmenso: ya no tendría que andar cuidándose, ya no tendría que seguir sufriendo el terror de todos los días, cuando iba por la calle con miedo de que la próxima cita estuviera cantada, o que le hubieran pasado una cita envenenada por teléfono, o que el colectivo cayera en una pinza, o que la estuvieran esperando al llegar a su casa (Anguita y Caparrós, 2007, p. 488)

La misma sensación de opresión relatada por Graciela aparece en María A.:

²⁰¹Anguita, E. y Caparrós, M. (2007). *La Voluntad...*, Tomo V, op. cit., p. 103. Hacía poco que el Consejo Nacional de Montoneros había decidido transformarse de organización político-militar en “partido revolucionario de cuadros regido por el materialismo histórico”.

[...] toda la vida nuestra era antinatural, y que llega un momento que se te hace muy difícil o sea, es como si estamos “acá” y si llegamos, hay que prever el raje, salimos por allá, ¿Quién sale primero, quién se queda resistiendo? ¿Quién tiene más nivel para rajar primero? Cosas que en una relación con la gente todo empieza a perder [...] los rasgos elementales, naturales que vivimos. Uno tiene que vivir preparado, es más, abris los ojos a la mañana y decís “un día más”, cuando eso se te extiende en el tiempo es más difícil porque es como que ves, “no salimos más de esta”, y además que ves caer al lado tuyo en distintos años gente [...] (María A., 2009).

María A. fue la última de las militantes entrevistadas en *caer*. Había salido del país en 1978²⁰² para elaborar la publicación *Evita Montonera*. Este viaje la llevó, luego de una parada en Brasil, a México, donde se encontraba la conducción de Montoneros. María A. y su compañero llevaron con ellos –con documentos falsos– a los hijos de 4 y 14 años de una pareja de compañeros que ya estaban en el exilio.

Señala que esta etapa de su militancia fue parte del “aparatismo”²⁰³ de Montoneros: salieron de la Argentina para cumplir funciones dentro del aparato y en México no tuvieron contacto con exiliados argentinos; estaban aislados cumpliendo funciones de prensa. Volvieron en 1979 como parte de la contraofensiva montonera.

²⁰²María A. relata de su estadía en México: “[...] en mi caso el período fue como unas vacaciones, fue un año, 78, pero yo recuerdo [...] cuando escucho a los exiliados que dicen “fue duro”, para mí fue hermoso, México me encanta [...]”.

²⁰³Se llamaba así al intento de resolver desde el aparato de la organización cuestiones de índole política que requerían análisis y esfuerzos más amplios (Calveiro, 2005, p. 164).

Dado que no es el tema central de esta investigación, no nos extenderemos demasiado respecto de la polémica generada por la decisión de encarar la contraofensiva de parte de la Conducción Nacional de Montoneros, señalada como fruto de la iniquidad de unos jefes rebosantes de soberbia o, como señala Calveiro, merecería ser producto de la maquiavélica mente de un agente infiltrado²⁰⁴. Juan Gasparini²⁰⁵ plantea que la contraofensiva fue planeada escudándose en falsos presupuestos de la realidad del país y apoyándose en la irresolución de las crisis personales de los que no soportaban el exilio, quienes se reclutaron y enviaron a la muerte a varias centenas de compatriotas (Gasparini, 2008, p. 188). Lo cierto es que la contraofensiva fue también rechazada por algunas de nuestras entrevistadas, como Silvia M., Mercedes y María P. ¿Cuál es el planteo de María A.?

Y yo lo que escucho de la contraofensiva es que éramos todos idiotas, que veníamos engañados, que no sé qué creíamos que íbamos a encontrar, yo no esperaba encontrar nada que no hubiera visto. Yo estuve '75, '76, '77, sabía lo que era la dictadura, sabía cuál era la situación nuestra y todo. Yo, el debate de la contraofensiva lo di en términos políticos, acá va a haber una contraofensiva, de hecho la hubo, con toda la marcha del 30 de marzo antes de la guerra de Malvinas, [...] la idea era que los compañeros estuvieran en la Argentina cuando se empezara a

²⁰⁴Calveiro, P. (2005). *Política y/o violencia...*, op. cit., p. 175, señala “Lo impresionante es que, sin necesidad de ello, la pobreza política, la militarización, el organizativismo, la centralización despótica de una conducción torpe y obstinada permite explicar sobradamente el fenómeno”.

²⁰⁵Gasparini, J. (2008). *Montoneros, fin de cuentas...*, op. cit.

reaccionar, y a dar una contraofensiva contra la dictadura, que ya había iniciado la retirada. Y la caracterización no estaba mal, yo creo que lo que estuvo mal fue el aparatismo con el que se la implementó y nosotros eso ya lo veíamos en la resistencia (María A., 2009).

Más adelante en la entrevista, agrega:

[...] por eso digo yo, que yo no vine creyendo que iba a encontrar otra cosa, es más, por ahí hablábamos con compañeros que hacía más tiempo que estaban en el exterior y yo les decía que en el país las condiciones eran muy diferentes [...] lo que yo vi en todo el '76 y todo el '77 era la peor época, la peor de la peor, era andar por la calle y ver un remolino de gente y ver a un compañero que había caído y tratabas de seguir de largo, [...] lo que a mí me decepcionaba de algún modo era ver que seguían cayendo compañeros y en el fondo, yo en ese momento no lo terminaba de acomodar, pero era el aparatismo (María A., 2009).

En este relato retrospectivo, María A. planteó sus ideas en el momento referido y las organizó desde una evaluación que realizó posteriormente, en otros momentos de su vida. En el relato hizo referencia, por un lado, a que no todos los integrantes de la contraofensiva desconocían la situación en la Argentina y, por otro, a la posición aparatista²⁰⁶ y de vanguardia que había asumido Montoneros, cuya retórica oficial proponía hegemonizar la resistencia a la dictadura. Parte del

²⁰⁶Que nuevamente da cuenta de críticas y discusiones sobre la militancia setentista que se dieron, en distintos ámbitos, entre la situación referida y el testimonio recogido treinta años después.

planteo de María A. coincide con los ya identificados de Mercedes y María P., respecto de descentralizar las tareas, la plata y bajar el nivel de actividad, tal vez, con menor claridad:

Si uno tiene la convicción, uno no necesita que le estén diciendo “andá, controlate, juntate con todos estos compañeros para hacer tal tarea”, y eso es lo que yo creo que no se vio desde la conducción. Pero hasta cierto punto nosotros teníamos cierta concepción aparatista porque, de hecho, estábamos metidos ahí adentro. Yo, no es que hubiera participado de un cuestionamiento a fondo, sino que veíamos este tipo de cosas, de dar mayor autonomía para poder lograr mayor inserción. Y después se avanzó en sentido contrario con las TEI (Tropas Especiales de Infantería) (María A., 2009).

Es decir, el avance no fue en dirección de la descentralización, la reducción de actividades para proteger a los militantes, sino en dirección a la total militarización, con las TEI. La detención de María A. se produjo en la calle, el 28 de agosto de 1980 y fue la última integrante de su célula en caer. Su tarea había sido la elaboración de un libro sobre Montoneros que debían enviar a distintas dependencias a través de servicios de fletes: al Comando en Jefe del Ejército, al Servicio de Inteligencia del Estado, etcétera:

Llevaba tantas cosas que no la podía alzar, la llevaba de la mano y cuando los tipos [...] y yo cuando caí, yo en mi mente la idea era que cuando caía iba a gritar una consigna, y lo único que se me ocurrió gritar fue “mi hija, mi hija” porque yo me di cuenta, desaparezco, el padre ya desapareció, qué va hacer, y gritaba el nombre de mi viejo, mi papá era muy conocido en su ciudad [...],

para que alguien le avise y él la buscara. Después yo decía, nada que ver mis previsiones, en lo único que pensé fue en ella. Y yo escuchaba que los tipos decían por radio “paquete grande con nosotros, paquete chico con una vecina” (María A., 2009).

María A. fue llevada a Campo de Mayo, donde le dijeron que tenían a su esposo, pero nunca lo vio. Su hija fue entregada días después a su suegra, sin que se haya podido reconstruir dónde estuvo durante dos o tres días luego de que el Ejército se la quitó a la vecina que la recogió en la calle. Nuevamente, aparece una maternidad forzada por la represión ilegal y la forma específica de violencia contra las mujeres que implicó para esta madre la incertidumbre respecto del destino de su hija, presente durante su secuestro. María A. había encargado a su hermana melliza y su cuñado que se hicieran cargo de la niña si a ellos les pasaba algo, y eso fue lo que hicieron: la nena vivió con los tíos hasta que la madre salió de la cárcel.

Al abordar la violencia contra las mujeres en el marco del Terrorismo de Estado desde un enfoque que busca dar cuenta de la complejidad de las experiencias, Claudia Bacci, María Capurro Robles, Alejandra Oberti y Susana Skura hacen referencia a la cuestión de la especificidad de la violencia sufrida que se hace presente en los relatos de maternidad, aunque no se haya tratado de situaciones de violación o vejaciones:

Muchas de ellas manifiestan un recuerdo muy vívido de la angustia ante la manipulación que los perpetradores hacían de los hijos, en algunos casos detenidos junto a ellas o presentes en el momento del secuestro; o bien por no saber dónde se encontraban; o por las consecuencias que podrían sufrir los hijos nacidos luego de la tortura (Bacci, C.; Capurro Robles, M.; Oberti, A.; Skura, S., 2014, p. 127).

En varios de los casos analizados se nos aparecen estas mujeres como doblemente subversivas (Vasallo, 2009, p. 29) en tanto militantes de organizaciones armadas, desempeñando todo tipo de tareas²⁰⁷, y como madres que pensaban su maternidad en términos revolucionarios, dando vida en momentos de enorme violencia. Violencia que implicaba luchar por un mundo mejor para sus niños. Mujeres que no consideraron la maternidad en términos tradicionales como *esencia* y *único destino por naturaleza*. Mujeres que se unieron a varones con los que compartieron un proyecto integral. Mujeres a las que las fuerzas represivas del Terrorismo de Estado, en tanto se atribuían la defensa de la sacralidad de la familia, les negaban legitimidad a su rol de madres por ir en contra del *instinto maternal* y *abandonar a sus hijos*. Cuando en realidad fueron los militares y las jerarquías eclesiásticas, cultores de la familia tradicional, quienes separaron a estos hijos de sus madres y de sus padres. Y ante la conocida amenaza de la separación, estas *madres subversivas* debieron prever instancias que garantizaran la mayor protección posible para sus hijos, y en los casos más extremos, la forma de hacerlos llegar a sus familias.

Inicialmente, se pensó que el fin de las trayectorias analizadas coincidiría con el fin de la militancia, pero no fue así. Lo que se encontró sí fue un exilio obligado de la política, necesario para sobrevivir y tratar de preservar a sus familias y sus vidas. Se observó, sin embargo, que desde los espacios a los que fueron confinadas, ya fuese el exilio,

²⁰⁷Se las veía como guerrilleras casi masculinas con uniformes y armas, que participaban de operaciones, o valiéndose de su femineidad y vestimenta provocativa como pantallas para engañar a las fuerzas de seguridad, también aparentando ser jóvenes inocentes se infiltraban con engaños para cometer atentados (Jelin, 2002, p. 103). En todos los casos figuras cuasidiabólicas que parecen emular a la bruja perseguida por la inquisición.

el espacio privado en la semiclandestinidad, la cárcel o el campo de detención, trataron de mantener una resistencia militante, *guardarse* pero manteniendo viva la memoria; memoria que ni bien encontró oídos y condiciones sociopolíticas favorables, se hizo presente en distintos espacios como *memorias en conflicto*.

Cuando les fue posible, volvieron a las universidades, terminaron sus carreras o iniciaron nuevas, algunas se reencontraron con sus compañeros –también ellos encarcelados– y tuvieron hijos. Aquellas que perdieron a sus compañeros formaron otras *parejas militantes* y tuvieron también hijos. La idea de *nosotros* como parte de un proyecto colectivo no fue abandonada fácilmente, si bien es cierto que actualmente no todas se mostraron incluidas en algún colectivo.

| RECAPITULACIÓN FINAL |

En este trabajo se llevó adelante una doble reconstrucción de las trayectorias de militantes femeninas en los '70. Nos referimos a la experiencia de diez mujeres a las que se entrevistó, por un lado, y a través de los relatos de familiares y compañeros, la de otras cinco mujeres fallecidas durante la dictadura.

Un rasgo en común ha sido que las experiencias de militancia en organizaciones político-armadas, fueron muy intensas y en algunos casos breves. La mayoría de los casos se extiende desde inicios de la década de 1970 hasta el año 1976²⁰⁸, sin embargo, las experiencias fueron referidas como de extrema intensidad en sus vidas. En esta etapa de sus trayectorias biográficas, además de desarrollar su militancia, realizaron estudios universitarios, formaron parejas y tuvieron hijos, todo esto como parte de su inmersión en un proyecto amplio de cambio social.

Las entrevistadas se vieron a sí mismas como militantes políticas, diferentes y transgresoras, al tiempo que formando parte de un modelo distinto, no solo político, sino de pareja, de familia y de sociedad. No incluyeron reivindicaciones de género entre sus objetivos, en gran

²⁰⁸Solo el caso de María A. en Montoneros se extiende desde hasta 1980.

medida, porque las consideraban logradas para sí mismas. Y porque las organizaciones de izquierda revolucionaria subsumían la igualdad entre varones y mujeres en el marco de la lucha contra el capitalismo y la opresión de los sectores populares. Las militantes no cuestionaron frontalmente esta situación, aunque sí lo hicieron, en muchos casos a través de sus acciones. Se evidenció a través de sus testimonios, que fueron vistas por otras mujeres y varones como diferentes del modelo femenino tradicional del momento referido.

En lo personal, valoraron positivamente los espacios de participación y de acción que se les ofrecieron en las organizaciones de izquierda radicalizada, espacios que no habían sido experimentados por otras mujeres de su entorno cercano. También resultaron de significación las diferencias existentes en sus relaciones de pareja con base en el compañerismo, la autenticidad, los ideales compartidos, y los comportamientos aprendidos en sus entornos de crianza. La sexualidad y los modelos de familia por ellas adoptados y los conocidos en sus experiencias familiares, se mostraron, tanto para las jóvenes como para los varones con los que los desarrollaron, muy distintos.

Todo lo anterior dio origen a representaciones de sí mismas como desafiantes, transgresoras y en ruptura con los roles tradicionales. Sin embargo, estos comportamientos disruptivos se articularon y yuxtapusieron con otras imágenes más tradicionales respecto de las relaciones con los varones y la maternidad. La existencia de hijos, sobre todo, se constituyó en un espacio de conflicto que impactó fuertemente en la militancia de aquellas cuyo testimonio se obtuvo.

Consideramos que las divergencias encontradas en los relatos alrededor de las relaciones de poder entre varones y mujeres dieron cuenta de una tensión no resuelta. Nos referimos a relatos que hablan

de igualdad de oportunidades y evidencias de las limitaciones que enfrentó tal igualdad. Sin embargo, pensamos que esta situación podría estar mostrando categorías de *varón* y *mujer* en transformación, así como modificaciones en las jerarquías entre los sexos en el interior de las organizaciones de izquierda revolucionaria. Creemos que en sus comportamientos, las mujeres militantes excedieron los lugares prescriptos por las organizaciones y dieron cuenta de fisuras por las que se pudieron vislumbrar nuevas posiciones de género.

Tal como señala Portelli (1989) en *La muerte de Luigi Trastulli*, la confrontación con las disonancias, en relación con la igualdad entre militantes varones y mujeres, las dejó bastante indiferentes. Evidentemente, en sus reconstrucciones señalaron un momento de sus trayectorias en las que se vieron a sí mismas en situaciones igualitarias. Identificamos la importancia de considerar el valor de los *relatos equivocados*, que apuntan al significado que los acontecimientos tienen para los testimoniantes y no a su reconstrucción fáctica, tal como lo señaló Portelli. Los errores e *invenciones* nos permitieron abordar la subjetividad en esta reconstrucción.

También debemos considerar que en todo relato testimonial se realiza una reconstrucción retrospectiva de lo sucedido, incluyendo experiencias e interpretaciones de otras temporalidades. Desde este punto de vista, en los relatos se vislumbra que en sus construcciones subjetivas actuales, estas mujeres evaluaron aquellos momentos como de igualdad con los varones, con quienes desarrollaron nuevos modos de relaciones entre los sexos, de compañerismo y de actuación política.

Los ingresos a la militancia fueron diversos, sin embargo, compartieron el compromiso con el ideal de cambiar una realidad social percibida como injusta y el rechazo de la democracia burguesa. Las

militantes pertenecientes a Montoneros agregaron la relectura de la historia nacional en clave del revisionismo histórico y la experiencia católica renovadora ligada al tercermundismo. Tanto las militantes del PRT-ERP como las de Montoneros adoptaron la opción por el socialismo y la transformación de la sociedad con el advenimiento del *hombre nuevo* como meta. En su mayoría se manifestaron a favor de la lucha armada para la toma del poder.

A partir del reconocimiento de que las mujeres no ocuparon espacios de conducción en las organizaciones, nos abocamos a dar cuenta de lo que hicieron, cómo lo concibieron y las contradicciones identificadas. Las entrevistadas anclaron sus representaciones en las posibilidades de discutir, argumentar y realizar síntesis políticas en las organizaciones. Y también parecieron haberse encontrado con hombres que no las vieron como débiles, ni incapaces y que podían desarrollarse en espacios universitarios, laborales y políticos. Por otra parte, las miradas que a las jóvenes militantes devolvieron obreros, otros varones procedentes de sectores populares y sus mujeres, entre los que desarrollaron su militancia territorial, contribuyeron a reafirmarlas en esta construcción.

En los relatos se evidenció la tensión entre la admiración y el rechazo que ellas producían en distintos ámbitos en los que militaron. Nos referimos a espacios sociales donde los roles admitidos para varones y mujeres eran mucho más tradicionales. Y esto, tanto respecto de la participación pública y confinamiento al mundo privado para unos y otras, como de los comportamientos sexuales y familiares. Lo que nos llevó a identificar las diferencias existentes en el interior de la categoría mujer y sus rupturas y continuidades, para así explicar las distintas posibilidades de participación política, acompañamiento

familiar y realización personal de las jóvenes procedentes de clases medias y de las pertenecientes a los sectores populares.

Todo lo anterior permitiría pensar en cierta transformación de las tradicionales categorías de varón y mujer dentro de las organizaciones militantes, cuya valoración varía si se las considera en relación con las demandas feministas del momento –demandas que no fueron apropiadas por ellas– hacia adentro mismo de las organizaciones o si se las pone en relación con la sociedad toda. Sin embargo, en tanto ellas articularon construcciones subjetivas que las mostraron como militando en condiciones de igualdad con sus compañeros varones, el análisis de los relatos mostró situaciones que no acompañaron tal reconstrucción, al menos no de modo completo. Esta constatación nos llevó a pensar en lo que aparentaron ser dos relatos, ¿debíamos tomar uno como verdadero y el otro como falso? ¿O considerar que uno reflejaba un guión disponible de *la militante* que fue aceptado pasivamente, y el otro la verdad reprimida?

Para aportar comprensión a estas divergencias resultó necesario reflexionar sobre la presencia de la categoría *género* en los relatos. Al respecto, siguiendo a James (2004) pensamos en la complejidad que subyace a la reconstrucción testimonial de las subjetividades de género. Las tensiones presentes en los relatos, muestran cómo esta categoría se presentó condicionada por otros elementos culturales y significados ideológicos contradictorios; dando por resultado una construcción narrativa compleja en la que figuras e imágenes femeninas disruptivas se yuxtapusieron o subyacieron con otras más tradicionales. Consideramos que las disonancias identificadas en el análisis nos alertan sobre las dificultades que plantea, a las construcciones subjetivas y su relato, la existencia de roles de género oficializados y otros subversivos respecto de ellos.

En relación con lo anterior, y atravesando todo el trabajo, se atendió al carácter problemático de la construcción de la memoria y del proceso de soterramiento al que las memorias de las militantes y sus familiares fueron sometidas. Su relato conflictivo debió ser silenciado, inicialmente para permitir la propia supervivencia, por ser una memoria prohibida. Mujeres a las que el discurso represivo confinó al hogar o fustigó por haberlo abandonado, sufrieron, en este proceso de soterramiento, una tensión adicional para sus construcciones subjetivas. Esta tensión tuvo que ver con la estigmatización de sus posiciones políticas activas en el escenario público, pues el predominio social del modelo contrario puso en cuestión la totalidad de sus decisiones de vida.

Sin embargo, el largo y obligado silencio reforzó la memoria traumática y dio lugar a una forma de resistencia silenciosa opuesta a los discursos oficiales de la dictadura. También el silencio parece haber estado ligado a lo que Pollak (1989) identificó como la necesidad de encontrar una escucha dispuesta para desarrollar un relato y descartar que este fuese malentendido. Se trató de un silencio deliberado, que en algunos casos identificados²⁰⁹ dio cuenta de la dificultad de hacer coincidir sus testimonios con lo socialmente permitido en el momento, al tiempo que la ausencia de condiciones sociales favorables autorizaran o abrieran espacios para la emergencia de estas memorias. Para ellas fue necesario el paso del tiempo, que permitiese la aparición de un “testigo” del testimonio, entendido como capacidad social de escuchar y de dar sentido a este. En esos momentos, el testi-

²⁰⁹Pensamos en los casos de Silvia M., Victoria y María P., cuyas parejas desaparecieron y ellas vivieron de manera semiclandestina, encargadas de la subsistencia de sus pequeños hijos e hijas.

monio permaneció oculto, latente, apoyado en redes familiares o de amistad. Estos recuerdos mostraron, también, sus espacios de sombra, los silencios, lo no dicho, y evidenciaron que *memoria* y *olvido* no son categorías estancas, listas para ser extraídas, sino que están en perpetuo dislocamiento (Pollak, 1989).

Otro aspecto que se hizo presente en las entrevistadas fue la preocupación por conocer lo que iba a hacerse con las entrevistas, situación que actualiza la cuestión de los usos de la memoria, que no remiten solo a los impactos del testimonio en la sociedad, el entorno en que se manifiesta y el momento que se narra, sino con las apropiaciones y sentidos que los distintos públicos podrán darle a lo largo del tiempo.

Afirmamos que la memoria, aunque individual, está colectivamente enmarcada y es producida por sujetos activos. En los relatos no se encuentra a un sujeto único, se narra para alguien y con alguien, siempre se trata de un recuerdo construido entre muchos. No olvidemos que los textos deben ser interpretados en relación con su contexto de producción y recepción, incluyendo las dimensiones políticas del fenómeno.

Dado que los testimonios orales son constructos culturales y se valen del discurso público estructurado por convenciones de clase o género, al tiempo que de una amplia gama de roles y autorepresentaciones disponibles en cada momento, nos preguntamos, ¿en cuáles de ellos anclaron sus construcciones subjetivas las entrevistadas y cuáles dejaron de lado?

Pensamos que, modelos disponibles a partir de los '60 como los de la joven liberada, rebelde y emancipada, fueron articulados por estas mujeres con las construcciones discursivas de las organizaciones de izquierda revolucionaria que planteaban la igualdad entre los sexos.

Igualdad que se alcanzaría completamente cuando se resolviera la cuestión principal: *la transformación de la sociedad capitalista en socialista*.

Las testimoniadas concibieron su militancia como parte de un proceso de compromiso total de sus vidas al servicio de *un otro*, ya fuese este el pueblo peronista o el proletariado industrial, compromiso que no estuvo exento de ideas de sacrificio y heroísmo. Sin embargo, en ellas esta vocación heroica no pudo ser asociada con ideas mesiánicas y búsquedas extremas de muerte. El compromiso militante se relacionó con la transformación de una sociedad injusta que implicaba riesgo para la vida, pero no pensado como sinónimo de *morir*.

La delgada línea inicial, que fue haciéndose cada vez más gruesa, entre militancia política armada y vanguardia representó un punto conflictivo entre los testimonios. Encontramos aquí una de las principales razones del distanciamiento de la militancia de varias de las entrevistadas. Solo una de ellas reivindicó, en el período estudiado, el vanguardismo e incluso la contraofensiva. Se hizo evidente además que, aun militando en el mismo partido, no todas compartieron o comprendieron de igual manera las líneas partidarias, sobre todo si ocupaban niveles diferentes en el interior de la organización.

Nuestro relato recorrió las posturas políticas, la familia, la ideología, los hijos, la pareja y la lucha armada, las interpretaciones de la realidad y las condiciones efectivas de vida, referidas por las testimoniadas. En la aplicación del enfoque de género al análisis histórico, resultó de utilidad evitar la división entre los espacios público y privado porque permitió dar cuenta de las tensiones internas entre estos espacios en las experiencias de las entrevistadas y los entrevistados.

Al enfocar el análisis en el interior de las organizaciones y sus prescripciones sexuales, los comportamientos adoptados y las valoraciones realizadas por las entonces jóvenes, se advirtieron contradicciones. Si bien la virginidad ya no era para ellas un baluarte, la heterosexualidad y la monogamia fueron la base a partir de la que construyeron la *pareja militante*. Pareja que dada la *densidad trágica* de los tiempos en que se constituyó, no dejó de sufrir tensiones, sobre todo cuando alguno de los integrantes se encontraba preso. Las infidelidades y los cruces de pareja también fueron temas que se hicieron presentes. Debimos atender al reflejo de las prescripciones en las representaciones de las militantes.

Una imagen disponible para las construcciones subjetivas a la que las entrevistadas hicieron referencia fue la de *la guerrillera*. Esta imagen, que fue definida por los medios de comunicación de masas de la Argentina dictatorial como pieza fundamental en la guerra, hacía referencia a una mujer que cumplía roles de combatiente, ideóloga, de infiltrada, que mentía, seducía, adoctrinaba y defendía ideas foráneas²¹⁰. Las representaciones disponibles de *la guerrillera* oscilaron entre la mujer masculinizada portadora de uniforme y armas, cuyo cuerpo rechazaba lo femenino; la *mentirosa seductora* y la joven *inocente* que se infiltraba para cometer atentados (Jelin, 2002). Modelos conocidos por nuestras entrevistadas que a través de su rechazo de la *militante marimacho*, permitieron identificar elementos valorados y desechados en sus auto representaciones.

Podemos afirmar que en los relatos se hizo presente una tensión respecto de la ecuación *mujer = madre*, ya que las formas en que asu-

²¹⁰Revista *Somos*, citada por Vasallo, 2008, p. 28.

mieron las militantes su maternidad no fueron las tradicionales. Se identificó un tipo de maternidad social que difirió de la imagen naturalizada de la madre que se ocupa solamente del bienestar de sus hijos y su compañero, reducida al ámbito privado. Bajo esta luz, las experiencias resultaron desafiantes respecto del modelo promovido por el Terrorismo de Estado y por la sociedad en general.

Varias de las entrevistadas decidieron ser madres, incluyendo su proyecto de pareja en un proyecto más amplio que implicaba la lucha por un mundo mejor para sus hijos. Parece factible reconocer el vínculo y la tensión que Oberti (2014) identificó entre la militancia y la vida cotidiana representados por los hijos, pensados desde la convicción de que serían los destinatarios del proceso revolucionario, los hombres nuevos del mañana. En ese marco, la decisión de tener hijos que se imaginaban en una sociedad más justa llevaba implícita la promesa del triunfo de la revolución para la que trabajaban día a día. Y fue factor disruptivo cuando la violencia represiva puso en evidencia la imposibilidad de alcanzar esa promesa. Se tornó en un foco de tensión, que llevó en varios casos al alejamiento de la militancia. Aun en estos casos, el abandono de la militancia orgánica no implicó el abandono de los ideales y contribuyeron a la militancia de otras compañeras cuidando a sus hijos. Lo que de algún modo mostró que las prescripciones y declaraciones de igualdad no dejaban de descargar el cuidado último de los niños en las mujeres.

El proceso complejo y ambivalente de articulación narrativa sobre sus trayectorias acusó el impacto de la forma en que el poder dictatorial invisibilizó, ocultó y hasta extirpó las formas subjetivas identificadas como perturbadoras. Mujeres que mediante la politización, la educación superior y la liberación sexual se opusieron a un *deber ser* que pre-

tendía verlas apolíticas y naturalmente dedicadas al espacio doméstico y familiar, fueron perseguidas, confinadas y asesinadas, tal como señaló Débora D'Antonio respecto de la desproporción de mujeres encarceladas y desaparecidas (D' Antonio, 2009, p. 98). En tanto la prédica sobre la mujer y *el maternaje* se hacían desde lo público, en la clandestinidad se producía el exterminio de las militantes que eran madres, apropiándose de sus niños. Se las culpabilizó, además, a partir de la idea de abandono que habían hecho de sus familias y de sus hijos para participar en la vida pública, reclamo que también recibieron de sus propios hijos.

Ante este embate, un componente insoslayable en las articulaciones de los relatos, lo constituyó el soterramiento al que debieron someter sus memorias subversivas en los tiempos de represión, para permitir la propia supervivencia y la de sus hijos. Vivieron un forzado exilio político, dadas las condiciones represivas que impuso la dictadura militar, que las devolvió al ámbito doméstico. Y fueron también exiliadas del dolor –ante la pérdida de parejas y otros compañeros– que debieron suspender para sobrevivir en la clandestinidad y el disimulo. Sin embargo, sus memorias permanecieron vivas para aflorar en momentos propicios, lo que dio lugar a *memorias en competencia* que se abrieron camino a través de discursos oficiales.

Finalmente, se vieron obligadas, por aquellos que decían defender los valores tradicionales de la familia y la niñez, a prever el modo de garantizar a sus hijos la posibilidad de crecer junto a sus familias. Estos niños, a su vez, debieron procesar la desaparición de sus padres, el alejamiento de sus madres encarceladas, o bien situaciones de clandestinidad y ocultamiento, de los que dieron cuenta una vez alcanzada la adolescencia. En esa etapa, manifestaron a sus madres duros cuestionamientos sobre sus acciones cuando ellos eran pequeños.

En muchos casos, las parejas militantes contaron con el acompañamiento y ayuda de padres que, aun sin compartir los ideales políticos, pusieron sus propias vidas en riesgo para proteger a sus hijos. Visitar casas para asegurarse que fueran seguras, salir de garantías en alquileres, procurar sacarlas del país, cuidar y recuperar a sus nietos, fueron, entre otras, tareas que desempeñaron estos padres por sus hijas.

La presencia en la reconstrucción de las trayectorias del relato de hermanos de las militantes ha demostrado la riqueza del eje *fraterno-fraterno* en la reconstrucción. Eje que no ha sido demasiado explorado en los relatos sobre el período, por el predominio que se dio al *paterno-filial*. Nos referimos a la visibilidad que han tenido las organizaciones de madres y abuelas respecto de las de otros familiares. Las relaciones afectivas establecidas por los hermanos en la juventud o adolescencia demostraron ser producto de la elección, sobre todo en los casos de la existencia de varios hermanos en los que no todos alcanzaron igual compromiso afectivo.

Las relaciones entre hermanos se vieron favorecidas no solo por la cercanía en edad, también porque en algunos de los casos debieron trasladarse a otras ciudades a fin de desarrollar sus estudios superiores. Esta situación permitió que los hermanos sobrevivientes aportaran mayor cantidad de información sobre los deseos, proyectos y temores de las militantes. Consideramos que las memorias de los hermanos de militantes desaparecidas incluyen, además, cierto aire nuevo porque han sido menos transitadas. Además, las memorias de estos varones han sido invisibilizadas junto con las de otros parientes, compañeros o amigos, por contradecir las expectativas y comportamientos sociales aceptados. En tanto las madres y abuelas tomaron visibilidad dado que interpelaban a la sociedad desde un maternalismo

aceptado aunque también culpabilizado, estos varones –que perdieron a sus compañeras o hermanas– presentan un cariz del dolor que escapa a los convencionales comportamientos masculinos.

¿Qué significado tuvo para las fuerzas represivas la puesta en cuestión realizada desde el interior de las organizaciones revolucionarias de la tradicional relación asimétrica y complementaria entre varones y mujeres? Tales posturas desafiaban, como señala Joan Wallach Scott, la oposición binaria. Al formar parte del significado del poder, la construcción social de las relaciones de género tradicionales dependió de que este orden fuera entendido como natural y divino. Por lo tanto, cuestionar o alterar cualquiera de estos aspectos amenazaba la totalidad del sistema. Si pensamos en las identidades sexuales desarrolladas contra las prescripciones sociales, la puesta en cuestión de los roles tradicionales adquiere así, su real dimensión disruptiva. También permite explicar la necesidad de eliminación de estas mujeres.

Finalmente, lo que parece desprenderse de los testimonios es que, cuando creció el poder represivo del Estado, la construcción del *nosotros* que incluía estas categorías de *varón* y *mujer* identificadas –por dicho poder– como disruptivas, comenzaron a tensionarse; la vida se volvió cada vez más *antinatural*, y todo este proyecto integral de cambio social se detuvo y debió ser ocultado.

Las entrevistadas fueron víctimas de la represión directa, en su carácter de militantes e indirecta, al enfrentar las desapariciones de sus compañeros y tener que ocultar su dolor para permitir la propia supervivencia y la de los hijos, cuando fue el caso. Las militantes entrevistadas debieron aceptar el confinamiento al espacio doméstico. El exilio de la política, al que se vieron obligadas, fue sostenido en tanto les permitió sobrevivir o proteger a sus hijos. Sin embargo, se identi-

ficó una especie de resistencia militante y alerta, lista para abandonar el confinamiento cuando las condiciones políticas lo permitiesen.

Volvieron entonces a retomar comportamientos aprendidos en sus experiencias previas canalizándolos en distintos espacios: universitarios, artísticos, políticos y sociales. Se encontraron con sus compañeros, también ellos encarcelados, tuvieron hijos y quienes los habían perdido, formaron nuevas *parejas militantes*.

Algunas abandonaron el *nosotros* original a partir de experiencias políticas fallidas a fines de los '90 o posteriores al 2001; otras, formaron parte de nuevos *nosotros*. Para todas, la experiencia de militancia en los '70 generó memorias disruptivas que soterradas con la dictadura no fueron olvidadas, sino que quedaron en espera hasta que las fronteras entre lo decible y lo indecible, lo confesable y lo inconfesable dejaron un resquicio para transmitir su relato sin exponerlo a malos entendidos y hacerlos presentes en el espacio público.

| APÉNDICE FOTOGRÁFICO |

Ellas



1. Estela (foto facilitada por Guillermo). 2. Patricia V. (foto facilitada por Marcelo). 3. Silvia, 1983 (foto facilitada por Gabriela Ratti). 4. Laura y María Lía en 1970, en la casa de su padre (foto facilitada por Martín). 5. Laura y María Lía en 1970, en la casa de su padre (foto facilitada por Martín).

Hermanos y madres



1. Martín, María Lía, Laura y "Pendor" (compañero de militancia desaparecido) en Mar del Plata, 1975 (foto facilitada por Martín). 2. Marcelo, con las fotos de Patricia V. y su madre, en diciembre de 2013 (foto facilitada por Marcelo). 3. Elsa, Marcelo, Cristina y Patricia V. en Santa Fe. (foto facilitada por Marcelo). 4. Elsa Ramos, 3 de noviembre de 2010 (foto facilitada por Marcelo). 5. Elsa Ramos en una marcha por la aparición con vida de Julio López (foto facilitada por Marcelo).

La pareja y los hijos

(Fotos facilitadas por Gabriela Ratti)



1. Silvia y Rodolfo recién casados. 2. Gabriela, Inés, Fernando y Paula en una casa clandestina en 1977. 3. Los chicos con Rodolfo Ratti. 4. Gabriela, Paula, Inés, y Fernando con Silvia.

| SOBRE LAS MILITANTES |

Montoneros

María A. Se inició en la Juventud Universitaria Peronista (JUP), en la Universidad de La Plata. Pasó a la clandestinidad con su pareja en 1976. Desempeñó actividades en estructuras de prensa. En 1978 salió del país hacia México donde continuó su participación en Montoneros. Volvió con su compañero en 1979 para la contraofensiva. Su pareja desapareció el 26 de agosto de 1980. Al día siguiente fue secuestrada en la calle. Su hija, de 18 meses, quedó en manos de una vecina y aunque luego el Ejército volvió a buscar a la niña, finalmente fue entregada a su familia. María A. permaneció desaparecida en Campo de Mayo por un breve período y luego fue trasladada a la cárcel de Devoto. Su compañero continuó desaparecido hasta 2009, año en que sus restos fueron identificados por el Equipo Argentino de Antropología Forense.

Graciela. Comenzó su militancia como misionera cristiana enseñando catequesis a los hijos de los hacheros de Tartagal, en el norte de la provincia de Santa Fe en 1966, con el cura Carlos Mugica. Allí entró en contacto con otros jóvenes como Carlos Ramus y Mario Firmenich. Militante en la JP y Montoneros, a pesar de su larga trayectoria, recién alcanzó el nivel de aspirante a mediados de 1975, y se desempeñó en logística. Secuestrada el 18 de octubre de 1977 permaneció dos años detenida en la ESMA. Recuperó la libertad, vivió en el exilio, retornó a

la Argentina, testimonio, y durante el gobierno de Raúl Alfonsín debió nuevamente partir hacia el exilio. Rechazó el indulto de Carlos Menem.

Mercedes. Comenzó su militancia dentro de las FAR, luego de un tiempo como miliciana en 1974 y 1976, desarrolló sus tareas como responsable de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en la columna Norte (Anguita y Caparrós, 2007, p. 67). También militó en la Juventud Sindical Peronista. El 11 de diciembre de 1976 decidió faltar a la reunión donde *cayeron* sus compañeros de la columna Norte y partir al exilio. Por este hecho fue degradada y condenada a muerte por Montoneros hasta que en 1979 Rodolfo Galimberti le ofreció reincorporarse y participar desde el exilio en la contraofensiva. En su testimonio, también se refiere a Soledad o Laura.

María P. Inició su militancia en Luján, participó en la Acción Católica y en la Juventud Obrera Católica. Luego ingresó a la militancia territorial de Montoneros en Villa Martelli. Integrante de la columna Norte, desarrolló militancia territorial y actividades de agitación y propaganda. En diciembre de 1977 desapareció su compañero. Tuvo dos hijas, en 1976 y 1977. Para el nacimiento de la segunda viajó hasta San Carlos de Bariloche y vivió en situación de semiclandestinidad. También refiere a la militancia de Soledad o Laura.

Rosa. Ingresó a Montoneros inspirada en la militancia de su esposo, “el gordo Fabián”, a la que sumo sus propias experiencias debidas a su formación católica. Desarrolló militancia territorial en Rincón de Milberg con las mujeres de los trabajadores de Astarsa, Mestrina, Forte y Cadenazzi. Permaneció en la clandestinidad durante mucho tiempo. Su esposo está desaparecido. Formó pareja con otro compañero

durante los años más duros de la represión, se separó y con su hijo pequeño volvió a su casa paterna.

María V. Inicialmente se acercó a un grupo relacionado con el PRT-ERP, prestó su auto, que cayó con panfletos y armas, por lo que estuvo presa dos meses en la cárcel de Devoto. Luego se incorporó a Montoneros como militante de superficie con su esposo Ricardo. En 1975, como ambos tenían antecedentes policiales, se marcharon al exilio desde Paraguay y luego de esperar un tiempo en Brasil consiguieron asilo en Suecia. Actualmente vive en Buenos Aires.

Silvia M. Trabajó con sindicalistas, en la JTP. Su esposo Rodolfo trabajó en el diario *Noticias*, fue abogado de presos políticos y desapareció en 1977. Silvia y Rodolfo tenían tres hijos cuando ingresaron a Montoneros y en 1977 tuvieron a su cuarta hija. Desaparecido su esposo, Silvia se fue a Córdoba donde vivió en situación de semiclandestinidad doce años. De vuelta en Buenos Aires, se mantuvo en contacto con organizaciones de derechos humanos. Poeta y escritora, vivió en la localidad bonaerense de San Martín hasta su muerte, en 2013.

Estela. Inició sus inquietudes sociales en un viaje misional a Monterrico, provincia de Jujuy, organizado por la escuela católica donde estudió. Desde ese momento comenzó a tener militancia social católica en las villas de emergencia de Punta Lara y Ensenada, provincia de Buenos Aires. Estudió Física en la Universidad de La Plata donde, tras un breve paso por una agrupación estudiantil católica, se incorporó como militante de la JUP en la Facultad de Ciencias Exactas. Desarrolló también militancia territorial. Después del golpe de Estado se fue de la casa de sus padres por razones de seguridad. Fue asesinada en la

zona de Remedios de Escalada en 1977 a los 24 años. Su familia pudo recuperar el cuerpo.

María Lía (“Pete”). Inició su militancia a fines de los ‘60, cuando viajó desde Mar del Plata a la Ciudad de Buenos Aires para realizar estudios universitarios. Ingresó a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), organización armada que posteriormente se fusionó con Montoneros. Tuvo a su hijo Guido en julio de 1976 en la maternidad Sardá, bajo la protección de compañeros de militancia. Al poco tiempo, María Lía y su esposo fueron trasladados a Santa Fe, donde él perteneció a la conducción regional. María Lía murió en enero de 1977, cuando su hijo Guido tenía cinco meses. Fue su abuela, Celia Tiscornia, quien lo recuperó de la Casa Cuna de Santa Fe, adonde los militares lo habían ingresado como NN.

Laura (“Soledad”). Al igual que su hermana María Lía, inició su militancia a fines de la década de 1960 en las FAR. Estuvo presa en 1972, y luego del triunfo de Cámpora y gracias a las gestiones de su familia, fue liberada y salió del país. Participó en la movilización de Ezeiza en la que Montoneros se enfrentó a la derecha peronista cuando se produjo el regreso de Perón a la Argentina. Alcanzó el cargo de oficial, fue responsable en el partido de San Martín en la columna Norte. Murió a los 25 años, en julio de 1976, cuando cayó la casa operativa en la que vivía con su pareja “Cholo” y otro compañero, Carlitos “el inglés”.

PRT- ERP

Victoria. Responsable del frente legal PRT-ERP en la Universidad de Buenos Aires donde era estudiante de Arquitectura. Además, allí desa-

rrollaba el Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS). Degradada por un conflicto con su responsable dejó de militar orgánicamente en 1975. Su esposo “el Negro” fue responsable de Juventud Guevarista y desapareció en la reunión de la cúpula del PRT-ERP en marzo de 1976. Posteriormente, Victoria participó en grupos defensores de derechos humanos y actualmente tiene militancia feminista.

Marta. Inició su militancia a fines de los ‘60 en distintos grupos de izquierda hasta que se incorporó al ERP. Estuvo presa dos veces, la primera en 1972 y la segunda, en 1975. Luego de su primera estancia en la cárcel, fue liberada con opción a salir del país el 8 de marzo de 1973 y regresó el 25 de mayo de ese mismo año. Trabajó en documentación en el PRT-ERP, pidió cambio de ubicación y fue a militar a Empalme (Villa Constitución, provincia de Santa Fe) con los obreros, donde la detuvo una “pinza” realizada por miembros de las fuerzas represivas de civil. Permaneció en la cárcel de Devoto. Dio testimonio por sí misma y por Silvia U., su amiga.

Gloria. Militó en Santiago del Estero, en la agrupación estudiantil Filo PRT y se incorporó al PRT poco antes de ser detenida embarazada, en 1974. Su hijo fue enviado a vivir con su familia y ella salió de la cárcel en 1982.

Silvia U. Integrante del PRT-ERP de origen cordobés, fue una de las militantes del PRT que escapó de la cárcel del Buen Pastor en julio de 1971. Cayó presa junto con su amiga Marta en 1972 y fue liberada en el “Devotazo” en 1973. Continuó militando hasta 1975, año en que se sabe que fue detenida. Las últimas referencias que se encontraron de Silvia corresponden a lo que se conoció como “Masacre de Fátima”,

sucedida entre el 19 y el 20 de agosto de 1976. En la causa a cargo del juez Canicoba Corral aparece la declaración testimonial de Armando Víctor Luchina, quien dijo que después de la bomba en la Superintendencia de Seguridad Federal, se habilitó el 5º piso para detenidos, y que allí vio a Silvia U.

Patricia V. Militante del PCML, una organización cercana al PRT-ERP. Patricia y su pareja, Mariano Montequin, aparecen en algunos relatos como militantes del PRT-ERP y en otros, como del PCML. Los incluimos dentro del relato referido al PRT por su afinidad ideológica y el soporte logístico que reciben de esta organización. Comenzó su militancia en Santa Fe en la escuela secundaria, luego viajó a Buenos Aires para realizar sus estudios universitarios. Fue secuestrada de su departamento de la calle Córdoba en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires junto a Mariano Montequin y Virginia Casalaz. Algunos testimonios los ubican en los centros clandestinos de detención “El Atlético” y “El Banco”.

Relatos vicarios

Eduardo. Pareja de Marta, da testimonio sobre la amiga de ambos, Silvia U. Militante del PRT-ERP, preso por primera vez en 1972, junto con Silvia U. y su ex mujer Marta. Liberado en el “Devotazo” junto con Silvia U. Vuelto a detener en el asalto al cuartel de Azul.

Guillermo. Militante de la JP, trabajaba en el Ministerio de Salud y fue delegado gremial de su área. Refiere a Estela, su hermana.

Martín. Refiere a María Lía (“Pete”) y Laura (“Soledad”). Al describir la militancia de sus dos hermanas, y la suya propia en una organi-

zación de izquierda revolucionaria no peronista, incluye a su madre Celia Tiscornia como “una militante más”, no en el sentido político, sino en relación con la protección de sus hijas y de él mismo. Celia alquiló casas para sus hijos en las que chequeaba las salidas o su seguridad. También se encargó en plena dictadura de recabar datos sobre la muerte de sus dos hijas. Guido, el hijo de María Lía, es hoy hijo adoptivo de Martín.

Marcelo. Dio testimonio respecto de su hermana Patricia V., integrante del PCML, cercana al PRT-ERP. Militante estudiantil del PRT-ERP, siendo adolescente fue detenido haciendo una pintada en Santa Fe. Los militares fueron a su casa y encontraron panfletos de todo tipo y para protegerlo, sus padres lo enviaron a Buenos Aires, con su hermana Patricia, donde terminó la escuela media en un colegio de Ramos Mejía.

Elsa. Madre de Patricia V. y Marcelo, habla de su hija Patricia y de la propia experiencia que tuvo que hacer como madre y familiar de desaparecidos.

| FUENTES PRIMARIAS |

Los nombres de algunas de las entrevistadas han sido cambiados para proteger su privacidad.

Entrevistas

- María V. (CABA, junio 2009).
- Silvia M. (San Martín, provincia de Buenos Aires, julio 2009-septiembre de 2009).
- Graciela (CABA, julio de 2009).
- Elsa (Santa Fe, julio de 2009).
- Marcelo (Santa Fe, julio de 2009).
- Martín (CABA, julio de 2009).
- María A. (Santa Cruz, agosto de 2009, revisado en 2014).
- Gloria (Santiago del Estero, octubre de 2009).
- Marta (CABA, octubre de 2009).
- Eduardo (ex esposo de Marta, octubre de 2009).
- María P. (CABA, 1ª parte: diciembre de 2009, 2ª parte: enero 2010).
- Mercedes (Núñez, ex ESMA, CABA. 1ª parte: diciembre de 2009, 2ª parte: enero 2010).
- Guillermo (La Plata, febrero de 2010).
- Rosa (Olivos, provincia de Buenos Aires, abril de 2010. Nuevamente entrevistada telefónicamente en marzo de 2012).
- Victoria (Lanús, provincia de Buenos Aires, diciembre de 2010, revisado en 2014).

| BIBLIOGRAFÍA |

- Actis, M.; Aldini, C.; Gardella L.; Lewin, M. y Tokar, E. (2006). *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*. Buenos Aires: Altamira.
- Agamben, G. (2002). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*. Valencia: Pretextos.
- Altamirano, C. (2001a). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial.
- ----- (2001b). *Bajo el Signo de las Masas*. Buenos Aires: Ariel.
- ----- (2008). “Pasado Presente”. En: Lida, C., Crespo, H. y Yankelevich, P. (comp.). *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Amado, A. (2005). “Las nuevas generaciones y el documental como herramienta de historia”. En: AA.VV. *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- Andújar, A. (2005). “Historia, memoria y género: testimonios de militancia”. En: AA.VV. *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- ----- (2009). “El amor en tiempos de revolución: los vínculos de pareja de la militancia de los 70. Batallas, telenovelas y rock and roll”. En AA.VV. *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Luxemburgo.
- Anguita, E. y Caparrós, M. (2007). *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Tomos 1, 2, 3, 4 y 5. Buenos Aires: Booket.

- Anzorena, O. (1998). *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional.
- Arfuch, L. (2007). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Arfuch, L. (comp.) (2005). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo.
- Bacci, C.; Capurro Robles, M.; Oberti, A.; Skura, S. (2014). “Entre lo público y lo privado: los testimonios sobre la violencia contra las mujeres en el terrorismo de Estado. En: *Clepsidra*. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria N° 1, marzo, pp. 122-139. Recuperado en línea en: <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/clepsidra/issue/view/Clepsidra.%20Revista%20Interdisciplinaria%20de%20Estudios%20sobre%20Memoria.%20Marzo%202014.%20A%C3%B1o%201%2C%20N%C3%BAmero%201/showToc>.
- Barrancos, D. (2007). *Mujeres en la sociedad argentina: una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Beguán, V. (et al.) (2006). *Nosotras, presas políticas, obra colectiva de 112 prisioneras políticas entre 1974 y 1983*. Buenos Aires: Nuestra América.
- Bjerg, M. (2012). *El viaje de los niños: inmigración, infancia y memoria en la Argentina de la segunda posguerra*. Buenos Aires: Edhasa.
- Bonder, G. (1998). *Género y subjetividad: avatares de una relación no evidente*. Recuperado de http://www.iin.oea.org/iin/cad/actualizacion/pdf/Explotacion/genero_y_subjetividad_bonder.pdf [Consultado por última vez el 3/5/2012].
- Bufano, S. (2005). “La vida plena”. En: *Lucha armada en la Argentina*. Año 1, N° 1, Nuevo Offset, pp. 22-31.
- Campagnoli, M. (2005). “El feminismo es humanismo. La década del 70” y “Lo personal es político”. En: AA.VV. *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- Campos, E. (2009). “¿Es posible una memoria completa?”. En: *Afuera. Estudios de Crítica Cultural*. Año IV, N° 7. Recuperado de <http://www.revistaafuera.com>.

com/NumAnteriores/pagina.php?seccion=Articulos&page=07.Articulos.Campos.htm&idautor=151 [Consultado por última vez el 10 /11/ 2011].

- Calveiro, P. (1998). *Poder y desaparición*. Buenos Aires: Colihue.
- ----- (2005a). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Norma.
- ----- (2005b). “Puentes de la memoria, terrorismo de Estado, sociedad y militancia”. En: *Lucha armada en la Argentina*. Año 1, N° 1, Nuevo Offset, pp. 71-77.
- Carnovale, V. (2005). “El concepto de enemigo en el PRT-ERP”. En: *Lucha armada en la Argentina*. Año 1, N° 1, Nuevo Offset, pp. 4-11.
- ----- (2007). “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina”. En: Franco, M. y Levin, F. *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- ----- (2011). *Los Combatientes*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cavarozzi, M. (2006). *Autoritarismo y democracia (1955-2006)*. Buenos Aires: Ariel.
- Celentano, A. (2005). “Maoismo y lucha armada: el PCML”. En: *Lucha armada en la Argentina*. Año 1, N° 4, Nuevo Offset, pp. 34-45.
- Cerri, C. (2010). “La subjetividad de género. El sujeto sexuado entre individualidad y colectividad”. En: *Gazeta de Antropología* N° 26/2, Artículo 42. Recuperado de: http://www.ugr.es/~pwlac/G26_42Chiara_Cerri.pdf [Consultado por última vez el 3/5/2012].
- Ciriza, A. y Rodríguez de Agüero, E. (2004-2005). “Militancia, política y subjetividad. La Moral del PRT-ERP”. En: *Políticas de la Memoria* N° 5, Anuario de Investigación. Buenos Aires: CeDInCI.
- Cosse, I. (2009). “Los nuevos prototipos femeninos en los años 60 y 70: de la mujer doméstica a la joven “liberada”. En: *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Luxemburgo.

- ----- (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- D'Antonio, D. (2003). *Mujeres, complicidad y Estado terrorista. Estudios críticos sobre Historia reciente. Los '60 y los '70 en Argentina. Parte IV*. Departamento de Historia, Cuaderno de trabajo N° 33. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación.
- ----- (2005). "Lo viril como garantía de victoria y la erotización de la dominación. Mujeres carceleras durante la última dictadura militar argentina". En: AA.VV. *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- ----- (2009). "Rejas, gritos, cadenas, ruidos, ollas. La agencia política en las cárceles del Estado Terrorista en Argentina, 1974-1983". En: *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Luxemburgo.
- De Riz, L. (2007). *La política en suspenso 1966/1976. Historia Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- De Santis, D. (2006). *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP. Documentos*. Buenos Aires: Nuestra América.
- ----- (2010). *La Historia del PRT-ERP por sus protagonistas*. Temperley: Estación Finlandia.
- Diana, M. (2006). *Mujeres guerrilleras. Sus testimonios en la militancia de los '70*. Buenos Aires: Planeta.
- Femenías, M. L. (2007). *El género del multiculturalismo*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Ferro, L. (2005). "Mujeres y participación política en los 70. El caso de Santa Fe". En: AA.VV. *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- Filc, J. (1997). *Entre el parentesco y la política: familia y dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires: Biblos.
- Franco, M. (2005). "Reflexiones sobre la Historiografía Argentina y la Historia Reciente de los años '70". En: *Nuevo Topo. Revista de historia y pen-*

samiento crítico N° 1. Disponible en: <http://nuevotopo.wordpress.com/nuevo-topo-n%C2%BA1/> [Consultado por última vez el 10/11/2011].

- ----- y Levín F. (2007). “El pasado cercano en clave historiográfica”. En: Franco, M. y Levín, F. (comp.). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- ----- (2008). “Notas para una historia de la violencia en la Argentina: una mirada desde los discursos del período 1973-1976”. En: *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. Debates. Recuperado de: <http://nuevomundo.revues.org/43062> [Consultado por última vez el 5/3/2012].
- Fridman, I. (2007). “Identidad de género”. En: Gamba, S. (coord.). *Diccionario de estudios de género y feminismos*. Buenos Aires: Biblos.
- Gamba, S. (coord.) (2007). *Diccionario de estudios de género y feminismos*. Buenos Aires: Biblos.
- Gasparini, J. (2008). *Montoneros: final de cuentas*. La Plata: De la Campana.
- Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.
- Giberti, E. (1996). “La resistencia contra la represión”. En: *Feminaria*. Año IX, N° 18/19.
- Gillespie, R. (1987). *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Gil Lozano, F; Grammatico, K. y Rosa, M. (2009). *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Luxemburgo.
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gordillo, M. (2007). “Protesta, rebelión y movilización, de la resistencia a la lucha armada”. En: James, D. *Nueva historia argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo*. Tomo IX. Buenos Aires: Sudamericana.
- Grammatico, K. (2005). “Las mujeres políticas y las feministas en los tempranos setenta: ¿un diálogo (im) posible?”. En: AA.VV. *Historia, género y política en los 70*. Buenos Aires: Feminaria Editora.

- ----- (2011). *Mujeres Montoneras*. Buenos Aires: Luxemburgo.
- Guber, R. (2005). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.
- Izaguirre, I. (2009). *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina 1973- 1983: antecedentes, desarrollo, complicidades*. Buenos Aires: Eudeba.
- James, D. (2004). *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manatíal.
- ----- (2007). *Nueva historia argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo*. Tomo IX. Buenos Aires: Sudamericana.
- Jauretche, E. (1997). *Violencia y Política en los '70. No dejés que te la cuenten*. Buenos Aires: Del pensamiento nacional.
- Jelin, E. (2002) *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- ----- (2014). “Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes”. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria* N° 1. Marzo 2014. pp. 140-163. Recuperado de <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/clepsidra/issue/view/Clepsidra.%20Revista%20Interdisciplinaria%20de%20Estudios%20sobre%20Memoria.%20Marzo%202014.%20A%C3%B1o%201%2C%20N%C3%BAmero%201/showToc>.
- Jodelet, D. (1993). “La representación social: fenómenos, concepto y teoría”. En: Moscovici, S. *Psicología social II*. Barcelona: Paidós.
- LaCapra, D. (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ----- (2006). *Historia en tránsito: experiencia, identidad y teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lamas, M. (2003). *El género la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: UNAM.
- Lanusse, L. (2005). *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Vergara.

- Laudano, C. (1996). “De mujeres y discursos: veinte años es mucho”. En: *Feminaria*, Año IX, N° 18/19.
- ----- (1997). *Las mujeres en los discursos militares (1976- 1983)*. Buenos Aires: La página.
- Lorenz, F. (2005). “Los trabajadores navales de Tigre: la militancia sindical en un contexto de enfrentamiento ‘militar’”. En: *Lucha armada en la Argentina*. Año 1, N° 2, Nuevo Offset, pp. 72-87.
- Lorenz, F. y Pittaluga, R. (comps.) (2006). *Historia, memoria y fuentes orales*. Buenos Aires: CeDInCi.
- Martínez, P. (2009). *Género, política y revolución en los años setenta. Las mujeres del PRT-ERP*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Mattini, L. (2006). *Los Perros. Memorias de un combatiente revolucionario*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- ----- (2007a). *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada*. La Plata: De la Campana.
- ----- (2007b). *Los Perros 2. Memorias de la rebeldía femenina en los '70*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- Novaro, M. (2006). *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kirchner*. Buenos Aires: Edhasa.
- Oberti, A. y Pittaluga, R. (2001). *¿Qué memorias para qué políticas? Memoria Abierta*. Disponible en: http://www.memoriaabierta.org.ar/materiales/pdf/que_memorias_para_que_politicas.pdf [Consultado por última vez el 3/2/2012].
- ----- (2004). “La moral según los revolucionarios”. En: *Anuario de Investigación e información del CeDInCi* N° 5. Buenos Aires. Versión digitalizada de uso interno para el Seminario de Maestría *Pensar los '60. Familia Sexualidad y género en la Argentina*. Dra. Isabella Cosse.
- ----- (2005). “Violencia política, identidad y géneros en la militancia de los 70”. En: AA.VV. *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria Editora.

- ----- (2006). “Contarse a sí mismas. La dimensión biográfica en los relatos de mujeres que participaron en las organizaciones político-militares de los '70”. En: Carnovale, V.; Lorenz, F. y Pittaluga, R. (comps.). *Historia, memoria y fuentes orales*. Buenos Aires: CeDInCI.
- ----- (2013). “Las mujeres en la política revolucionaria. El caso de PRT-ERP en la Argentina de los años '70”. En: *INTERthesis* Revista Internacional Interdisciplinar. Vol. 10, N° 01. Florianópolis, jun-jul 2013, pp. 6-36.
- ----- (2014). “Testimonio, responsabilidad y herencia. Militancia política y afectividad en la Argentina de los años setenta”. *Meridional* Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos. N° 2. Abril, pp. 63-88.
- O'Donnell, G. (2009). *El Estado burocrático en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Ollier, M. M. (2005). *Golpe o Revolución: la violencia legitimada. Argentina 1966-1973*. Caseros: Untref.
- ----- (2009). *De la Revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pasquali, L. (2005). “Narrar desde el género: una historia oral de mujeres militantes”. En: AA.VV. *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- ----- (2008). “Historia oral del pasado reciente: observaciones y revaluaciones en los relatos de las y los militantes socialistas”. En: Pascual, L. (comp.). *Historia social e historia oral. Experiencias en la historia reciente de Argentina y América Latina*. Rosario: Homo Sapiens.
- Payne, M. (2006) [comp.] *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales*. Buenos Aires: Paidós.
- Pittaluga, R. (2007). “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno de la militancia setentista (1983-2005)”. En: Franco, M. y Levin, F. (2007). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.

- Plotkin, M. (2003). *Freud en las pampas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Pollak, M. (1989). “Memoria, olvido, silencio”. En: *Revista de Estudios Históricos* Vol, 2, N° 3. Río de Janeiro, pp. 3-15. Disponible en: http://www.comisionporlamemoria.org/investigacionyense%C3%B1anza/pdf_biblioteca/Pollak-%20Memoria%20olvido%20silencio.pdf [Consultado por última vez el 6/5/2012].
- Portelli, A. (1989). “Historia y memoria. La muerte de Luigi Trastulli”. En: *Historia y fuente oral* N° 1. Barcelona, pp. 5- 32.
- Pozzi, P. (2004). *Por las sendas argentinas. EL PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Richard, N. (2008). “Teoría feminista y crítica desconstruccionista”. En: Altamirano, C. (dir.). *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós.
- Romero, L. A. (1994). *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rot, G. (2011). “La construcción del sin sentido. A 35 años del golpe en la Argentina”. En: *Le Monde Diplomatique*, 141, marzo.
- Rouquié, A. (1986). *Poder militar y sociedad política en la Argentina II*. Buenos Aires, Hyspamérica.
- Schmucler, H. (2009). “Memoria, subversión y política”. En: De la Peza, M. (coord.). *Memorias y política. Experiencias, poéticas y construcciones de nación*. Buenos Aires: Prometeo.
- Schwarzstein, D. (comp.) (1991). *La Historia oral*. Buenos Aires: CEAL.
- Scott Wallach, J. (2008). *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sigal, S. (2002). *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- ----- y Verón, E. (2008). *Perón o muerte: los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Stolkiner, A. (2003). “El amor militante. Argentina”. En: *Revista Los '70*, N° 5, “El arte, el amor y la violencia”. Recuperado de: www.los70.org.ar [Consultado por última vez el 4/4/2012].

- Terán, O. (1993). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- ----- (2008). *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales. 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Teubal, R. (2010). *Memorias fraternas: la experiencia de hermanos de desaparecidos, tíos de jóvenes apropiados la última dictadura militar*. Buenos Aires: Eudeba.
- Tortti, M. (1999). “Protesta social y “Nueva Izquierda” en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”. En: Pucciarelli, A. *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la nueva izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba.
- Valle, M. y Destuet, G. (2005). “La visibilidad de la mujer en la creación de la política en los '70”. En: AA.VV. *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria Editora, pp. 407-432.
- Vasallo A. (2005). “Las mujeres dicen basta. Feminismo movilización y política de los setenta”. En: AA.VV. *Historia, género y política en los '70*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- Vasallo, M. (2009). “Militancia y transgresión”. En: AA.VV. *De minifaldas, militancias y revoluciones*. Buenos Aires: Luxemburgo.
- Vélez Carreras, I. (2005). Montoneros los grupos originarios. En: *Lucha armada en la Argentina*, Año 1, N° 2, Nuevo Offset, pp. 4-25.
- Vezzetti, H. (2009). *Sobre la violencia revolucionaria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Wainerman, C. (2005). *La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?* Buenos Aires: Lumiere.
- Zuker, C. (2005). “La casita de Caramelo”. En: *Lucha armada en la Argentina*, Año 1, N° 3, Nuevo Offset, pp. 4-14.

Recuperado on line

- Lucio Gera. Disponible en: <http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/?seccion=articulos&id=237> [Consultado por última vez el 25/1/11].

- Testimonio de Rosa Garson. Archivo Oral, Memoria Abierta. Entrevista realizada por Federico Lorenz entre junio y septiembre de 2003. Disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=FE0Hh9kpTw> [Consultado por última vez el 10/4/2012].
- Discurso de Perón con motivo del ataque del ERP a la guarnición militar de Azul. Disponible en: <http://constitucionweb.blogspot.com.ar/2009/12/cuando-peron-pide-aniquilar-el.html> [Consultado por última vez el 7/4/2012].
- Causa N° 16.441/02 («Masacre de Fátima»). Resolución del juez Canicoba Corral. Procesamiento con prisión preventiva y embargo sobre Lapuyole, Marcote, y Gallone. Buenos Aires, 22 de junio de 2004. Declaración testimonial de Armando Víctor Luchina. Información recuperada de: <http://www.masacredefatima.com.ar/masacre/video/descarga/resolucion2004.pdf>
- Patricia Villar y Mariano Montenquin. Disponible en: <http://www.desaparecidos.org/arg/victimas/v/villarp/> [Consultado por última vez el 11/4/2012].
- Sobre Patricia Villar. Disponible en: <http://www.desaparecidos.org/arg/victimas/v/villarp/> [Consultado por última vez el 11/4/2012].

Este libro se terminó de imprimir
en Bibliográfika
en el mes de julio de 2015



Mujeres insurrectas

Condición femenina y militancia en los '70

Este libro muestra las dificultades que vivieron las militantes de las décadas de 1960 y 1970 –en su mayoría jóvenes– para que se les confiriera reconocimiento y trato equivalente, aun cuando estuvieran lejos de acordar con presupuestos feministas, aborda su participación y el contexto de época, dando cuenta de las relaciones de género.

A través de testimonios directos de mujeres que participaron en organizaciones armadas y de testimonios vicarios de familiares o amistades de algunas militantes muertas o desaparecidas, se evocan las experiencias relacionales con los compañeros varones, la índole diferencial de las funciones y las expectativas dominantes relativas a los roles dentro de los aparatos armados.

La investigación se desarrolla teniendo en cuenta que no se accede a las subjetividades que caracterizaron a las entonces jóvenes militantes, sino a una reconstrucción atravesada por múltiples temporalidades. Se sabe que la memoria es activada por el presente y cualquier evocación se colorea con las apropiaciones significativas nuevas de la subjetividad, evidencia que también refuerza este libro.